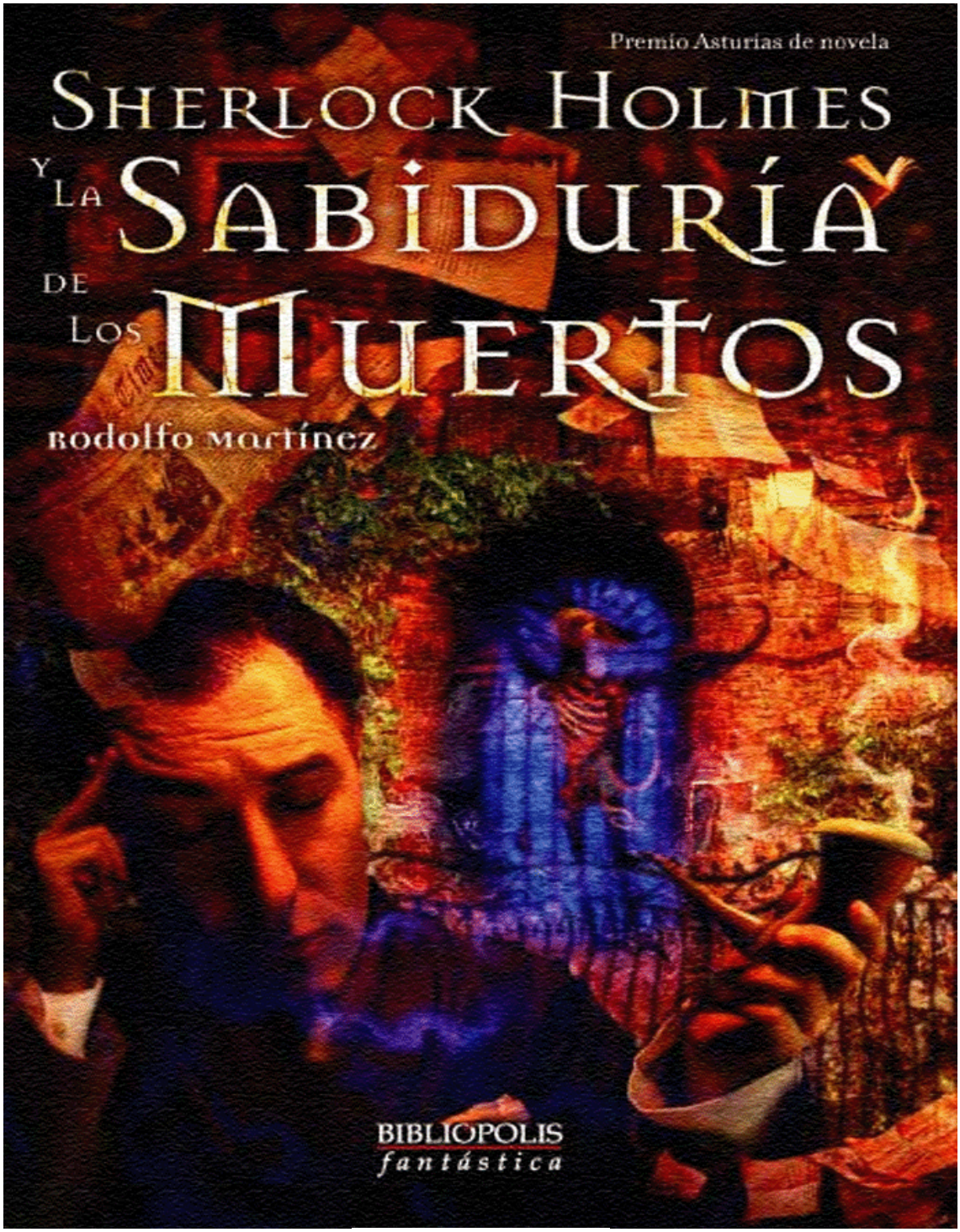
SHERLOCK HOLMES Y LA SABIDURÍA DE LOS MUERTOS
RODOLFO MARTINEZ



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

There is nothing in which deduction is so necessary as inreligión. It can be build as an exact science by the reasoner. Our highest assurance of the goodness of Providence seems to me to rest in the flowers. All other things, our powers, our desires, our food are really necessary for our existence in the first instance. But this rose is an extra. Its smell and its colour are an embellishment of life, not a condition of it.

Sherlock Holmes en The Naval Treaty"

INTRODUCCIÓN A LA PRIMERA EDICIÓN

En el mes de abril de 1993, mi amigo Juan Luis Montoussé se trasladó a Londres, contratado por el Instituto Cervantes para impartir clases de español. Tardé algún tiempo en recibir noticias suyas, y cuando lo hice fue a través de una postal en cuyo anverso podía verse el Big Ben al anochecer y en cuya parte posterior me informaba de que esperaba poder volver a España a finales de junio. Me decía también que tenía una pequeña sorpresa preparada para mí. Supuse que la sorpresa en cuestión sería tal vez una edición inglesa de alguna obra de Tolkien, o bien la versión original de *Watchmen* por la que yo le había manifestado mi interés a Juan Luis tiempo atrás.

El dos de julio me llamó por teléfono. Había llegado a España y se quedaría durante un par de semanas. Quedamos en vernos en Oviedo al día siguiente y, antes de colgar, dejó caer un comentario un tanto intrigante sobre mi «sorpresa».

Bien. El día llegó, pasó la mañana y, después de comer, tomé el autobús con destino a Oviedo. Cuarenta minutos después entraba en la cafetería en la que nos habíamos dado cita. Allí estaba Juan Luis, sonriendo apenas mientras daba unos golpecitos con la mano a un paquete, algo mayor que una Biblia grande, que había junto a él en la mesa. Me senté e intercambiamos los chismes de rigor. Luego, cogió el paquete y me lo tendió.

Pesaría algo más de dos kilos y mis dedos notaron perfectamente el metal bajo el papel. Lo desenvolví y, en efecto, me encontré con una caja metálica, llena de desconchones y abolladuras, cuya cerradura, antigua y más bien simple, parecía haber sido forzada hacía tiempo. En la parte superior había algo escrito: «Cox & Company. Charing Cross». Y un poco separado y en un tipo de letra algo más pequeño: «John H. Watson, M.D.». Alcé la vista y miré a Juan Luis, intrigado. Él se limitó a sonreír mientras, con un gesto, me indicaba que abriera la caja.

Así lo hice. Contenía varios centenares de folios manuscritos en inglés, ya amarillentos por el tiempo. La letra, aunque nerviosa, era perfectamente legible y no me costó mucho trabajo comprender lo que decía. Al segundo párrafo ya no sabía qué pensar sobre el tema. El estilo me era tan familiar, los nombres tan conocidos como si ya hubiera leído todo aquello media docena de veces. En realidad así era. Se trataba, o eso parecía, del original de la historia del doctor Watson The Final Problem" y allí estaba todo lo que yo recordaba con total perfección: Moriarty, Holmes disfrazado de cura italiano, la caída en las cataratas de Reichenbach...

—¿Qué clase de broma es ésta? —pregunté.

—Ninguna.

Seguí leyendo. Había otros manuscritos de historias que ya conocía. Luego, éstas terminaban y, sin que la letra o el estilo

cambiasen, daban comienzo una serie de narraciones que me resultaban completamente desconocidas, pese a ver en ellas los mismos nombres que en las anteriores. Títulos como "The Adventure of the Faked Murderer", The Giant Rat of Sumatra", o "Bert Stevens, Murderer" nunca habían sido publicados que yo supiera como casos de Sherlock Holmes. Y sin embargo, a la memoria me venía ahora el comentario del doctor Watson en "El vampiro de Sussex" sobre la aventura de la rata gigante de Sumatra, para la que el mundo aún no está preparado». Las historias desconocidas (algunos de cuyos títulos, sin embargo, reconocí como casos de Holmes a los que Watson aludió alguna vez pero nunca llegó a publicar) seguían hasta el final de los folios. La última era prácticamente una novela por su extensión y, cosa curiosa, carecía de título.

Entretanto, Juan Luis no había dejado de mirarme, siempre con la mitad de una sonrisa plantada en la boca y un brillo de regocijo en los ojos. Terminé mi inspección de los manuscritos y le hice la pregunta evidente e inevitable:

—¿Dónde conseguiste esto?

Cerca del Soho, me dijo, había una pequeña tiendecita de antigüedades. Juan Luis había entrado en ella una tarde, buscando alguna cosa no muy cara, pero con cierto aspecto de ranciedad que pudiera colocar quizá como pisapapeles en su despacho del Instituto. Nunca supe si había encontrado o no lo que buscaba. Pero, mientras lo hacía, se dio de lances con la caja. Al principio, lo que había escrito en su superficie no le dijo nada. Al fin y al cabo, Watson no es un apellido infrecuente y no relacionó las iniciales M.D. con el doctor Watson que había inmortalizado a Sherlock Holmes hasta un par de minutos más tarde, cuando había apartado la caja a un lado y seguía rebuscando por la tienda. Cuando según sus propias palabras «cayó de la burra-, le faltó poco para abalanzarse sobre la caja y echar un vistazo a su contenido. Las palabras «Holmes», «Napoleón of Crime», «professor Moriarty» saltaron a sus ojos Casi inmediatamente. Llamó al propietario de la tienda y le preguntó por el precio de la caja; éste pareció sorprendido de que alguien estuviera interesado un objeto así y le dio un precio ridículamente bajo: diez libras. Juan Luis apenas pudo ocultar su nerviosismo mientras pagaba y se iba de la tienda.

—Y eso es todo. Supuse que te interesaría.

¿Interesarme? Podría matar por algo así. Incluso aunque los manuscritos fueran apócrifos (algo que yo todavía tenía que investigar), parecían lo bastante antiguos para que su valor fuese Casi el mismo que si resultaban auténticos.

—Considéralo mi regalo de cumpleaños.

No me lo podía creer. ¿Me estaba dando la caja y su contenido? Lo estaba haciendo. Lo había hecho.

Luego, aquella misma noche, al llegar a mi casa, lo primero que hice fue sacar de mi biblioteca la edición facsímil realizada por Allen & Unwin de *The Sign of Four* en 1978, que incluía, como apéndice, la reproducción de algunas páginas del manuscrito original de Watson. No soy ningún experto calígrafo, pero no hacía falta serlo para ver que

aquella letra nerviosa en la que estaba escrita la segunda novela de Sherlock Holmes era la misma que había emborronado los folios de la caja. Se trataba, sin la menor duda, de la mano de John H. Watson, doctor en medicina, antiguamente destinado como cirujano ayudante en el 5º de Fusileros de Northumberland, herido en la guerra de Afganistán y, tras volver a Inglaterra, residente en el 221 B de Baker Street, amigo y biógrafo de Sherlock Holmes; el hombre que con su pluma había inmortalizado al más excéntrico y genial de los detectives privados. Pasada la sorpresa inicial, no era tan extraño el que existieran manuscritos inéditos del doctor Watson. Al fin y al cabo, él mismo hablaba de algunos casos de Holmes que todavía permanecían inéditos, y era más que probable que algunos de ellos ya hubieran sido escritos y esperasen sólo la ocasión para ver la luz. Lo que me resultaba inexplicable era que aquellos manuscritos hubieran acabado apilados en una tienda de antigüedades poco conocida en un rincón apartado de Londres. Aún hoy, tal hecho sigue siendo un enigma para mí.

Como he dicho, de entre las historias inéditas había una cuya extensión hacía de ella una novela. Ya me había llamado la atención el hecho de que no llevara titulo y, aquella noche, permanecí despierto Casi hasta el amanecer mientras la leía.

Acabada la lectura, no sabía muy bien qué pensar. El bueno de Watson hablaba en ella de cosas tan extrañas e increíbles que llegué a pensar que quizá chocheaba ya en el momento en que la había escrito. Pero, por otro lado, la historia estaba impecablemente narrada, sin el menor atisbo de degeneración mental por parte de su autor, pese a los hechos a veces inverosímiles de los que afirmaba ser testigo. Además, la novela era interesante por otros motivos: desvelaba interrogantes tales como la verdadera misión de Holmes durante los tres años (de 1891 a 1894) en que el mundo le había dado por muerto, o cuál era la relación entre Watson y el también médico y escritor Arthur Conan Doyle, a cuya pluma habían sido atribuidas originalmente las historias de Holmes, o de qué trataban algunas de las historias de cuyo contenido el fiel doctor no había dado, en otras narraciones, más que pistas mínimas, o, en fin, desentrañaba de una vez por todas el misterio en torno al matrimonio, o los matrimonios, del doctor Watson.

Por todo eso no pude resistir la tentación de traducir al castellano aquel manuscrito. Terminé la primera versión en poco menos de un mes y lo primero que hice fue sacar varias copias y enviárselas a algunos de mis amigos holmesianos, como Carlos Díaz Maroto, Javier Cuevas, José Luis González o Gabriel Bermúdez. La respuesta fue unánime y entusiasta; debía rematar la traducción, preparar el texto para su publicación y ponerme, inmediatamente, a la búsqueda de un editor.

Así lo he hecho, tras lo que sólo me queda desear que ustedes disfruten con estas nuevas historias del doctor Watson tanto como yo lo hice, en su momento, leyéndolas y traduciéndolas.

Rodolfo Martínez
Diciembre 1994

LA SABIDURÍA DE LOS MUERTOS

PRÓLOGO

Hasta hoy mi pluma ha vacilado ante el papel a la hora de contar el caso en el que Holmes y yo nos vimos envueltos a principios de marzo de 1895. Me movía a ello el respeto por el que fuera mi agente literario y amigo, quien, muy a su pesar, se había visto involucrado en el asunto y cuyo buen nombre no podía yo dejar en entredicho. Es cierto que tal impedimento ha desaparecido hace tiempo, pues unos años atrás él fue tan amable de otorgarme por escrito su permiso para dar a la luz pública el asunto, si bien, pese a todo, seguía siendo lo bastante delicado para no animarme todavía a narrarlo y publicarlo. Sin embargo, su fallecimiento hace menos de un año supone que bien poco se puede inquietar ya por su buen o mal nombre y el escándalo, caso de producirse, difícilmente podrá salpicarlo. Tengamos en cuenta también que pertenecer a una sociedad como aquélla de la que él fue miembro no es considerado de igual manera hoy que a finales del siglo pasado. Las personas cultas de esta época lo miran como uno más de los muchos caprichos de la clase intelectual y artística de la era victoriana. Opinión que, tal y como lo veo, no puede estar más alejada de la realidad. Supongo que los planes del señor Mathers y sus sucesores para dotar de legitimidad sus no sé si llamarlas prácticas han tenido, cuanto menos, el éxito relativo de volverlas, quizá no respetables, pero sin duda sí pintorescas. Sin embargo, no es ése el único motivo que me ha obligado a permanecer en silencio. Aunque durante mi larga asociación con el señor Sherlock Holmes asistí a asuntos de la índole más extraordinaria, grotesca e incluso inverosímil, pocas veces nos vimos envueltos en un misterio que pusiera más a prueba (aunque en cierto extraño y retorcido modo las confirmara) nuestras concepciones del mundo. En realidad temo, al trasladar esos acontecimientos al papel, que los hombres de esta época los tomen por los desvaríos de un octogenario. Afirmo que no es así, mas, ¿no afirmaría lo mismo aun cuando no fuera cierto? Quizá mi memoria pueda flaquear, pero las notas que en su momento tomé del caso y que fueron muy detalladas están aún a mi disposición (de hecho, las tengo frente a mi mientras escribo esto), y si bien los recuerdos de los acontecimientos más cercanos se desvanecen con rapidez, conservo una imagen nítida y precisa de cuanto aconteció durante el pasado siglo. Pese a todo lo dicho, es muy posible que mi pluma hubiera permanecido silenciosa de no haber sido por un acontecimiento, aparentemente trivial y que, sin embargo, se revelará de enorme trascendencia a medida que vayan leyendo las páginas que siguen.

Hace pocos meses, un joven médico con el que me unía un

fuerte lazo de amistad (él había comprado mi consulta en Kensington cuando me retiré del ejercicio de la medicina) volvió de unas vacaciones en los Estados Unidos y se trajo con él varios ejemplares de un *magazine* barato, impreso en papel de pulpa y que contenía varios relatos de ese género llamado horror sobrenatural, torpemente escritos y abundantemente sobre adjetivados. Poco aficionado soy a ese tipo de narraciones, pese a que en mi juventud me pude haber sentido atraído, aunque nunca fascinado, por las imaginaciones febriles del señor Poe, o los gusanos primordiales surgidos de la pluma de Bram Stoker. Hace ya tiempo, sin embargo, que busco descanso en la literatura, no sobresaltos; que cuando abro un libro es para recorrer un territorio familiar y entrañable, no para descubrir que cuanto creía conocer está lleno de esquinas inesperadas. Soy ya viejo, y mi máxima aspiración es pasar con tranquilidad (incluso aceptando el inevitable regusto de aburrimiento que ésta lleva consigo) los años, pocos o muchos, que me quedan por vivir.

Sin embargo, en varios de los cuentos que publicaba esa horrible revista me encontré con datos que sólo podían haber sido obtenidos de una forma. Su autor los disfrazaba como ficción, lo que no me impidió reconocerlos, horrorizado, como el fruto último de los acontecimientos que se iniciaron a finales de febrero de 1895. El apellido del autor no me es del todo desconocido, ni tampoco lo ha resultado para Holmes, a cuya residencia de Sussex envié varias copias de los relatos en cuestión. Su respuesta, característicamente breve e imperativa, no se ha hecho esperar: «Creo que ya es hora de que el mundo lo sepa, Watson», en una letra a la que los años no han vuelto más vacilante o menos peculiar. Sí, yo también creo que ha llegado el momento.

Por lo tanto, en este mes de mayo de 1931, y pese a que todo me pide que lo deje estar, que lo olvide, que no le dé más vueltas al pasado, doy comienzo a lo que quizá sea la última historia de Sherlock Holmes que salga de mí pluma. Estamos en un siglo que ya no es el nuestro, sin la menor duda: los coches de caballos han desaparecido de las calles de Londres, los aviones y zeppelines cruzan el cielo, una guerra espantosa nos separa de nuestra época, y el mundo ha cambiado de tal manera que nada me resulta ya reconocible. Sherlock Holmes y yo pertenecíamos al siglo XIX y creo que también nuestros lectores. Es por tanto posible que no haya ya nadie interesado en leer lo que me dispongo a contar. No importa; la recompensa del escritor, del cronista, del biógrafo, es su propio trabajo. Lo demás es accesorio.

Hace tiempo que me he desvinculado del mundo literario londinense, y con la muerte de mi agente el aislamiento se ha hecho mayor. Tal vez no encuentre editor para esta historia. Eso, sin embargo, no hará vacilar mi pluma, como no lo hizo nunca en todos los años que tuve el privilegio de compartir la vida del hombre más extraordinario, inteligente y bondadoso que he conocido.

JOHN H. WATSON, M.D.
(Antiguamente del 5º de Fusileros de Northumberland)

Londres, mayo 1931

CAPÍTULO PRIMERO

EL EXPLORADOR QUE NUNCA EXISTIÓ

Cuando me levanté aquella mañana, Holmes ya estaba en pie desde hacia un buen rato. Sobre la mesa de la sala de estar yacía su desayuno, devorado a medias, y mi amigo se apoyaba en el quicio de la ventana, con el periódico doblado bajo el brazo y una expresión en el rostro afilado y seco que yo conocía bien.

—¿Ocurre algo, Holmes? —le pregunté mientras me sentaba a desayunar.

—Eso quisiera saber, Watson —dijo, alejándose de la ventana y tendiéndome el periódico—. La página tres, segunda columna.

Mientras untaba mis tostadas con mantequilla, le eché un vistazo a la noticia que Holmes me había señalado. Era el anuncio de una conferencia sobre las costumbres tribales de los bosquimanos africanos, por parte del explorador noruego Sígurd Sigerson, residente en Londres desde hacia algunos meses. No me pareció un acontecimiento especialmente merecedor de que mi amigo le prestase atención, y así se lo dije.

—Realmente —me respondió Holmes con una sonrisa—, su memoria flaquea. ¿No le dice nada ese nombre de Sigerson?

Traté de hacer memoria. El recuerdo acudió a mi cabeza enseguida, y lo habría hecho inmediatamente después de leer la noticia si no me hubiera encontrado aún en los umbrales del sueño. Hacía Casi un año que Holmes había reaparecido en mi vida después de tres, durante los que le había dado por muerto. En el instante de nuestro reencuentro, que yo narré luego bajo el título de "La aventura de la casa deshabitada", Holmes me dijo que se había pasado buena parte de aquellos tres años bajo la personalidad supuesta de Sigerson, explorador noruego.

—Es cierto —dije en voz alta—. Entonces, ¿existe un Sigerson real cuya identidad usó usted?

Holmes me lanzó una fría mirada de dignidad herida. Como de costumbre, reaccionaba como un niño malcriado cada vez que, inadvertidamente o a propósito, alguien hería su vanidad.

—Mi buen Watson —dijo con toda la solemnidad de que era capaz—, nunca, que yo sepa, ha existido ningún explorador escandinavo con ese nombre. Fue un disfraz para mi, uno de tantos, y créame que no habría sido tan irresponsable para disfrazarme de alguien ya existente, con el consiguiente riesgo de que mi fraude fuera descubierto.

Lo que mi amigo decía tenía sentido, y me maldije a mí mismo por no haber caído antes en la cuenta.

—¿Entonces? —pregunté extrañado, señalando el periódico.

—Ahí está el meollo de la cuestión. Si Sigerson no ha existido nunca, ¿cómo es que ahora aparece de la nada para impartir una conferencia sobre las costumbres de los bosquimanos?

No respondí. El asunto me intrigaba tanto como a él mismo. Holmes recogió el periódico y volvió a repasar la noticia, mientras una débil lucecita roja comenzaba a encenderse en mi cabeza.

—La conferencia se celebrará esta tarde, a las seis. Creo que no estaría de más que hiciéramos acto de presencia.

—¿Cree que puede haber peligro? —dije, dando salida a mis temores.

—Mi querido amigo, nada hay tan peligroso como la misma vida. Sin duda será interesante. Más no le puedo decir.

Terminado el desayuno, leí la reseña con más tranquilidad. En ella se afirmaba que Sigerson era uno de los pocos blancos que habían hablado con el Gran Lama del Tibet, además de haber conseguido, disfrazado de árabe, introducirse en La Meca y contemplar la famosa piedra negra de La Kaaba. Todo aquello coincidía punto por punto con lo que Holmes me había contado un año atrás sobre sus andanzas. No podía ser, desde luego, una coincidencia. Aquel hombre, fuera quien fuese, había adoptado la personalidad de Sigerson para atraer a Holmes. Así se lo hice notar a mi amigo.

—Sin duda, Watson. Es más que probable que sea una trampa. Si no quiere venir lo entenderé, por supuesto.

Ahora fue mi turno de parecer ofendido.

—Holmes, me hiere usted. Nunca lo he dejado enfrentarse solo al peligro y no voy a hacerlo ahora.

El rostro afilado de mi amigo se iluminó brevemente con una sonrisa.

—No esperaba menos de usted, Watson.

De esta forma se nos fue pasando la mañana, mientras yo me enfrascaba en la lectura del último libro del señor Machen, recomendado por mi agente literario, y Holmes alternaba un par de experimentos químicos con algunas improvisaciones de violín.

En aquellos momentos, mi amigo no tenía ningún caso entre manos, y más de una vez me había expresado su aburrimiento. Con esa gruesa ironía que lo caracterizaba, llegó a lamentarse en más de una ocasión por la falta de crímenes en nuestra ciudad.

—Entiéndame bien, Watson —solía decir—, no abogo por un aumento de nuestra población criminal. Sin duda ésta ha crecido lo suficiente en los últimos años. No se trata tanto de la cantidad de crímenes que se cometen como de la... calidad, podríamos decir, de éstos.

—Pero Holmes—le respondía yo, divertido ante la forma que tenía mi amigo de contemplar la delincuencia—. Supongamos que sus deseos se cumplen y Londres se llena de crímenes ingeniosos, inteligentes y misteriosos. ¿Qué ocurrirá cuando usted se retire?

Invariablemente Holmes enarcaba una ceja ante mi pregunta:

—¿Qué le hace suponer que algún día voy a retirarme, doctor?

—Bien —decía yo, cada vez más perplejo ante el giro que daba la

conversación—, incluso aunque no deseé hacerlo, tarde o temprano tendrá que rendirse a la evidencia de la naturaleza. Al fin y al cabo, somos criaturas mortales.

—¿De veras? Quizá no debería apresurarse tanto en hablar por los demás, amigo mío.

Invariablemente tomaba sus últimas palabras como una broma. Y sin embargo, siempre quedaba dentro de mí el rescoldo de la duda. Es cierto que a la postre Holmes se retiró de su actividad como detective consultor, pero no me resulta difícil imaginármelo en años venideros, cuando yo haya abandonado ya este mundo, caminando por entre sus panales y sonriendo con cierta picardía cada vez que recuerde mi osadía al calificarlo de «criatura mortal».

En cualquier caso, nada de esto es relevante para lo que estoy narrando, y pido perdón al lector por ello. Me temo que no puedo huir del característico vicio de la vejez de embarcarse en rememoraciones interminables. Intentaré evitarlas en las páginas que siguen, pero no puedo prometer que vaya a conseguirlo.

Volviendo a mi narración, por la tarde llamamos a un hansom y en él nos encaminamos al lugar de la conferencia, en un club no demasiado conocido de Pall Malí, del que ninguno de los dos era socio. En el artículo, sin embargo, se había afirmado que la entrada sería libre para todo aquél que estuviera interesado, así que no contábamos con que nadie nos pusiera el menor impedimento.

A las seis menos cuarto cruzábamos las puertas del Antropos Club. Esperábamos una asistencia escasa y compuesta por individuos más bien excéntricos y no muy conocidos, habida cuenta del tema de la charla. Cuál sería nuestra sorpresa al encontrar en el salón principal un nutrido público que parecía muy interesado en la conferencia del supuesto Sigerson. Vi algunos rostros familiares, miembros de la comunidad literaria de Londres, con la que yo no tenía demasiado trato, pero a cuyos principales integrantes conocía de vista. Reconocí también a Isadora Persano, el famoso periodista y espadachín no menos célebre, cuya figura esbelta y atildada se me hizo enseguida inconfundible entre el público. Iba a comentárselo a Holmes cuando éste se me adelantó, diciéndome:

—Caramba, Watson. Si no me equivoco aquí tenemos a su voluminoso agente literario.

Miré hacia donde él me indicaba y, en efecto, aquella figura fornida y enorme cuyas espaldas yo contemplaba sólo podía pertenecer al bueno de Arthur Conan Doyle. Hablaba con un individuo de mediana edad, algo cargado de hombros y maneras ligeramente pomposas que no hacía más que mirar a su alrededor como si todo aquello le perteneciera. A su lado, ligeramente retrasado, como adoptando una pose subordinada, casi servil, había un joven de mirada esquiva que, de forma instintiva, me resultó antipático al primer golpe de vista. Había en sus maneras algo de reptilesco, sinuoso y taimado que me hizo sentir a disgusto con sólo posar la mirada sobre él.

—¿No va a saludarlo, doctor? —me preguntó Holmes, con un

brillo socarrón en los ojos, sacándome de mis pensamientos.

No pude evitar una sonrisa. Arthur Doyle sentía verdadero pánico ante la presencia de Holmes (algo de lo que éste era perfectamente consciente y que incluso explotaba a veces), lo que no dejaba de resultar paradójico si tenemos en cuenta que buena parte de sus ingresos, como mi agente literario, se los debía indirectamente a mí amigo y a sus portentosas facultades. Pocas veces se veía capaz de intercambiar con Holmes más allá de media docena de palabras sin empezar a tartamudear y ponerse nervioso. No era eso lo que me sorprendía, sin embargo; al fin y al cabo era una reacción que he podido ver en otras personas en presencia del gran detective. No, lo curioso era el hecho de que en más de una ocasión había sorprendido un brillo de rencor, de resentimiento mal disimulado, en los ojos de Doyle cuando Holmes estaba presente. En cualquier caso, las buenas maneras imponían que me acercase a él y le hiciera notar nuestra presencia allí.

Sin embargo, tal encuentro tuvo que posponerse. En aquel momento se abrió una puerta en un lateral de la sala y entraron por ella tres individuos. Uno de ellos, que había dejado los cincuenta algún tiempo atrás, vestido con ridícula afectación y pavoneándose a cada paso, no podía ser otro que el presidente o el secretario del club. Intercambió una mirada con el hombre que estaba hablando con Arthur Doyle y luego, tras un ademán de indecisión, dio paso a los otros dos individuos. Uno era alto y fornido, de facciones afiladas, rostro pálido y pelo rubio oscuro, con una pequeña barbita de chivo y dos ojos azules e inquisitivos; sus ademanes tenían un no sé qué de crispados, como si desconfiara de lo que pudiera pasar al momento siguiente. El parecido con Holmes (a pesar de su mayor envergadura física) se me hizo evidente al primer golpe de vista: aquél tenía que ser el supuesto Sigerson. Finalmente, cerrando la marcha venía un hombre joven: no tendría más de treinta años, si es que había llegado a ellos, era ligeramente más bajo que el explorador noruego, y tenia un pelo tan rubio que parecía Casi blanco. Una media sonrisa entre triste y mordaz parecía instalada permanentemente en la comisura izquierda de su boca.

En el momento mismo en que los tres hombres cruzaron la puerta, estalló una salva de corteses aplausos por parte del público. El presidente del club se hinchó todavía más dentro de su traje afectado y, con una leve inclinación de cabeza pidió silencio. Cuando éste se hizo, dijo:

—Caballeros, no saben cuánto me alegra ver tantas personalidades del mundo intelectual, científico y artístico londinense reunidas en esta sala esta noche. Nuestro club, aunque modesto, siempre ha hecho gala de promocionar lo más noble de entre las actividades humanas, como proclama ya desde su mismo nombre. No en vano han hablado entre estas venerables paredes músicos, poetas y científicos. Sé que en su momento, muchos de nuestros socios lamentaron que el señor Richard Francis Burton declinara compartir con nosotros sus experiencias en el Oriente. Puedo decirles, no sin

cierto orgullo, que el hombre que hoy aquí les presentamos nada tiene que envidiar al señor Burton, y puedo afirmar con tranquilidad y sin temor a equivocarme que ha llegado tan lejos como él e incluso ha estado en lugares que nuestro explorador patrio no osó pisar. Así pues, no puedo por menos que decir que resulta para mí un tremendo placer presentarles a un hombre excepcional, de probado valor y erudición más que demostrada, el primer europeo que ha hablado con el Gran Lama, el único occidental que ha podido ver la piedra negra de la Kaaba, en fin, el más audaz y exitoso de los exploradores. Caballeros, con ustedes Sigurd Sigerson.

Una nueva salva de aplausos y el supuesto explorador se adelantó un par de pasos mientras inclinaba la cabeza. Luego, todos tomamos asiento, y la exposición sobre las costumbres de los bosquimanos dio comienzo.

Inútil seria que el lector me pidiera un resumen de las ideas que aquel hombre de hablares ampulosos y gestos vacilantes dejó caer sobre nosotros durante poco menos de una hora. Temo haber dormitado un par de veces y sólo un oportuno codazo de Holmes me salvó de caerme del asiento. Recuerdo vagamente haber oído algo sobre que dormían en el suelo, de lado y apoyados en su codo derecho, con la cabeza descansando sobre ese mismo hombro, aparentemente para evitar que los insectos les entrasen en los pabellones auriculares. Bien pudiera ser verdad: jamás he visto un bosquimano y no he tenido ocasión de comprobarlo por mí mismo. Era evidente, eso si, que nuestro conferenciante no era inglés: sí bien hablaba nuestra lengua con fluidez, ciertos giros me resultaban un tanto extraños, y un ligerísimo acento lo identificaba sin duda como extranjero. Por supuesto, eso era algo obligado, si el impostor quería llevar adelante la impostura con un mínimo de seriedad.

Terminada la conferencia se inició un breve turno de preguntas de las que poco pude comprender, y menos aún de las respuestas. De pronto, para mi sorpresa, Holmes se levantó y, con voz clara, dijo:

—Sin duda el señor Sigerson, durante sus anteriores viajes por el Tibet, habrá asistido a la famosa ceremonia de los lamas durante la cual el gran incensario del monasterio es agitado por los monjes, alcanzando, en sus oscilaciones, velocidades de verdadero vértigo. Me gustaría oír, si no fuera una molestia, una descripción de la ceremonia.

Vi cómo uno de los rostros del público se volvía hacia nosotros y enseguida se crispaba en una mueca de verdadero pánico. Era, por supuesto, el doctor Doyle, fácilmente reconocible por su enorme bigotazo de morsa, que temblaba de forma ostensible en aquellos momentos. Casi inmediatamente, sin duda temeroso de que Holmes lo reconociera, volvió de nuevo la vista al frente. El hombre que lo acompañaba giró apenas la cabeza y durante unos segundos dos ojos a mitad de camino entre el interés y la alarma se clavaron en mi amigo. Junto a él, el joven de aspecto reptílesco (y me di cuenta entonces de que en realidad era poco más que un muchacho, difícilmente habría llegado a la veintena) permaneció inmóvil y ni

siquiera reaccionó cuando el otro hombre se inclinó hacia él y le murmuró algo al oído.

Entretanto, el conferenciante se había aclarado la garganta e inició una respuesta un tanto embrollada en la que afirmaba no haber estado en el monasterio en la época de la ceremonia, pero desde luego había visto el incensario y era una verdadera obra de arte, que pasó a describir pormenorizadamente hasta el más pequeño de sus relieves y filigranas. El joven rubio sentado a su lado ensanchó su media sonrisa y un fulgor divertido asomó a su mirada.

Poco después la conferencia llegaba a su fin y el secretario del club (o quizá su presidente, nunca llegué a saberlo) nos despedía con un amanerado y pedante discurso de agradecimiento, para luego descender del escenario y encaminarse hacia donde estaba el acompañante del doctor Doyle. Vi también cómo algunas personas de entre el público se acercaban a hablar con Sigerson, entre ellas mi agente literario. Intercambié una mirada con Holmes, interrogándole en silencio sobre qué hacer a continuación. Mi amigo se encogió de hombros y me hizo una seña de que abandonásemos el local. Sin embargo, se detuvo a mitad del gesto y, durante unos segundos permaneció completamente inmóvil, con la vista clavada frente a él, los ojos entrecerrados y las facciones sumidas en la concentración

Seguí la dirección de su mirada. El joven rubio que había acompañado al falso Sigerson se acercaba al muchacho que me llevaba inquietando toda la noche e intercambiaba con él un par de frases, siempre con una media sonrisa, ligeramente sardónica, torciéndole el lado izquierdo de la boca. Su interlocutor no reaccionó muy bien ante lo que el otro le decía, pareció por unos segundos al borde de la indignación y finalmente optó por dar media vuelta y acercarse al hombre pomposo que acompañaba a Doyle y del que, por lo visto, era una suerte de secretario o ayudante. Aunque sus maneras obsequiosas más bien lo hacían parecer un lacayo.

El joven rubio se quedó solo y, sin perder la media sonrisa, se dispuso a dar media vuelta y regresar al lado de Sigerson. Pareció reparar repentinamente en nosotros e inclinó la cabeza, me pareció, en dirección a Holmes. Mi amigo le devolvió el saludo y ambos dejamos la sala. No tardamos en encontrar un coche y pronto volvíamos a Baker Street.

—¿Qué opina usted, Watson? —me preguntó mi amigo.

A nuestro alrededor se iba desplegando el bullicioso Londres nocturno. Los clubes más importantes de Pall Malí se iban llenando, al igual que los teatros de variedades, varias calles más allá. Los coches de caballos traqueteaban de un lado al otro, llevando viajeros de toda clase y circunstancia a sus citas nocturnas.Sabía bien lo que Holmes me preguntaba. Sin embargo, fingí haber interpretado de otro modo su pregunta y respondí:

—No he entendido una sola palabra de la conferencia, si se refiere a eso.

Holmes sonrió apenas.

—Es un actor—me dijo—, y no muy bueno, o al menos no

demasiado bien documentado. Su acento no tenía mucho de escandinavo, si sé algo de esas cosas. Y, por supuesto, los lamas del Tibet jamás han usado un incensario como el que nuestro amigo Sigerson ha descrito.

—Un impostor, por tanto.

—Sí, pero eso ya lo suponíamos, ¿no? Lo que no comprendo es lo que pretendía con eso. Un impostor que finge ser alguien real es lógico, pero un impostor que se hace pasar por otro impostor es ridículo.

—¿Y qué piensa hacer ahora?

—Tengo que hablar con él, desde luego. Y hay una forma.

—¿Cuál?

—Su amigo el doctor Doyle, por supuesto. Parecía conocerlo. De hecho, el buen doctor parece tener conocidos de lo más interesantes.

Evidentemente se refería al individuo pomposo que se había sentado a su lado durante la conferencia y a su joven acompañante de aspecto reptilesco y ademanes obsequiosos. Holmes parecía saber quiénes eran, pero vi con claridad que en aquel momento no pensaba decirme nada.

—Creo que sería conveniente que mañana lo llamara y le dijera que estamos interesados en hablar con el famoso explorador noruego.

—Como quiera, Holmes. —Quedé pensativo unos instantes—. Lo que realmente me ha intrigado de todo esto... —Dudé un momento. Como he dicho, me parecía claro que Holmes no me contaría nada sobre los misteriosos acompañantes de Doyle. Así que a mitad de la frase, cambié de objetivo, tratando de hacerlo con la mayor naturalidad posible—... es el joven que estaba al lado de Sigerson durante la conferencia. ¿Quién será?

Había elegido a aquella persona únicamente para salir del paso, un disparo al azar después de haber decidido no mencionar a quien realmente me interesaba, así que pueden imaginarse mi sorpresa al ver cómo los ojos de Holmes brillaron ante mis palabras.

—Ah, una excelente pregunta, mi querido Watson. Excelente, sin duda.

Nada más dijimos durante el viaje.

CAPÍTULO II

UNA ENTREVISTA Y UNA CENA

Al día siguiente, tal y como Holmes me había pedido, llamé un coche y me dirigí a la casa del doctor Doyle. Era un edificio de dos plantas, austero pero elegante, y sin duda se podría haber permitido algo más ostentoso y caro, gracias los ingresos que le proporcionaba su trabajo como agente literario mío, aparte de los pingües beneficios obtenidos por sus propias obras: su trabajo como cronista del estrambótico profesor Challenger, sus relatos cortos o algunas de sus excelentes novelas históricas.

La doncella me abrió la puerta y, tras comprobar mi tarjeta, me hizo pasar al salón. Poco después entraba en él mi colega (en más de un aspecto) y agente. Su voluminosa humanidad estaba cubierta por un batín de seda oscura, que solía llevar en casa cuando trabajaba. Doyle era un hombre muy celoso de su intimidad, poseedor de lo que después los historiadores han calificado como un «carácter Victoriano», y de haber sido otro el visitante, sin duda se habría vestido con mayor formalidad, pero él y yo nos conocíamos desde hacía demasiado tiempo y era una de las pocas personas con las que se permitía el lujo de mostrarse relajado y sin ceremonias.

Mientras respondía a su saludo e intercambiábamos las frases de rigor que la cortesía aconseja, no pude evitar recordar el curioso azar que había puesto a Doyle en mi camino. Poco después de que yo trabara conocimiento con Holmes, finalizado ya el manuscrito que se convertiría andando el tiempo en *Estudio en escarlata,* la casualidad me hizo encontrar a Doyle mientras buscaba con poca fortuna un editor para mis esfuerzos literarios. Por aquel entonces él acababa de publicar *Micah Clarke,* muy en la línea de las novelas históricas de Sir Walter Scott, y gozaba de buena reputación en los círculos intelectuales londinenses. Yo lo había conocido brevemente durante sus prácticas de medicina, momento en el que había trabajado a mis órdenes, y parecía guardar un buen recuerdo de mi persona. Accedió a leer mi manuscrito, y no sólo fue lo bastante amable para referirse a él en términos más que elogiosos, sino que se comprometió a intentar su publicación. De hecho, hizo algo más que eso. Suya fue la mano que corrigió y rescribió en gran medida la segunda parte de mi relato, donde se narraba la historia de Jefferson Hope en la comunidad mormona. Y fue también él quien sugirió el título bajo el que el libro saldría definitivamente a la luz, en lugar del más modesto que yo había elegido: *Una madeja enmarañada.* De ahí que en las cubiertas del libro constase él como coautor. De hecho, años más tarde volveríamos a colaborar juntos en una nueva novela: *El valle del terror,* de cuya segunda parte, otra vez, volvió a encargarse él, narrando con verdadera

maestría las andanzas de Edwards "El Pajarraco" en la comunidad minera y dándoles a aquellas páginas un colorido y una verosimilitud de los que yo, lo confieso, habría sido incapaz. Conoció a Holmes poco después de la publicación de *Estudio en escarlata* y, Casi desde el primer momento en que vio al gran detective, reaccionó ante su presencia de la forma que ya he comentado.

Después de la publicación en las páginas del *Strand Magazine* de las novelitas que más tarde recogería yo en el volumen titulado *Las aventuras de Sherlock Holmes* podía haber prescindido de los servicios de Doyle: en aquel momento los relatos de Holmes se vendían prácticamente solos y, después de todo, mis actividades literarias no eran tantas ni tan diversas como para necesitar un agente. Sin embargo, para entonces se había forjado entre ambos una buena amistad, por no mencionar el detalle de que, como mis esposas me han hecho notar en más de una ocasión, soy un hombre no muy preparado para los aspectos prácticos de la vida. Así pues, decidí dejar que Doyle se encargase de la parte comercial de mi trabajo literario, tarea para la que él estaba mejor dotado, convirtiéndose de esa forma en mi agente. Eso ha dado lugar a una curiosa confusión: no son pocos los que piensan que tanto Holmes como yo no somos más que dos personajes salidos de la pluma del doctor Doyle. Es cierto que nunca he hablado de ello en mis relatos (al fin y al cabo, entonces me preocupaba más que otra cosa dar a conocer al mundo los métodos brillantes y la mente excepcional de mi amigo), pero más de una vez Holmes se encontró con individuos que lo miraban con desconfianza cuando él daba su nombre, como si se encontrasen frente a una especie de extraña superchería, tal vez un actor que encarnaba al famoso personaje.

Pero de nuevo he divagado demasiado y es hora de que volvamos al meollo central de este relato. Tras el intercambio de frases de cortesía habituales, Doyle me preguntó el motivo de mi visita:

¿Nuevas historias del amigo Holmes, quizá? —me dijo, con la voz temblándole ligeramente al pronunciar el nombre del detective.

—En realidad no. No sé si nos viste ayer durante la conferencia del explorador Sigerson.

—En efecto. Recuerdo que nuestro gran detective le hizo alguna pregunta al conferenciante.

—Así es. Holmes está interesado en conocerlo. Y como vimos que tú parecías tener trato con él...

Doyle hizo un gesto con la mano, abarcando algo indefinido. —Poca cosa, en realidad. Compartimos ciertos gustos comunes y algo... ¿cómo lo diría...?, esotéricos. Por lo demás no se puede decir que tengamos demasiada relación.

Me sorprendió aquella vaguedad por parte de Doyle, como si hubiera algo no del todo correcto en su trato con Sigerson y quisiera marcar las distancias con él, pero al mismo tiempo sin desligarse del todo. Decidí anotar aquello y comentárselo después a Holmes. Podía ser interesante. —Sin embargo —dije—, tanto Holmes como yo te quedaríamos tremendamente agradecidos si pudieras ponernos en

contacto con él. Lo cierto es que Holmes está verdaderamente fascinado con ese individuo. Doyle cambió de postura en la silla, como si no terminara de encontrarse totalmente cómodo.

—¿Fascinado? Qué interesante —dijo al fin, en un tono que desmentía sus palabras—. No pensará que el señor Sigerson es una especie mente archicriminal, supongo, alguna suerte de heredero de ese profesor de matemáticas que murió en Suiza. ¿Cómo se llamaba? ¿Moretti, o algo así?

—Moriarty —le corregí.

—Ah, claro, ya lo recuerdo. Fascinado, dices. Qué curioso. Me pregunto qué puede tener una persona para fascinar a alguien como el gran detective. No sé, Sigerson me pareció más bien anodino. Algún talento oculto debe de tener que los demás no vemos.

Sonrió, y su sonrisa era un puro nervio. Estaba sorprendido, no puedo negarlo: la relación de Doyle ante mi comentario era a todas luces desproporcionada.

—Pero estoy divagando, disculpa —añadió—. Por supuesto que os conseguiré una cita.

—Gracias, Arthur, no esperaba menos de ti.

Sonrió de nuevo, ya más calmado.

—Cómo voy a negarle algo a un amigo que, además, es mi mejor cliente. De hecho, hoy mismo estoy citado para comer con él y creo que podré arreglar una entrevista a última hora de la tarde. ¿Te parece bien?

—Inmejorable.

Doyle asintió. Todo nerviosismo había desaparecido de sus ademanes.

—De acuerdo. Hemos terminado con los negocios. Ahora dime, ¿cómo anda tu pluma últimamente?

Le conté —procurando no hacer caso del sentimiento de perplejidad que me embargaba— que estaba terminando dos nuevas historias protagonizadas por Holmes. Doyle frunció levemente el ceño y dijo:

—¿Nunca se te ha ocurrido dedicarte a otro tipo de literatura? Eres un hombre de talento, John, y sin duda e¡ género al que te dedicas es un derroche. Malgastas tu pluma sirviendo de mero biógrafo.

Sonreí apenas, tranquilizado en cierto modo, pues lo que acababa de decir Doyle encajaba mucho mejor con su comportamiento habitual: de hecho, era parte de uno de sus más habituales discursos. Desde el primer día, como ya he dicho, había habido una corriente de recelo hacia Holmes por parte de mi agente. En realidad, como he comentado unas páginas atrás, Doyle parecía sentir verdadero pánico ante la presencia del detective: se ponía nervioso, se frotaba las manos una y otra vez y parecía incapaz de hilvanar una sola frase coherente, algo verdaderamente extraño en una mente como la suya, por lo demás lúcida y punzante. Nunca conseguí averiguar a qué podía deberse aquello, y si Holmes lo sabía jamás me lo dijo. Pero, consciente del efecto que causaba en el doctor Doyle, a menudo gustaba de

ponerlo más nervioso aún. Había una cierta veta de crueldad infantil en el carácter de Holmes, y Doyle parecía sacarla a la luz con facilidad.

—Creo que ya hemos tratado este tema en otras ocasiones —le dije a éste—. Mi imaginación es Casi nula. Puedo narrar lo que ha ocurrido, pero inventar... Ah, eso es algo de lo que soy incapaz. De hecho, te envidio en ese aspecto.

—Oh, vamos, John, te subestimas. Sin duda, si lo intentases...

Tocaba un tema viejo, y no demasiado agradable.

—Lo he hecho, créeme. Pero el resultado ha sido descorazonador.

Se removió inquieto en la silla otra vez, como si no estuviera muy seguro de la conveniencia de lo que iba a decir. Al fin, carraspeó y se animó a hablar:

—Creo que Holmes te ha anulado, te ha convertido en un satélite suyo. Eres incapaz de pensar por ti mismo. Te ha fagocitado —dijo, echando mano de la jerga médica que ambos compartíamos.

—Arthur —dije yo con cierta frialdad—. Como te acabo de decir, ya hemos tratado este tema en otras ocasiones. Mi asociación con Holmes sólo me ha traído beneficios. Y es el hombre más extraordinario que he conocido. Recuérdalo bien si quieres que nuestra amistad no peligre.

Hizo un gesto con la cabeza, como rindiéndose ante lo evidente.

—Como desees.

Tras esto, nuestra conversación languideció con rapidez. Volvimos a intercambiar algunas frases de cortesía y, finalmente, me despedí.

De vuelta en Baker Street no pude por menos que comentarle a Holmes el extraño comportamiento de mi agente. Mi amigo no pareció darle demasiada importancia, como si ya hubiera esperado algo así.

Poco después de las tres recibíamos un telegrama de Doyle. Nos citaba a las seis en el mismo club donde había tenido lugar la conferencia el día anterior, y nos invitaba a una cena con Sigerson y su secretario. —¿Secretario? —pregunté yo.

—Sin duda el joven rubio, Watson. Bien, bien —añadió Holmes volviendo a dejar el telegrama en la repisa de la chimenea—, seguramente tendremos ocasión de observarlo a fondo.

No dijo nada más, pero resultaba evidente que la presencia de aquel individuo de media sonrisa permanente le intrigaba sobremanera. El día anterior, atrapado por la corriente de repulsión que me había inspirado aquel muchacho obsequioso que escoltaba al pomposo acompañante de Doyle, apenas había reparado en él. Ahora, sin embargo, y a medida que recordaba los acontecimientos, no podía por menos que coincidir con Holmes en que había algo no del todo correcto en aquel joven. En realidad, bien pensado, no nada tenía de extraño que un extranjero de posibilidades, como parecía ser Sigerson, contratase un secretario inglés si iba a permanecer una temporada en nuestro país. No era ese aspecto del joven el que me resultaba... inquietante, creo que es la palabra más adecuada. De hecho, no sabría definir por qué me inquietaba. Sólo era consciente de que había algo

en su apariencia que hacía que en su presencia me sintiera incómodo y, al mismo tiempo, fascinado.

A las cinco y media, vestidos con perfecta etiqueta, salimos a la calle y alquilamos un hansom. Daban las seis en el Big Ben cuando cruzamos el vestíbulo del club Antropos. Doyle estaba allí, esperándonos, con un grueso puro asomándole bajo el amplio mostacho. No había rastro de Sigerson o su secretario.

Esperamos unos minutos, y al ver que no hacían acto de presencia decidimos pasar al comedor, suponiendo que se unirían a nosotros en cuanto llegaran.

Un cuarto de hora después, sin embargo, aún no lo habían hecho. Al principio, la conversación no podía ser más animada: Doyle, como he dicho, era el cronista oficial del célebre profesor Challenger quien, por otra parte, era pariente lejano de Holmes. Así, intercambiando chismes intrascendentes sobre el estrambótico científico los primeros minutos transcurrieron de forma agradable. Poco después, sin embargo, la conversación languidecía lentamente, y Holmes no había podido evitar la tentación de soltar durante los últimos minutos algunos comentarios que, aunque en apariencia inocuos, habían puesto nervioso a Doyle. Íbamos a llamar al camarero para preguntarle si tenía noticias de los hombres a los que esperábamos, cuando fue éste el que se acercó a nuestra mesa.

—Doctor Doyle —nos dijo—. Hay en el vestíbulo un caballero que pregunta por usted.

Por la forma en que pronunció la palabra vimos que el término «caballero» no le terminaba de parecer demasiado apropiado para calificar con él al visitante. Doyle se disculpó con nosotros y dejó el comedor. Volvía poco después, acompañado de un individuo no muy alto, con un rostro de hurón pensativo al que inmediatamente reconocimos como a nuestro viejo amigo el inspector Lestrade, de Scotland Yard.

—Señor Holmes, doctor Watson —nos saludó—. No esperaba encontrarlos aquí, aunque no puedo decir que me sorprenda.

—¿Qué ha ocurrido, Lestrade? Tiene que ser importante para que haya salido de forma tan precipitada de su casa.

Pese a los muchos casos que Lestrade había compartido con Holmes y conmigo, la reacción del policía fue de previsible asombro ante el comentario de mi amigo. Yo, aunque no soy el más sagaz de los hombres, como el gran detective me ha hecho notar en alguna ocasión, no tuve demasiada dificultad para darme cuenta de que lo había deducido a partir del estado general de desaliño de sus ropas y del hecho evidente de que sus botas estaban desparejas.

—Así es, Holmes —respondió Lestrade—, aunque ignoro cómo ha llegado a saberlo. De cualquier forma, eso no importa ahora mismo. El señor Sigerson ha desaparecido. Nos tememos que puede haber sido asesinado.

CAPÍTULO III

¿EL IMPOSTOR ASESINADO?

De camino al hotel donde se había alojado Sigerson, ninguno de los cuatro dijo gran cosa. Doyle parecía cada vez más afectado: a la presencia de Holmes se le había unido aquel extraño asunto, acentuando aún más su nerviosismo. Lestrade nos había dicho en el club cuanto sabia (la habitación vacía, los rastros de sangre, los muebles tirados) y ahora guardaba silencio. Holmes, por su parte, se limitaba a mirar por la ventana del coche, sumido en sus propios pensamientos. Yo, algo incómodo, intentaba en vano encontrar algún tema de conversación. Al fin, mirando a Lestrade, se me ocurrió preguntar:

—¿Cómo supo que estábamos en el club, inspector? —En realidad lo ignoraba, doctor Watson —me contestó el sabueso oficial, chasqueando los labios—. El secretario del señor Sigerson me dijo que estaban citados para cenar con el doctor Doyle y otros dos caballeros. Decidí acercarme al club —pareció indeciso unos instantes—... por si él o sus invitados podían decirme algo interesante. Imagínese mi sorpresa al descubrir que se trataba de ustedes dos.

—¡Es terrible! —exclamó de pronto Doyle, como si no fuera consciente de nuestra presencia—.Y será un escándalo mayúsculo. Mayúsculo. Alguien con la reputación de Sigerson desaparecido en esas circunstancias...

—Tonterías —dijo Holmes sin dejar de mirar por la ventana—. Sigerson no ha desaparecido, mi buen doctor.

Doyle lo miró entre atemorizado y furioso. Por primera vez, y no por última, empecé a pensar que el motivo real que había tras la hostilidad de mi agente hacia Holmes no era otra cosa que los celos. Y sin embargo, era absurdo. Celos, ¿de qué? Los intereses de Holmes y los de Doyle no podían ser más dispares, y al fin y al cabo en un terreno donde no hay nada común difícilmente puede haber espacio para la envidia.

—¿Qué quiere decir, Holmes? —preguntó Lestrade.

—No puede desaparecer quien no existe. Y Sigerson jamás ha existido.

El lector se imaginará perfectamente los rostros estupefactos de Lestrade y mi agente literario, así que no me extenderé en su descripción. Doyle farfulló algo incomprensible, mientras el inspector de Scotland Yard le pedía a Holmes que aclarase sus palabras.

—MÍ buen Lestrade, sin duda recordará usted que durante tres años el mundo me dio por muerto, víctima junto al infame profesor Moriarty de una caída en las cataratas de Reichenbach. ¿Qué supone usted que estuve haciendo durante ese tiempo?

—Lo desconozco.

—¿Desconoce usted lo que supone? Fascinante confesión, sin duda. —Antes de que Lestrade pudiera protestar ante el malentendido, Holmes agitó la mano, quitándole importancia—. Entre otras muchas cosas me entrevisté con el Gran Lama, hablé con el Califa de Jartoum y visité La Meca disfrazado de árabe. También me introduje en el Vaticano y pude intercambiar unas palabras con el Santo Padre. Y mientras hacía esas cosas mi nombre era Sigurd Sigerson, famoso explorador noruego. El silencio cayó sobre el coche de nuevo, hasta que Lestrade lo rompió. —Bueno, usted tomó la personalidad de Sigerson, pero... Holmes meneó la cabeza.

—No había un Sigerson de quien tomar la personalidad, Lestrade; no soy ningún estúpido para arriesgarme con algo así, como usted debería saber perfectamente a estas alturas. Yo lo inventé, le di vida y forma y, con mi reaparición hace un año, fue tragado para siempre por las sombras. O eso creía yo hasta la mañana de ayer.

Doyle, que desde que Holmes hiciera la declaración de que Sigerson no existía había permanecido como petrificado, abrió ahora la boca.

—Dios mío. Sí. Lo recuerdo.

—¿Cómo? —preguntó Lestrade volviéndose a él.

—El último relato que John puso en mis manos. ¿Cómo era? "La casa abandonada". —"Deshabitada», mascullé yo por lo bajo—. Sí, allí lo leí. Debería haber caído antes en ello. ¿Cómo...?

En efecto, yo había escrito un relato sobre la reaparición de Sherlock Holmes, aunque éste no había autorizado aún su publicación ni, de hecho, lo haría hasta pasados diez años, a causa del escándalo que había rodeado las actividades del coronel Moran y su relación con algunas de las mejores familias de Londres. Sin embargo, confiando en la discreción de mi amigo Doyle y necesitado de una opinión cualificada para valorar mi trabajo, le había dejado el manuscrito hacía unas semanas.

Me di cuenta de que Holmes, mientras asentía a las palabras de Doyle, no apartaba la vista de su rostro, no supe si fascinado o divertido por lo que encontraba en él.

—Así es, mí buen doctor —dijo—. Yo ya le había comunicado a Watson mi personificación del explorador noruego, y no tiene nada de particular que él incluyera ese dato en su relato. Por otra parte es comprensible que, con sus numerosas ocupaciones, no prestara demasiada atención al nombre de Sigerson. —Holmes había recalcado el «numerosas» de un modo tan sutil que dudo nadie aparte de mí mismo se hubiera percatado de ello—. Yo de usted no me preocuparía más por ello.

Pero aquellas palabras no tranquilizaron a Doyle. Al contrario, parecía cada vez más nervioso. En lugar de fumar su grueso puro, apagado hacía un buen rato, comenzaba a masticarlo frenéticamente y el sudor resbalaba copioso por su amplia frente.

—Estúpidos —murmuró—. Cómo hemos podido ser tan estúpidos. Samuel tiene que saber...

Se detuvo de pronto, como si acabara de darse cuenta de que no estaba solo, mientras un brillo sagaz asomaba a los ojos de Holmes. Sin embargo, no dijo una palabra, conformándose con continuar su escrutinio del rostro agitado de mi agente.

En aquel momento llegamos al hotel donde Sigerson (¿de qué otra forma llamarlo, dado que ignorábamos su verdadero nombre?) se había alojado con su secretario. Era un edificio de cierta categoría, aunque no demasiado exclusivo. Cualquiera con unos ingresos medios podía alojarse bajo su techo.

Cruzamos el vestíbulo los cuatro, flanqueados por varios policías de uniforme que, sin duda, vigilaban la posible salida o entrada de sospechosos. Subimos hasta la primera planta y, al final del pasillo, entramos en las habitaciones que el supuesto explorador y su secretario habían ocupado.

Este último nos esperaba allí, junto a un funcionario de Scotland Yard al que yo no conocía, pero que saludó a Holmes con efusividad. Lo ocurrido con su patrón no parecía haber afectado al secretario, cuya medía sonrisa seguía plantada en un lado de la boca. Lestrade se dirigió al policía junto a él y le preguntó:

—¿Le ha tomado declaración, Marlowe?

—Sí, señor. ¿El señor Holmes examinará ahora la habitación?

Lestrade frunció el ceño, como si considerase inconveniente que uno de los hombres bajo su mando tratase con tal deferencia a un aficionado, pese a que conocía las capacidades de Holmes y él mismo se había visto beneficiado de ellas más de una vez. Cierto que, con el paso de los años, Lestrade había ido sintiendo cada vez más respeto hacia los métodos y habilidades increíbles del gran detective, pero no podía evitar que asomara de vez en cuando su carácter de policía oficial, receloso ante cualquier aficionado que metiera las narices en los asuntos de Scotland Yard incluso aunque, como había sido el caso en muchas ocasiones, fuera él mismo el que hubiese llamado a ese aficionado. —Si lo desea—contestó secamente.

—Con mucho gusto —respondió Holmes, con su sonrisilla mordaz, sin la menor pretensión de ocultar lo bien que se lo estaba pasando a costa de la policía oficial.

Entramos en la habitación donde todo había ocurrido. Los muebles estaban patas arriba, algunos de ellos rotos, y parecía haber sangre por todas partes. Las ventanas estaban cerradas, aunque parte del rastro de sangre iba hacia una de ellas, que daba a un patio interior.

—Curioso —canturreó Holmes mientras lo examinaba todo con su lente de aumento—. Muy curioso.

Al fin se acercó a la ventana donde terminaba el rastro de sangre. Manipuló unos segundos la manilla y lanzó una breve exclamación de triunfo.

—Muy ingenioso, Watson, mire—.Me acerqué al lugar que me indicaba.—Aparentemente la ventana está cerrada por dentro. Los pasadores están trabados, ¿no es así?

Eso parecía, al menos, y así se lo dije

—Pero no. La ventana está abierta. Observe. —La abrió sin destrabar el cerrojo—. Vea ahora los pasadores. Serrados, pero aparentemente intactos. Sí, muy ingenioso.

Se asomó a la ventana. Un grupo de enredaderas se deslizaba hacia el patio interior.

—Elemental —dijo—. Salió por aquí, sin la menor duda. Observe las enredaderas, arrancadas parcialmente. Y los rastros de sangre.

—¿Y Sigerson? —pregunté yo.

Holmes enarcó una ceja. Lo conocía lo suficiente para saber que hacía tiempo que no disfrutaba tanto con algo. Sin duda su petición de un aumento de la «calidad» de los crímenes parecía haber obtenido respuesta.

—¿Busca un cadáver, Watson? —me dijo—. No lo encontrará. Ayer califiqué a nuestro explorador de mal actor, pero es más hábil de lo que yo pensaba. Sí, él simuló todo esto, sin duda. Volteó los muebles de la habitación para dar impresión de lucha, se hizo una herida de poca importancia pero que sangrase abundantemente y luego, con su camino de huida ya preparado, salió por la ventana y se deslizó hacia el patio. Sin duda ya estaba fuera del hotel antes de que llegase la policía.

No dije nada. Evidentemente Holmes tenía razón. En aquellos momentos, el rostro poco despierto de Lestrade se asomó a la puerta. —¿Ha averiguado algo?

Holmes le indicó la ventana y le explicó lo de los pasadores serrados.

—Ya veo —dijo el policía, tratando de adelantarse a las conclusiones de Holmes y, de esta manera, adjudicarse el mérito del asunto. Mi amigo y yo Casi pudimos ver girar los pensamientos en su cabeza—. Así que el asesino lo tenía todo preparado. Entró por la ventana, que indudablemente había preparado con anterioridad. Tal vez el mismo día de esa conferencia de la que usted me hablado, por qué no; sabía que Sigerson y su secretario estarían ausentes un buen rato y tenia tiempo suficiente para prepararlo todo. Quién sabe cuáles serían sus intenciones. ¿Robo, asesinato, chantaje? Lo evidente es que luchó con Sigerson, no sabemos por qué causa pero lo averiguaremos, y durante la lucha éste resultó muerto. Por un motivo que aún no comprendo decidió llevarse el cadáver con él, lo que nos lleva a la idea de que debía ser un hombre de gran fuerza, descender por esa pared con un cadáver a la espalda no es ninguna tontería. Y eso implica también que al menos tenia un cómplice esperándolo fuera, para ayudarlo a ocultar el cuerpo y trasladarlo sin que nadie reparara en él. Un caso complejo, ¿no lo cree, Holmes?

—Sin la menor duda, Lestrade, sin la menor duda —dijo mi amigo, aunque no se refería a lo mismo que el policía.

Una expresión de perplejidad asomó al rostro de Lestrade.

—Un momento. Si usted era el verdadero Sigerson y éste sólo un impostor…

-¿Si?

—El asesino es alguien que le conocía a usted. Iba tras usted,

Holmes, no tras este pobre impostor. Quiero decir…

—Querido Lestrade, siempre sé lo que usted quiere decir. Supongo que piensa que el asesino era alguien a quien yo conocí durante mi personificación de Sigerson y que, por algún motivo, deseaba mi muerte. Pero no sabemos cuánto tiempo llevaba el falso Sigerson con su impostura. Bien pudo hacerse sus propios enemigos,

Lestrade pareció considerar la cuestión unos instantes.

—Es cierto, es cierto. Pero debemos tener en cuenta la otra posibilidad, no obstante. Nunca está de más tomar precauciones.

Al abandonar el cuarto, Holmes me susurró en voz tan baja que Casi no le oí:

—A veces tiene sus raptos de genio, el muchacho.

Sonreí apenas al comentario, mientras entrábamos en la otra habitación, donde nos esperaban Marlowe y el secretario de Sigerson. Holmes no perdió la oportunidad de hablar con él:

—No hemos sido presentados, señor —dijo.

Tanto su voz como la expresión de su rostro eran frías y perfectamente educados. Pero yo conocía mejor que nadie a aquel hombre y pude percibir un asomo de desconfianza y recelo en su mirada.

—No es necesario. ¿Quién no conoce al famoso Sherlock Holmes? Y usted sin duda es el doctor Watson —dijo el joven señalándome con un gesto de la cabeza—. Es todo un honor conocerlos, señores. Shamael Adamson a su servicio.

Nos tendía la mano, que yo estreché brevemente: fue un apretón corto y firme y no había el menor asomo de sudor en su palma. Holmes se lo había quedado mirando, con aquel brillo desconfiado en la mirada. Finalmente, estrechó también la mano del joven secretario.

—Temo que tendré que hacerle unas preguntas, si la policía no tiene inconveniente.

—Por supuesto que no lo hay, Holmes, ya lo sabe —dijo Lestrade—. Siempre hemos apreciado toda la ayuda que usted pudiera prestarnos.

Ahora que Lestrade creía haber dado con la clave de aquel asunto adelantándose al detective, era todo mieles para nosotros. Holmes ni siquiera se molestó en responder a sus palabras y se encaró directamente con Adamson:

—¿Fue testigo, aunque fuera parcialmente, de los acontecimientos?

—Apenas —dijo Adamson—. Mi habitación es ésta de aquí al lado —señaló a sus espaldas—, y este saloncito, común a ambas, la separa de la del señor Sigerson. Yo me estaba vistiendo para ir a la cena con ustedes cuando oí unos ruidos extraños, aunque bastante apagados. Confieso que al principio no les di mayor importancia. Pero se repetían, y eso me intrigó. Era como si algo muy pesado cayera al suelo y se rompiese. Luego, de pronto, creí oír un grito. No estaba muy seguro, así que salí al pasillo. El grito se repitió y me di cuenta de que venía de la habitación del señor Sigerson. Volví a entrar en mi cuarto y pasé a este salón. La puerta del señor Sigerson estaba cerrada con

llave. Intenté abrirla, inútilmente, cuando volví a oír un nuevo grito. Luego se hizo el silencio. Me lancé sobre la puerta y después de dos o tres intentos conseguí abrirla. Encontré la habitación tal y como la han visto ustedes.

—¿No tocó nada?

Adamson dudó unos instantes.

—No estoy seguro. Posiblemente sí, no me encontraba precisamente en un estado de ánimo que me permitiera pensar con absoluta claridad, especialmente desde el momento en que vi la sangre. Desde luego entré y rebusqué por la habitación, pero no hallé el menor rastro de mi patrón. Así que llamé a conserjería y les pedí que avisasen a Scotland Yard. Poco después venía el inspector Lestrade. Al decirle que estábamos citados con el doctor Doyle decidió acercarse al club.

Holmes se volvió hacía Lestrade.

—¿Consideraba sospechoso a nuestro buen doctor y quería ver si su coartada era correcta? —Su voz sonaba tremendamente divertida.

Lestrade pareció embarazado.

—Bueno... confieso que la idea se me pasó quizá por la cabeza. Aunque ya veo que no tenía el menor fundamento. Usted comprenderá sin duda, doctor Doyle, que mi trabajo, a veces, implica pensamientos desagradables sobre los demás.

Doyle le hizo una breve inclinación de cabeza aunque, por lo demás, parecía completamente ausente de todo aquello. Holmes, sin hacer caso a las disculpas de Lestrade, siguió con su interrogatorio.

—Dígame, señor Adamson, ¿cuánto tiempo lleva al servicio del señor Sigerson?

—Unos doce meses, desde que él llegó a Inglaterra. Puso un anuncio solicitando un secretario. Mi anterior patrón había decidido irse al Nuevo Mundo y yo me encontraba sin trabajo, así que respondí al anuncio, me entrevisté con él y obtuve el puesto.

—¿Notó algo extraño en él durante ese tiempo?

—Nada. Fuera de las peculiaridades de un extranjero, por supuesto. —Su sonrisa se acentuó—. Estos escandinavos son gente curiosa.

—No parece muy afectado por su muerte —intervine yo repentinamente.

Holmes me miró, sorprendido, pero no pareció que considerase inoportuna mi pregunta.

Adamson vaciló unos instantes antes de responder:

—En realidad, les confieso que no. Sentiré dejar de percibir mi sueldo, sin duda, pero el señor Sigerson y yo no llegamos a intimar demasiado. Los ingleses no somos muy dados a las efusiones, pero parece ser que los noruegos lo son aún menos. Nuestra relación era estrictamente laboral.

Holmes estaba llenando su pipa mientras Adamson hablaba. Se la llevó a la boca y la encendió con parsimonia, sin dejar de mirar al joven. Había algo extraño en la expresión de su rostro, algo que pocas veces había yo visto en él: como si se encontrase en presencia de un

tipo de criatura completamente nueva y no estuviera seguro de qué pensar sobre ella.

—¿Le probó su patrón que era quien decía ser? —preguntó al fin mi amigo.

La pregunta pareció sorprender a Adamson genuinamente.

—¿Quiere decir que podía ser un impostor? Eso es imposible. ¿Quién se molestaría en personificar a un explorador noruego, por el amor de Dios?

Parecía encontrar ridícula la idea, y lo dijo con tanta naturalidad que no pude evitar lanzar una mirada de soslayo a Holmes. Éste se mantenía imperturbable.

—Además, me enseñó... Vean, tienen que estar por aquí.

Se acercó a un armarito, abrió la puerta y de allí extrajo varias fotografías

—Véanlo ustedes mismos.

Holmes las cogió y las fue mirando una por una. De pronto, estalló en una larga carcajada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lestrade.

—Supongo que enseñaba los retratos a todo el mundo.

—Así es —intervino Doyle, saliendo de su ensimismamiento al ver las fotos—. A mí me los mostró varias veces.

—Y, por supuesto, este pretendía ser el Califa de Jartoum —añadió, mostrándonos a Sigerson junto a un hombre corpulento, lujosamente vestido a la manera oriental y con una corta barba gris. Nadie dijo nada—. ¿Creen que alguien como el Califa, un hombre santo para los musulmanes, un ortodoxo de la fe islámica, se dejaría tomar una foto, iba a posar para ella con esa tranquilidad? Eso habría ido contra el código básico musulmán en contra de reproducir la imagen humana.

Tendió las fotos a Lestrade, que las fue mirando una por una

—SÍ eso no les convence, no tienen más que recordar la crónica que Sigerson, el «verdadero» Sigerson —dijo Holmes sonriendo— hizo publicar en el Times poco después de su entrevista: el Califa no sólo era corpulento, estaba tan enormemente gordo que apenas era capaz de moverse por sí solo. ¿Quieren más? —Acercó su lente de aumento a una de las fotografías—. Fíjense en el anillo que luce el Califa en su mano izquierda. Ahora contemplen al Gran Lama, con las manos unidas en el gesto budista de oración. ¿Ven algo familiar?

Adamson echó un vistazo.

—El mismo anillo —dijo, como a regañadientes.

—Eso demuestra lo que siempre he pensado: no importa lo grande o burda que sea una mentira sí se sostiene con el aplomo suficiente. Muy interesante, desde luego.

Lestrade me tendió los retratos y yo los fui pasando. Tras los dos primeros, con el Lama y el Califa, había uno con un individuo vestido de brahmán, otro con un enorme negro, otro más con un personaje cuyo vestido de fantasía debía ser sin duda chino, y, en fin, varios más del mismo cariz. Le devolví los retratos a Adamson quien, por primera vez, parecía haber perdido su eterna media sonrisa.

—Entonces, ¿he estado trabajando todo este tiempo para un impostor?

—Eso me temo, señor Adamson. Espero que al menos sus libras fueran auténticas.

—Oh, lo eran, sin duda. Al menos nadie me las ha devuelto nunca.

Nada más se podía hacer allí aquella noche. Holmes habló unos momentos más con Lestrade y le pidió acceso a todos los papeles que se pudieran encontrar entre los efectos personales de Sigerson. Tras acceder éste nos fuimos de allí y regresamos a Baker Street. Me extrañó que no fuera el propio Holmes quien insistiera en registrar el equipaje y las ropas del falso explorador, pero sin duda ya había forjado una teoría y creía lo bastante capacitada a la policía oficial para un registro rutinario. Parecía tremendamente animado de camino a casa. Sonreía de vez en cuando y me lanzaba miradas de soslayo, como si participase de un chiste secreto que yo ignoraba.

—Ah, Watson —me dijo cuando llegábamos a nuestras habitaciones—. El mundo es un lugar sin duda interesante. El impostor de una impostura. Curioso, ¿no es cierto? Y que además se toma la molestia de fabricarse retratos que atestigüen que él es quien dice ser, alguien que jamás ha existido.

—Pero, ¿con qué propósito? —pregunté yo—. ¿Y su repentina desaparición?

—Eso es lo mejor de todo, por supuesto. ¿Su propósito? Evidentemente atraerme a él, pues, ¿quién más podría sospechar que era un impostor? En cuanto a su desaparición, confieso que me desconcierta. Sin duda me reconoció ayer durante su conferencia. Tal vez le entró el pánico y huyó. Pero no lo creo. No, hay algo más de lo que podemos ver a simple vista en todo esto. Magnífico, sí, magnífico. Desde mi regreso al mundo de los vivos hace un año apenas he encontrado nada que fuera digno de mis esfuerzos. Usted lo recordará, Watson, poco más de un par de casos y Casi no eran merecedores de que yo les prestase atención.

En realidad eran algo más de «un par de casos» y no todos ellos habían carecido de interés, pero preferí no comentar nada sobre el asunto.

—Esto, sin embargo, ah... esto es bien distinto. El señuelo ha sido mostrado, la caza empieza.

Se interrumpió de pronto. Se apoyó en la chimenea y hundió el rostro afilado, la frente apoyada en su mano huesuda y delgada. Alzó la vista al cabo de un rato y murmuró, como si hablase consigo mismo:

—Y quizá, sí, quizá... Pero no, aún es demasiado pronto para considerar eso siquiera.

Y tras estas intrigantes palabras se despidió de mí y se fue a su habitación.

Capítulo IV

Un mensaje enigmático

Lestrade hizo acto de presencia a la mañana siguiente, como Holmes esperaba. No parecía muy satisfecho del derrotero que estaban tomando sus investigaciones, y así nos lo hizo saber.

—Supongo que recuerdan a Marlowe, el joven que les presenté ayer —nos dijo mientras compartía un cigarrillo con nosotros tras el desayuno.

Holmes asintió.

—Un muchacho despierto, y posiblemente llegará alto en el Yard en cuanto se le quite de la cabeza esa manía de teorizar —siguió diciendo Lestrade—. Pues bien, ayer, después de que ustedes se fueran, se le ocurrió ir al patio interior del hotel y sacar un molde de las huellas que nuestro misterioso asesino había dejado. Sus conclusiones fueron... cómo decirlo... sorprendentes.

Holmes sonrió apenas, mientras decía, en un tono indiferente:

—Permítame aventurar de qué se trataba. Las huellas no se hundían en el suelo lo suficiente para justificar el peso de dos hombres.

—Así es —dijo Lestrade- No hace falta que diga que Casi saltó del asiento al oír la palabras de Holmes—. Pero usted no examinó las huellas.

—No era necesario, inspector. En realidad, resulta elemental. Nunca hubo en aquella habitación otro individuo aparte del supuesto Sigerson: el resto no fue más que un montaje preparado en beneficio nuestro. —Holmes asintió vigorosamente un par de veces—. Sí, sin duda, el joven Marlowe llegará lejos en la policía.

Lestrade se revolvió en su asiento, incómodo. Holmes nunca le había dedicado a él un elogio similar en todos los años que se conocían.

—Eso no es todo —dijo, tratando de sobreponerse—. En el equipaje de Sigerson, ocultos en un doble fondo de una de sus maletas encontramos varios papeles. El primero era una carta de lo más inocua, o eso parece, cuando menos. El resto... me temo que carece de sentido.

Nos mostró un puñado de cuartillas, que Holmes fue leyendo con parsimonia. Me tendió la primera, que yo tomé mientras él continuaba el examen del resto. Era una breve carta mecanografiada que decía como sigue:

Providence, Rhode lsland,
20 de diciembre de 1894

Estimado señor Sigerson:

No dudo que encontrará tremendamente útiles las páginas que acompañan a la presente. Como hombre cuyas exploraciones lo han llevado por medio mundo las hallará muy interesantes.

No son sino la transcripción directa de las inscripciones que se han hallado recientemente en un antiguo cementerio indio cercano a la ciudad. Tengo la seguridad de que su estudio se revelará como de gran trascendencia andando el tiempo.

La fama que lo acredita me ha movido a realizar una copia de las inscripciones y enviárselas. Le deseo la mejor de las suertes.

Atentamente,

WlNFlELD SCOTT LOVECRAFT

Cuanto terminé su lectura, Holmes seguía enfrascado en el examen de los otros papeles. Finalmente, me los alcanzó con su mano huesuda y yo los sostuve entre las mías. Eran tres hojas, del mismo tamaño que la anterior, y cubiertas por enormes caracteres de trazo esquemático que aquí reproduzco al lector:



Apenas eché un vistazo por encima. No soy ningún experto paleógrafo, pero no me resultó nada difícil reconocerlos.

—Por vida de... Pero esto son runas, Holmes.

—Perfecto, Watson, muy bien. ¿Y qué significa eso?

—Las supuestas inscripciones del cementerio indio no pueden ser más que una falsificación. Los nativos de América nunca han usado runas.

—O eso o nuestros antepasados célticos viajaron más en sus migraciones de lo que nadie podría sospechar, incluido cierto marino genovés. En efecto, lo que hay en estos papeles son runas europeas, sin la menor duda. Las supuestas inscripciones, por tanto, no son otra cosa que una extraña mixtificación. Y, por lo mismo, hemos de suponer que esa carta tan «inocua» de la que nos ha hablado el buen Lestrade quizá no lo sea tanto. A partir de ahí no es difícil suponer que el señor Lovecraft, si es que existe alguien de ese nombre, le ha enviado un mensaje en clave a nuestro amigo Sigerson. No es arriesgado suponer que cada runa corresponde a una letra del alfabeto latino y, como el mensaje en si es lo suficientemente largo, no tendremos el menor problema en descifrarlo, siguiendo la técnica que ya utilicé en el caso de los bailarines.

Holmes hacía referencia precisamente a un caso en el que yo

trabajaba ahora dándole forma literaria. Había tenido lugar hacía unos seis meses y todo había comenzado con lo que parecían unos dibujos infantiles en una valla, representando a unos hombrecillos en distintas posturas. Holmes se dio cuenta de que en realidad los supuestos hombrecillos eran un mensaje cifrado, en el que cada postura representaba una letra. No tardó en tenerlo descifrado, por desgracia no antes de que se consumara una terrible tragedia.

Mientras yo recordaba los detalles del caso, mi amigo tomó papel y lápiz y lenta y laboriosamente comenzó a desentrañar aquel mensaje. Lestrade lo contemplaba asombrado. Creo que el policía nunca había visto a Holmes de aquel modo, canturreando mientras iba obteniendo sucesivas versiones del mensaje y con el rostro iluminado por una expresión que casi podía ser definida como infantil. En efecto, mi amigo reaccionaba como un niño ante los enigmas y, aunque estaba seguro de que éste le parecería casi trivial, eso no le impedía entregarse a la tarea con auténtico entusiasmo.

—Veamos —nos dijo casi enseguida—. Los caracteres similares a puntos son sin duda separadores entre palabras, el equivalente a nuestro espacio, no hace falta que se lo diga. Por lo demás, resulta evidente que  es sin la menor duda la letra «E», la más frecuente en nuestro idioma, al igual que en el mensaje. Con eso ya podemos tener un primer borrador de lo que sería el mensaje descifrado. Y quizá incluso podamos aventurar alguna otra letra. Nuestro mensaje comienza con una palabra de dos letras, la primera de las cuales es la «e», como hemos visto. Tenemos varias opciones sobre cuál podría ser la siguiente: la «S», la «N» o la «L» serían quizá las más probables. Dado que el carácter  se repite con cierta frecuencia a lo largo del mensaje, podemos ir probando a sustituirlo por cada una de las letras indicadas y ver qué resultados obtenemos. Sin embargo, incluso antes de hacer eso, podemos descartar la posibilidad de que se trate de la «L», pues a lo largo del texto encontramos varias veces la combinación  y no seria muy arriesgado suponer que se trata del artículo determinado «El», uno de los artículos más comunes. Si aceptamos entonces que  es «L», podemos suponer provisionalmente que  es «S» y continuar trabajando. La A es una letra poco menos común que la «E» y vemos que el carácter  se repite a menudo en el mensaje y, al menos en un par de ocasiones, en solitario. No es descabellado aventurar que está formando la preposición «A». Al mismo tiempo, la letra  se repite en solitario varias veces, pero no aparece nunca formando parte de una palabra. ¿Podemos entonces suponer que estamos hablando de la conjunción copulativa «Y». ¿Que es «Y»? Yo creo que si. Volvamos a nuestra provisional letra «a». Vemos que varias veces aparece con el carácter que hemos definido como , lo cual nos viene de perlas, porque es fácil suponer entonces que está formando el femenino del artículo y que, por tanto,  es «la». Bien, creo que tenemos material suficiente para comenzar a descifrar algunas palabras. Concretamente,

observemos ᛗᚾᛏᚠ, de la que sólo nos falta un carácter, es decir, tenemos «ESᛏA». Parece casi elemental suponer que ᛏ es «T». Una vez con la «T» en nuestro poder nos damos cuenta de que la palabra ᛗᚾᛏᚠᚱᚠ se descifra prácticamente sola y que su penúltimo carácter tiene amplias probabilidades de ser una «R», si bien no podemos descartar que pueda ser una «B». Pero, supongamos que es lo primero y sustituyamos la letra en ᛋᛗᚱᚠ, con lo que fácilmente obtenemos la palabra «SERÁ». Creo que tenemos ya suficientes letras para arriesgarnos a descifrar parcialmente el mensaje:

ES ᛚᛖRTᚠ EL ᚹELᛁXRᚠ ᚺA ᚹASAᛗᚠ EL ᚹRᛁᚹᛚPE ᚺA ABᛗhAᛗA Y ESTA BEᛚ ᛋᚠ MIᛋTE EL AᛗAᛋEᛚER SERA AᚠHRA ᛗᚠRAᛗᚠ Y ᚠᚠᛗRAS AᚹRᚠBECHARLᚠ ᚹARA AᛚERhARTE A LA SABIᛗᚾRIA ᛗE LᚠS ᛗᚾERTOS Y ᚠBTEᛋERLA ᛗARCHARAS Eᛋ LA hE ALhAᚹA EL ᛗᚾᚹᛗᚠ ᛁᚹBERTᛁᛗᚠ hE BEᚹᛗRA A MI EᛋTᚠᚹES ASEXᚾRATE ᛗE hE ELLA LLEBE LA SABIᛗᚾRIA hᚠᛋSᛁXF LA HERMAᚹᛗAᛗ ᛗE hHEMI TE ESTARA ETERᛋAMEᛋTE AXRAᛗEᛚᛗA.

—Yo diría que nuestro misterioso mensaje está dejando de serlo. Por ejemplo, es a todas luces evidente que ETERᛋAMEᛋTE tiene que ser la palabra «ETERNAMENTE», lo que nos da dos nuevas letras muy útiles, la «M» y la «N». Sustituyéndolas en HERMAᚹᛗAᛗ obtenemos HERMANMAᛗ. ¿Seria muy aventurado suponer que se trata de «hermandad»? Yo creo que no, puesto que si ᛗ es «D», ᛗᛗ puede ser perfectamente la preposición «DE». Yo diría que el mensaje está prácticamente descifrado. Sin embargo, aún haremos una nueva sustitución general, para que ustedes puedan verlo con más claridad:

ES ᛚᛖRTᚠ EL ᚹELᛁXRᚠ HA ᚹASADᚠ EL ᚹRᛁNᛚPE HA ABDhADA Y ESTA BEᛚ Nᚠ MIENTE EL AMANEᛚER SERA AᚠHRA DᚠRADᚠ Y ᚠᚠDRAS AᚹRᚠBECHARLᚠ ᚹARA AᛚERhARTE A LA SABIDᾔRIA DE LᚠS MᾔERTOS Y ᚠBTENERLA MARCHARAS EN LA hE ALhANᛚA EL MᾔNDᚠ ᛁNBERTIDᚠ hE BENDRA A MI ENTᚠNᛚES ASEXᾔRATE DE hE ELLA LLEBE LA SABIDᾔRIA hᚠNSᛁXF LA HERMANDAD DE hHEMI TE ESTARA ETERNAMENTE AXRADEᛚIDA.

—Como ven, amigos míos, es cuestión de minutos descifrar lo que nos queda. Menos aún, en cuanto nos demos cuenta de que sólo se ha usado la letra «B» a lo largo del texto y que se han utilizado únicamente la «Z» y la «K» para representar esos sonidos, prefiriendo la fonética a la ortografía y economizando caracteres de un modo muy inteligente. Yo diría, pues, que, lo que finalmente obtenemos es...

Comenzó a escribir rápidamente, y enseguida alzó la vista y nos miró. Era evidente que la decepción asomaba a su rostro.

—Nos enfrentamos a alguien verdaderamente ingenioso. He conseguido descifrar esto, sólo para encontrar otra clave bajo las runas. Y temo que ésta sea más difícil de descifrar, aunque sin duda no imposible. Nos fue leyendo en voz alta lo que había conseguido: —«Es cierto. El peligro ha pasado. El príncipe ha abdicado y esta vez no miente. El amanecer será ahora dorado y podrás aprovecharlo para acercarte a la sabiduría de los muertos y obtenerla. Marcharás en la que alcanza el mundo invertido, que vendrá a mí entonces. Asegúrate de que ella lleve la sabiduría consigo. La hermandad de Khemi te estará eternamente agradecida.» Por supuesto, la puntuación de las frases es de mi cosecha, ya que en el original no hay rastro alguno de ellas. Sin embargo, me ha parecido la forma más lógica de separar el texto. Pero díganme, ¿qué opinan?

—Un galimatías incomprensible —dijo Lestrade. No pude menos que estar de acuerdo con él.

—Así parece —dijo Holmes—. Sin embargo, quizá un examen más atento nos podría dar algunas pistas. Hmm. Necesito reflexionar sobre esto. No quisiera parecer poco sociable, amigos míos, pero usted conoce mis métodos, Watson. Creo que me retiraré a mi habitación e intoxicaré mis pulmones durante un buen rato.

Sin más preámbulos, Holmes se incorporó. Tomó su pipa y sacó el tabaco de la zapatilla persa donde tenia por costumbre guardarlo. Con esto, y el mensaje parcialmente descifrado, entró en su habitación y no supimos más de él durante toda la mañana.

Lestrade, que ya había tenido oportunidad de ver al gran detective así en otras ocasiones, comprendió que seria inútil intentar sacarle nada más, por lo que se despidió de nosotros Casi enseguida. Yo permanecí solo el resto de la mañana, intentando continuar, inútilmente, la lectura del libro de Machen que mi amigo Doyle me había recomendado semanas atrás.

La extraordinaria cadena de acontecimientos en la que nos veíamos envueltos no dejaba descansar mi mente. Un hombre que fingía ser alguien que no sólo jamás había existido, sino que había sido inventado por Holmes para conservar la ficción de su muerte. Que mantenía una correspondencia secreta y enigmática con alguien de los Estados Unidos. Que, finalmente, fingía su propia muerte y desaparecía de escena. ¿Qué podía significar todo aquello? ¿Y qué propósitos lo animaban?

A la una, Holmes abrió la puerta de su habitación, de la que se escapaba una humareda tan espesa que parecía imposible que un ser humano siguiera vivo en su interior.

—Nada todavía —me dijo—. Sin embargo, hay algo terriblemente familiar en esta nota. Sí, terriblemente familiar. Creo que lo mejor será -que ocupe mi mente en otros asuntos y la deje descansar de éste. Intentaré llegar a algo más por la tarde. Mientras tanto, no nos quedaremos quietos en la búsqueda de nuestro amigo Sigerson. Antes de que usted se levantase le hice llegar un mensaje a mi sucio

tenientillo Wiggins. Debe estar al llegar.

En efecto. Oímos pasos en las escaleras, y la voz airada de la señora Hudson. Poco después se abría la puerta y un mozalbete sucio y desarropado entraba en nuestras habitaciones. Era Wiggins, jefe de lo que Holmes llamaba con cierta ironía «las fuerzas irregulares de Baker Street», un verdadero ejército de chavales que en más de una ocasión, como sin duda recordará el lector, le había sido de enorme utilidad a mi amigo.

En los últimos años yo apenas había mantenido contacto con ellos y, en el tiempo transcurrido, Wiggins se había convertido en un magnífico muchacho de unos dieciséis o diecisiete años. Según Holmes me había dicho (y tal y como yo mismo pude comprobar poco después), dirigía su antigua pandilla, nutrida regularmente con nuevos miembros, con verdadera mano de hierro, Casi como si se tratase de una agencia oficial de detectives o un cuerpo del ejército.

El aspecto que presentaba Wiggins aquella tarde en las habitaciones de Baker Street no resultaba precisamente agradable, si bien no me cogió por sorpresa- Un lado de su rostro estaba parcialmente desfigurado a causa de un grupo gemelo de cicatrices que, afortunadamente, parecían ir curando bien.

Unos meses atrás, en la resolución de un caso del que Holmes nunca quiso darme los detalles y mientras acompañaba a mi amigo y a la policía en una redada en el interior de un fumadero de opio de Limehouse, me encontré con el muchacho, agotado y sangrante y con la mirada perdida en un punto fijo que sólo él parecía ver. Me pregunté entonces quién habría sido capaz de marcar de aquella manera al pobre muchacho («un diablo», me contestó Holmes enigmáticamente] y, mientras le limpiaba las heridas y se las curaba del mejor modo posible, no pude evitar un estremecimiento. Es cierto que he visto, a lo largo de mi vida, suficientes mutilaciones y heridas para estar más que curtido: pero la crueldad con los jóvenes aún sigue conmoviéndome.

Durante la cura, Wiggins había balbuceado algo inconexo sobre una criatura a la que llamaba, una y otra vez, «el mandarín». Reprimí entonces mi curiosidad: en aquellos momentos mi prioridad era la salud del joven y, sobre todo, salir de aquel infame fumadero de opio donde lo habíamos encontrado. Sabía por Holmes (aunque como he dicho nunca llegó a contarme los detalles) que Wiggins y otros dos miembros de sus Irregulares se habían visto envueltos en una extraña trama alrededor de dos poetas que tenía como elemento central a cierto misterioso doctor oriental. Él había sido el responsable de marcar de aquel modo al muchacho.

Me alegró ver que las cicatrices curaban bien y que, aunque aquel lado de su rostro quedaría ya para siempre deformado, no dejarían secuelas físicas importantes. Sabía, sin embargo, que las verdaderas lesiones estaban dentro de la mente de Wiggins y no podía evitar preguntarme hasta qué punto el joven llegaría a recuperarse de las consecuencias psíquicas de sus heridas.

Wiggins me saludó con una leve inclinación de su cabeza y no pude por menos que notar que había un brillo hosco en su mirada,

algo que jamás había percibido antes en él. Holmes, como si ni la mirada de Wiggins o sus cicatrices tuvieran la menor importancia, fue al centro del asunto enseguida:

—Bien, Wiggins —dijo—. Aquí tienes vuestro sueldo de hoy. Lo repartirás entre los otros como de costumbre. Esto es un retrato del individuo que tenéis que buscar. Recuerda que puede haberse afeitado la barba, cambiado el corte de pelo, o incluso parecer más alto, más bajo, más gordo o más delgado. Os he enseñado a mirar más allá de esas apariencias, así que no me defraudéis.

Wiggins sostuvo entre sus manos sucias el retrato de Sigerson que Holmes mismo había realizado a lápiz.

—No lo haremos, señor Holmes.

—Así lo espero. Ten también esto: es el texto y las señas para un telegrama. Asegúrate de que salga hoy mismo. Ahora a trabajar. Me informaréis a mi personalmente o, si yo no estoy, al doctor Watson. Vamos.

Wiggins vaciló unos instantes y me miró de un modo que resultaba Casi tímido.

—¿Y bien? —preguntó Holmes—. ¿Deseas algo más?

El joven carraspeó.

—Quería darle las gracias al doctor Watson —dijo al fin—. Por haberme... En fin, ya saben a qué me refiero.

Holmes se encogió de hombros, como si todo aquello no fuera con él. Apenas pude evitar una maldición ante el comportamiento de mi amigo, tan falto de empatía y comprensión para las necesidades de los demás. Sin embargo, en aquellos momentos, me importaba más Wiggins.

—No tuvo la menor importancia —dije—. Me alegra ver que las heridas han curado de forma satisfactoria.

—Gracias a usted —añadió Wiggins.

Holmes encendió su pipa, ligeramente impaciente ante aquella escena que se desarrollaba ante sus ojos y que no le atañía en absoluto.

Entretanto, me acerqué al joven y contemplé más de cerca la parte deformada de su rostro. Las cicatrices habían cerrado bien, aunque Wiggins siempre conservaría su huella pálida y tensa, pero me pareció que, pese a las marcas, el rostro del muchacho no había perdido atractivo. En cierto modo siniestro, incluso se podía decir que lo había ganado. Claro que era Wiggins quien tenía que pensar eso, no yo.

Terminé el examen de su rostro y asentí.

—Si, sin duda han cerrado magníficamente —comenté.

Wiggins no respondió nada. Se limitó a asentir con la cabeza. Luego, dio media vuelta y echó a correr escaleras abajo, mientras yo me volvía hacia Holmes dispuesto a reprocharle su falta de consideración hacia los sentimientos del muchacho.

—No soy el monstruo que usted cree, Watson --dijo mi amigo, adelantándose a mis palabras—. Pero si queremos que Wiggins llegue a curarse, cuanta menos atención prestemos a su estado, mucho

mejor.

No estaba del todo de acuerdo con aquellas palabras, pero me abstuve de comentar nada al respecto.

Siempre me pareció sorprendente la influencia que Holmes demostraba tener sobre aquellos chicuelos que, con cualquier otro adulto, se habrían mostrado insolentes y arrogantes. Mi amigo, sin embargo, parecía fascinarlos, y obedecían todas sus órdenes sin rechistar, como si vinieran de la más alta autoridad que pudieran concebir. Así que es bien posible que la actitud de Holmes, el fingir que no había nada extraño en el rostro de Wiggins, fuera beneficioso para el muchacho, habida cuenta del modo en que él y todos los Irregulares aceptaban la palabra del detective casi como si fuera una suerte de ley sagrada.

Andando el tiempo me enteraría de que la relación de Sherlock Holmes con aquellos jóvenes era más profunda de lo que yo podía pensar y que, de hecho, el detective había instituido un fondo destinado a su educación. En el momento en que escribo esto, Wiggins —bajo otro nombre— es un alto funcionario de Scotland Yard cuyos éxitos, siguiendo los métodos que Sherlock Holmes le enseñó, maravillan al mundo. Bien es cierto que su único y notorio fracaso lo atormenta en privado, pero temo que Wiggins ha heredado de mi amigo su obsesión por la perfección, aunque no su carácter desapasionado.

—Bien, Watson —me dijo Holmes, una vez que consideró que la conversación había llegado a su fin—. Y ahora veamos qué excelentes manjares nos ha preparado la señora Hudson.

CAPÍTULO V

PERIODISTA Y ESPADACHÍN

Tras la comida, Holmes se entretuvo con uno de sus precipitados químicos. Algo, sí mal no recuerdo, referente a un nuevo tipo de anestésico. Canturreaba en voz baja mientras combinaba ingredientes tan variopintos como de mal olor, y parecía completamente absorto del resto del mundo. Yo no dudaba, sin embargo, de que mientras trabajaba en aquella tarea trivial, su mente formidable se adentraba en la resolución del misterio en el que nos habíamos visto envueltos. Mientras tanto, mi memoria se entretuvo en repasar otros casos en los que la clave hubiera girado alrededor de un trastrocamiento de identidades: de ellos, quizá el más interesante y el más terrible en apariencia, aunque luego se había revelado como completamente trivial era, sin duda, el del hombre del labio retorcido; y estaba también el que había narrado precisamente con el titulo de "Un caso de identidad". Por otro lado, tenía notas referentes a casos de Holmes en los que determinadas personas habían simulado su muerte, como el espantoso asunto que giró alrededor de la herencia de los Smith-Mortimer, cuyos detalles temo no poder dar ni siquiera hoy a la luz pública, o el del constructor de Norwood, en el que nos habíamos visto involucrados a finales del año anterior. Sin embargo, tenía la extraña sensación de que ninguno de aquellos casos guardaba parangón con aquél que ahora investigaba mi amigo, de que había algo que hacía este asunto completamente distinto a todo cuanto yo había visto al lado de Holmes.

Hacía tiempo que no veía a mí amigo tan fascinado ante una tarea, si es que ésa es la expresión correcta: sus ojos brillaban, su cuerpo bullía de actividad, en ocasiones parecía a punto de estallar de pura alegría, como si alguien acabara de dejarle en el regazo el más encantador de los rompecabezas o estuviera dando los primeros pasos dentro del más intrincado de los laberintos. En aquellos tiempos lo que hoy se conoce como psiquiatría era poco más que una protociencia que buscaba su camino a tientas entre el empirismo y la pura superstición. Freud y otros la han acercado al estado de la verdadera ciencia y, si bien aún tiene mucho camino que recorrer, no dudo que andando el tiempo se revele como tremendamente útil, al igual que peligrosa, como ocurre con todo descubrimiento de importancia. Estoy seguro de que los psiquiatras actuales se sentirían fascinados con una personalidad como la de Holmes, con esa apariencia de frialdad, ese ego prácticamente inabarcable, esos raptos de entusiasmo Casi infantil, los breves pero intensos momentos en que su verdadera personalidad, afectuosa y leal, salía a la luz. Siempre me he preguntado cómo lo habría catalogado Freud de haberlo conocido. En realidad, siempre me he preguntado si Freud habría podido catalogarlo, sí la

personalidad desbordante de mi amigo no habría sido, tal vez, demasiado inclasificable para acomodarse con facilidad en las cajitas de personalidad en las que trataba de meternos a todos el psiquiatra austriaco.

Sin duda los años me han jugado una mala pasada. Siempre he sido un narrador directo y conciso, pero a medida que transcurre el relato me resulta más difícil sujetar mi propia mente e impedir que ésta divague. No quisiera parecer uno de esos horribles novelistas, tan de moda actualmente, que consideran el argumento y la trama como trivialidades que no merecen su atención. Volvamos pues a nuestra historia.

Hacia las cuatro y media oímos sonar la campanilla de la puerta principal. La señora Hudson la abrió e intercambió unas palabras con el recién llegado, quien enseguida subía las escaleras hacia nuestras habitaciones. La puerta se abrió para dejar paso a un individuo bajo y delgado, de vestiduras elegantes aunque austeras y ademanes medidos al que reconocí inmediatamente como al periodista Isadora Persano. Su mano derecha sostenía como con descuido el bastón cuyo interior hueco ocultaba el afilado estoque que había hecho que su fama como esgrimista no fuera inferior a la que tenia como reportero. Nos saludó con una vocecita aguda que, sin embargo, tenía cierto poder oculto, y nos miró como retándonos a que nos atreviéramos a reírnos de su voz, su apariencia, o incluso de su extraño nombre, más adecuado para una mujer que para un varón.

—Lo supongo investigando la desaparición del señor Sigerson —dijo tras las presentaciones.

Holmes asintió, mientras le indicaba que tomase asiento.

—Así es, señor Persano. Y veo que usted está también interesado en el asunto.

El periodista se sentó y esbozó una sonrisa desganada.

—Sin duda me vio el otro día en la conferencia. En efecto. Entre otras cosas me interesa porque nunca ha existido nadie llamado Sigerson.

Holmes se reclinó en su asiento, entrelazó las manos y apoyó en ellas la barbilla.

—Siga hablando, por favor —dijo.

—Sigurd Sigerson apareció de la nada hace cuatro años y se hizo repentinamente famoso por haber conseguido entrevistar al Gran Lama en el Tibet. Más tarde descendió a la India y habló con algunos de los brahmanes y santones más importantes. No contento con eso, se atrevió a pasar al mundo árabe, contemplar la piedra negra de La Meca y tener unas palabras con el Califa de Jartoum. Finalmente regresó a occidente y, si mis contactos no se equivocan, tuvo acceso al Vaticano y a la persona del Papa. Después se esfumó de repente. No hay datos sobre él durante más de año y medio. Mis fuentes me han hablado de alguien con el mismo nombre que estuvo un tiempo en unos laboratorios de Montpellier, investigando ciertos asuntos relacionados con la fabricación del alquitrán. Pero sin duda debe tratarse de otro hombre. En cualquier caso, hace unos once meses

apareció en Londres, salido de ninguna parte y proclamando que había estado investigando las costumbres de los bosquimanos de África Lo cierto, sin embargo, es que ninguno de los barcos que llegan a nuestras costas procedentes del continente negro lo incluía en sus listas de pasajeros. Bien pudiera haber hecho una escala previa en Europa, pero tampoco había rastro de él en los navíos que cruzan el Canal. En otras palabras, nadie de ese nombre entró en Inglaterra durante el pasado año.

—Todo eso es muy interesante, pero no veo en qué se basa para afirmar que Sigerson es un impostor. Persano sonrió con un lado de la boca.

—Es algo mucho más que eso, señor Holmes y usted lo sabe muy bien. Los primeros rumores sobre el supuesto explorador escandinavo llegaron a nuestra ciudad seis meses después de que a usted se le hubiera dado por muerto. ¿Le sorprendería saber que los rumores se originaron en un extraño club de Pall Mall llamado Diógenes del que cierto Mycroft Holmes es miembro fundador?

Persano asintió con solemnidad y dejó escapar una risita Casi imperceptible.

—No, ya veo que no le sorprende lo más mínimo. Durante Casi dos años, las noticias sobre Sigerson llegaron de todo el mundo, siempre alentadas, como ya le he dicho, por su hermano. De pronto se desvanece en la nada. Y he aquí que usted reaparece hace once meses y, por esas mismas fechas, un supuesto Sigurd Sigerson llega a Londres. La conclusión, como usted mismo diría, es elemental. Usted inventó a Sigerson y lo utilizó para mantener la ficción de su muerte. Pero el explorador noruego que llegó a Inglaterra hace un año o, mejor dicho, que afirmó haber llegado entonces, no era usted, no tenia la menor relación con usted y me atrevería a aventurar que usted desconocía su existencia hasta que anunció su conferencia sobre los bosquimanos en el Antropos Club.

Holmes miraba a Persano con un asomo de admiración en los ojos. Yo mismo estaba sorprendido ante lo penetrante de sus conclusiones. Había oído hablar ya de aquel joven periodista y había tenido ocasión de leer algunos de sus incisivos artículos, pero su personalidad e inteligencia, pese a su aspecto infantil y algo amanerado, sobrepasaban cuanto había oído decir.

—Como usted ha dicho, señor Persano, sus conclusiones eran elementales. Ahora me haría usted un enorme favor si me dijera por qué está tan interesado en nuestro explorador desaparecido.

Persano sonrió de nuevo y, sin contestar todavía, sacó papel y tabaco y comenzó a liar un cigarrillo. Encendió un fósforo con la uña, enormemente larga, de su dedo pulgar y, tras expulsar el humo con evidente satisfacción, dijo:

—Últimamente me he visto involucrado en una serie de acontecimientos que no vienen al caso, pero que me han llevado a interesarme por algunas sectas ocultistas, principalmente por la llamada Amanecer Dorado, ya que tiene la particularidad de aglutinar a algunas de nuestras mejores y más conocidas mentes literarias...

entre otras cosas no tan... ¿cómo lo diríamos,..?, inofensivas. Investigando el tema, encontré que nuestro amigo Sigerson había entrado en contacto con ellos, revelándose como miembro de una hermandad afín (aún no he conseguido descubrir cuál) y había trabado gran amistad con el Gran Maestre de la secta, el señor Mathers, un individuo curioso en extremo, por cierto, una suerte de eminencia gris que, sin embargo, se las ha apañado bastante bien para pasar a primera fila y resistir la luz pública. Como no dudo que usted sabe, él fue el creador de Amanecer Dorado junto al doctor Woodman y el que hasta hace poco era su Gran Maestre, William Wynn Westcott, que no pasaba de ser un títere vistoso, lleno de ambición pero sin el suficiente cerebro para lograr sus objetivos. Sin embargo, tanto a Woodman como a Mathers les resultó útil en su momento: al fin y al cabo, siempre es conveniente tener un figura de paja bien visible hacia la que puedan ir dirigidas las iras del público o el brazo de la ley. Así que me resultó sorprendente que hace cuatro años, en París, Mathers decidiera convertirse en una figura pública y tratara de hacerse con el control efectivo de Amanecer Dorado, cosa que no tardó demasiado en conseguir. Como he dicho, eso fue hace cuatro años, en 1891, y quizá no le sorprenda, señor Holmes, si le digo que ese mismo año empezó a circular un rumor más bien inquietante entre el mundo ocultista. ¿O sí le sorprende?

Holmes enarcó una ceja.

—Nada de lo que ha dicho hasta ahora me sorprende, señor Persano.

El periodista sonrió.

—Claro, cómo podría ser de otra forma. En los últimos meses el poder de Mathers en la orden ha ido aumentando cada vez más, hasta el extremo de que prácticamente todos aquellos que se le oponían han sido acallados o expulsados. En cierto modo resulta sorprendente: como ya he dicho, Mathers no es de los que gustan de la luz pública, por lo que tiene que haber habido algo que lo haya obligado a obrar de ese modo. De hecho, ni siquiera estoy seguro de que el hacerse con el control haya sido idea suya.

—Y usted sospecha que, al igual que lo fue Westcott en su momento, Mathers es ahora un hombre de paja.

—No, señor Holmes, no llego a tanto. Su carácter es demasiado fuerte para considerar algo así. Sin embargo, sí que me atrevería a decir que está siendo... iba a decir manipulado, pero dejémoslo en influido por alguien externo. Alguien que, curiosamente, no pertenece aún a Amanecer Dorado y que, más sorprendentemente aún, era poco más que un chiquillo cuando Mathers salió a la luz pública hace cuatro años.

—Quizá no tan sorprendentemente, si de quien estamos hablando es del señor Crowley —dijo Holmes.

Persano asintió, pero vi que lo hacía como a regañadientes, chasqueado porque el detective se le hubiera adelantado.

—En efecto. Como he dicho, aún no es miembro de la secta, pero ronda a Mathers como las rémoras a los tiburones y no me

sorprendería que acabara haciéndose con el control de Amanecer Dorado, o al menos intentándolo, en un audaz golpe de mano. El joven señor Crowley es, me atrevería a decir, un individuo Casi tan extraordinario como usted. E igual de enigmático, si me permite el comentario. En cualquier caso, todo esto no hace al caso, o al menos tiene poco que ver con el motivo por el que he venido a verlo, señor Holmes.

El detective miró a Persano con cierto escepticismo. El periodista, sin inmutarse, continuó hablando:

—Como comprenderá, no pude evitar preguntarme cuáles serían los motivos de un explorador como Sigerson para interesarse por las actividades ocultistas, por qué alguien que dedica su vida a descubrir nuevos territorios para que los europeos podamos posar nuestra zarpa sobre ellos y esquilmarlos de cuanto tengan de valor se podía sentir atraído por las... «potencias», como tan pomposamente las define el señor Mathers. Así que intenté investigar el pasado de Sigerson. Las conclusiones que alcancé ya se las he expuesto, caballeros.

—Tiene usted una mente aguda, sin la menor duda, señor Persano —dijo mi amigo—. Pero le recomendaría que nos lo dijese todo.

El periodista pareció ofendido. Su mano se crispó apenas alrededor de la empuñadura de su bastón.

—No sé a qué se refiere —dijo con frialdad.

—Mi querido joven, es usted un iluso si ha venido aquí con la pretensión de sacarme información sin darme nada a cambio. La asociación de Sigerson con Amanecer Dorado no me era del todo desconocida. Si quiere que lo ayude en su investigación tendrá que decirme alguna cosa más.

Persano se incorporó en su asiento, mientras lanzaba la colilla de su cigarrillo a las llamas de la chimenea en un gesto de rabia.

—¿Ayudarme en mis investigaciones? Soy yo quien puede ponerlo a usted en la pista correcta, señor Sherlock Holmes, gran detective de detectives. Pero ya veo que es demasiado orgulloso para aceptar ayuda de los demás.

—¿De veras? Yo podría decir lo mismo de usted.

—Creo que esta conversación es inútil. Buenas tardes, caballeros.

Alcanzaba ya la puerta cuando la voz de Holmes le detuvo:

—Señor Persano, recuerde que es peligroso buscar la sabiduría de los muertos.

Sus escuálidas espaldas se estremecieron levemente.

—Quizá ya no lo sea, señor Holmes —dijo.

Luego, sin añadir una palabra más, salió de la habitación. Casi no pude esperar para volverme a Holmes e interrogarle.

—¿De veras sabía que Sigerson tenía relación con esa secta?

—Por supuesto, Watson. Lo sospeché durante la conferencia. Y usted mismo, por no mencionar al doctor Doyle, fue tan amable de confirmar mis sospechas.

—¿Yo? No lo entiendo.

—A menudo le he dicho que ve pero no observa, mi querido

amigo. ¿Qué le dijo el doctor Doyle cuando habló con usted la otra tarde? Que Sigerson y él compartían ciertas aficiones comunes de naturaleza esotérica. ¿Qué murmuró cuando supo que Sigerson era un impostor? :«Estúpidos. Cómo hemos podido ser tan estúpidos. Samuel tiene que saber...» A quiénes se podía referir sino a los miembros de su secta, que le habían abierto las puertas a Sigerson sin sospechar su fraude. Y. por supuesto, Samuel no es otro que Samuel Liddell Mathers, como bien apuntaba el señor Persano, y recuerde que lo vimos al lado del doctor Doyle durante la conferencia, siempre acompañado del servil señor Crowley, sin duda intrigando en la sombra y tratando de hacerse un huequecito en la cumbre.

—Confieso que ninguno de esos nombres me resulta conocido.

Holmes se encogió de hombros.

—Ya lo supongo, Watson. Pese a la reciente notoriedad del señor Mathers, ésta aún no ha trascendido más allá de los círculos ocultistas. Por lo que he podido saber fue uno de los fundadores de Amanecer Dorado (o quizá debería decir, uno de los re-fundadores de la orden, ya que ésta lleva existiendo, bajo un nombre u otro, desde hace siglos), junto a William Wynn Westcott, antiguo francmasón, y el doctor Woodman. Al principio fue Westcott la cabeza visible de la secta, pero en 1891, Mathers afirmó en París que había entrado en contacto directo con las «potencias» en el Bois de Boulogne y que éstas le habían transferido ciertos secretos, además del poder.

Holmes sonrió al ver mi escéptico arqueamiento de cejas.

—Sí, Watson, sé que todo esto le resulta ridículo. Pero le aseguro que son muchos, cada vez más, los que lo toman en serio. Incluyendo algunos de los más renombrados representantes de nuestra clase intelectual. En cualquier caso, Mathers afirmó que las potencias lo habían investido con la autoridad suprema y que le habían confiado la dirección, en solitario, de Amanecer Dorado. Westcott sigue perteneciendo a la orden, aunque no creo que tarde mucho en dimitir o ser expulsado. En cuanto al doctor Woodman, ha muerto, así que no hay obstáculos dignos de mención en la ascensión de Mathers. En lo que se refiere a Crowley... bien, habría mucho que decir sobre ese notable joven. Aún no ha cumplido los veinte pero su nombre, si bien desconocido para Casi todos, está empezando a sonar con fuerza en los oídos adecuados. No creo que su paso por Cambridge vaya a ser otra cosa que fugaz. No, sus ambiciones lo llevarán por otros derroteros. Me parece que Persano está en lo cierto cuando afirma que es suya la influencia que ha hecho decidirse a Mathers a salir de las sombras y regir en solitario los destinos de Amanecer Dorado, lo cual es notable si tenemos en cuenta que por aquel entonces no contaba con más de dieciséis años. Desconozco la naturaleza exacta de su relación con Mathers pero, en cualquier caso, dudo que sus propósitos sean altruistas y no me sorprendería que, en unos años, el joven y talentoso Crowley intente sustituir a su mentor como dirigente de la secta.

Como había dicho Holmes, todo aquello me parecía ridículo. Un hombre culto como Doyle, un científico, inmerso en una pamplina

como aquélla. Apenas lo podía creer. Años más tarde comprendería mejor la veta de irracionalidad oculta en el carácter de Doyle cuando, a raíz de la muerte de su hijo, se volviera un apasionado de la comunicación con el más allá, y en un ardiente defensor de cualquier autoproclamado médium, por más evidentes que fueran sus supercherías, por no mencionar sus ridículas pretensiones de fotografiar el mundo de las hadas. En aquel momento, sin embargo, sólo podía experimentar incredulidad ante las palabras de Holmes.

—¿Doyle... en una secta ocultista? —pregunté.

—Es el pasatiempo de moda entre buena parte de nuestra clase intelectual, Watson, ya se lo he dicho. Yeats, ese Machen al que tanto lee usted últimamente, Stoker... Todos ellos son miembros de Amanecer Dorado. Y también lo es su agente literario, créame. Hace tiempo que lo sospechaba.

Si Holmes lo decía, por fuerza tenía que ser cierto. Y pese a todo, no conseguía aceptarlo. El más allá es un pasatiempo adecuado para niños, criadas o cocheros, no para hombres ilustrados y racionales.

—Me resulta difícil de creer.

Holmes me miró con simpatía, antes de encogerse de hombros y decir:

—Las evidencias son incontrovertibles, Watson.

—Lo acepto si usted me lo asegura tan firmemente, por supuesto. Pero en realidad me sorprende que le interesen esos asuntos, Holmes.

El detective enarcó una ceja, divertido ante mi comentario. Con parsimonia, vacío la pipa y procedió a limpiarla.

—Usted sabe, mi querido amigo, que mi profesión de detective consultor me lleva a veces a interesarme por lo más diverso. Y, si lo piensa un poco, se dará cuenta de que una secta ocultista puede ser la tapadera perfecta para una organización criminal. Hasta donde he podido averiguar, no es el caso de Amanecer Dorado, pero para llegar a esa conclusión tuve que investigarla primero.

Permanecí en silencio unos minutos, tratando de asimilar todo aquello. De pronto, una idea se coló en mi mente.

—Persano habló del año 1891 varias veces. Usted mismo lo ha mencionado al hablarme de cómo Mathers se hizo con el control de la secta. Y ése fue el año en que usted acabó con la organización de Moriarty.

Holmes asintió vigorosamente.

—¡Bien, Watson! Aún no pierdo la esperanza de hacer de usted algún día un detective. En efecto, durante los meses que empleé en conocer a fondo la organización del profesor también estuve ocupado en averiguar sus vinculaciones con otros entornos. La pista del ocultismo resultó ser improductiva para lo que me proponía entonces, pero mientras tanto me permitió adquirir ciertos conocimientos que, como ve, no nos están siendo del todo inútiles.

Asentí, tratando de ocultar el placer que me producía el halago de Holmes. De pronto, recordé las palabras con las que había despedido a Persano.

—¿Qué quiso decir con eso de la «sabiduría de los muertos»? Estaba en el mensaje cifrado que nos llegó ayer, ¿no es así?

—En efecto, Watson. Y lo que quise decir es que ha llegado la hora de que visitemos al doctor Doyle para que se franquee con nosotros. Usted conoce sus costumbres. ¿Cree que nos recibirá ahora mismo?

Consulté mi reloj. Pasaban apenas de las cinco y diez de la tarde.

—Un poco intempestivo: a Arthur no le gusta recibir a nadie pasada la hora del te. Pero si es realmente importante no creo que haya problemas.

—Lo es. Ea, Watson, vamos al trabajo.

CAPÍTULO VI

UN LIBRO DESCONOCIDO

El doctor Doyle estaba trabajando en su estudio, enfrascado en uno de sus escritos (más tarde sabría que éste no era otro que su ambiciosa novela *La compañía blanca),* cuando su criada nos hizo pasar. Sonrió al verme y consiguió mantener la sonrisa en los labios al ver a Holmes. Nos estrechó las manos y nos ofreció puros y brandy. Llegó incluso al extremo de preguntarnos si deseábamos acompañarlo en la cena. Holmes no esperó más y se lanzó inmediatamente al ataque.

—Veo que ya ha sido aleccionado por sus superiores para que nos dé coba e intente sacarnos toda la información que pueda. No es que me sorprenda: el señor Mathers ya ha demostrado otras veces que sabe ser un hombre de acción cuando hace falta y que tiene los reflejos necesarios para reaccionar adecuadamente ante lo imprevisto. Así que no dudo que sus instrucciones habrán sido detalladas y cuidadosas. Dígale, mi buen doctor, que Sherlock Holmes no es un pájaro fácil de desplumar.— Doyle empezó a sudar casi al instante.

—No... no sé de qué me habla.

—Le hablo de su pertenencia a Amanecer Dorado, por supuesto. La carcajada de Doyle fue tan estentórea como falsa. Confieso que hasta aquel mismo momento no había aceptado del todo lo que Holmes me había contado. Pero la reacción de Doyle ante las acusaciones de Holmes no me dejaba más opción que creerlo.

—¿Yo en una secta ocultista? Por Dios, Holmes, no sea ridículo.

—Por favor, doctor Doyle, no juegue conmigo. No me gusta que insulten mi inteligencia. Usted pertenece a Amanecer Dorado, lo mismo que su amigo Stoker y ese retorcido poeta irlandés. Sigerson llegó a ustedes, aún no sé cómo, y afirmó ser miembro de la francmasonería egipcia, con la que su secta, a través de su fundador, mantiene ciertas relaciones de afinidad desde hace tiempo. Conocía los símbolos y los rituales, así que le abrieron las puertas y lo admitieron como uno más. Supongo que incluso estaban orgullosos. Amanecer Dorado no sólo incluía las plumas más fértiles y brillantes de Inglaterra, sino a los exploradores e investigadores más famosos mundialmente. Qué golpe de efecto, ¿verdad? Me atrevería a decir que el señor Sigerson trabó gran amistad con su Gran Maestre, y que estaba tremendamente interesado por su grimorio.

Doyle sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó el sudor, cada vez más copioso, que resbalaba por su rostro. Tragó saliva y resultó evidente que le costaba un gran esfuerzo. Al fin pudo decir.

—¿Grimorio? No sé de qué...

—Veo que me está obligando a hacer todo el trabajo, doctor. Sea, pues. Hablo del libro escrito por Abdul Yasar Al-Hazrid, *Al* Azi/en

árabe, el *Necronomicon* en latín, o el *Libro de lo que dicen los Espíritus del Desierto* según la traducción castellana más famosa. ¿Necesita más datos?

—Eso es ridículo, Holmes. Usted sabe que no existen pruebas de la existencia de ese libro, que se trata de poco más que un rumor descabellado que ha ido creciendo descontroladamente con el correr de los siglos. Es más, aún aceptando que el libro no fuera una quimera —iba cobrando fuerzas a medida que hablaba—, ¿cómo podríamos nosotros tener acceso a él?

—Le hago notar que al hablar de nosotros reconoce tácitamente su filiación a Amanecer Dorado. En cuanto a cómo tuvieron acceso a él, diría que les fue legado por su fundador, el doctor John Dee. Supongo que habrá ido pasando de Conservador en Conservador durante todos estos años. Y no, no me venga —añadió Holmes alzando una mano— con que Amanecer Dorado es de reciente creación. Su nombre puede haber cambiado a lo largo de los siglos: sus propósitos sin duda se han mantenido.

La respiración de Doyle era un jadeo incontrolado. Llegué a temer por su corazón. Lentamente se fue tranquilizando, aunque se nos hizo evidente que le costaba un gran trabajo. Se incorporó en su asiento, estuvo a punto de tropezar e inició un paseo frenético e indeciso de un lado a otro de la habitación, como si estuviera decidiendo el rumbo a emprender. Al fin se detuvo. Inspiró profundamente, volvió a sentarse y, sin atreverse a mirar a Holmes cara a cara, dijo:

—Veo que es inútil. Ignoro cómo se ha enterado, aunque conozco sus diabólicas astucias a través de los escritos de John. Pero eso no importa ahora. Todo lo que ha dicho es cierto, en esencia, aunque tenga en cuenta que negaré haber mantenido esta conversación, llegado el caso. ¿Qué es lo que quiere de nosotros?

En el momento del triunfo Holmes decidió mostrarse magnánimo. Había obtenido lo que deseaba: ahora llegaba el momento de curar las heridas.

—Ayudarlos, créame, nada más. Si estoy en lo cierto, el propósito de Sigerson es apoderarse de su grimorio y llevárselo a los Estados Unidos, de donde sin duda procede nuestro falso explorador. No me interesan las prácticas ocultistas de ustedes, pero tengo razones para creer que Sigerson no se detendrá ante nada con tal de obtener el libro. Quiero evitar las muertes que todo esto pueda ocasionar. Y usted y yo sabemos que si nuestro hombre quiere el libro sólo puede ser por un motivo. Les conviene ayudarme todo lo que puedan, a usted y a su secta, doctor.

Doyle asintió lentamente, como si aquel gesto le costara un terrible esfuerzo.

—De acuerdo. Dígame lo que desea.

—Una entrevista con su Gran Maestre, el señor Mathers. En realidad es con su Conservador con quien deseo hablar, pero es mejor que hagamos las cosas paso a paso. Mantengamos las formas y la cortesía.

—¿Ahora mismo?

—Tan pronto como sea posible.

Doyle meditó unos instantes. Al fin asintió vigorosamente.

—Muy bien. De acuerdo. Hoy será difícil, pero intentaré verme con el señor Mathers después de la cena, creo que eso podré arreglarlo. Y trataré de que nuestro Conservador lo reciba mañana por la mañana. ¿Le satisface eso?

—Completamente. Bien, doctor Doyle, no lo entretendremos más. Volvamos a Baker Street, Watson.

Salimos de la casa, dejando en ella a Doyle. Vi su figura abatida mientras nos íbamos, encendiendo un grueso cigarro y con las comisuras de la boca temblándole ligeramente.

—¿Cómo supo todo eso? —le pregunté a Holmes mientras el coche nos llevaba de vuelta a nuestras habitaciones.

—El mensaje, Watson, el mensaje que descifré parcialmente. Ahí tenemos la clave para atrapar a nuestro hombre, sin la menor duda. Fue un descuido por su parte dejarlo en un lugar al que yo pudiera tener acceso. Y, francamente, es un descuido sorprendente a poco que lo pensemos: porque en todo lo demás nuestro amigo ha sido tremendamente cuidadoso. Hmm. Es algo sobre lo que merece la pena pensar con más detenimiento. Pero en todo caso la primera pista estaba muy clara: «el amanecer será ahora dorado», una evidente referencia a la secta de su amigo el doctor Doyle. Nuestro hombre entró en contacto con ella buscando «la sabiduría de los muertos». Eso sólo podía ser el grimorio de la orden, que yo sabía que era *Al Azif*, entregado a Amanecer Dorado por el hombre que la fundó hace tres siglos.

—¿John Dee? ¿El astrólogo de la reina Isabel I?

—El mismo, Watson. Volvamos al mensaje. Éste finalizaba afirmando que «la hermandad de "Khemi" le estaría eternamente agradecida. Esa hermandad sólo podía ser otra secta ocultista, y la referencia a Khemi, uno de los muchos nombres de Egipto, me trajo enseguida a la memoria a la francmasonería egipcia, una escisión de la masonería tradicional que ha tenido un gran auge en los últimos años en los Estados Unidos, y que se ha vuelto hacia determinadas formas de misticismo y ocultismo. Si a eso unimos que Westcott, uno de los refundadores de Amanecer Dorado, fue francmasón, verá que era trivial llegar a las conclusiones que he alcanzado.

—Entonces ya tiene completamente descifrado el mensaje.

—Aún no. Está la referencia a que nuestro amigo marchará en la que alcanza el mundo invertido. Sin duda está hablando de la forma que Sigerson usará para huir de Inglaterra o, como mínimo, hacer que el libro, una vez obtenido, llegue hasta Norteamérica. Pero ignoro todavía cuál puede ser. No se preocupe, lo averiguaré.

Yo no lo dudaba. Había visto a mi amigo en otras ocasiones enfrentado a problemas con peor aspecto y siempre había acabado solucionándolos. Casi llegábamos a Baker Street cuando recordé algo.

—¿Y esa referencia al príncipe que ha abdicado y que ya no miente? ¿La ha descifrado también?

Algo refulgió apenas en lo más profundo de sus ojos. Permaneció en silencio unos instantes, como si dudase de lo que debía decirme.

—Ah, Watson. Ahí ha puesto usted el dedo en la llaga. ¿Descifrarla? Quizá sí. ¿Creer lo que afirma? Eso es otra cuestión.

Iba a preguntarle qué quería decir con eso cuando me di cuenta de que alguien nos esperaba frente al 221 B. No me costó mucho reconocer a Marlowe, el joven policía con el que habíamos trabado contacto en las habitaciones de Sigerson.

—Señor Holmes, doctor Watson. Los esperaba —nos dijo en cuanto nos hubimos bajado del coche—. Me envía el inspector Lestrade. Se ha encontrado en el río un cadáver que podría ser el de Sigerson.

Capítulo VII

Un caso de Identidad

Lestrade nos esperaba en la Morgue. Parecía serio y pensativo, pero había en sus ojos una mezquina mirada de triunfo que no conseguía ocultar del todo. En efecto, en cuanto nos vio, no pudo evitar decir:

—Parece que esta vez usted y Marlowe se han equivocado, Holmes. Sigerson fue asesinado en esa habitación y su asesino se llevó el cadáver con él. Sin duda tiene que haber otra explicación para que las huellas en el jardín fueran tan livianas.

—Es posible, Lestrade. Nadie está libre de error. ¿Puedo ver el cuerpo?

El policía asintió y nos hizo pasar al interior de la Morgue. El forense salía en aquellos momentos y Holmes lo interrogó brevemente. La causa de la muerte había sido la pérdida masiva de sangre producida por una herida en la muñeca que había abierto la arteria de forma longitudinal.

—Pero eso no es lo más curioso —le dijo a mi amigo—. Usted mismo lo podrá ver.

Con estas enigmáticas palabras se despidió de nosotros, encasquetándose el sombrero y saliendo a la húmeda noche.

Aún no habían guardado el cuerpo, y éste permanecía sobre la mesa de operaciones, cubierto por una sábana no demasiado limpia. A su lado, en otra mesa, había un montón de ropas y objetos personales que seguramente habían pertenecido al cadáver. Holmes se acercó a ellos.

—¿Han sido identificados? —preguntó.

—Sin la menor duda, Holmes —respondió Lestrade, cada vez más satisfecho—. Hicimos venir al señor Adamson y reconoció la ropa que Sigerson llevaba la noche de su desaparición. Por lo demás, los anillos, la cartera y el reloj también le pertenecían.

—Hmm. Interesante. Mire, Watson.

Sostenía entre sus largos dedos un anillo rematado en una piedra verde. Apenas en relieve sobre la piedra se podía ver un escarabajo. Recordando lo que me había dicho sobre la francmasonería egipcia, no pude menos que relacionar ambas cosas. Aún estaba sonriéndome mentalmente por mi sagacidad cuando Holmes dejó el anillo sobre la mesa y apartó la manta que cubría el cadáver.

El espectáculo que apareció ante mis ojos era cualquier cosa menos agradable. Como antiguo cirujano militar he visto mutilaciones de todas clases y, por otro lado, mi larga asociación con Sherlock Holmes me había preparado para encontrar cualquier cosa; pero, pese a todo, no pude evitar un estremecimiento. El cuerpo estaba pálido, consumido, y el largo desgarrón que cruzaba Casi en toda su longitud

la arteria cubital era claramente visible. Sin embargo, lo que llamaba la atención realmente era el rostro del cadáver: había sido reducido a una pulpa sanguinolenta y difícilmente reconocible como perteneciente a una cara humana. Todo rasgo distintivo había desaparecido de él.

Holmes, siempre sin inmutarse, examinó aquella masa informe que había sido un rostro.

—Un disparo. Con un fusil de postas, sin duda, y a muy corta distancia. Las quemaduras de pólvora son claramente visibles. Posiblemente una escopeta con los cañones serrados. Un método bastante común en Norteamérica, como seguramente recordará, Watson.

Sin duda Holmes se refería al asunto de Birlstone, ocurrido hacia unos seis años y tras el que mi amigo pudo ver con claridad la mano del infame Moriarty.

Holmes le dio la vuelta al cuerpo y examino su espalda con tanta atención como lo había hecho con su parte anterior. Finalmente, terminó su exploración y se volvió a nosotros.

—No lleva más de un día en el agua. Yo diría que fue arrojado al Támesis esta misma mañana o, todo lo más, ayer por la noche.

—Así es. El forense ha afirmado lo mismo.

—Y, sin duda, las heridas en la cara fueron producidas después de su muerte. O el forense no habría afirmado que la causa de su fallecimiento era la pérdida de sangre. ¿No le dice eso nada, Lestrade?

—Por supuesto. Su asesino no quería que quien encontrase el cuerpo pudiera reconocerlo como Sigerson.

Holmes sonrió brevemente.

—Me sorprende usted, Lestrade. Sin duda a veces tiene raptos de verdadera genialidad.

El inspector se pavoneó frente a nosotros, sin comprender todavía el verdadero propósito de las palabras de Holmes.

—Lástima que en este caso no esté bien dirigida. Es cierto que su asesino no quería que reconociéramos al cadáver, pero no como usted ha sugerido. Evidentemente, si no quisiera que lo identificáramos como Sigerson se habría deshecho de las ropas o, como mínimo de objetos tales como un reloj, una cartera o unos anillos que, examinados por la persona adecuada, nos llevarían por la pista correcta, ¿no cree?

—Bueno. Sin duda el homicida se dejó llevar por el nerviosismo y se olvidó de esos detalles.

—No, Lestrade. Tenemos un hombre que en todo momento ha actuado con una notable sangre fría. Y este asesinato es un ejemplo más. Su rostro está desfigurado hasta el extremo de resultar irreconocible simplemente para que no podamos afirmar con certeza que este hombre no es Sigerson.

—Pero todo coincide, Holmes. Incluso la herida, de un tipo que sangra abundantemente, tuvo que ser sin duda la que dejó el rastro de sangre en la habitación del hotel.

—En el hotel no había sangre bastante para que nadie se desangrara. Tenga eso presente, únalo al molde de las huellas que

sacó Marlowe y verá cómo es fácil llegar a la conclusión de que nunca hubo dos personas en aquella habitación. No, le diré lo que ocurrió, Lestrade. Sigerson se hirió a sí mismo, tiró los muebles al suelo y huyó por la ventana. Luego, localizó a su víctima, la mató y desfiguró, la vistió con sus ropas y. después de echar el cadáver al Támesis, ocupó su lugar. Justo lo que yo me temía y trataba de evitar.

Lestrade meneó la cabeza, cada vez más incrédulo.

—Vamos, Holmes, me parece que usted fantasea en exceso.

—Yo nunca fantaseo, Lestrade, algo que a estas alturas usted debería saber bien. —Su voz sonaba excepcionalmente fría—. Bueno, parece que aquí ya no podemos hacer nada. Es tarde y mañana nos espera un día agitado. Buenas noches, caballeros.

Salimos a la calle y llamamos a un coche. Subíamos a él cuando oímos unos pasos acelerados viniendo en nuestra dirección. Nos volvimos y pudimos ver al joven Marlowe.

—Señor Holmes —dijo, respirando agitadamente-. Sólo quería decirle que comparto sus conclusiones y que es un verdadero placer trabajar con usted, señor. Buenas noches.

Se despidió bruscamente, e iba a entrar de nuevo en el Yard cuando Holmes lo llamó.

—¿Me haría usted un favor, Marlowe, aun cuando eso pudiera indisponerlo con su jefe?

El joven policía no vaciló un instante.

—Dígame lo que sea y lo haré, señor.

—Me gustaría que usted o alguno de los hombres a sus órdenes vigilaran al señor Adamson.

Marlowe parpadeó, sorprendido ante la petición.

—¿El secretario de Sigerson? ¿Cree que puede estar involucrado?

—Aún es pronto para creer nada, pero es mejor que agotemos todas las pistas.

—Así lo haré, señor Holmes. Puede confiar en mí.

Se despidió de nuevo y nosotros subimos al coche, mientras Holmes comentaba elogiosamente la actitud de Marlowe.

—Sí, un muchacho de grandes posibilidades —murmuró.

Poco después, llegábamos a nuestras habitaciones.

—Bueno, Watson, le deseo buenas noches.

—Y yo a usted

Me detuve de pronto, recordando algo. En realidad era un asunto al que llevaba dándole vueltas todo el día, pero no había encontrado la forma de plantearle a mi amigo la cuestión

—Esto, Holmes, temo que mañana no podré ir con usted. Tengo asuntos personales que atender.

Me miró extrañado y con un ligero asomo de hostilidad. Ya he dicho en más de una ocasión que, pese a su inflexible lógica y frió comportamiento, había algo infantil en las maneras de Holmes y no soportaba que alguien lo contrariara o considerara más importantes sus propios asuntos que los de él, como ya me había hecho notar en más de una ocasión cuando hablaba de mis esbozos literarios.

—¿A qué se refiere? —preguntó.

Me sentí algo azorado.

—Mañana es uno de marzo, como usted sabe. Y…

Pareció repentinamente avergonzado.

—Por Dios, Watson, perdóneme. A veces soy igual que una muía. Con todo este asunto había olvidado lo cerca que estaba el aniversario del fallecimiento de su esposa. Le pido perdón, amigo mío. Por supuesto que comprendo que no me acompañe, faltaría más.

Se detuvo de repente, como si algo le hubiera golpeado

—¡Uno de marzo! —exclamó—. Marzo, ¿cómo no lo pensé antes? Eso es, eso es, por supuesto. Tenemos menos tiempo del que pensaba.

Parecía haberse olvidado por completo de mi presencia. Antes de que yo pudiera interrogarlo acerca del significado de sus últimas palabras, ya había desaparecido en el interior de su habitación. Me encogí de hombros y entré en la mía. No dormí demasiado aquella noche.

CAPÍTULO VIII

UN PARAGUAS Y SU DUEÑO

En el año 1891, Sherlock Holmes desapareció de mi vida, eso creí entonces, para siempre. Mis lectores recordarán fácilmente el dolor que me embargaba en aquellos momentos, tal y como lo describí en "El problema final" al hablar de su enfrentamiento con el profesor Moriarty y la caída fatal de ambos en la catarata de Reichenbach. Dos años más tarde, la tragedia volvería a golpearme. Una epidemia de gripe se abatía sobre Londres y se llevaba con ella a mi esposa. Parecía como si al desaparecer Holmes, el hombre que me había permitido conocer a la mujer que amaba, ésta estuviera condenada también. El uno de marzo de 1893 Mary entregaba su alma al Creador y me dejaba completamente solo en el mundo.

No completamente solo, como supe después, pues apenas un año más tarde Holmes volvía a entrar en mi vida, y la alegría que me inundó entonces es suficientemente conocida por todos. Sin embargo, ni siquiera eso podía hacerme olvidar el dolor por la pérdida de una mujer a la que había amado con toda mi alma: hermosa, inteligente, culta, infinitamente paciente con mis excentricidades y las de Sherlock Holmes. Nada de cuanto diga acerca de ella podría servir para que ustedes tuvieran una idea acerca de lo que había significado Mary para el solterón de hábitos desordenados que yo era.

En su momento, cuando volví a relatar las aventuras de Sherlock Holmes tras su reaparición en "La casa deshabitada", no juzgué conveniente hablar de mi reciente viudedad. Dudaba mucho que el público estuviera interesado en esos detalles acerca de mi vida personal y, por otra parte, el dolor estaba todavía demasiado cercano. Así que fueron muchos los que se sorprendieron cuando vieron que yo volvía a vivir en Baker Street y que toda mención a mi esposa simplemente desaparecía de mis historias. Con el tiempo eso ha llegado a ser contraproducente: las especulaciones y rumores se han sucedido, a cada cual más disparatado, y es tiempo ya de que les ponga coto final. Es por eso que ahora, mientras cuento lo que nos sucedió en aquella primavera de 1895, cuando los años han transcurrido y un nuevo matrimonio ha atenuado el dolor, aunque no el recuerdo, del anterior, revelo por fin lo que sucedió.

En cuanto a mi segunda esposa, la historia de cómo la reencontré y acabamos contrayendo matrimonio merecería quizá una novela sólo para ella. Y digo reencontré porque la había conocido ya en la primavera de 1889, cuando ella llegó a las habitaciones de Holmes en Baker Street para involucrarlo en el caso que más tarde yo narré bajo el titulo de "La finca de Copper Beeches". Poco imaginaba yo que aquella adorable e inquisitiva mujercita pecosa de pelo castaño se convertiría, Casi trece años más tarde, en mi esposa. Hablo, por

supuesto, de la señorita Violet Hunter, a la que mis lectores sin duda recordarán. Como ya he dicho, la forma en que nos volvimos a encontrar sería digna de ocupar ella sola una historia de considerable longitud; temo, sin embargo, que mi fiel público tendrá que contentarse de momento con estas palabras sobre el tema. Añadiré tan sólo que el asunto en el que Holmes y yo nos vimos involucrados a causa de su reencuentro nada tiene que envidiar a otros casos que ya he narrado: las terribles maquinaciones de Abergaveny y el asesinato aparentemente insoluble e imposible del pabellón vacío pusieron en un verdadero aprieto a las increíbles capacidades analíticas y deductivas de Sherlock Holmes. Algún día espero poder narrarlo todo como se merece.

Así, aquel uno de marzo, yo me levanté antes que Holmes y, sin haber desayunado, salí a la calle y llamé a un coche para que me llevara al cementerio católico de Londres. Permanecí allí Casi toda la mañana, junto a la tumba de Mary, rememorando la forma en que nos habíamos conocido, y los años que habíamos compartido juntos. Nunca podré olvidar el valor con el que había afrontado la muerte de su padre, o la espantosa intriga de los hermanos Sholto que, más tarde, constituiría el embrión de la narración a la que yo puse el título de *El signo de los cuatro.* Tampoco se me borrará jamás de la memoria el momento, único y precioso, en el que nuestras manos se habían encontrado como dos niños ansiosos y se habían dado mutuo consuelo, sin que una sola palabra mediara entre los dos. Ella estaba muerta, pero su recuerdo seguía vivo dentro de mí, y no dejaría de estarlo mientras mi pobre corazón siguiera impulsando la sangre en mis venas.

Hacia las doce y media abandoné el cementerio y volví a Baker Street ansioso, lo confieso, por los nuevos datos que Holmes hubiera podido descubrir durante su entrevista con el Gran Maestre de Amanecer Dorado.

Para mi sorpresa, encontré a Holmes en nuestras habitaciones, paseando de un lado a otro del salón, y con evidente contrariedad pintada en el rostro anguloso.

—¿Qué, ocurre, querido amigo? —le pregunté—. ¿Su entrevista no dio los frutos esperados?

Se detuvo en sus frenéticos paseos y me miró.

—Algo que no ha sucedido no puede dar fruto alguno, Watson.

—¿Cómo?

—Llevo toda la mañana esperando inútilmente noticias de su amigo el doctor Doyle. Incluso he llegado a enviarle un telegrama, pero no estaba en su casa. Usted sabe lo mucho que detesto la inactividad, Watson, y más cuando estoy metido en mitad de un misterio. Esto me mata. Estoy por acercarme a la casa del Conservador yo mismo, sin esperar la intervención de su agente literario o de Mathers.

—Entonces, ¿usted sabe quién es?

—Por Dios, Watson, que no dejará nunca de sorprenderme. ¿Cree que podría haber averiguado todo lo que sé de esa curiosa orden sin llegar a saber quiénes son sus principales dirigentes? Su

Conservador no es otro que el señor James Phillimore, el anticuario.

Era un nombre que me resultaba conocido, como a cualquier otro londinense. El señor Phillimore tenía fama de excéntrico y a lo largo de su vida había ido acumulando, merced a gastar poco a poco su extensa, aunque no infinita, fortuna, una serie de objetos antiguos y curiosos que eran el asombro y la admiración de toda Inglaterra. Que además fuera, no ya mero miembro, sino uno de los principales de una orden ocultista no me sorprendía demasiado, habida cuenta de su carácter peculiar.

En aquel momento llamaron a la puerta. Era un muchacho con un telegrama para Holmes. Éste le pagó al chico una propina y leyó rápidamente el texto.

—Bueno. Parece que al menos algunas cosas funcionan. Lea, Watson. Cogí el telegrama que me tendía:

WLNFIELD SCOTT LOVECRAFT. MORENO, METRO OCHENTA, FACCIONES ANGULOSAS, POBLADO BIGOTE NEGRO. INTERNADO EN INSTITUCIÓN MENTAL EN BOSTON EN 1893. BAJO TUTELA DE ALBERT A. BAKER, ABOGADO. PARADERO DESCONOCIDO DESDE ENTONCES.

—¿Es la respuesta al telegrama que envió el otro día?

—En efecto. Iba dirigido a la policía de Boston y pedía una descripción del señor Winfield Scott Lovecraft, además de preguntar por su paradero. Como ve, hace dos años que éste se desconoce y su descripción, con unos pocos cambios en la coloración del cabello y en el vello facial, podría encajar perfectamente con nuestro amigo Sigerson.

Mi rostro debía expresar con total claridad mi absoluta estupefacción.

—Pero no lo entiendo. Si lo que dice es cierto, Lovecraft se escribió una carta a sí mismo. Es más, usted lo sabía, o no habría enviado e telegrama. ¿Cómo es posible?

—No lo sabia, Watson, pero era una posibilidad a tener en cuenta, no es un truco tan poco habitual. Y usted sabe que nunca abandono ningún camino de todos los posibles, no hasta haberlos eliminado del escenario. En cierto modo, el propio Sigerson me dio una pista sin pretenderlo. ¿Recuerda su acento, Watson, su modo de hablar? Desde el primer momento me llamó la atención. Tuve claro enseguida que no se trataba de un inglés, pero al mismo tiempo me pareció alguien que hablaba nuestro idioma como un nativo, pese a sus esfuerzos por demostrar lo contrario. Eso, unido a una carta de un americano entre sus pertenencias me dio algo sobre lo que trabajar. Y ya ve que ha dado sus frutos.

Meneé la cabeza. Algo no acababa de encajar en todo aquello.

—Lo siento, pero no le veo sentido, Holmes —dije, cada vez más perplejo—. Lo que había en el mensaje cifrado eran, o eso parece, las instrucciones sobre lo que debía hacer en Inglaterra. ¿Qué sentido tiene que se diera instrucciones a sí mismo? Es absurdo.

Holmes sonrió.

—Por supuesto que lo es, Watson, y ahí está el meollo del asunto. Tan absurdo que nadie en su sano juicio lo consideraría ni por un momento. Así, si se encontrase el mensaje, tal y como ha ocurrido, y fuera descifrado, nadie supondría que Lovecraft y Sigerson son una misma persona. Y las pesquisas, caso de haberlas, irían encaminadas, por un lado a buscar a Sigerson en Inglaterra y, por el otro, a Lovecraft en América. Evidentemente, llegado el caso, no encontrarían a ninguno de los dos, al menos en el lugar donde los estarían buscando. ¿No lo ve aún? ¿No está claro para usted? Alguien le dio esas instrucciones cifradas a Lovecraft, su superior en la secta a la que pertenece, no me cabe la menor duda. Podría haberlas destruido, eso es cierto, al fin y al cabo no son tan complejas ni tan difíciles de memorizar. Sin embargo, está claro que decide conservarlas. ¿Por qué motivo? No lo sabemos, aunque podemos aventurar un par de hipótesis probables. Por ejemplo, es posible que el mensaje escrito en runas, además de como instrucciones, funcionara también como pasaporte, como medio para que otro miembro de la francmasonería egipcia reconozca al portador como un afín, un hermano.

—Sí, es posible —reconocí.

—Bien, una vez que decide conservarlas, por el motivo que sea, está claro que son un arma de doble filo: su utilidad va pareja con el peligro que pueden suponer para la misión de nuestro amigo si las lee (y las descifra) quien no debe. Así, para hacerlas parecer inocuas, nuestro hombre escribe esa carta sobre las inscripciones del cementerio indio. No puede firmar con el nombre de quien se las dio, pues de caer en malas manos, estaría involucrando a su superior. Podría haber inventado un pseudónimo, otro más. Pero no, en una pirueta Casi genial por lo retorcida, decide usar su propio nombre. Es brillante, Watson, ¿no lo ve?

Aún aturdido, sólo pude asentir silenciosamente.

—Se lo he dicho muchas veces, Watson, el genio sólo es la capacidad de esforzarse, y eso significa no dejar ningún punto por investigar, por trivial que pueda parecer. La madeja sólo tiene un cabo correcto, pero a menudo para encontrarlo hay que recorrer todos los caminos falsos. Ahora me quedan ya pocas dudas sobre la verdadera identidad de nuestro amigo Sigerson. Sin embargo, eso no nos pone más cerca de la solución. Wiggins estuvo aquí esta mañana, y ni él ni ninguno de mis Irregulares ha encontrado el menor rastro suyo. Ese hombre tiene que ser tan hábil como yo por lo menos en el uso del disfraz.

Me senté, mientras él volvía mirar por la ventana, sin resultados positivos. Durante los últimos días, una idea había estado rondando por mi cabeza, y tomó forma en aquel momento.

—Dígame, Holmes, ¿cómo no ha pedido a sus Irregulares que vigilen al señor Adamson y se ha conformado con encargárselo al Yard? O quizá sólo estaba tratando de despistar a la policía y no considera importante la participación de Adamson en todo esto —añadí luego, como para mi mismo.

Se volvió a mi con el rostro brillante de satisfacción.

—Ah, Watson, se lo dije ayer y se lo repito hoy: aún no pierdo la esperanza de hacer de usted un detective. Tiene una habilidad para poner el dedo en la llaga que me sorprende. Sí, el señor Adamson ha tenido su participación en este asuntillo, y la pondré en claro antes de que lleguemos al final. Sin embargo, creo también que es innecesario controlarlo de cerca: su papel en esto es poco más que el de mero observador, un testigo, y creo poco probable que se involucre más en los acontecimientos. Pese a todo, no lo tengo completamente abandonado. Ya vio cómo le pedí a nuestro amigo Marlowe que lo tuviera bajo vigilancia. Sin duda mis Irregulares serían más efectivos, pero no espero ningún movimiento sorprendente por parte de Adamson. Claro que, si lo esperase, no sería sorprendente —añadió, con una sonrisa irónica—. Ese Marlowe es un muchacho brillante, por otro lado, y temo que su talento se esté desperdiciando en la policía oficial.

Mientras tanto, la mañana se acercaba a su fin, y la hora del almuerzo estaba cada vez más próxima. El día, que había amanecido despejado, se iba nublando lentamente, y el cielo amenazaba tormenta.

Hacia la una y cuarto, sonó la campánula de nuestra puerta. La oímos abrirse y alguien enormemente corpulento y agitado subió las escaleras.

—Al fin —dijo Holmes el preciso momento en que Doyle entraba en la habitación—. ¿Qué ha ocurrido, doctor Doyle? Veo que lleva toda la mañana fuera de casa.

—Así es. Señor Holmes, no sé muy bien qué ha ocurrido, pero necesito su ayuda desesperadamente. El señor Phillimore…

—Sí, su Conservador.

—Santo Dios, es imposible ocultarle nada. Así es, el señor Phillimore… ha desaparecido. Se esfumado sin dejar rastro, como si ya no estuviese en este mundo. Temo… temo que estén actuando fuerzas… —Se detuvo, indeciso.

—Fuerzas que ustedes ya creían desaparecidas.

Los ojos de Doyle se abrieron como platos.

—¿También eso? ¿No hay nada oculto para usted?

—Mucho más de ¡o que usted supone, mi buen doctor. Sin embargo, volviendo al asunto, si como dice han actuado fuerzas de esa clase, poco puedo hacer yo en este caso. Mas cuénteme lo que ha averiguado y veamos si hay algo material a lo que podamos hincarle el diente.

—Ya verá cómo no, Holmes. Esto será demasiado incluso para usted.

Pese a su agitación, dejó escapar aquellas palabras terriblemente complacido, lo que corroboró mi opinión de que era la envidia ante el brillante intelecto de Holmes lo que provocaba la hostilidad de Doyle. Y sin embargo, al pensarlo hoy, esa explicación no me satisface por completo

—Hablé con sus criados y su cochero, y lo sucedido ha sido de lo más extraordinario. Esta mañana, hacia las diez, el señor James

Phillimore salió de su casa en dirección a su club, donde yo esperaba encontrarlo, ya que el día anterior ni Mathers no yo habíamos sido capaces de ponernos en contacto con él. La mañana comenzaba a nublarse, pero aún estaba lo suficientemente despejado y decidió no llevar paraguas. Sin embargo, en cuanto llegó al coche pareció cambiar de idea. Le dijo al cochero que esperase un momento, mientras volvía a la casa y cogía un paraguas. El cochero lo vio irse y desaparecer tras el macizo que cubre la valla que rodea la casa. Esperó y esperó, pero Phillimore no aparecía por parte alguna. Al fin, se acercó a la casa y preguntó por él. Sus criados parecieron sorprendidos. El señor Phillimore no había vuelto a la casa, no había entrado ni por la puerta principal ni por la posterior. Se había desvanecido, no había el menor rastro de él. Ahora explíqueme cómo ha podido suceder eso.

Pero Holmes no parecía escucharlo. Miraba por la ventana como si estuviera sumido en pensamientos propios. De pronto, se volvió a nosotros con la alarma pintada en el rostro.

—¡Vamos, no hay tiempo que perder! Tenemos que llegar a casa de Phillimore antes de que estalle la tormenta. ¡Rápido, no hay tiempo!

Rebuscó en su mesa de productos químicos y cogió una bolsa de yeso y varias herramientas que guardó en un maletín. Salimos a la calle, Doyle con la respiración jadeante, y logramos localizar un brougham que nos llevase a los tres. Phillimore vivía en las afueras de Londres, en un barrio residencial y algo exclusivo, y su casa estaba bastante apartada de las demás. Al fin llegamos allá cuando faltaba muy poco para las dos. El cielo se volvía negro por momentos y la tormenta no podía tardar en descargar su furia sobre nosotros.

—Por favor, déjenme solo. El césped ya estará bastante confuso sin que lo llenemos con más pisadas.

Se bajó del coche y lo vimos desaparecer tras el seto que llevaba a la casa. Pasaron cinco incómodos minutos durante los cuales Doyle fue incapaz de mirarme directamente a los ojos. Ambos fumábamos en silencio, conscientes del muro de desconfianza que se había alzado entre los dos en los últimos días. Cada poco, lanzábamos miradas de soslayo al lugar en el que había desaparecido Holmes. De pronto, lo vimos asomarse y hacer señas de que nos acercáramos.

—Vean. Ahora comprenderán por qué quena llegar antes de que estallara la tormenta. Éstas son sus huellas, doctor, fácilmente reconocibles. Y estas otras, sin duda, las del cochero. Hemos tenido suerte; nadie más, aparte del señor Phillimore, ha pasado por aquí esta mañana. Observen, aquí sale de la casa, se dirige al coche. Aquí se detiene, da medía vuelta y regresa a la casa. Ahora llegamos a lo interesante. Cruza el seto y de pronto sus huellas se desvanecen. O esa impresión da al menos. Como pueden comprobar, el lugar donde desaparecen las huellas es muy curioso: ni desde el exterior ni desde la casa puede ser observado. El lugar perfecto para una desaparición, Casi podríamos decir. Observemos con más atención las huellas de nuestro amigo que iban de la casa al coche. ¿Ven algo extraño? El talón sin duda está más marcado que la puntera. ¿Cómo se explica? Elemental, salió de la casa, llegó al coche y dio medía vuelta, pero al llegar aquí se volvió y

empezó a caminar de espaldas, aprovechando sus pisadas anteriores. Hasta llegar a este punto. Es fácil observar que las pisadas están más marcadas que las anteriores, señal de que se detuvo aquí durante un tiempo. Observen el borde derecho de las huellas, algo confuso, como si hubiera saltado, que es lo que hizo en efecto. Vean este árbol junto al sendero. Su corteza está parcialmente desgarrada. El señor Phillimore saltó y se agarró al árbol. Luego, volvió a saltar y cayó aquí, donde el césped es más mullido y apenas deja rastro, pero observando con atención podemos ver que las huellas se reanudan, ahora hacia la parte posterior de la casa, donde finalmente desaparecen por la puerta trasera del jardín en dirección a la calzada.

—Pero, ¿por qué haría eso? —preguntó Doyle.

—Interesante pregunta, doctor. Creo que podremos salir de dudas cuando el molde que he sacado de una de las huellas se seque. Creo que ya está. Aja, en efecto. Ahora, lo llevaremos a Scotland Yard y lo compararemos con otro molde que cierto joven y sagaz policía sacó hace días de otras huellas.

—¿Quiere decir lo que creo que quiere decir? —pregunté atropelladamente.

Holmes sonrió.

—Mi querido Watson, si bien alguna vez he podido seguir sus pensamientos, no me jacto de leérselos a todas horas. Aunque si usted se refiere a que creo que el señor Phillimore que desapareció esta mañana no era otro que nuestro amigo Sigerson, entonces mi respuesta es sí, quiero decir lo que cree que quiero decir. Vamos, volvamos al coche.

En aquel mismo momento estalló la tormenta y comenzó a llover como si el mundo se acabara. Subimos precipitadamente al coche y durante el trayecto de vuelta hacia la ciudad ninguno dijo gran cosa, pero las preguntas sin formular parecían llenar el aire entre nosotros. Al fin llegamos a Scotland Yard y dejamos el brougham. No tardamos en encontrar al joven Marlowe, quien se mostró enormemente complacido al ver a Holmes.

—He hecho seguir a nuestro hombre, como usted me pidió —nos dijo—. Hasta ahora no parece haber hecho nada sospechoso, ni se ha puesto en contacto con nadie. Sigue en la misma habitación del hotel que Sigerson había alquilado.

Holmes lo felicitó por su trabajo y le pidió ver el molde que había sacado de las huellas en el patio del hotel. Nos lo trajo enseguida. Holmes lo comparó con el que acababa de hacer él mismo y dejó escapar una exclamación de triunfo.

—Vean. El tacón desgastado por la parte interior, la puntera cuadrada, el dibujo de la suela. Son las huellas del mismo hombre. Evidentemente, al disfrazarse de Phillimore conservó sus propios zapatos, que sin duda eran más cómodos para él que los de su victima.

—¿Victima? —preguntó Doyle.

—Me temo, doctor Doyle, que el señor James Phillimore yace en el depósito de cadáveres de Scotland Yard, con el rostro desfigurado y sin una gota de sangre en las venas. Aunque eso es algo que quizá no

podamos demostrar nunca.

El rostro de Doyle era la imagen misma de la perplejidad. Confieso que yo mismo no sabía muy bien adonde quería llegar Holmes.

—No lo entiendo —dijo Doyle.

—Y sin embargo es trivial, una vez se tienen en cuenta todos los hechos. Sigerson desaparece fingiendo su muerte. Se acerca a Phillimore, quien nada sospecha, lo mata y lo viste con sus propias ropas, desfigurándole el rostro y arrojándolo al río, donde pronto encontrarán el cuerpo y lo identificarán como el del desaparecido explorador noruego. Luego, se disfraza de Phillimore y se prepara para alcanzar su objetivo. Con éste ya en su poder, el disfraz de Phillimore no le es útil, y se libra de él de una forma tan dramática como efectiva. Para todos, Phillimore se ha desvanecido en mitad del aire sin dejar rastro, como si un demonio se lo hubiera llevado.

Dijo esas palabras mirando a Doyle, quien apartó la vista, inquieto

— Ese hombre es un genio, sin la menor duda, aunque su orientación sea torcida. Bien, Marlowe, le agradezco su ayuda. Dígale a Lestrade que la resolución de este caso está cercana. Aunque bien pudiera ser que se nos escapase por entre los dedos. Nuestro amigo es tan hábil disfrazándose que difícilmente podremos dar con él, a menos que pueda descifrar a tiempo la forma en que pretende huir de Inglaterra con su botín. En cualquier caso, nada más tenemos que hacer aquí. Buenas tardes.

Los tres salimos de la comisaría. La tormenta no había cesado, aunque el cielo volvía a estar parcialmente despejado. Pero por el sur venían densos y oscuros nubarrones que, poco a poco, se iban acercando a Londres. Doyle se detuvo de pronto, como si algo le hubiera golpeado.

—¿Botín? ¿Habló usted de un botín, Holmes?

—Se lo dije ayer, doctor Doyle. Sigerson vino a Inglaterra dispuesto a hacerse con *Al Azif*. Y creo que ha alcanzado su objetivo.

—Eso es terrible, terrible. Tengo que comprobarlo. En un estado completamente febril llamó a un coche y poco después lo veíamos alejarse calle abajo.

—Temo que su amigo se encuentre con que ayer por la tarde alguien que afirmaba ser James Phillimore entró en el Antropos Club. Y temo también que se va a encontrar con que cierto libro que guardaban allí ya no está. No hará falta que le diga, Watson, que el Antropos Club es la sede oficiosa de Amanecer Dorado, o para ser más exacto, una de las muchas que tienen dispersas por Londres, todas ellas de apariencia inofensiva. Era algo elemental. Se habrá fijado también, mi querido amigo, en la actitud sibilina del señor Mathers: enviando a sus peones a hacer el trabajo (en este caso su amigo el doctor Doyle y permaneciendo siempre en un cómodo y discreto segundo plano, lo que coincide con lo que nos contó Persano sobre él y hace aún más extraño el hecho de que decidiera convertirse en la cabeza visible de la secta. Así, hemos de suponer que tuvo una

poderosa razón para dar ese paso. En cualquier caso no importa. Tarde o temprano...-Pareció reparar de pronto en mi presencia-. Y ahora, volvamos a casa. Aunque ya ha pasado la hora de almorzar hace tiempo espero que la señora Hudson nos haya guardado alguna vianda con que reponer nuestras fuerzas.

No se equivocaba. Al llegar a nuestras habitaciones nos esperaba un espléndido almuerzo frío que nuestra patrona había preparado. Nunca ha habido una mujer más abnegada que ella y, durante todos los años que viví con Holmes en Baker Street jamás recuerdo haberla oído quejarse ante las evidentes excentricidades de mi amigo. De hecho, cuando éste decidió retirarse a Sussex, varios años más tarde, ella decidió acompañarlo y seguir cuidando en el campo de la comodidad del excéntrico detective, como antes lo había hecho en Londres. La última vez que la vi, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, me confesó que, si bien la vida en Sussex era apacible y agradable, no podía evitar echar de menos algunas cosas.

-Sobre todo, doctor- me dijo-, añoro las visitas a horas intempestivas.

CAPÍTULO IX

HISTORIA NIGROMÁNTICA

El tiempo se fue volviendo más inclemente a medida que transcurría el día, hasta el extremo de que, al anochecer, Londres parecía sumido en una cortina líquida que hacia imposible ver algo más allá de unos pocos pasos. No recibimos ninguna otra noticia de mi amigo Doyle, pero Holmes no tenía la menor duda de cuáles habrían sido sus descubrimientos al llegar al Antropos Club. Entretanto, se enfrascó de nuevo en sus experimentos químicos, pero los resultados no debieron satisfacerlo, porque los abandonó con un gruñido poco antes de la cena. Yo pasé la tarde fingiendo continuar la lectura de Machen, pero en realidad no dejaba de darle vueltas en la cabeza a aquel extraordinario asunto. Sabia que había partes de él que Holmes conocía y me ocultaba, como demostraban algunas de sus más enigmáticas observaciones. Sin embargo, conocedor del carácter teatral de mi amigo, sabía también que no me aclararía esas partes hasta que todos los hilos de la madeja obraran en su poder.

Pese a todo ello, había algo en concreto que me tenia tremendamente intrigado. Aquel grimorio árabe en torno al cual parecía circular todo el caso, y del que yo jamás había oído hablar hasta el día anterior, me atraía poderosamente. Así que no pude menos que preguntarle a Holmes, después de cenar, acerca del asunto.

—Mi querido Watson, no se extrañe de no haber oído hablar nunca de *Al Azif.* Pocas personas en el mundo saben de su existencia, y aun la mayoría de ellas lo consideran como una leyenda carente de valor, un rumor inflado con el correr de los siglos, tal y como quiso hacernos creer su amigo el doctor Doyle. Le diré lo que he ido averiguando acerca de ese libro a lo largo de los años. Fue escrito alrededor del año setecientos por un árabe llamado Abdul Yasar Al-Hazrid, al que muchas crónicas aluden como el Poeta Loco. Su nombre, con el tiempo, se ha ido occidentalizando hasta ser conocido como Belacar o Abdelésar. Parece que, insatisfecho tanto por la fe islámica que su padre profesaba como con el antiguo culto egipcio al que su madre era fiel en secreto, se dedicó a investigar lo desconocido y lo misterioso. Con el tiempo llegó a formular una curiosa teología en la que hablaba de seres inteligentes anteriores al hombre que habían utilizado nuestro mundo como campo de batalla. Nada demasiado original, si usted conoce el *Maharabata o* muchos de los poemas épico-religiosos de las culturas primitivas. Basándose en esas creencias compiló un grimorio llamado *AlAzif,* un tirulo enigmático de difícil traducción a cualquier lengua occidental, aunque una aproximada podría ser: "El Susurro del diablo». Con el tiempo, sería traducido al griego. Concretamente, en Constantinopla, Theodorus Philetas haría una traducción secreta que circularía entre varios fieles bajo el titulo

de *Necronomicon.* El patriarca Miguel lo prohibiría poco después, e intentaría destruir todos los ejemplares del grimorio, tarea en la que indudablemente fracasó, pues nos encontramos con que en 1228 Olaus Wormius lo traduce al latín. De nuevo el libro seria prohibido, esta vez por el Papa Gregorio IX. Con la llegada de la imprenta se hicieron varias ediciones: una en Alemania en el siglo XV y otra en España en el XVII. También se imprimiría la versión griega hacia 1550 en Italia, aunque esa edición ha desaparecido sin dejar el menor rastro. Poco tiempo después, el doctor John Dee tendría acceso al volumen, posiblemente a través de un manuscrito castellano, que él tradujo al inglés e hizo imprimir en 1571 bajo el título de *Necronomicon o Libro de los nombres muertos.* Las autoridades religiosas de todo el mundo han intentado prohibirlo y destruirlo, aunque con poco éxito. Que se sepa, hay tres copias en el mundo occidental, aunque no se descarta la posibilidad de que circulen en secreto otros ejemplares: hay una en la Universidad de Harvard, en Estados Unidos, otra en España y una tercera en Inglaterra, nada menos que el manuscrito original de John Dee, ya que la versión impresa no sobrevivió al anatema que sobre ella lanzó el Arzobispo de Canterbury. Básicamente ésa es la historia del libro, Watson, hasta donde he podido seguirla.

Durante un buen rato no supe qué decir. Como buen católico me parecía absurdo que alguien anduviera detrás de un antiguo manuscrito que hablaba de los djinnes y los gules y otras macabras fantasías por el estilo. Más parecía fruto de la imaginación febril del señor Burton o alguno de esos exploradores con empacho de arabismo que algo para tomarse en serio. Quizás una suerte de extraño inserto en *Las mi! y una noches* donde, por una vez, el narrador se volvía hacia lo macabro en lugar de hacia lo obsceno. No pude evitar preguntarle a Holmes:

—Pero, ¿por qué venir a Londres en busca del libro? Tienen en Harvard una copia, y si la memoria no me falla, el estado de Rhode Island no está muy lejos de Massachussets, donde creo recordar que se encuentra la Universidad. En cualquier caso, están en el mismo país y nuestro amigo no necesitaría cruzar el océano para hacer con una copia del grimorio.

—Su memoria es excelente, amigo mío. Sin embargo, de las copias que circulan por el mundo la del doctor Dee es la única completa, o al menos eso se cree, ya que nadie de nuestro siglo ha podido ver el original.

—De acuerdo, pero no acabo de entender por qué hay tanto interés por un libro así.

—Veo asomar su escepticismo en esa pregunta, querido amigo. Y lo comprendo, créame; como criatura racional que es le resulta incómodo admitir la posibilidad de otros reinos no sujetos a la misma lógica que éste. En cualquier caso, no se trata de interés. O más bien, hasta hace poco, digamos unos cuatro años, era justamente todo lo contrario, al menos en los círculos informados. Para los ignorantes Al *Azif* puede ser una quimera, y para los estúpidos una forma rápida de obtener poder. Para los que realmente saben es una herramienta

peligrosa. El libro se guardaba celosamente, y los pocos con acceso a él no se sentían muy impulsados a consultar sus páginas. Era un libro que inspiraba temor, no interés. Pero ha ocurrido algo. Desde hace algún tiempo circula un rumor por el mundo del ocultismo que ha cambiado la consideración que tenia ese libro. Ya no es una fuente de peligro, sino de poder.

Me moría por preguntarle cuál podía ser aquel rumor. Pero la expresión de su rostro me indicaba bien a las claras que aún no estaba dispuesto a comunicármelo.

—No lo comprendo —me conformé con decir.

—Lo supongo, Watson. Sin embargo, le aseguro que se lo aclararé todo antes de que este asunto termine.

Asentí. Tal promesa no era necesaria. Mi confianza en Sherlock Holmes nunca se había visto defraudada y sabía que aquélla no sería la primera vez. Una nueva pregunta rondaba por mi cabeza.

—Veo que ha cambiado de idea —dije.

Aquello pareció pillarlo por sorpresa, algo que me complació enormemente. No había muchas cosas en el mundo que pudieran sorprender a Sherlock Holmes.

—¿Respecto a qué?

—Usted afirmó que el falso Sigerson había tomado esa identidad para atraerlo. Sin embargo, ahora parece claro que su propósito no era otro que el robar ese libro y que atraerlo a usted fue una consecuencia inesperada de su disfraz.

—Sí, eso es lo que parece, ¿no es cierto? —Lo decía como si en realidad pensase otra cosa—, Y ahora, ¿qué tal unos minutos de música antes de acostamos y obtener nuestro merecido descanso?

Asentí con entusiasmo y, durante media hora, Holmes me regaló con una rápida sucesión de alegres y melodiosas piezas que apaciguaron mi ánimo. Mi oído musical es más bien nulo, lo reconozco, así que no sabría decir si se trataba de temas ya conocidos o si eran improvisaciones de mi amigo: me siento atraído por la música, como cualquier otra criatura sensible, y despierta ecos extraños en mi pecho, emociones no siempre cómodas o agradables, pero sin duda tremendamente poderosas. Sin embargo, me resulta muy difícil distinguir una pieza de otra, ponerle nombre, asignarle un autor. Sea como fuere, el resultado contribuyó a alegrar mi ánimo. Luego, nos dimos las buenas noches y cada uno entró en su habitación. Con el alma sosegada por la música que Holmes había interpretado, me dejé caer Casi enseguida en los brazos del sueño.

Soñé que era un califa árabe y que escribía un libro cuyas páginas eran rostros humanos. De pronto amanecía y mi habitación se llenaba de una luz dorada que lo tenia todo con un tinte insoportablemente bilioso. De la oscuridad surgió una garra con demasiados dedos mientras el rostro de Samuel Liddell Mathers me miraba burlón y me amenazaba con un paraguas del que caía una huella de yeso. Escuché una carcajada. Era la risa de Holmes, vestido de frac y tocado con un turbante en el que había incrustada una enorme gema. Le escuché decir: "Lanif us on, aírudibas al ed oipícnirp

le se acigól al«, palabras que repitió varias veces, como en un conjuro. De pronto, cayó sobre nosotros la tormenta; el libro que estaba escribiendo se desbarató en una pulpa pegajosa.

Desperté en ese momento. Permanecí con los ojos abiertos unos minutos, pero enseguida el sueño volvió a vencerme. Esta vez no lo turbó ninguna pesadilla.

Curiosamente, al día siguiente, aún recordaba el galimatías que Holmes había repetido en el sueño.

CAPÍTULO X

EL DOCTOR WATSON INVESTIGA

Cuando me levanté a la mañana siguiente, Holmes ya se había ido. En la mesa, junto al desayuno, me esperaba una breve nota de su caligrafía tan esmerada como peculiar en la que me informaba de que por fin había decidido dejar de hacer el vago y lanzarse él mismo tras el husmillo. -Quizá yo tenga éxito donde mis Irregulares han fracasado», concluía la nota. No me fue muy difícil suponer, por tanto, que ahora Holmes recorría las calles de Londres disfrazado hasta el extremo de resultarme irreconocible incluso a mí, que lo conocía mejor que nadie.

Tras el desayuno, pasé el resto de la mañana dándole vueltas en mi cabeza a varias cuestiones de la índole más diversa, aunque todas ellas relacionadas con aquel caso cuya pista seguía mi amigo. Si había entendido bien sus explicaciones de los últimos días, el falso Sigerson (según Holmes, aquel Lovecraft cuyo mensaje cifrado aún le daba quebraderos de cabeza) había venido a Inglaterra hacía Casi un año, adoptando la personalidad del explorador noruego. Había entrado en contacto con Amanecer Dorado, identificándose como un miembro de la francmasonería egipcia, a la que quizá perteneciese realmente. Tras trabar amistad con el señor Mathers, Gran Maestre de la orden y con el Conservador de ésta, James Phillimore, seguramente había averiguado dónde se guardaba el grimorio de la secta, el *Necronomicon,* tan famoso entre los círculos ocultistas como desconocido para el público general, entre el qué yo me incluía.

Ahí se abrían varias posibilidades. La que más me atraía era que, viéndose descubierto por Holmes durante la conferencia, había decidido precipitar sus planes: había fingido su muerte y luego asesinado a Phillimore, cuya identidad había suplantado. Hecho esto, no le resultó nada difícil entrar en el Antropos Club, donde seguramente la orden tenía su sede, y hacerse con el infame libro.

Pero había algo que no encajaba en todo aquello. Si Lovecraft deseaba contactar con Amanecer Dorado no tenía por qué hacerse pasar por Sigerson; al contrario, tal impostura era un error, pues lo ponía, tarde o temprano, bajo las miras de Sherlock Holmes. A menos, claro, que Lovecraft ignorase que Holmes era Sigerson y lo supusiera una personalidad real. Pero incluso en ese caso seguía existiendo un riesgo, ahora de que el verdadero Sigerson lo acusara de impostor. Era absurdo. Cuanto más lo pensaba, más me daba cuenta de que Lovecraft sólo podía haber adoptado esa personalidad con un único propósito: atraer a Sherlock Holmes. Mas, ¿por qué motivo? Su labor era peligrosa y arriesgada, y cuanto más anónima fuera, mucho mejor. No tenía sentido alertar a la mejor mente de Inglaterra.

Cuanto más vueltas le daba, menos claro lo veía. A todo esto se

sumaba su curioso secretario, el joven Adamson, cuya presencia intrigaba a Holmes tanto como a mi mismo. Y sin embargo, aparentemente se despreocupaba de él, como si no tuviera la menor importancia en todo aquello, dejándolo en manos de la policía oficial, a los que más de una vez había calificado de «chapuceros» o «torpes». Y estaban aquellos comentarios de mi amigo. Sí, había descifrado aquella alusión del mensaje al príncipe que había abdicado, pero no estaba seguro de poder creerla. Por lo que yo sabía, en ninguna de las casas reales europeas había príncipe alguno que hubiera abdicado. Posiblemente aquella frase era otra clave más (al igual que las referencias a la «sabiduría de los muertos» o la «hermandad de Khemi») que mi amigo había descifrado pero que no quería compartir conmigo. Yo estaba acostumbrado a aquel proceder por parte de Holmes, pero pese a los años transcurridos no dejaba de dolerme cada vez que me ocultaba información que para él era conocida. Sin embargo, Holmes no era alguien con quien se pudiera discutir, era inútil intentar alterar su forma de ser y comportarse; uno sólo podía aceptarlo o rechazarlo. No cabían alternativas.

Por lo demás, me resultaba ridícula aquella intriga en torno a un supuesto libro prohibido, lleno de arcanos conocimientos sobre los poderes ocultos. No era tampoco el tipo de caso en el que Holmes acostumbrase a verse metido; lo más cerca que habíamos estado jamás de un caso en el que las fuerzas de lo oculto parecieran involucradas (aunque no lo más cerca que estaríamos, pero el asunto de lord Robert Saville aún yacía varios años en el futuro cuando a mi cabeza acudían estas reflexiones) había sido en aquel asunto de la maldición de la familia Baskerville, y al final se había revelado como una hábil superchería destinada al mundano propósito de hacerse con una herencia. Y nunca había manifestado Holmes el menor interés por el mundo del ocultismo. Cierto que leía con auténtica voracidad la literatura sensacionalista, pero siempre referida a crímenes violentos. Las obras de personas como Arthur Machen, Bram Stoker o Edgar Allan Poe lo aburrían y siempre había encontrado insoportablemente fatua la novela gótica. Pero hete aquí que de pronto yo descubría que conocía al dedillo a los integrantes de Amanecer Dorado, o que era capaz de recitarme sin vacilar la historia bibliográfica de lo que parecía ser el más famoso de los grimorios. La explicación que el propio Holmes me había dado, que había adquirido todos sus conocimientos mientras investigaba la organización criminal de Moriarty, no terminaba de convencerme. Al fin y al cabo, él mismo había reconocido que el único interés que lo había movido a indagar en el mundo del ocultismo era comprobar sus posibles relaciones con el finado profesor, y para eso no era necesario convertirse en un experto en todos los tejemanejes y recovecos de Amanecer Dorado.

Recordé de pronto lo que me había contado de sus andanzas cuando había personificado a Sigerson: ir al Tíbet y hablar con el Gran Lama, cruzar Persia, llegar a La Meca, y entrevistarse con el Califa de Jartoum y, finalmente, introducirse en el Vaticano para intercambiar opiniones con Su Santidad. ¿Por qué aquel repentino

interés por lo místico, lo religioso? Hacía más de trece años que conocía a Holmes y jamás había visto esa faceta suya hasta los últimos días.

El año clave parecía ser 1891: el año en el que Holmes empezó a personificar a Sigerson, y el año en el que Mathers había iniciado sus planes para hacerse con el control de Amanecer Dorado. Y Holmes, la noche anterior, me había dado un nuevo dato al decirme que, cuatro años atrás (es decir, de nuevo en 1891}, había empezado a circular un rumor que había cambiado la naturaleza de las relaciones que los ocultistas mantenían con el misterioso grimorio árabe. Si, estaba claro: algo había ocurrido poco antes de la muerte de Moriarty que había llevado a Holmes a interesarse por el mundo de lo oculto y sus leyendas. Y ese algo, dijera lo que dijera mi amigo, no tenia nada que ver con el profesor y su organización criminal.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos a mitad de la mañana por la intempestiva visita de Arthur Conan Doyle. Apenas se detuvo en Baker Street el tiempo suficiente para informarme de que el *Necronomicon* había sido robado y volvió a salir, no sin antes decirme que los miembros de Amanecer Dorado estaban dispuestos a pagar a Holmes lo que fuera con tal de que recuperase el libro. Lo tranquilicé cuanto pude (que no fue mucho) afirmando que mi amigo estaba poniendo en el asunto todo su empeño y lo vi bajar las escaleras de dos en dos, algo realmente insólito para un hombre de su corpulencia.

Comí, pero no sabría decir exactamente en qué consistió el almuerzo. Mi mente seguía bullendo de ideas, cada una más disparatada que la anterior, y el misterio me iba pareciendo más insondable cuanto más me adentraba en él. Había llegado a una conclusión que apenas era capaz de aceptar: lo que había hecho Holmes durante los tres años en los que el mundo lo había dado por muerto tenia relación, de alguna forma que yo no lograba imaginar, con el caso cuya pista seguía ahora. Y entonces recordé, como si la luz me cegara en el camino de Damasco, nuestra entrevista con Isadora Persano, su afirmación de que las primeras noticias acerca de las andanzas de Holmes bajo la personalidad de Sigerson habían tenido como origen el Diógenes Club, el club del que era miembro fundador Mycroft Holmes.

Presa de la excitación, miré mi reloj. Eran Casi las cuatro y media, y Holmes aún no había vuelto. No podía esperar más. Yo sabía que a las cinco menos cuarto, puntual como un reloj, Mycroft Holmes cruzaba las puertas de su club para pasar en él la tarde hasta las ocho menos veinte. Me aseé y vestí rápidamente y salí a la calle. Poco después conseguía un coche y éste, conmigo en su interior, se dirigía hacia Regent Circus, llegaba por fin a Pall Malí y finalmente se detenía en St. James, no muy lejos del hotel Carlton. Pagué al cochero y crucé las puertas del más extraño club de Londres, donde era posible la expulsión de un miembro por el simple hecho de dirigirle la palabra a otro.

Yo lo conocía ya, así que me dirigí al salón de extraños y le dije al botones que quería ver al señor Mycroft Holmes. Poco después

entraba el hermano del gran detective en la sala, algo más corpulento desde la última vez que le viera.

—Ah, doctor, Watson, es un placer. Veo que es algo importante, o no habría salido tan deprisa de su casa.

No comprendí cómo podía haber llegado a esa conclusión hasta que, bajando la vista, reparé en que uno de mis zapatos tenía los cordones medio desatados.

—En efecto, es importante.

—Y también veo que no es un encargo de mi hermano. Me atrevería a decir que éste ignora que usted está aquí.

—Así es, aunque no sé cómo…

—Leer los rostros es una tarea interesante. Tiene usted la expresión del cazador furtivo. ¿Y a espaldas de quién podría estar haciendo algo sino de su mejor amigo? Pero siéntese, y tomaremos una copa de brandy.

Ciertamente era aquél un hombre extraordinario, cuyos poderes deductivos eran iguales, si no superiores, a los de su hermano. De hecho, Holmes me había dicho en cierta ocasión que Mycroft lo aventajaba, aunque era algo a lo que yo difícilmente podía dar crédito, después de tantos años de asistir como un espectador privilegiado a las portentosas dotes de mi amigo.

Claro que menos crédito le daría poco después a la afirmación de Holmes de que su hermano era, nada más y nada menos, que «el gobierno británico». Y sin embargo, su participación en el asunto de los planos del submarino Bruce-Parlington, en noviembre de aquel mismo año, me demostraría con creces que Mycroft se movía a niveles insospechadamente altos y que lo que él sabía o ignoraba podía hacer tambalear los mismos cimientos del imperio británico. En su día no lo comprendí, pero hoy veo muy claro que Mycroft no era otra cosa que parte (¿quizá la única por aquel entonces?, difícil pregunta) de lo que hoy llamaríamos el Servicio Secreto.

—No sé si usted sabe en qué andamos metidos Holmes y yo ahora… —En realidad hace tiempo que le he perdido la pista a Sherlock, Casi desde su regreso. Pero espere unos instantes, doctor.

Mientras yo bebía lentamente mi copa de brandy, Mycroft Holmes se acercó a una pila de periódicos atrasados y los hojeó rápidamente.

—Ya veo —dijo, volviendo a sentarse frente a mí—. Por fuerza tienen que estar investigando el asunto del falso Sigerson y su vinculación con Amanecer Dorado. Un tema interesante. ¿Y qué lo ha traído a usted por aquí?

El que hubiera deducido aquello de las informaciones vagas que por fuerza tenían que dar los periódicos sobre el asunto era una nueva prueba de las dotes portentosas de aquel hombre.

—Tengo razones para creer que este caso tiene raíces más hondas de lo que parece. Creo que Holmes, quizá sin darse cuenta, empezó a trabajar en él mientras todos lo dábamos por muerto. Si ¡a memoria no me falla usted fue el único que estaba en el secreto, y quizá pudiera decirme algo.

Mycroft Holmes pareció asombrado, como si de pronto una mascota predecible y poco brillante hubiera hecho algo inesperadamente inteligente. Enseguida recuperó su habitual actitud imperturbable, chasqueó la lengua y me dijo;

—Créame que lo lamento, doctor Watson. He disfrutado con sus relatos de las hazañas de mi hermano. Y siempre he pensado que una relación con alguien honrado, cálido y, perdóneme, ingenuo como usted, le hacía mucho bien al carácter frío de Sherlock. Pero en este caso me temo que mis labios están sellados. El secreto no me pertenece. Si Sherlock no ha querido ponerlo en antecedentes, no creo que yo pueda hacerlo. Lo siento de veras, doctor.

Procuré disimular mi desilusión, aunque desde luego no pude engañar a la mente afilada que me contemplaba desde el otro sillón. Terminé mi copa de brandy y, después de intercambiar unas pocas trivialidades con Mycroft Holmes, me despedí de él.

Afuera, ya era de noche desde hacía un buen rato. El invierno terminaba y faltaba poco para la llegada de la primavera y en el cielo, parcialmente despejado, asomaban tímidas las estrellas. No hacia frió y mi antigua herida de guerra no me molestaba demasiado, así que decidí volver andando a casa.

Cuando llegué a Baker Street, bien entrada la noche, Holmes aún no había regresado. Sobre la repisa de la chimenea le esperaba un telegrama que había puesto allí, sin duda, la buena de la señora Hudson. Normalmente nunca me habría atrevido a abrir un telegrama destinado a Holmes pero, por un lado, presentía que podía ser algo urgente y, por el otro, mi fallida entrevista con Mycroft Holmes me había agriado un poco el ánimo. Así pues, rasgué el papel y leí la breve nota:

Estoy en el Carlton. Habitación 112. Ya lo tengo. Le espero.

Persano

Increíble. Acababa de pasar al lado del Carlton al volver a casa, sin imaginar que aquel astuto periodista nos esperaba en una de sus habitaciones. Estuve tentado de salir de nuevo y acudir yo solo a la cita. Pero luego me di cuenta de qué poco habría obtenido enfrentándome a un intelecto que me sobrepasaba ampliamente, como el de aquel joven.

Me senté en la butaca, frente a la chimenea, con el telegrama en la mano, esperando mientras las horas pasaban y Holmes no acababa de regresar. Debí de quedarme dormido en aquella postura.

CAPÍTULO XI

UN GUSANO DESCONOCIDO PARA LA CIENCIA

Desperté con la inquietante sensación de que alguien me vigilaba. Al abrir los ojos vi frente a mí un rostro envejecido y estragado por el alcohol que me escrutaba inquisitivamente.

—Vaya, vaya, Watson —dijo la voz de Holmes saliendo de aquellos labios de borrachín—. Sus costumbres se van haciendo más peculiares con la edad.

Yo, todavía desorientado, no supe qué contestar. Al fin, después de parpadear media docena de veces, pude levantarme del sillón y estirar mis sufridas articulaciones. Me dolía todo el cuerpo.

—¡Holmes! —dije—. Ha vuelto por fin.

—Sí, y justo a tiempo para sacarlo de un sueño no muy reparador, a lo que parece.

Hablaba con voz alegre, mientras se desprendía, con ayuda de una esponja húmeda, de los últimos rastros de su disfraz. Yo me aseé un poco y, todavía con todos los huesos crujiéndome de dolor, me senté a desayunar a su lado.

—¿Ha averiguado algo?

—Absolutamente nada, mi querido amigo, nada de nada.

Sin embargo, el tono festivo de sus palabras parecía desmentirlas. Atacó con verdadera ansia el bacon y los huevos y, sin dejar de masticar, explicó:

—He perdido un día entero. O quizá no, según se mire. He usado no menos de tres disfraces y he entrado en todos los hoteles, hoteluchos y fondas de Londres en busca de nuestro amigo Lovecraft. Nada, ni rastro. Como si la tierra se lo hubiera tragado, como si ya no estuviera en Inglaterra, lo que bien pudiera ser, si tenemos en cuenta que ya estamos a tres de marzo. Aunque no lo creo, de algún modo tengo la sensación de que nuestro hombre sigue en la ciudad. Sin embargo, mientras seguía con mis infructuosas pesquisas se me ocurrió que en realidad había emprendido el camino equivocado. Un hombre como el que perseguimos no alquilaría una habitación y languidecería en ella. No, todos mis instintos señalan que nos enfrentamos a un hombre de acción, y si lo que sospecho es cierto...

—¡Santo Dios —exclamé de pronto—, el telegrama! Holmes me miró extrañado.

—¿Qué telegrama? No había ninguno en la bandeja. —No. Lo tenía yo. Llegó ayer por la noche. Creo que me dormí con él en la mano.

Me incorporé en mi asiento y eché a andar hacia la chimenea. No tardé en encontrarlo: había caído entre las cenizas del hogar al quedarme yo dormido. Por suerte, la noche anterior había sido calurosa y no había juzgado necesario encender la chimenea. De no

ser así, aquel importante mensaje estaría convertido en cenizas en aquellos momentos. Alisé el papel arrugado y se lo tendí a Holmes. Éste lo leyó brevemente y, sin terminar su desayuno, se puso de pie y cogió su úlster y su gorra de tela y echó a andar hacia la puerta.

—Vamos, Watson, ¿qué espera? Puede que ya sea tarde. Llamamos a un coche y Holmes le prometió una generosa propina al cochero si les daba prisa a los caballos y conseguíamos llegar al Carlton en un cuarto de hora. Por suerte, Londres estaba Casi desierto a aquellas horas de la mañana y, trece minutos después, nos bajábamos frente al hotel. Holmes cruzó el vestíbulo como una exhalación, pasó ante un botones que dormitaba junto a los ascensores y empezó a subir las escaleras de dos en dos. Yo lo seguí como pude, y poco después llegaba jadeante a la puerta de la habitación 112. Holmes la aporreaba sin piedad, pero también sin respuesta.

—Watson, esté alerta por si viene alguien.

Di media vuelta y vigilé atentamente el ascensor y las escaleras, mientras Holmes extraía de su cartera lo que sólo podía ser una ganzúa. Lo oí trastear en la cerradura unos instantes y, poco después, escuché el chasquido familiar que indicaba que la puerta estaba abierta. —Adelante.

Ambos entramos en la habitación, que tenía las persianas bajadas pese a la hora y estaba parcialmente a oscuras. Holmes cerró la puerta a sus espaldas, dio la luz en la habitación y, con paso resuelto se encaminó al dormitorio. Allí escuché cómo sus pasos se detenían de repente y lo seguí.

Tendido en el suelo se hallaba el hombre que un día había sido Isadora Persano, incapaz ya de acordarse de su nombre o de cosa alguna. Respiraba entrecortadamente, y sus ojos parecían clavados en el infinito, extraviados en un más allá del que no volverían. En su mano derecha, caída frente a él, sostenía una caja de fósforos parcialmente abierta. Su boca se abría y cerraba, balbuceando incoherencias.

Holmes se agachó y acercó su cara a la boca del periodista. Yo hice lo propio y pude oírle susurrar:

—Jabberwocky... Jabberwocky...

Aquellas cuatro sílabas carecían de sentido para mí, pero Holmes siguió escuchando, cada vez más interesado. A mí me atraía más, sin saber muy bien por qué, la caja de cerillas abierta a medías que sostenía la mano del joven. Me acerqué a ella. En el interior de la caja se movía algo pequeño, blancuzco, de una consistencia lechosa y palpitante. Mis ojos contemplaron fascinados una criatura vermiforme, que se ondulaba una y otra vez, rematada por una minúscula boca sin labios y dos ojos que parecían mirarme, hipnotizadores, dos ojos en los que había una expresión que sólo podía ser definida como inteligente, astuta, diabólica. Sentí que el mundo a mi alrededor desaparecía, todo se iba volviendo borroso, giraba a mi alrededor cada vez más rápido...

Volví de pronto a la realidad y fue como si me hubieran golpeado en la boca misma del estómago. Me encontraba en el suelo,

parpadeando, mientras Holmes pisoteaba una y otra vez lo que había sido la caja de cerillas y su horrible contenido. Terminada su frenética labor se volvió a mí, con la preocupación y el temor más intensos pintados en aquel rostro anguloso y reservado que yo conocía tan bien.

—¿Se encuentra usted bien, Watson? Dígame que está bien, por Dios, se lo suplico. No me perdonaría...

—Me encuentro perfectamente, Holmes.

Vi cómo el alivio se pintaba apenas en su rostro, para ser sustituido enseguida por su habitual expresión de frialdad. Otro hombre quizá se habría arrepentido, o avergonzado, de su súbito estallido emocional. Holmes se limitó a borrarlo, a hacerlo desaparecer de la existencia (hasta el punto de que se podría haber pensado que su interlocutor lo había imaginado todo) con un simple gesto.

—He sido un estúpido dejándole acercarse. Lo primero que debí haber hecho al entrar en la habitación fue aplastar esa caja y su inmundo contenido. Por suerte no ha pasado nada grave. —¿Y Persano? —pregunté yo, incorporándome. —Usted es el médico, Watson. Diría que está más allá de toda ayuda humana. Ha enloquecido completamente.

Me agaché y no me hizo falta un examen muy detenido para darme cuenta de que Holmes no se equivocaba. Su mirada seguía extraviada en el infinito y un hilillo de baba se descolgaba por la comisura de sus labios parcialmente abiertos. Había dejado de balbucear.

Entretanto, Holmes había llamado al conserje y lo había puesto en antecedentes, pidiéndole que avisara a la policía. Mientras la esperábamos, Holmes hizo desaparecer todo rastro de la caja de cerillas y efectuó un rápido pero minucioso registro de la habitación y los efectos personales del periodista. Finalmente, dentro de su chaqueta dio con una pequeña libreta negra que no podía ser otra cosa que su cuaderno de notas.

—Odio ocultarle pruebas a la policía oficial. Pero temo que en este caso es lo mejor. Le echaremos un vistazo en Baker Street.

—Holmes —pregunté yo entonces—, ¿Qué era... qué había en..,?

—Digamos que un gusano, Watson, un gusano desconocido para la ciencia.

No añadió más, y poco después la policía hacía acto de presencia. Holmes les explicó que habíamos recibido un telegrama de Persano dándonos cita allí y que, al llegar, habíamos encontrado la puerta abierta y al periodista en el estado en el que ahora lo veían. Nos hicieron algunas preguntas más, que respondimos con laconismo y, tras asegurarles que estábamos a su disposición, salimos del hotel. Subíamos al coche cuando recordé la visita de Doyle el día anterior. Se lo hice saber a Holmes, pero éste apenas pareció prestar atención.

—Sí, era lógico —murmuró.

En el camino de vuelta a Baker Street yo me sentía extrañamente azorado. Recordaba mi comportamiento del día anterior y mis infructuosas pesquisas en el Diógenes Club. Me sentía avergonzado por dudar de Holmes, pero al mismo tiempo no podía

evitar cierto resquemor hacía él por los hechos que me mantenía ocultos. Lo miraba y enseguida desviaba la vista, gesto en el que él no parecía reparar, fumando lánguidamente su larga pipa de arcilla. Luego recordé la expresión de su rostro cuando creyó que me había ocurrido algo en la habitación del periodista y no pude menos que maldecirme por dudar de aquel hombre notable.

Todo esto se desvaneció, sin embargo, cuando a mi memoria vino una frase que Holmes había dejado caer durante el desayuno, referente a que quizá el individuo al que perseguíamos ya había dejado Inglaterra, pues estábamos a tres de marzo. Le pregunté qué había querido decir con eso.

—Es muy simple, Watson, muy simple. ¿Recuerda el mensaje? Siempre acabamos volviendo a él, tarde o temprano. "Marcharás en la que alcanza el mundo invertido»; aún no se qué o quién puede ser esta última, pero la primera parte está ahora bien clara. Piense, Watson, "marcharás» *(you shall march),* un verbo que raramente usamos con un sentido distinto al militar, y menos aún en tiempo futuro. Solemos decir «irás», «vendrás», «llegarás», «huirás», incluso «partirás», pero «marcharás» convendrá conmigo en que es cuando menos extraño. ¿No sería más lógico que estuviera aludiendo de forma velada al mes de marzo *(March)?* Resulta por tanto elemental suponer que nuestro amigo Sigerson, Phillimore, Lovecraft o como queramos llamarle, utilizando un medio que aún no he logrado averiguar, nos dejará durante este mes de marzo. Ignoro aún el día, y por eso he dicho que es posible que ya se haya ido. Desde luego, sólo tiene una opción, el barco, pues afortunada o desgraciadamente Inglaterra sigue siendo una isla y sólo se puede salir de ella por mar. Sin embargo, mientras no sepa quién o qué es «la que alcanza el mundo invertido» no podremos saber qué barco cogerá o ha cogido.

—Supongo que tiene controlados los puertos.

—Por supuesto, Watson, mis Irregulares los patrullan día y noche. Sin embargo, si no han logrado dar con él en la ciudad, no creo que tengan éxito en el puerto. —Dio una profunda chupada a la pipa—. No, creo que sé dónde puede estar oculto nuestro hombre: en un sitio donde su habilidad para disfrazarse por fuerza tiene que pasar desapercibida. Pero no es eso lo que me preocupa ahora, sino lo que Persano decía cuando entramos en su habitación.

—No parecía tener el menor sentido.

—Quizá no, pero yo creí captar algo parecido a «Jabberwocky». Y por algún motivo esas sílabas tan extravagantes me resultan conocidas.

—Sí, también yo escuché algo similar. ¿No podría ser el nombre del... del gusano?

Sherlock Holmes lanzó al aire una larga y franca carcajada.

-—No, aunque por alguna razón no encuentro la idea completamente descabellada. Es curioso, muy curioso. —Pareció ensimismado unos instantes—. No, Watson, nunca he oído que a ese tipo de... gusanos se les llamase así. Pero quién sabe.

En aquel momento llegamos a Baker Street. Mientras subíamos

las escaleras, Holmes no dejaba de mirarme. En cuanto hubimos entrado en nuestras habitaciones, dejó caer de forma indiferente:

—Veo que ayer por la tarde se ausentó de casa.

—Así es —dije yo, volviendo a azorarme.

—Sí, y su abrigo tirado de cualquier manera sobre la silla proclamaba a gritos que volvió algo agitado. No creo que ande muy desencaminado si supongo que estuvo hablando con mi hermano.

—Sí, Holmes —respondí, sin atreverme a mirarlo a los ojos.

Él tomó asiento frente a la chimenea.

—Ya veo. Debí haberlo previsto. Pero siempre me sorprende usted, Watson. Cada vez que creo poder predecir de forma inequívoca sus reacciones me salta con algo inesperado. Quizá es la forma que el universo tiene de decirme que no todo es tan mensurable como me gusta creer y que hay cosas que seguirán escapándoseme por mucho tiempo que pase. Sonrió, y había una sorprendente calidez en su sonrisa. No pude por menos que devolvérsela.

—Así que ha llegado a la conclusión de que durante mi supuesta muerte investigué algo que está relacionado con este caso. Es el único motivo que tendría para ver a Mycroft, ya que él era la única persona que sabía que yo seguía vivo y, quizá, supuso usted, los motivos reales de mis investigaciones.

—Así es.

—A veces es usted capaz de una sagacidad que me llena de asombro. Y desde luego me complace. —Sonreía mientras volvía a llenar su pipa—. Todo quedará aclarado en su momento, Watson, se lo prometo. Confíe en mí.

—Siempre lo he hecho.

—Pero a veces duda, ¿no es verdad? No sería humano si no lo hiciera. Bien, temo que después de comer tendré que dejarlo solo de nuevo. Ya le he dicho que tengo una nueva pista entre manos. Ahora, echémosle un vistazo al cuaderno de notas de nuestro desafortunado amigo Persano.

Lo abrió con manos nerviosas y empezó a leer en voz alta.

—Veamos. Tres de febrero. Nada que tenga que ver con esto, al menos de momento. No... Aquí está. Cinco de febrero. «Curioso individuo relacionado con Amanecer Dorado. Sigo su pista.» Seis de febrero: «Sigerson es un fraude». Impresionante, en un solo día. Ocho de febrero: «Origen Diógenes Club, Mycroft Holmes». Nada hasta el doce de febrero: «Sherlock Holmes=Sigerson. ¿Relación actual?». Pasamos al trece: «Sigerson act. francmasón egipcio. Sus propósitos, sin duda *Necronomicon».* Una mente impresionante, la de este joven, ojalá se hubiera confiado a mí cuando aún estaba a tiempo. Pero es inútil lamentarse sobre lo que ya ha sucedido. Sigamos. Apenas hay anotaciones importantes hasta el día de la conferencia: «Holmes en conferencia. ¿Actuará Sigerson?». Al día siguiente: «Sigerson mató a Phillimore. Ocupa su puesto. Seguirlo». El mismo día, un poco más adelante: «Baker Street. Sacar información». Bueno, ya vio cómo en ese aspecto quedó chasqueado. Sigamos. La siguiente anotación es de ayer: «Lo he encontrado. Acercarme cuando luces se apaguen». El resto

está en blanco... No, espere, hay un par de páginas al final. La letra ha cambiado, sin duda estaba en un estado de agitación extraordinaria cuando lo escribió. «Enviado telegrama a Baker Street. Ojalá llegue a tiempo y me ayude. Lo vi y hablé con él. Sé cómo piensa huir de Inglaterra. Me lo dijo con absoluta frialdad: Jabberwockv. Qué claro está, por supuesto. Al separarnos me tendió la caja de cerillas: 'Encontrará interesante su contenido'. He llegado al hotel y la he abierto. Creí que sólo la había mirado unos segundos, pero ya era Casi de noche cuando volví a darme cuenta de dónde estaba. Cerré la caja, pero ya era tarde. Ojalá venga pronto. No puedo resistir más. Terminaré estas notas y abriré de nuevo la caja. Tengo que verlo otra vez, tengo que verlo de nuevo. Jabberwocky, claro que si, él huirá. Ojalá Holmes pueda encontrarlo. ¡Cuidado con el pájaro Jubo-Jubo! No puedo resistirlo. Tengo que volver a mirarlo.» Lo último es Casi ininteligible. Me temo que no sacaremos nada más de esto.

—No he entendido nada, Holmes.

—Yo diría que parece bastante sencillo. Se entrevistó con nuestro hombre, ya lo ha oído, y éste le dio la clave de su forma de huir de Inglaterra bajo la forma de esa extraña palabra,«Jabberwocky». Luego le hizo entrega de la caja de cerillas. Diabólico. Por supuesto, sabía que una vez mirase lo que palpitaba dentro estaría perdido, así que, en realidad, confesarle su plan de huida no fue otra cosa que una diabólica y malsana broma. Lovecraft tiene que ser un hombre con una voluntad férrea para haber resistido la tentación de mirar en el interior de la caja de cerillas.

Tragué saliva con dificultad.

—Yo podría...

—Sin duda, si hubiera seguido mirándolo unos minutos más habría acabado como nuestro joven periodista. Pero ya no tiene que inquietarse por eso. —Golpeó suavemente su rodilla con el canto del cuaderno—. Hmrn. «Acercarme cuando luces se apaguen." Eso confirma mis sospechas. Pero, ¿qué puede ser el Jabberwocky? Y, sin embargo, esa palabra no me es del todo desconocida.

Permaneció el resto de la mañana completamente ensimismado. A la hora del almuerzo comió maquinalmente y, poco después, desaparecía en el interior de su habitación. Cuando volvió a salir era un hombre completamente distinto: diez centímetros más bajo, con un rostro ligeramente rubicundo y vestido con un frac que no le acababa de sentar muy bien.

—Bien, Watson. Aquí tiene al Gran Johnson, el mejor mago que ha pisado un escenario, que esta tarde se paseará por todo Londres buscando trabajo. O algo parecido.

Me guiñó un ojo y, poco después salía a la calle.

CAPÍTULO XII

TEATRO DE VARIEDADES

Durante toda la tarde no supe nada de Holmes. Me lo imaginaba entrando en los distintos teatros de variedades bajo su impostura del prestidigitador e intentando averiguar algo con sus ojos penetrantes. Pero, ¿qué? No tenía la menor idea.

A las seis de la tarde, Billy, el joven al que Holmes había usado de recadero en más de una ocasión, me trajo un mensaje de mi amigo. Me citaba para cenar a las siete y media en Mancini, un restaurante al que Holmes y yo ya habíamos ido en otras ocasiones. Me pedía también que no me vistiera con demasiada elegancia, cosa que me sorprendió, pero a la que no me quedó más remedio que acceder. Holmes podía volverse realmente irritante si se le llevaba la contraria en aquellos pequeños detalles.

Salí de casa y llamé un coche. Pronto cruzaba el Parlamento, dejaba atrás Whitehall y nos dirigíamos hacia Trafalgar Square. Poco después me apeaba en Jermyn Street y entraba en el restaurante.

Holmes ya me esperaba allí dentro y me sorprendió que lo hubieran dejado entrar. El Mancini no es un lugar en el que sea habitual ver a obreros y gente de procedencia baja. Justo de esa forma vestía Holmes y, por las miradas que los clientes le echaban, pude ver que no era precisamente bienvenido. Me senté a su lado, sintiéndome ligeramente incómodo.

Holmes alzó apenas su vista de la carta y enarcó una ceja.

—Las apariencias, Watson, las apariencias —me dijo—. Hemos estado en este lugar varias docenas de veces y siempre hemos sido magníficamente tratados. ¿Creerá usted que el camarero quiso echarme hasta que finalmente me reconoció?

No me costaba ningún trabajo creerlo, y así se lo dije.

—Ya veo. —Contempló mis ropas con aire crítico—. Bien, no va usted demasiado bien vestido para lo que nos espera, pero espero que no desentone demasiado.

Me sentí ofendido por sus palabras. Evidentemente, no vestía como Beau Brummel, ni llevaba nada que se le pareciera a un traje de etiqueta, pero mis ropas eran pulcras y de excelente confección.

—Bien. Cenemos. Tengo un hambre de lobo.

Yo, sin embargo, apenas tenía apetito, así que me conformé con un te y unas galletitas mientras Holmes devoraba una cena digna de Falstaff.

—¿Adonde vamos? —le pregunté cuando hubo acabado y fumaba plácidamente su pipa.

—A un teatro de variedades, por supuesto.

—Entonces, ¿ha encontrado a su hombre?

Una chispa de malicia brilló en sus ojos.

—Puede que sí, puede que no. —Sacó el reloj—. Pero mejor que nos vayamos poniendo en camino. La segunda sesión va a empezar pronto y no quisiera tener que asistir a ella desde el gallinero.

Así, quince minutos después entrábamos en un minúsculo teatro de variedades, en el que las ropas humildes de mi amigo parecían encajar a la perfección. Yo me sentía fuera de lugar y comprendí entonces el propósito que animaba a Holmes al pedirme que no me vistiera demasiado elegantemente. Por suerte, aquí y allá había otras personas cuya vestimenta era de un estilo bastante similar a la mía. De todas formas no éramos más que islas minúsculas en aquel océano de obreros, criadas y gente humilde.

La función dio comienzo Casi enseguida y mentiría si dijese que la disfruté. Holmes me había acostumbrado a espectáculos más refinados y aquello tenía poco que ver con los conciertos madame Neruda o de Sarasate en St. James' Hall. Había muchos cómicos *cockneys* que arrancaron las carcajadas del público con sus chistes malintencionados y llenos de dobles sentidos. Había magos, prestidigitadores, cantantes. Me esforcé al máximo, tratando de descubrir entre los artistas de variedades o el personal del teatro o incluso entre los espectadores las facciones del hombre al que Holmes y *yo* perseguíamos. Pero era inútil. Ni un solo rostro se le parecía. Finalmente, la función llegó a término con la actuación de la señora Pebbles, una horrible y cuarentona mujer que entonó dos canciones no muy edificantes con una voz aguardentosa.

Las luces del escenario se apagaron y el público comenzó a salir. Holmes me hizo una seña de que esperara y, cuando el teatro estaba Casi vacío, se dirigió hacia la entrada de los camerinos.

Nadie nos puso el menor impedimento para entrar. El bullicio era Casi ensordecedor, mientras los actores se desmaquillaban, los magos guardaban sus trucos y las coristas se cambiaban de ropa. Al fin, Holmes llegó frente al camerino que parecía estar buscando y golpeó la puerta con los nudillos.

—Adelante —respondió una voz femenina y cascada.

Pasamos al interior y nos encontramos frente a la mujer que había cerrado el espectáculo.

—Buenas noches, señora Pebbles. Sólo quería felicitarla por su actuación —dijo Holmes en un gesto galante que no pude por menos que encontrar ridículo.

—No fue nada, encanto, tenias que haberme visto hace tiempo.

—De hecho, la vi —dijo Holmes con el asomo de una sonrisa en la boca—. Es usted una actriz extraordinaria, y creo que malgasta su talento en este teatrucho. Sus interpretaciones de Sigurd Sigerson y de James Phillimore fueron soberbias. No pude asistir a esta última, pero me han comentado que fue insuperable.

Yo no daba crédito a las palabras de Holmes, pero aquella mujer cuyo rostro estaba sin duda avejentado por años de vida depravada, pareció entenderlas a la perfección. No me costó mucho trabajo comprender entonces la idea que había movido a Holmes a dejarse caer por los teatros londinenses fingiendo que buscaba trabajo. Sin

duda se la había proporcionado la increíble habilidad para disfrazarse y simular ser otra persona de la que Lovecraft había hecho gala. ¿Qué mejor lugar para ocultarse, entonces, que entre la gente del mundo del espectáculo? Mientras estos pensamientos pasaban por mi cabeza, la «señora Pebbles» sonrió de forma desagradable y dijo:

—Ya me habían comentado que era usted un sabueso difícil de despistar, señor Sherlock Holmes. Siéntese, por favor, y usted, doctor Watson. Tomamos asiento, Holmes frente a ella y yo algo más cerca, a un lado.

—Bien, señor Lovecraft, creo que ha llegado el momento de sincerarse.

—¿También ha adivinado eso?

—Yo nunca adivino. Estropea la mente. Y seria un estúpido si me dedicara a embotar mi herramienta más eficaz. —La «mujer» se encogió de hombros.

—Bien, entonces lo ha deducido, inferido, razonado, colegido, lo que sea, qué más da. Sí, es usted todo lo que me habían dicho. —Pronunció «todo» con un cierto deje de irritación—. ¿Qué quiere saber?

—Poca cosa. Dónde está el *Necronomicon* y el nombre del barco que usted pensaba usar para salir de Inglaterra.

—Ah, de modo que aún no lo sabe. ¿No habló con el señor Persano? —preguntó con una risilla que no pude evitar encontrar inquietante.

—No estaba en condiciones de decir gran cosa cuando lo encontramos —respondió mi amigo—. Algo que no creo que represente ninguna sorpresa para usted.

—No en exceso, lo reconozco. Una lástima. —Sus manos, de uñas largas y pintadas en un rojo vivo, se cerraron alrededor de una botella de aguardiente—. ¿Un trago, caballeros? ¿No? Bien, a su salud.

Bebió un largo trago, directamente de la botella. Se limpió luego la boca con el dorso de la mano y nos miró. Parecía enormemente divertida (debería decir «divertido»] con toda aquella situación. Chasqueó de repente los labios, como si acabara de acordarse de algo importante.

—Por cierto —dijo—, yo le había hecho un regalo al señor Persano.

—Temo que ese regalo fue destruido. Accidentalmente. Nuestro interlocutor asintió.

—¿Y no le echaron antes un vistazo? —Su mirada se iluminó de repente—. Sí, veo por la expresión del doctor Watson que al menos él si lo hizo. ¿No le gustaría volver a mirarlo? Tengo otro, doctor.

Me estremecí violentamente en la silla. Sentí cómo la mano de Holmes se cerraba alrededor de mi brazo y noté aquel contacto tremendamente reconfortante, como si fuera un ancla a la que yo pudiera agarrarme para regresar al mundo real.

—No juegue con nosotros, señor Lovecraft. Dudo mucho que se haya arriesgado a traer más de un dhole con usted.

—Se las sabe todas, ¿eh? Bueno, si no puedo mostrarles esa encantadora criatura, ¿qué más puedo hacer por ustedes, caballeros?

—Darnos el libro y entregarse,

—Oh, por supuesto, debí haberlo previsto. El libro dicen, pero lamento informarles de que no está en mi poder en estos momentos. En cuanto a entregarme, temo que no entre dentro de mis planes.

—Señor Lovecraft. —Me resultaba incongruente que Holmes se dirigiera así a lo que yo veía como una mujer, se comportaba como una mujer y hablaba como una mujer—. Puede salir con nosotros de buen grado, o puede hacerlo inconsciente. Usted elige.

—No me deja muchas opciones.

Asió de nuevo la botella. Sus manos temblaban mientras se la llevaba a la boca. Sin duda tenia que saber que estaba atrapado: la mejor mente de Inglaterra había dado con él y esta vez no podría salirse con la suya, ninguna de sus argucias le serviría para escapar en esta ocasión. De pronto, el vidrio resbaló entre sus dedos y se precipitó al suelo. Me incliné rápidamente para evitar que se rompiese en mil pedazos y, al hacerlo, sentí cómo Holmes gritaba: —¡Watson, no!

Pero ya era tarde. La mujer se movió con una velocidad y astucia endiabladas y, antes de que me diera cuenta, me cogía el brazo derecho, poniéndomelo a la espalda, y sentía en el cuello el contacto frío y afilado de una navaja. Oí su voz, apenas por encima del nivel de un susurro, junto a mi oreja:

—Como le dije, señor Holmes, no entra dentro de mis planes entregarme. Salga del camerino, exactamente dos pasos por delante de mi. Y usted, doctor Watson, no intente nada, odiaría tener que rebanarle el pescuezo.

Aunque hubiera querido no habría podido hacer nada. La presa con la que me tenía sujeto era tal que apenas podía moverme o respirar. Holmes echó a andar y salió al pasillo, siempre seguido por mí y por mi captora. Cruzamos la puerta trasera del teatro y fuimos a dar a un callejón oscuro y maloliente.

—Llame a un coche, señor Holmes.

Salimos a la calle principal, bastante transitada a aquellas horas. Sentí cómo Lovecraft cambiaba la presa sobre mi cuerpo, aunque eso no mejoró mi situación: seguía tan sujeto como antes, pero ahora un observador casual no habría notado nada extraño en nosotros.

Al fin, Holmes dio con un coche y lo hizo detenerse.

—Muy bien. Póngase ahí, junto a los caballos. Ahora, doctor, suba al coche.

Así lo hice, con él (o ella) siempre pegado a mis espaldas. Le dijo al cochero que arrancara en dirección a Charing Cross y, poco después vi la figura de Holmes, completamente inmóvil, desvanecerse detrás de nosotros. No habíamos recorrido todavía doscientos metros cuando la voz de mi captor, ahora totalmente masculina, dijo:

—Buenas noches, doctor.

Creí que estaba condenado y que aquella criatura diabólica me rebanaría el cuello. En lugar de eso, abrió la puerta del coche y, antes de que pudiera reaccionar, me encontraba tirado en medio de la

calzada y el coche se perdía de vista lo lejos. Oí pasos a mis espaldas y, poco después, Holmes llegaba junto a mí y me ayudaba a incorporarme.

—Lo siento, Holmes, ha sido culpa mía.

Pero él no parecía afectado por lo sucedido.

—No importa, Watson. Está usted a salvo y eso es lo único que importa.

—Por un momento tuve mis dudas —dije—. Creí que iba a matarme antes de tirarme del coche.

Holmes negó con la cabeza.

—No, es demasiado listo para eso. Por fuerza tiene que saber que, de haberle hecho a usted el menor daño, nada habría podido librarlo de mí, aunque todas las fuerzas del infierno se hubieran conjurado en mi contra. —Pareció repentinamente azorado, como si aquel estallido emocional estuviera fuera de lugar—. Debí prevenirle mejor contra un hombre tan astuto.

—¿Hombre o mujer? —pregunté yo.

—Lo primero, desde luego, aunque su personificación de una fémina ha sido sin duda soberbia. —La voz de Holmes rebosaba admiración—. Bien, nada podemos hacer aquí y el pájaro ha volado, al menos de momento. He tomado el número del coche, aunque no creo que nos sirva de mucho. Al menos, hay un nuevo disfraz que no se atreverá a usar, y temo que la señora Pebbles no volverá a animar al público con sus pícaras canciones. Vamos, Watson.

No nos costó mucho trabajo dar con un hansom y, poco después cruzábamos el Londres nocturno. Mis ropas estaban sucias y desgarradas y yo me sentía algo dolorido, pero en realidad mi dolor era más mental que físico. Por culpa de mi torpeza e ingenuidad, Holmes había perdido la ocasión de atrapar a su hombre. Él, sin embargo, no parecía darle mayor importancia a aquel hecho, como si lo ocurrido hubiera resultado inevitable, como si ambos hubiéramos sido víctimas del destino, o de una mala jugarreta de la naturaleza, tal vez una tormenta imprevista, o un tornado con el que nadie contaba. Como en tantas otras cosas, la naturaleza de Holmes era en esto extraordinaria: jamás perdía el tiempo lamentándose por los fracasos; prefería dedicar todos sus esfuerzos a planear la próxima jugada.

Llegamos a la estación de Charing Cross y no tardamos en dar con el cochero que había permitido la huida de Lovecraft. Acababa de regresar y parecía realmente furioso. Holmes lo calmó con la entrega de unos chelines y enseguida comprendimos el motivo de su furor: había llegado a Charing Cross y abierto la puerta para que bajase su pasajero, cuando se dio cuenta de que dentro del coche no había nadie. El pájaro había volado durante el trayecto. Nos despedimos de él y volvimos a nuestro propio coche.

—Se habrá percatado, Watson, de que Lovecraft reconoció implícitamente que le había facilitado la clave de su huida a Persano, sin duda con el convencimiento de que éste no conservaría sus facultades mentales íntegras el tiempo suficiente para decirnos nada. Por tanto, esa palabra, Jabberwocky, es de vital importancia, y

tenemos que averiguar qué significado puede tener.

Había estado dándole vueltas a aquel extraño término durante las últimas horas, y un pensamiento incipiente empezaba a asomarse a mi cabeza.

—Se me ocurre una idea, Holmes —dije tímidamente, deseoso de ayudar después de mi patinazo, pero al mismo tiempo con miedo de que lo que se me acababa de ocurrir careciera de valor.

—Oigámosla, querido amigo.

—Creo que una palabra tan rara solo puede tener dos orígenes. Literario o místico. En cualquiera de los dos casos quizá mi amigo el doctor Doyle pudiera ayudarnos.

—Hmm. No está mal pensado, Watson. —En cualquier otro momento me habría hinchado como un pavo ante el elogio, pero aún tenía demasiado reciente mi pifia—. Sí, bien pudiera ser, y sin duda el doctor estará ansioso por ayudarnos en este caso. Usted conoce sus costumbres, Watson, ¿cree que ya se habrá acostado?

Miré mi reloj.

—Lo dudo. Posiblemente esté aún trabajando en su estudio.

—Bien. A casa del doctor Doyle entonces.

CAPÍTULO XIII

JABBERWOCKY

El propio Doyle nos abrió la puerta de su casa. Tanto su familia como la servidumbre se habían retirado ya y, como yo había supuesto, él continuaba en su estudio, aunque no dedicaba los esfuerzos de su mente a la literatura. Según nos dijo, se había pasado toda la tarde pensando en aquel asunto y sopesando las consecuencias que traería.

—No éramos otra cosa que los custodios del libro —nos dijo—. No para usarlo en nuestro provecho, sino para evitar que nadie lo utilizara, créanme. No somos tan necios como puede pensar la gente o nos ha hecho aparecer la prensa sensacionalista. Estoy Casi seguro de que usted sabe de qué estoy hablando, Holmes. Hace tiempo que corren por el mundo ocultista rumores tales que, de ser ciertos, representarían un tremendo poder para el hombre que utilizara el libro de la manera... no sé si llamarla correcta.

—Sí, conozco los rumores. En cuanto a su veracidad o falsedad, es algo que no estoy en disposición de aclarar. Doyle asintió.

—Ni usted ni nadie. Pero si fuesen ciertos sería terrible que el *Necronomicon* cayera en las manos inadecuadas, terrible para todos. Hasta ahora el libro era una fuente de peligro para quien lo usara, pero si es cierto que él ya no gobierna... No, no quiero ni pensarlo.

Holmes no dijo nada. En cuanto a mí, apenas entendí nada de lo que se había dicho. Mi amigo paseó por la habitación, recorriéndola detenidamente con la mirada y estoy seguro que, de haber podido, habría sacado su lente de aumento y habría escudriñado las esquinas con ella. Su ojos se detuvieron brevemente en el cenicero de Doyle y vi cómo olfateaba cuidadosamente, para luego asentir con solemnidad.

—Ya veo —dijo—. Tabaco de Trichinípoli, en una mezcla muy característica. Se diría que no nos hemos cruzado con el señor Mathers de milagro. Doyle no se molestó en negarlo,

—Se fue poco antes de que ustedes llegaran, en efecto. Comprenderán que esté preocupado por todo este desafortunado asunto.

—Ya lo creo. Tener el poder en sus manos esperando la ocasión oportuna para usarlo y verse chasqueado en el último momento. Y por un advenedizo del Nuevo Mundo, nada menos.

—Holmes, ya le he dicho que nuestras intenciones no eran utilizar el grimorio, sino impedir que cayera en malas manos.

—Entonces, ¿por qué no destruisteis el libro? —pregunté. En realidad, como he dicho, ignoraba a qué podía referirse la mayor parte de aquella conversación. Pero si el libro era, por el motivo que fuera, peligroso, la alternativa lógica era destruirlo, por supuesto.

—No, John, es algo demasiado valioso para destruirlo, pero también demasiado peligroso para que nadie lo use.

—Sin embargo, temo que Watson esté en lo cierto. La experiencia me ha enseñado que los secretos han nacido para dejar de serlo. Y permítame que dude sobre sus intenciones, doctor Doyle, o al menos de las del Gran Maestre de su secta. No pongo en duda su sinceridad, pero me cuesta creer que alguien como Samuel Liddell Mathers renuncie a usar un instrumento poderoso cuando el destino pone a su alcance los medios para utilizarlo sin riesgos.

—Es usted libre de creer lo que quiera, Holmes. No puedo impedirlo, por supuesto. En cualquier caso, esta conversación es meramente académica.

Doyle parecía más abatido con cada palabra. De hecho, me sorprendió que ni siquiera se molestase en parecer ofendido por las dudas de Holmes.

—El libro ya no está en nuestro poder, y las intenciones de su actual poseedor creo que están claras para todos.

No lo estaban para mí, pero me abstuve de decir nada.

—Créame, doctor. Si hay forma humana de impedirlo, el ladrón no conseguirá sus propósitos.

No pareció que la oferta de Holmes lo impresionara.

—Sin embargo, para ello necesitamos su ayuda. Aquello sí que lo pilló por sorpresa. Parpadeó y miró a Holmes como si sus palabras le resultaran incomprensibles.

—¿Mi ayuda? ¿En qué puedo ayudarles yo? Les he dicho todo lo que sé de éste asunto.

—En realidad, doctor, nos ha dicho todo lo que cree saber de este asunto, lo cual no es ni por asomo lo mismo. Tiene conocimientos que nos pueden resultar útiles, aunque usted mismo todavía no lo sepa.

—¿Se refiere a Amanecer Dorado? Ignoro de qué pueden servirle, Holmes, pero mis conocimientos sobre ocultismo están a su disposición. Aunque dudo mucho que pueda decirle nada que usted ya no sepa o sospeche —añadió, con cierto rencor mal disimulado.

—Esos, o los de literatura.

Doyle volvió a mirarle sorprendido.

—¿Qué quiere decir?

—Tengo razones para creer que la clave de la huida de nuestro hombre está en una palabra, y que esa palabra, como me ha hecho notar Watson, puede proceder del mundo ocultista o del artístico. Suena lo bastante extraña para pertenecer a cualquiera de los dos, o a ambos.

—De acuerdo, oigamos entonces esa palabra.

—«.Jabberwocky».

Por primera vez aquella noche las palabras de Holmes despertaron alguna reacción en Doyle. Su brusco alzamiento de cejas estaba lleno de incredulidad.

—¿Bromea? —preguntó—. ¿Cómo puede estar la clave de nada en eso?

—¿He de suponer que la palabra le es familiar?

—Por Dios, claro que sí. ¿No me toma el pelo, Holmes, es en

serio? No, no me está embromando, válgame el Cielo.

Se incorporó y se acercó a su voluminosa biblioteca. De allí extrajo un libro y lo abrió mientras volvía a sentarse. Fue pasando las páginas hasta que pareció encontrar lo que buscaba.

—Veamos. Sí, aquí está. ¿Están preparados?

Sin esperar respuesta comenzó a recitar un galimatías Casi ininteligible:

'Twas brillig, and the slithy toves
Did gyre and gimble in the wa.be:
All mimsy were the borogoves,
And the mome raths outgrabe.

Beware the Jabberwock, my son!
The Jaws that bite, the claivs that catch!
Beware the Jubjub bird, and shun
Thefrumious Bandersnatch!

—Hay más del mismo estilo, pero me imagino que esto es suficiente.

—Más que eso, doctor, es notable —dijo Sherlock Holmes incorporándose en su asiento, con los ojos abiertos como platos y un brillo Casi infantil en la mirada—. ¿Me permite el libro?

Doyle se lo tendió y Holmes leyó el título en un murmullo que apenas alcancé a oír.

—A *través del espejo y lo que Alicia encontró allí* Sí, eso era, el extraordinario divertimento lógico del señor Dodgson. Ah, Watson, ya ve cómo Sherlock Holmes no es infalible, y aquí tiene una pifia para contarles algún día a sus lectores. Recordará usted cómo se sorprendió cuando, al poco de conocernos, afirmé que ignoraba si era la Tierra la que giraba alrededor del Sol o viceversa, y que aquel detalle no me importaba lo más mínimo. La memoria, le expliqué, es como un inmenso desván y si lo llenamos en exceso de cosas innecesarias carecerá luego de espacio para las útiles. Así, si algo que yo consideraba carente de valor entraba en ella por azar, intentaba olvidarlo lo más deprisa posible. Cómo podía saber yo que la encantadora Alicia me sería útil algún día. Oh, sí, leí el libro, Watson, tanto éste como su predecesor, antes incluso de conocerlo a usted. Pasé horas deliciosas con sus juegos de palabras, sus retorcimientos lógicos, su estructura ajedrecista, como un delicado engarce. Luego, juzgándolo inútil para la empresa a la que había decidido dedicar mi vida, lo arrojé fuera de mi memoria. Hasta hoy. Doctor Doyle, estoy en grave deuda con usted. Si llegamos a resolver este caso, su ayuda habrá sido inapreciable. Y gracias por hacerme oír de nuevo las delirantes fantasías del reverendo Dodgson. ¿Me permite un momento el *Times* de hoy, que veo a su lado? Gracias.

Holmes hojeó rápidamente el periódico, ante el pasmo tanto de Doyle como mío. Doyle me interrogaba con la mirada, y yo sólo podía encogerme de hombros.

—Bien, aún estamos a tiempo. Vámonos, Watson, es hora de que volvamos a casa. Mañana nos espera un día muy duro.

Un Doyle perplejo nos acompañó hasta la puerta y esperó hasta que encontramos un coche. Parecía deseoso de preguntar, y al mismo tiempo temeroso de hacerlo. Al fin nos despedimos de él mientras subíamos al coche e intenté tranquilizarlo con la mirada. No creo haber tenido mucho éxito.

—Entonces —le dije a Holmes poco después, camino de Baker Street—, ¿ya lo ha solucionado?

Holmes rió. Pocas veces lo había visto reír así, con una alegría total, despreocupada, inocente.

—Por supuesto, querido Watson. ¡Alicia! Alicia es la que alcanza el mundo invertido. Y por tanto, Lovecraft piensa huir de Inglaterra en un barco de ese nombre.

—¡Claro! Por eso le pidió el *Times* a Arthur, para comprobar si había zarpado hoy, o lo haría mañana, algún barco llamado *Alicia.*

—Formidable, Watson, formidable. Acabará convertido en un sabueso de primera. Desde luego ya está dejando muy atrás a nuestro amigo Lestrade.

Sin añadir nada más se dejó caer en su asiento, con una sonrisa de satisfacción en el rostro anguloso. Poco después llegábamos al 221 B de Baker Street y subíamos a nuestras habitaciones. Yo me acosté enseguida, aunque tardé en dormirme. ¡La red se estrechaba! Nuestro hombre estaba atrapado, y esta vez no se escaparía, ponía en ello mi honor, en esta ocasión Holmes no vería chasqueado su triunfo por culpa de la incompetencia de su compañero. Me lo prometí a mi mismo antes de caer finalmente en los brazos del sueño.

No hubo pesadillas aquella noche, o al menos yo no las recuerdo como tales. Las imágenes son confusas, y más después de tantos años, pero sé que desperté descansado y, si bien no conseguía encontrarle sentido a lo que recordaba, me resultaba extrañamente agradable pensar en ello.

Recuerdo que hubo una tormenta, pero yo estaba a salvo. Y aquel reptilesco personajillo de Crowley insistía una y otra vez en reptar por las esquinas, sin atreverse a salir jamás del todo a la luz. También había aguardiente, y un mago con sombrero de copa que cantaba con acento *cockney* una canción llena de equívocos. Alguien acercaba una navaja a mi garganta, pero yo sólo podía gritar «¡Jabberwocky!» y prorrumpir en carcajadas.

De pronto oíamos un ruido seco, preciso, cortante. Todos nos volvíamos y en el proscenio veíamos a Holmes aplaudiendo entusiasmado nuestra representación.

Absurdo, sin duda, como la mayoría de los sueños. Pero extrañamente reconfortante a su enloquecida manera. Al menos, como ya he dicho, esa sensación me produjo al recordarlo la mañana siguiente.

CAPÍTULO XIV

LA SOMBRA DEL PROFESOR

Al día siguiente, por la mañana, Holmes se preparó de nuevo para salir. Me ofrecí a acompañarlo, pero él afirmó que mi presencia no era necesaria en aquellos momentos y que se vería más libre para husmear a sus anchas si iba solo. Debió ver la decepción que asomó a mi rostro, porque Casi enseguida añadió:

—No se preocupe, Watson. Le necesitaré antes del final, se lo aseguro. ¿Qué haría yo sin mi fiel Boswell?

Así, tras desayunar frugalmente, salió a la calle. El tiempo había mejorado respecto a los días anteriores. El cielo seguía nublado en parte, pero comenzaban a verse signos de que pronto estaría despejado. Desde la ventana pude ver su estilizada figura perderse en la lejanía, en dirección, Casi con toda seguridad, al East End, a la zona de los puertos.

Unas tres horas más tarde, alguien llamó a la puerta. Supuse que seria. Doyle de nuevo, para interesarse por nuestras pesquisas, pero me equivocaba. Se trataba de Marlowe.

—Buenos días, doctor Watson. Quisiera hablar con Sherlock Holmes.

—Me temo que no esté. Salió temprano y creo que tardará en volver.

Aquello pareció contrariarlo.

—Vaya. Siguiendo una pista, seguro. El caso es que tengo cierta información…

—Si me la facilita, yo mismo se la transmitiré cuando vuelva.

Apenas dudó unos instantes.

—Desde luego, doctor Watson —dijo al fin—. Será un placer.

Le ofrecí asiento, que vaciló en tomar. Era como si encontrarse en el sancta sanctorum de Holmes lo amedrentara. En los últimos años la fama de mi amigo había crecido de una forma tan desorbitada, en buena parte, tengo que reconocerlo, por mi causa, que había llegado a convertirse en una figura de proporciones Casi míticas. Incluso hoy, mientras escribo estas páginas, contemplo fascinado cómo su mismo nombre se ha incorporado al acervo común del lenguaje de la calle. «Eres un verdadero Holmes», se dice de alguien cuya inteligencia sobrepasa lo común o da muestras de una sagacidad más que notable. No es, pues, extraño que un policía joven y de mente despierta se sintiera fascinado ante la figura del gran detective y mirara a su alrededor en busca de una huella de su poderosa personalidad en los muebles y enseres que le rodeaban. Al fin, Marlowe se sentó frente a mí y sacó una pequeña libreta de notas. Antes de que comenzara a desgranar su informe le pregunté sí quería tomar algo.

—No, gracias, doctor. Acabo de meterme entre pecho y espalda

un opíparo desayuno preparado por mi esposa. No son muchos los días que tiene oportunidad de alimentarme bien y los aprovecha.

La sonrisa que se dibujó ahora en su rostro lo hacía parecer más joven aún de lo que era.

—Hoy es mi día franco en el Yard, y como creo haber descubierto algunos asuntos de interés, me pareció oportuno venir hasta aquí y comunicárselos al señor Holmes; y a usted, naturalmente.

—Adelante —lo animé, mientras cogía papel y lápiz y me sentaba frente a él.

—Oh, eso no será necesario, doctor Watson. Le puedo dejar mi cuaderno de notas, sí cree que le será de utilidad al señor Holmes.

Así que dejé el papel a un lado mientras el joven se aclaraba la garganta y comenzaba a contarme lo que había descubierto.

—He comunicado estos descubrimientos a mis superiores, por supuesto. Soy, por encima de todo, miembro de Scotland Yard, y mi deber está muy claro en esos asuntos. Sin embargo, me temo que el señor Lestrade no los ha encontrado demasiado interesantes.

No me sorprendía demasiado. Pese a todos los años durante los que Lestrade había tenido ocasión de estudiar los métodos de Holmes, aún se mostraba tremendamente miope en algunas cuestiones

—Bien, recordará usted que el señor Holmes me encargó la vigilancia de Adamson, el secretario de Sigerson. Puse a un par de mis hombres a la tarea y yo mismo, cuando el trabajo me lo permitía, me apliqué a ella de vez en cuando. Los resultados fueron negativos, incluso descorazonadores. Adamson no se movía de sus habitaciones en el hotel. No recibía a nadie, no hablaba con nadie y únicamente a la hora de cenar se dignaba a dejarse ver por el comedor. Incluso entonces comía apartado, solo en una mesa, sin intercambiar más palabras que las mínimas necesarias para que la cena le fuera servida. El resto de sus comidas las hacía en la habitación. Tuve la impresión de que por ese lado no íbamos a sacar gran cosa, así que, dejando que mis hombres continuasen la vigilancia, me puse a la tarea de escudriñar en el pasado de nuestro misterioso señor Adamson. No fue tarea fácil, créame.

Comprendía perfectamente el entusiasmo que aquel joven provocaba en Holmes. Su mente inquieta, su inteligencia despierta y alerta parecían destinadas a llevarlo lejos. Un par de años más tarde renunciaría en el Yard, emigraría con su esposa a los Estados Unidos y se establecería en Los Ángeles, en la costa oeste de Norteamérica, incorporándose a la policía local y haciendo en ella una carrera más que meritoria. Escribía a Holmes de tanto en tanto, pero al cabo le perdimos la pista. Sé que tuvo un hijo que, como Marlowe, quería seguir la carrera de detective, ya fuese en el cuerpo de policía, ya fuera de él, pero desconozco si habrá cumplido sus ambiciones.

Pero aquella mañana, inconsciente de lo que le deparaba el futuro, se sentaba frente a mí y trataba de poner en orden lo que había averiguado. —Al fin logré dar con algunas cosas —me decía—. Según me dijo el propio Adamson, nació en el mismo Londres hace veintinueve años. Bien, me creerá si le digo que no dejé por mirar ni

un solo registro. No hay partida de nacimiento alguna a nombre de Shamael Adamson. ¿Un nombre supuesto, entonces? Quizá, o quizá no ha nacido aquí, como nos quiere hacer creer. No lo sé. De hecho, no hay el menor rastro de sus actividades hasta el año 1890. Son muchas las universidades de nuestro país, pero en aquéllas con las que hasta ahora me he puesto he contacto, no han tenido matriculado jamás a nuestro hombre. Como le digo, hasta el 90 no encuentro ningún rastro de él. Parece haber aparecido repentinamente en Londres, buscando trabajo como contable. A finales de ese año lo obtiene, llevando las cuentas y las finanzas de la Universidad de Leeds. ¿Cómo cree usted que obtuvo el puesto, doctor?

—Lo ignoro, Marlowe.

Una sonrisilla astuta cruzó los labios del joven policía.

—Fue recomendado por el catedrático de matemáticas de la Universidad. Creo que su nombre no le será del todo desconocido.

—¿No…? —dije apenas, no atreviéndome a seguir.

—Así es, doctor. Consiguió el trabajo gracias a una recomendación del profesor Moriarty.

¡Moriarty! Aquel nombre despertaba ecos siniestros en mi mente. Todavía recordaba, y la recordaré mientras viva, la tarde abril en que Holmes había llegado a mi casa y había manifestado su temor ante los fusiles de aire comprimido. Aquel caso, que desembocaría en la aparente muerte de mi amigo, aún me estremecía de sólo pensar en él. La persecución a la que aquel hombre infame nos había sometido por media Europa. El encuentro entre él y Holmes en Reichenbach, la muerte de ambos. Pero Holmes, supe tres años después, no había muerto. Y si un hombre podía sobrevivir a Reichenbach, ¿por qué no el otro?

—¿Se encuentra bien, doctor Watson?

—Perfectamente, Marlowe —respondí, saliendo de mi ensimismamiento.

—Eso es todo lo que he averiguado, más o menos. El resto no es demasiado interesante. El contrato de nuestro hombre con la Universidad expiró en el 92 y él decidió abandonar el trabajo para pasar a convertirse en secretario particular y contable del señor Zachary Jones, un millonario excéntrico residente en Cornwall que un año más tarde emigraría a los Estados Unidos. Parece ser que le ofreció a Adamson seguir en su puesto en el Nuevo Mundo, pero él lo rechazó. Poco después, salió de Inglaterra. Ignoro dónde estuvo en ese tiempo, pero regresó a nuestro país a principios del 94. Luego, como él mismo nos dijo, Sigerson lo contrató como su secretario. No hay nada oscuro en su historia, doctor. Durante el tiempo en que trabajó para la Universidad no hubo el menor escándalo en torno a su figura y, de hecho, sus referencias al abandonar el puesto eran inmejorables. Es más, que yo sepa, nunca se vio personalmente con el profesor Moriarty, al menos después de empezar a trabajar para la Universidad. Como sabrá, el profesor abandonó su cátedra aquel mismo año y se estableció en Londres. Sin embargo, el hecho de que alguien como Moriarty lo recomendara para aquel trabajo me ha hecho pensar.

Asentí vigorosamente.

—No lo dudo.

—Usted me comprende, doctor. He revisado los archivos del Yard sobre el profesor y son algo escalofriante. La increíble red que tejió con él como centro tuvo en jaque a la policía durante mucho tiempo. De no haberlo desenmascarado el señor Holmes, quién sabe adonde habría llegado. Quizá la asociación de Adamson con Moriarty fuese meramente casual, y seguramente Adamson nunca formó parte de la organización del profesor. En cualquier caso, los datos están ahí y no podemos obviarlos.

—Marlowe, le estoy tremendamente agradecido, y no dudo que Holmes corroborará mis palabras. Ha hecho usted un trabajo formidable.

—Gracias, doctor, pero tal y como yo lo veo, sólo he cumplido con mi deber. En fin, no lo entretendré más —dijo, levantándose y tendiéndome su cuaderno de notas—. Aquí están todas mí investigaciones, recogidas pormenorizadamente. Espero que le sean de utilidad al señor Holmes. Buenos días.

Poco después, completamente solo, abrí el libro de notas de Marlowe y lo fui leyendo hoja por hoja. No había nada nuevo respecto a lo que me había comentado de palabra, pero cada dato que había recogido estaba allí anotado primorosamente, y daba indicaciones de dónde se podían hallar las pruebas que servían para apoyarlo. Cerré la libreta y me recliné en mi asiento.

Moriarty, pensé de nuevo. El Napoleón del crimen, tal y como el propio Holmes me lo había descrito; alto, cargado de hombros, con un curioso bamboleo en su cabeza venerable. Yo apenas lo había visto una vez: una figura que agitaba el puño en la estación, mientras nuestro tren partía y nosotros lo dejábamos atrás, eso creí entonces, para siempre. Un respetable matemático en apariencia, pero en realidad un hombre ambicioso y cruel que había ido tejiendo una red de delincuencia tan enmarañada que Scotland Yard había sido incapaz de destejerla. Un crimen sin importancia podía llevar su impronta, y nadie lo averiguaría jamás. Nadie excepto un hombre.

En 1891 (una y otra vez acabábamos volviendo a aquel año), Holmes había conseguido acorralar y desenmascarar al profesor y desbaratar su organización. Desgraciadamente, el propio Moriarty había logrado eludir el cerco policial y nos había seguido hasta Reichenbach. El pensamiento pasó de nuevo por mi cabeza: si Holmes había sobrevivido a una caída aparentemente mortal en las cataratas, ¿no podía haberlo hecho su enemigo? Intenté recordar lo que Holmes me había contado del asunto cuando volví a verlo tres años después. «Me desembaracé de su presa Y el profesor, dejando escapar un alarido horrible, pataleó durante unos segundos locamente. No logró restablecer el equilibrio y cayó al precipicio. Lo vi caer dando tumbos. De pronto chocó contra un reborde de roca, salió despedido y cayó con violencia en la masa de agua.» ¿Era posible que pese a todo no hubiera muerto? No, Holmes lo había visto caer, y nada humano sobreviviría a una caída como aquélla. Era imposible. Moriarty estaba muerto, tenía

que estarlo.

Pero eso no acababa con Adamson. ¿Y si había estado asociado con el profesor, de una forma tan sutil que Holmes lo había ignorado en su momento, siendo ésa la causa de que el cerco policial que detuvo a la mayoría de la organización lo pasara por alto? Podía haber ocupado un alto cargo en la organización y quizá ahora intentaba reconstruirla y emular a su jefe. Al fin y al cabo algo parecido había ocurrido, recordé, con el coronel Sebastian Moran. Pero había algo más. Volví a recordar el caso en el que Holmes y yo nos vimos envueltos a finales de la década de los ochenta, un asunto que aparentemente llevaba el sello de la venganza de una organización secreta norteamericana, pero en el que mi amigo fue capaz de ver la huella de Moriarty. Me refiero, naturalmente, a la tragedia de Birlstone. Holmes se había enterado de aquel terrible asunto a través de un confidente que tenía en la organización del profesor, un individuo que respondía al pseudónimo de Porlok y que nos había enviado un mensaje en clave avisándonos de lo que podía ocurrir en Birlstone. Por lo que recordaba, Holmes nunca había visto en persona a Porlok, ni hablado con él, e incluso ignoraba su verdadero nombre. Su contacto con el confidente se reducía a un par de notas y algunas libras que el detective se las había arreglado para que llegasen a él. ¿Podía Adamson haber sido Porlock? ¿Por qué no? Todo parecía encajar.

Me sentí tremendamente satisfecho de mí mismo y Casi lamenté que Marlowe ya se hubiera ido, para poder exponerle mis conclusiones. Sin duda, mis años al lado de Sherlock Holmes no habían sido en vano. Mi talento para el razonamiento deductivo era muy inferior al suyo, pero aún podía utilizarlo. Sólo esperaba que Holmes regresara pronto para poder comunicárselo.

Pero las horas fueron transcurriendo y no había el menor rastro de mi amigo. La hora del almuerzo llegó, pasó, y la tarde fue languideciendo lentamente. Me disponía a cenar, cuando un campanillazo en la puerta de la calle me advirtió que otra vez tenía visita.

Era Wiggins, el teniente de los Irregulares de Baker Street. —Buenas noches, doctor Watson. —Vio que me disponía a cenar—. Lamento llegar en un momento tan inoportuno, pero el señor Holmes me ha pedido que lo viniera buscar. Lo está esperando.

Mi cena quedó sobre la mesa, olvidada, mientras me calzaba y terminaba de vestirme. La excitación de la caza recorría mis venas: supe, con una precisión Casi física, que el juego estaba a punto de terminar. Entré en mi cuarto y del cajón de la mesita de noche extraje mí viejo revolver militar. Esta vez yo estaría preparado; Lovecraft no me sorprendería de nuevo, los planes de Sherlock Holmes no se vendrían abajo por mi causa. Deslicé el arma en el bolsillo de mi gabán y volví con Wiggins, quien no parecía haberse movido mientras yo me preparaba.

Ahora, con los ojos de la memoria, mientras comparo el Wiggins adolescente y hosco que me esperaba aquella noche con el afamado

policía que parece haber heredado el manto de Sherlock Holmes, no puedo por menos que preguntarme cómo habría sido la vida del joven de no haber conocido al detective. Desde luego, su rostro no se habría visto deformado, pero es posible que, como tantos otros muchachos de su clase social en aquella época, no hubiera sobrevivido hasta la vida adulta, o hubiera terminado sus días en alguna fábrica trabajando de sol a sol por cuatro perras y ahogando su conciencia en las brumas del alcohol. O quién sabe si habría acabado como un malencarado matón para algún jefe del hampa local.

Desde luego, la influencia de Holmes en su vida fue determinante y a veces me pregunto si lo fue del todo para bien. Es cierto que hoy Wiggins (aunque oculto su nombre actual, sin duda mis lectores tienen ya datos más que suficientes para saber de quién estoy hablando) es una persona admirada por el público, que va de éxito en éxito, poniendo en jaque a la clase criminal de Inglaterra y siendo considerado por todos el heredero natural de Holmes. Sin duda, para un espectador externo su vida tiene que parecerle envidiable.

Y sin embargo, como he dicho, Wiggins heredó de Holmes su obsesión por la perfección, pero no la capacidad de mi amigo para hacer frente al fracaso. Y sé bien, aunque hace años que no hablo con Wiggins, que el único caso cuya resolución aún continúa eludiéndole lo atormenta más que todos aquellos que ha conseguido resolver. Los atroces y misteriosos Crímenes del Dos, tal y como los ha calificado la prensa sensacionalista, continúan siendo un misterio para todos, incluyendo al propio Wiggins, que lleva tras su pista varios años. Sé que esa sola mancha en su carrera es para él una tortura y que ningún éxito posterior o anterior consigue hacerla más llevadera.

Me doy cuenta ahora de que, en cierto modo, he dejado al pobre Wiggins esperándome mientras me embarcaba en una digresión interminable. Terminémosla pues y volvamos al relato de lo ocurrido aquella noche de marzo.

—Adelante. Estoy listo —le dije al joven.

Un coche nos esperaba abajo. Partimos a una velocidad endemoniada y en un tiempo récord llegábamos a la zona portuaria. Descendimos y Wiggins pagó al cochero. Nos metimos por un laberinto de callejas oscuras hasta que al fin dimos con nuestro destino, una taberna cuya enseña proclamaba, inverosímil: La Ballena Desdentada. Entramos en ella y nos abrimos paso entre el bullicio. Al fondo, en una mesa, distinguí la figura de Sherlock Holmes. No estaba solo. Lestrade se sentaba junto a él.

CAPÍTULO XV
LA ESPERA DE LOS CAZADORES

—¿Lo ha encontrado, Holmes? —pregunté agitado, mientras me sentaba.

—En realidad no, Watson, pero ya se lo explicaré con más tranquilidad. Gracias, Wiggins, diles a todos que se han portado estupendamente. Y tú especialmente, tengo una gran deuda contigo.

Una sonrisa luminosa (quizá la primera que veía en su rostro desde que éste fuera desfigurado por aquel infame doctor chino) cruzó el rostro del joven y, tras despedirse de nosotros, abandonó el local, complemente abarrotado a aquellas horas. El olor intenso del pescado frito lo llenaba todo, y una espesa humareda salía de la cocina, mezclándose con el humo del tabaco y haciendo la atmósfera de la taberna Casi irrespirable. Lestrade torcía la nariz, pero Holmes no parecía notar nada.

—Bien, Watson, ¿acierto al suponer que esa curiosa deformación en el bolsillo de su gabán es su viejo revólver del ejército? Estupendo entonces, quizá lo necesitemos antes del final. Precisamente le estaba explicando mis pesquisas al amigo Lestrade. Justo cuando usted entró iba a contarle cómo me lancé esta mañana a la búsqueda del Alicia, infructuosamente, debo añadir. Sí, mi querido amigo, no existe ningún barco de gran tonelaje que responda a ese nombre. Lo he comprobado minuciosamente. Llegué incluso a pensar que no había descifrado la clave de forma correcta. Sin embargo, no podía ser, «la que alcanza el mundo invertido» sólo podía responder al nombre de Alicia, y tenía que ser un barco. Al menos hasta que las fantasías del señor Verne sobre aparatos voladores más pesados que el aire se conviertan en realidad, la única forma de salir de esta isla nuestra es por mar. Por suerte, yo había comunicado lo que sabía a mi tenientillo Wiggins, quien se portó de forma admirable. Él y sus Irregulares se metieron por todas partes, importunaron a todo el mundo y acabaron por dar con la respuesta correcta.

—Entonces, ¿sí existe el *Alicia?*

—Existe, aunque no es ningún barco de gran tonelaje. Wiggins me trajo la noticia a última hora de esta tarde. No es más que un humilde cúter.

—Pero eso es…

—¿Ridículo? Eso parece. Desde luego, nadie puede pretender cruzar el océano Atlántico en un balandro de poco más de treinta píes de eslora. Pero a veces nuestros prejuicios nos ciegan. Si el *Alicia* no puede atravesar el océano, se conformará con cruzar el Canal y desembarcar a nuestro hombre en la costa francesa. Elemental. Una vez tuve estos datos en mi poder, me acerqué discretamente al individuo propietario del cúter. Es la persona más mal hablada que he visto en mi vida, y juraría que hace años que el agua limpia no ha

rozado su piel... o su garganta. Responde al peculiar nombre de Conrad Greatfeet *(Piesgrandes)* e ignoro si tal denominación es un apellido o un apodo: sin duda con esos remos que tiene por pies podría andar sobre la superficie del agua, emulando a nuestro Salvador sin demasiado esfuerzo. Pero vamos al grano, Al fin conseguí averiguar que el señor Greatfeet había sido contratado hacía tiempo desde Norteamérica para que hiciera cruzar el canal a un individuo que se le presentaría durante este mes y le daría determinadas contraseñas. Para asegurarse de que nuestro lobo de mar estuviera disponible durante todo marzo fue espléndidamente pagado con hermosos dólares. Ayer por la tarde se le acercó un individuo que respondía a las señas adecuadas y que le dijo que lo tuviera todo preparado para mañana, poco después del amanecer. No ha sido un trabajo fácil, Watson, conseguir extraer la información de entre toda esa cháchara de borracho, pero a mayores desafíos me he enfrentado y he salido airoso de ellos —añadió de buen humor—. Así que ya he respondido a su pregunta: aún no he encontrado a nuestro esquivo señor Lovecraft, pero le echaremos la zarpa mañana, o no me llamo Sherlock Holmes. —Pero, ¿por qué no zarparon ayer, o incluso esta mañana? —Sin duda porque Lovecraft tenía que ir primero al lugar donde había ocultado el *Necronomicon y* eso le llevaría su tiempo. Bien, no sé ustedes, pero yo apenas he probado bocado en todo el día y estoy dispuesto a arriesgarme con las especialidades portuarias. ¿Me acompañan, caballeros?

Pese a mis temores en sentido contrario, la comida, aunque humilde, resultó sabrosa y, acompañada con unas buenas jarras de cerveza, asentó perfectamente en nuestros estómagos. Tras las cena, encendimos unos cigarrillos y nos recostamos plácidamente. El bullicio de la taberna había menguado considerablemente, así como la densidad de su atmósfera, y los que quedaban en ella eran, sin duda, parroquianos habituales, que no se irían de allí hasta la hora del cierre.

Aproveché entonces para comunicarle a Holmes la visita de Marlowe y el resultado de sus investigaciones. Holmes examinó las anotaciones del joven policía con evidente placer.

—Hmm. Un muchacho inteligente y emprendedor. Haría bien en promocionarlo, Lestrade. —El policía se agitó incómodo en su asiento, sin responder nada—. Sí, sus descubrimientos son interesantes.

Sin embargo, no parecía demasiado sorprendido, y así se lo dije.

—No, no lo estoy, Watson. No es que esperase algo así, pero cuanto más pienso en nuestro misterioso señor Adamson, menos cosas de él me sorprenden. En cuanto hayamos capturado a Lovecraft, tendremos una interesante charla con él.

Le comuniqué mis sospechas de que Adamson podía haber sido el hombre al que Holmes había conocido como Porlock.

—Perfecto, Watson, se está usted superando. Lestrade, si algún día me retiro de las actividades de detective, no ¡o dude, cuando se vea en un aprieto consulte a mi amigo Watson. Se está convirtiendo en todo un sabueso. Si, Watson, su idea es verosímil. Pero dudo mucho

que Adamson tenga interés en reconstruir la organización del fallecido profesor Moriarty. De cualquier forma, ése es un tema que ya aclararemos más tarde.

La noche iba envejeciendo y la taberna se disponía a cerrar sus puertas. Por consejo de Holmes cargamos nuestras petacas con brandy y salimos al exterior. Cerca de allí, en los embarcaderos, nos esperaba una lancha a vapor de la policía. Lestrade hizo quitar los distintivos policiales y los tres nos acomodamos para pasar una larga noche.

—Vea —me dijo Holmes—. Allí es donde para nuestro amigo Greatfeet.

Me señalaba otro embarcadero, a unos doscientos metros de donde estábamos, en el que había atados varios botes de remos

—En cuanto salgan y se dirijan al *Alicia,* iremos hacia ellos y los abordaremos.

Aquella espera en la oscuridad me recordaba a una muy similar, hacia de ello más de siete años. Las circunstancias no eran muy distintas, aunque tenía la impresión de que Jonathan Small y su pequeño salvaje no eran ni la mitad de peligrosos que aquel hombre al que ahora perseguíamos.

Lentamente, las horas fueron pasando. Lestrade permanecía en silencio y Holmes no hablaba mucho. La noche era húmeda, y el frío se le metía a uno entre los huesos, pese al calorcillo que el brandy nos proporcionaba. Poco a poco, se fue acercando el amanecer, y finalmente pudimos ver, hacia el mar, un ligero resplandor rosado asomando más allá del horizonte. Holmes le dijo a nuestro fogonero que comenzase a alimentar la caldera del barco. Sacó luego sus prismáticos y estuvo un buen rato mirando por ellos.

—Nada todavía —murmuró—. Esperarán a que sea completamente de día, supongo.

No tardó mucho en suceder aquello. La mañana se alzó, completamente despejada, y un cielo azul, sin una nube, se iluminó poco a poco sobre nosotros. Holmes seguía mirando por ¡os prismáticos, todavía sin resultados positivos. Yo me serví un trago de brandy, tratando de calentar un poco mi helado cuerpo. La humedad de la noche había afectado a mi vieja herida de guerra y el costado me latía dolorosamente. Lestrade me imitó y dio buena cuenta del contenido de su petaca. Holmes, sin embargo, parecía ajeno a todo aquello. Todos sus instintos se centraban n la persecución que se avecinaba. Las necesidades de su portaban lo más mínimo en aquellos momentos. De pronto le oí soltar una exclamación.

-Ahí viene nuestro lobo de mar. Estén preparados. Es curioso, está completamente solo, no hay rastro de Lovecraft por ningún lado.

Volví la vista hacia donde Holmes miraba y pude ver una figura renqueante subiendo a uno de los botes de remos y desatando los cabos que lo unían al embarcadero. Sin esperar más tiempo, empezó a remar Támesis abajo. El rostro de Holmes se iba volviendo sombrío por momentos.

—No lo comprendo. ¿Dónde está nuestro hombre?

—Quizá se encuentren más adelante —respondió Lestrade, quien no compartía los temores de Holmes.

—Es posible. Sigámoslo. Discretamente y de lejos, no queremos asustar a nuestra presa.

Soltamos amarras, nos deslizamos lentamente fuera del embarcadero y dimos comienzo a la persecución, bajo el claro cielo del amanecer. La excitación se mascaba en el aire como algo sólido.

CAPÍTULO XVI
LA ESQUIVA ALICIA

El bote iba avanzando lentamente, impulsado por la remada tranquila pero precisa de Greatfeet. A nuestro alrededor, la mañana iba envejeciendo poco a poco. El frío y la humedad de la noche desaparecían a medida que el sol subía en el cielo sin una nube. La primavera asomaba ya tímidamente. Una gaviota dejó oír su grito Casi humano a lo lejos.

—Esto no me gusta —murmuró Holmes después de Casi cinco minutos de persecución—. ¿Dónde está Lovecraft? No me gusta nada, Watson, pronto estará junto a *Alicia,* y no parece tener intención de acercarse a la orilla para recoger a su pasajero.

—¿Y si todo esto no fuera más que un señuelo? Tal vez nunca ha pensado en usar el *Alicia* para huir.

—Es una posibilidad. Pero no, no puede ser. Todo encaja. A lo lejos asomaba ya la mole esbelta del balandro que era el destino de nuestro hombre. Nos sacaba unos doscientos metros de ventaja. De pronto, aumentó el ritmo de su remada.

—¿Nos ha visto? —preguntó Lestrade.

—Eso parece. Aceleremos un poco.

De pronto, Holmes se quedó pensativo, la cabeza hundida en el pecho —¡Estúpidos! —exclamó luego—. Nos hemos dejado tomar el pelo como principiantes, como auténticos novatos. Lovecraft no subirá a ese bote. Ya va en él.

—Pero…

—No puede ser de otra forma, Lestrade. Ese individuo no es Greatfeet, es Lovecraft. Me he dejado engañar como un imbécil. ¡Fogonero, a toda máquina!

Pero ya el bote había llegado a un costado del cúter y el marinero subía al balandro. A nuestras espaldas, la máquina de nuestra lancha rugió a medida que ganaba velocidad. El ancla del *Alicia* fue izada, y el cúter comenzó lentamente a maniobrar. Nos separaban del barco unos cien metros. Soplaba una ligera brisa del oeste, y el barco la aprovechó enseguida para dirigirse hacía el mar libre. Nuestra lancha seguía acelerando y acortando distancias. Era cuestión de tiempo que lo alcanzáramos. Incluso aunque hubiera tenido un huracán para hinchar su velamen, la lancha de la policía devoraba el agua como un tiburón hambriento. No podría escapársenos. El juego estaba terminando. Casi me sentí decepcionado: demasiado fácil al final.

—Muy listo —dijo Holmes—. Supuso que quizá lo esperásemos, pero sabía que no actuaríamos hasta que lo viéramos a él, o por lo menos a alguien que no fuera Greatfeet, así que se disfrazó del marino.

La brisa que impulsaba al cúter arreció y, por unos instantes, ganó algo de distancia respecto a nosotros. Ante sí tenía ya el brazo de

mar que nos separaba de Francia.

—¡Maldita sea! —grité, cada vez más excitado—. ¿No le puede dar más presión a esto?

—Ya va a tope, señor —me respondió el fogonero. Y, mientras tanto, la distancia se iba reduciendo. Poco más de cincuenta metros nos separaban del cúter. El tiempo pasó. En el claro cielo, las gaviotas gritaban y volaban en círculos. Veinticinco metros. De pronto vimos una figura asomarse a la popa del balandro. Haciendo bocina con las manos, gritó en nuestra dirección:

—¡Hasta la vista, señor Sherlock Holmes! ¡Ha sido un verdadero placer tratar con usted! ¡Mejor suerte la próxima vez!

De un costado le colgaba una pequeña bolsa, deformada por el peso de su contenido. Aquello no podía ser otra cosa que el *Necronomicon.*

—Está chiflado —me murmuró Lestrade—. Todavía piensa que puede escapársenos.

Asentí. Aquello era ridículo, nos separaban del *Alicia* poco más de veinte metros y, pese a que el cúter navegaba a buen ritmo, aprovechando el ligero viento, resultaba evidente que no podía competir con nosotros. De pronto, una voz junto a mi oído gritó: —¡Rápido, Watson! Su revólver, dispárele.

Era Sherlock Holmes quien así hablaba. Me volví hacia él, sorprendido. ¿A qué podía deberse aquella repentina ansia sanguinaria cuando estábamos a punto de atrapar a nuestro hombre? Abrí la boca para preguntarle por el motivo de su extraña actitud, pero él no me dejó: —Vamos, hombre, el tiempo se nos acaba.

Señalaba algo frente a él. Al principio no pude ver nada. Luego, me di cuenta de que frente al *Alicia* se estaba formando un repentino blanco de niebla. Apenas tardaría unos segundos en entrar en él. No veía ningún motivo de alarma en todo aquello: la niebla podía dificultar la persecución, pero en ningún caso impedirla.

—Ya es tarde —murmuró Holmes, y su voz apenas era un susurro abatido.

La niebla crecía a ojos vista, como si fuera un ser vivo, y estaba atrapando entre sus tentáculos al ligero balandro. Pronto lo había engullido completamente. Estábamos a unos metros de la niebla cuando contemplamos, atónitos, cómo ésta se desvanecía en el aire claro como si fuera una nube de humo tenue. Apenas un minuto después, la niebla había desaparecido por completo. Y el *Alicia* con ella. Estábamos ya en el mar abierto, la visibilidad era excelente en varias millas a la redonda, pero era como si el cúter se hubiera desvanecido en la nada, no había el menor rastro de él por parte alguna. Lestrade y yo intercambiamos una mirada perpleja. Holmes mascullaba algo en voz baja que se parecía sorprendentemente a una maldición.

—Bien, Watson, puede añadir este caso a sus anales como uno de mis mayores fracasos. Chasqueado en el último momento.

No comprendía nada de lo que estaba pasando.

—Pero, ¿adonde ha ido el *Alicia?* —pregunté—. No puede

haberse desvanecido de esa forma, ni haberse hundido en tan poco tiempo.

—¿Dónde ha ido? Sé que no me creerá, Watson, pero en estos momentos es muy probable que el *Alicia* esté atracando en algún puerto norteamericano.

No dije nada, pero Lestrade y yo intercambiamos una mirada de incredulidad.

—Usted me ha oído decir muchas veces, Watson, que cuando se ha eliminado lo imposible, lo que queda, por improbable que pueda parecer, es la verdad. Pero, ¿qué pasa cuando no se puede eliminar lo imposible?

No dije nada; no podía creer lo que sugerían las palabras del detective, era demasiado absurdo para considerarlo siquiera. De cualquier forma, nada más podíamos hacer allí: el *Alicia* no estaba y, fuera lo que fuese lo que le había pasado, resultaba obvio que no podríamos echarle el guante. Nuestra ¡ancha dio media vuelta y volvimos a internamos en el estuario del Támesis, de regreso a Londres. Nos detuvimos en el embarcadero del que había partido el bote con Lovecraft disfrazado de Greatfeet. No nos costó mucho encontrar el cadáver del verdadero Greatfeet, no muy lejos de allí.

Lestrade no sabía qué hacer. Tenía entre las manos dos asesinatos, una desaparición y un robo sin resolver, y aunque Holmes pudiera explicarle cómo había sucedido todo, carecía de pruebas para demostrarlo. Además, el hombre que parecía haber sido el causante de todo aquello se había desvanecido en mitad de un banco de niebla surgido de ninguna parte. No seria de extrañar que Scotland Yard echase tierra sobre el asunto, como efectivamente hizo.

Antes de volver a Baker Street, Holmes y yo pasamos a ver a Doyle. No fue ninguna sorpresa encontrar a Mathers y su inevitable acompañante en casa de mi agente. El pomposo individuo medio se recostaba en uno de los sofás de Doyle, fumando lánguidamente su mezcla de Trichinípoli y mirándonos con ojos desconfiados. Crowley, por su parte, permanecía de pie tras Mathers, inmóvil y, en apariencia, imperturbable.

—Señor Mathers —dijo Holmes—. No puedo decir que éste sea un encuentro inesperado.

—Nada es inesperado en esta vida si uno tiene la mente abierta, señor Holmes. Las grandes potencias han escrito hace tiempo el libro de nuestras vidas. Si se sabe leer entre líneas, no hay sorpresas. Holmes se permitió un pequeño encogimiento de hombros. —Qué aburrido.

—Quizá para mentes pequeñas. La sabiduría nunca puede ser aburrida. —Sin duda tiene razón. Aunque me pregunto si no estará confundiendo la sabiduría con el simple conocimiento.

Doyle y yo asistíamos a este intercambio verbal francamente atónitos. Holmes y Mathers se comportaban como dos generales enemigos que han estado oyendo hablar el uno del otro durante mucho tiempo y, en su primer encuentro, cada uno intenta con ansia descubrir si todo lo que le han contado es cierto.

Aquella especie de tenis conceptual llegó a su fin tan pronto como Holmes comprendió que su interlocutor no estaba, ni por asomo, a su altura. Cada réplica ingeniosa de mi amigo era seguida por parte del señor Mathers por un cúmulo de tópicos y lugares comunes que ni siquiera tenían la virtud de ser enunciados con convicción.

Así, Holmes abandonó la esgrima verbal y les contó lo que había ocurrido. Las emociones que se reflejaban en el rostro de mí agente eran contradictorias. Era evidente que el no haber podido recuperar el libro le causaba una enorme consternación, pero por otro lado su satisfacción ante el fracaso de Holmes resultaba bien visible. El rostro de Mathers permaneció imperturbable durante todo el tiempo. En cuanto a su joven compañero... mentiría si dijera que era capaz de leer nada en su rostro. Y no porque en él no se trasluciera emoción alguna, al contrario, sino porque la naturaleza de las emociones que había tras sus rasgos me resultaba incomprensible. Sé que suena absurdo, pero me temo que no sé explicarlo mejor.

No nos quedamos allí mucho rato. Holmes se despidió de Doyle y de Mathers y yo le imité lo mejor que pude. Alcanzábamos ya el recibidor cuando e] detective se volvió y examinó durante largo rato al acompañante de Mathers que, durante todo aquel tiempo, había permanecido sin decir palabra:

—Adiós, señor Crowley —dijo Holmes.

Una sonrisa apenas perceptible, y que sin embargo tuvo la virtud de volver su rostro más desagradable aún que de costumbre, cruzó el rostro del joven.

—Hasta la vista, señor Holmes —respondió con voz átona, con un sonsonete que Casi se podría haber definido como metálico.

Salimos de la casa. El coche aún nos aguardaba en la calle y enseguida estábamos de nuevo en las viejas habitaciones que habíamos compartido durante muchos años.

Al entrar Holmes reparó en una nota que había en la bandeja de los telegramas. La desdobló y la leyó en voz alta: «El señor Shamael Adamson tendrá el inmenso honor de visitarle a las cuatro y media de esta tarde».

—Bien, Watson. Ni siquiera es necesario que lo enviemos a buscar. Él mismo vendrá a nosotros. Supongo que ya se habrá enterado de nuestro fracaso.

Parpadeé, perplejo.

—Pero, ¿cómo?

—Tiene sus propios medios, sin la menor duda. Bien. Veo perfectamente la expresión de ansiedad de su rostro, mi querido amigo. Le ruego que sea todavía paciente. Esta tarde mataremos dos pájaros de un tiro. Le explicaré todo lo que aún permanece oscuro para usted, y pondremos en claro las intenciones del señor Adamson, y su participación en este asunto.

Me conformé con aquella promesa. Los dos desfallecíamos de hambre, y la señora Hudson nos preparó un tardío desayuno que engullimos Casi sin hablar. Ni el ánimo de Holmes ni el mío era el más adecuado para iniciar una conversación. Durante todo el tiempo que

pasé a su lado asistí a algunos fracasos del gran detective, pero ninguno como éste; nunca había visto cómo, en el momento supremo, cuando todo parecía ya resuelto y el criminal al alcance mismo de sus manos, éste se desvanecía en la nada, desaparecía. En realidad, Sherlock Holmes no había fracasado: había solucionado el misterio, había encajado todas las piezas del rompecabezas y la forma en que Lovecraft se había puesto más allá de su alcance era algo que todavía no conseguía explicarme. Sentía que había algo torcido en todo aquello, como si en el último momento el orden natural de las cosas se hubiera visto repentinamente trastocado.

Mientras tanto, llegó la hora del almuerzo, que de nuevo Holmes y yo compartimos en silencio. La tarde comenzó a caer y por el reloj el tiempo se iba arrastrando interminable.

Exactamente a las cuatro y media en punto, sonó la campanilla de la puerta principal. Nuestro visitante acababa de llegar.

CAPÍTULO XVII

EL SEÑOR SHAMAEL ADAMSON

Cruzó la puerta de nuestras habitaciones con la misma media sonrisa petrificada en la comisura de su boca ondeando como una bandera desafiante, y nos saludó con una inclinación de su rubia cabeza.

—Buenas tardes, señor Holmes, doctor Watson. Es un placer verlos

—Muy honrados, señor Adamson. Quizá quiera sentarse con nosotros y compartir unos cigarrillos.

—Nada me agradará más.

—Bien. Como usted debe saber, el caso que yo investigaba ha llegado a su final, un final no demasiado satisfactorio para mí.

—Lamento oír eso.

—Estaba a punto de contarle a Watson los pormenores del caso, con destino a sus notas. No dudo que el día menos pensado mi buen amigo decida inmortalizarnos a todos con otra de sus historias, y deseo que los datos que maneje sean lo más precisos posibles. Por eso me alegro que esté usted aquí. Su intervención en este asunto no ha sido todavía aclarada del todo.

—Ya veo. Adelante, pues. Me encantará oír lo que tenga que decir.

—Bien. —Holmes encendió su pipa y le dio un par de hondas chupadas antes de seguir hablando—. Todo comenzó, o al menos mi participación en ello, hace unos cuatro o cinco años, y no conmigo en realidad, sino con mi hermano Mycroft. Debo reconocer que yo siempre he sido una persona más bien escéptica y que contemplo todo lo relacionado con lo místico y lo oculto con cierta distancia y precaución, por más que ocasionalmente mi profesión me haya llevado a ponerme en contacto con las fronteras de ese mundo. Mi hermano, sin embargo, no es de mi parecer. Como le he dicho en más de una ocasión a mi amigo Watson, pese a que insiste en no creerme, detalle que yo le agradezco, mi hermano Mycroft posee las mismas facultades de raciocinio y pensamiento deductivo que yo, pero aumentadas en grado superlativo. Aumentadas hasta tal punto que desconfía de la lógica para resolver determinadas cuestiones. Esto no debe sorprenderles; al fin y al cabo, la lógica no es más que una herramienta, y como tal tiene sus limitaciones. Resulta por demás evidente que cuanto más la conoce y la domina uno, más consciente es de esas limitaciones. Tal es el caso de Mycroft. Yo, sin embargo, de naturaleza más práctica, y quizá más limitada, lo reconozco, me he conformado con la parte útil de la lógica y nunca me he preocupado por aquellos terrenos que no abarca. Al fin y al cabo, esos terrenos no entraban en el campo de mi trabajo. Hasta hace poco.

Dijo la última frase Casi a regañadientes, como si lo estuvieran obligando a reconocer una realidad molesta pero imposible de no tener en cuenta.

—De cualquier forma, lo cierto es que Mycroft siempre se ha sentido atraído por todo aquello que bordea el territorio de lo desconocido. Hace años me llamó a sus habitaciones de] hotel Trafalgar. A través de sus contactos con el mundo del ocultismo había oído un rumor verdaderamente inquietante. Alguien, un príncipe de tremendo poder e influencia, había renunciado a su reino. Me pareció una teoría interesante; interesante desde un punto de vista estético, incluso ético, aunque no demasiado importante para mí, si les soy sincero. Poco después de aquello tuve oportunidad de acabar de una vez por todas con el profesor Moriarty y, durante el transcurso de nuestra contienda, se me dio por muerto. Me interesaba que el mundo lo creyera así, al menos durante un tiempo, y sólo Mycroft supo que seguía vivo. Accedió a ayudarme, y a proporcionarme los medios para ocultar mi existencia, pero me pidió algo a cambio. Quería que investigase si aquel rumor era cierto. Bien, ¿por qué no hacerlo? La perspectiva, aunque de escasas consecuencias prácticas, se me hizo fascinante enseguida. Entre Mycroft y yo diseñamos la personalidad del explorador Sigerson y, disfrazado de esa guisa, recorrí medio mundo. Llegué a Lhassa, en el lejano Tibet, y me entrevisté con el Gran Lama. Conocía el rumor y lo consideraba cierto, aunque no le inquietaba en exceso. «El equilibro de la rueda cósmica», me dijo, <no se verá perturbado.» Bajé a la India y me puse en contacto con algunos de los más conocidos santones, quienes parecían compartir la opinión del Gran Lama. De allí pasé a Persia, me introduje en el mundo árabe y pude llegar hasta La Meca. Durante este viaje, pasé por Palestina y hablé con varios expertos cabalistas, quienes creían a pies juntillas el rumor y parecían estar preparados para el inminente fin del mundo; no es algo que deba sorprendernos, los viejos místicos judíos parecen estar esperando siempre el fin del mundo. En La Meca, el rumor era susurrado en las esquinas, y hasta el propio Califa de Jartoum, con quien hablé poco después, parecía darle crédito. Me despojé de mis ropajes islámicos y volví a occidente. El Vaticano estaba en deuda conmigo por el asunto de los camafeos, que Watson ya conoce, así que no me costó nada entrevistarme con el Santo Padre. Un hombre muy sutil: no daba crédito ni desmentía el rumor, pero se las arregló para hacerme entender, sin decir una sola palabra, que creía en él y estaba tremendamente preocupado. En fin, no les aburriré más con mis pesquisas. Para entonces la identidad de Sigerson no me resultaba útil, así que la abandoné. En Francia, en unos laboratorios de Montpellier, se estaban realizando por aquel tiempo interesantes investigaciones sobre el alquitrán, que podían serme de tremenda utilidad para el futuro. Estuve allí un tiempo, y luego regresé a Londres, en el momento justo para desenmascarar al coronel Sebastian Moran, un día lugarteniente del fallecido Moriarty. Le comuniqué a Mycroft lo que había averiguado y reconozco que no volví a pensar más en ello. El tiempo fue pasando y, con rumores o no, no

parecía que se hubieran producido grandes cambios en los mundos místicos, o como quieran llamarlos.

Comprobó el estado de su pipa, en una pausa dramática que yo sabía estaba planeada de antemano.

—Entonces, de pronto, me encuentro en el periódico con la noticia de la conferencia de Sigerson sobre los bosquimanos. Aquello no tenía sentido, ya que Sigerson no había existido nunca. Mi primera idea fue que todo aquel embuste no era más que una maniobra para atraer mi atención. Pronto, sin embargo, los acontecimientos me obligaron a abandonar aquella idea pese a que, lo reconozco, no dejé considerarla del todo. El verdadero propósito de Sigerson, o más exactamente, de Winfield Scott Lovecraft, era bien distinto. La francmasonería egipcia, en concreto su rama de los Estados Unidos, conocía el rumor del príncipe que había abdicado; sabía también que de ser cierto, el *Necronomicon,* en lugar de ser un libro peligroso, se convertiría en una fuente de poder. Hasta entonces, quien lo había intentado usar para conseguir el control de cierto reino había fracasado: su dueño legítimo no lo había permitido; pero si era cierto que había abdicado, ya no existía ningún impedimento. No estaban seguros de que la noticia fuera cierta, pero enviaron un agente a Inglaterra, para hacerse, caso de que el rumor se confirmase, con la única copia completa del libro de Abdelésar. La del doctor John Dee, que sus herederos intelectuales conservaban celosamente. Lovecraft adopta la personalidad de Sigerson y contacta con Amanecer Dorado, la secta que posee el grimorio. Aguarda paciente, hasta que finalmente, un mensaje de sus superiores (pero aparentemente remitido por el propio Lovecraft, en una pirueta que, de puro absurda, Casi es genial) le dice que el rumor es cierto, que se haga con el *Necronomicon* y que embarque en el *Alicia* en el mes de marzo. Lo primero que hace Lovecraft es desembarazarse de la personalidad de Sigerson, que ya no necesita. Para ello finge una misteriosa desaparición. Luego se acerca a James Phillimore, Conservador de Amanecer Dorado, lo mata, desfigura su rostro para que no sea reconocido y lo viste con sus ropas, para que la policía crea que el cadáver que han encontrado es el de Sigerson. Tras esto, disfrazado de Phillimore, consigue el *Necronomicon.* Ahora sólo queda esperar al día apropiado y embarcarse. La personalidad de Phillimore ya no le es útil tampoco. Podría simplemente abandonar el disfraz, pero nuestro hombre tiene un desarrollado sentido de lo teatral, y lo que hace es fingir una desaparición aparentemente imposible, entre su casa y el coche que lo espera. Luego adopta un nuevo disfraz que ya tenía preparado hace tiempo, el de una mujer madura y estragada por las depravaciones que canta en un *music hall* barato. Lo que no se espera es que una noche, después de la actuación, alguien se le acerque y lo reconozca como Sigerson. Estoy hablando de Isadora Persano, quien hacía tiempo que seguía al supuesto explorador noruego, por motivos propios que desconozco. Lovecraft mantiene una sangre fría envidiable. No sólo eso, le da la clave de su huida de Inglaterra bajo la forma de una palabra que Persano no podía dejar de reconocer: «Jabberwocky, con la

que hacía referencia a la *Alicia* de Lewis Carroll. Luego, como por casualidad, le entrega una caja de cerillas y le dice que encontrará interesante su contenido. Lo que hay en esa caja ha sido conocido por muchos nombres, pero quizá el más habitual de ellos sea el de dhole, una misteriosa y repugnante criatura que tiene la facultad de volver completamente loco a quien la mire demasiado tiempo. La francmasonería egipcia de Norteamérica ha logrado reproducir varios de ellos en cautividad, y cada uno de sus miembros importantes tiene uno en su poder cuando parte para una misión peligrosa. Sin duda como forma de evitar decir nada si son capturados. Quién sospecharía de una inocua caja de cerillas. El agente en concreto no tendría más que abrirla y mirarla, perderse en los insondables abismos que se abren en la mente con la contemplación de esos ojos astutos, y nadie podrá sacarle ya una palabra. Con lo que no cuenta Lovecraft es que, cuando yo consigo ver a Persano, éste aún logra mantener un retazo de cordura, el suficiente para balbucir la palabra clave: «Jabberwocky-. Tras eso, no resulta muy difícil buscar el barco llamado *Alicia.* Al principio me despista el hecho de que yo esperase un barco de alto tonelaje y el *Alicia* no es más que un cúter. No importa, me digo. Pretende pasar a Francia en él. Una vez allí adquirirá pasaje con destino a Norteamérica. Así pues, encontramos el barco y estamos a punto de darle caza cuando un misterioso banco de niebla aparece de la nada y lo engulle. Cuando la niebla se disipa, no hay rastro alguno del barco. Creo que eso es todo.

—Estoy impresionado, señor Holmes —dijo Adamson, mientras liaba un nuevo cigarrillo—. Su intelecto es algo formidable.

—Sin embargo, esta vez he fracasado. Por su culpa, señor Adamson. —¿Cómo es eso?

—Verá, si el propósito de Lovecraft no era otro que obtener el *Necronomicon,* ¿para qué hacerse pasar por Sigerson? Ése era un detalle que, créame, me tenía inquieto. Suplantar al explorador noruego no lo ayudaría en su misión, al contrario, la dificultaría si yo me enteraba de tal impostura. Lovecraft no podía tener el menor interés en atraerme. No tenía sentido. Por tanto, alguien que no era él quería que yo me viera involucrado en este asunto, alguien que sabia que podría captar mi atención con el nombre de Sigerson, alguien cercano a Lovecraft, alguien, en fin, que le sugirió que adoptara ese disfraz.

—Es decir, yo.

—Me atrevería a decir que usted conoció a Lovecraft antes de que viniera a Inglaterra. Quizá en Francia. Tal vez, por qué no, en el Bois de Boulogne, quizá incluso el mismo día que Crowley convencía a Mathers para que saliera de las sombras y se hiciera con el control de Amanecer Dorado. Y diría que se hizo pasar por su secretario para poder asistir a los acontecimientos desde un puesto cercano.

—Así es, señor Holmes. Tenía mis motivos para que Lovecraft se hiciera con el *Necronomicon,* como creo que usted ya sabía por su alusión a los acontecimientos de París, pero al mismo tiempo reconozco que tenía interés por verlo actuar a usted. Yo sugerí a

Lovecraft que adoptara la personalidad de Sigerson, y también le hice ver que seria conveniente dejar ciertas pistas sobre sus intenciones. No demasiado evidentes, pero si lo bastante indicativas de caer en las manos adecuadas. Las suyas.

Aquello corroboraba lo que Holmes me había dicho unos días atrás. Mi amigo, sin embargo, no pareció conceder importancia a estas palabras y se limitó a preguntar:

—¿Y qué hizo a cambio?

—¿A cambio?

—Recuerde, era usted quien tenia interés en verme actuar, no Lovecraft. Por lo tanto, no resulta aventurado suponer que si él accedió a sus deseos de disfrazarse del explorador, de arriesgarse a tenerme pisándole los talones, usted le dio algo a cambio.

—Y presiento que usted está a punto de decirme qué fue ese algo.

—Su huida, qué otra cosa. Usted le prometió que, llegado el caso, si Lovecraft se encontraba con que la huida era imposible, usted lo ayudaría. Usted es el responsable de la desaparición del *Alicia* esta mañana.

Holmes me miró brevemente.

—Sí, Watson, es difícil de aceptar, pero ninguna otra explicación abarca todos los hechos, tal y como los conocemos. Por increíble que nos pueda parecer, sólo la mano del señor Adamson pudo intervenir para arrebatarnos el *Alicia* frente a nuestras mismas narices. Puede que haya renunciado a su reino, pero está claro que conserva algunas de sus... habilidades.

Adamson asintió. Lentamente, juntó ambas manos y aplaudió una, dos, tres veces.

—Formidable, señor Holmes.

—Gracias, señor Adamson, pero créame si le digo que era elemental. Era la única forma en que Lovecraft podía haberme eludido. No se trata de soberbia por mi parte, se lo aseguro, no es más que el desarrollo lógico de los acontecimientos. Sin embargo, confieso que me ha producido cierta perplejidad su interés por proporcionarle el grimorio a Lovecraft.

Adamson se arrellanó en su butaca.

—Eso no es quizá del todo exacto —dijo—. Digamos más bien que tenía interés en que dejase de estar en las manos de Amanecer Dorado.

—O de Samuel Liddell Mathers.

Adamson negó con la cabeza.

—Le aseguro que el señor Mathers no me preocupa demasiado. Está... podríamos decir que destinado, por qué no, a convertirse en poco más que una pintoresca nota a pie de página en los libros de Historia, tanto él como su orden. Pero...

—Pero quizá no podamos decir lo mismo de Alexander Crowley —terminó mi amigo.

Adamson sonrió.

—En efecto, señor Holmes, quizá no podamos decir lo mismo de él. No es que se me pueda hacer daño alguno con el libro. Y sé de buena tinta que quien lo use para tener acceso a mi antiguo reino se encontrará con una desagradable sorpresa y que sus fronteras no están tan desprotegidas como pueda parecer. Pero se habla también de otros asuntos en el *Necronomicon,* se mencionan cosas que, en las manos inadecuadas, podrían volver este mundo insoportablemente... eh... incómodo para sus actuales habitantes. Y ya que he decidido morar por un tiempo en este plano de existencia, prefiero que sea un lugar agradable para vivir. Las ambiciones y los planes del señor Mathers no pasan ahora de ridículos, y quizá pudiéramos decir otro tanto de los del señor Alexander (no, él prefiere que se le llame Aleister) Crowley, pero al contrario de lo que ocurre con su protector, él sí que tiene la capacidad y ambición necesarias para convertirse, con el instrumento adecuado en sus manos, en alguien tremendamente peligroso. El modo en que ha estado manipulando a su mentor durante todo este tiempo es buena prueba de ello. Conocía los rumores sobre mí... abdicación, sí, llamémosla así, y sabía dónde estaba la única copia completa del *Necronomicon.* Por entonces era poco más que un adolescente, pero eso no le impidió ejecutar sus planes con auténtica habilidad: de los tres fundadores de Amanecer Dorado, comprendió enseguida cuál era el más útil para sus propósitos, y ha sabido manipularlo durante todo este tiempo con mano maestra. De haber podido usar el libro... Bien, digamos que las consecuencias no habrían resultado agradables para nadie. Decía que Samuel Liddell Mathers y su Amanecer Dorado no serán otra cosa que una pintoresca nota a pie de página en los libros de Historia, y así habría sido tanto con mi intervención como sin ella, pero no podemos decir otro tanto del señor Crowley. O, mejor dicho, ahora, después de todo lo ocurrido estas semanas, sí que podemos decirlo.

—¿Y el libro estará más seguro en manos de Lovecraft? —En efecto, señor Holmes. No puedo explicárselo, pero le aseguro que con el tiempo el libro irá a parar a donde menos daño puede hacer. Yo mismo me encargaré de ello. Incluso, desde un punto de vista meramente estético, es posible que hasta haga algún bien, algo en lo que no creo que su autor pensara jamás.

—Ya veo. Supongo que tendré que aceptar su palabra sobre este asunto. Lo que me gustaría saber es por qué tenía tanto interés en verme actuar.

—Oh, creo que se lo imagina perfectamente. La modestia no ha sido nunca uno de sus defectos, por lo que sé. Me fascina usted, señor Sherlock Holmes. De todos los hombres que he conocido usted es el más peculiar y notable,

Holmes no pareció recoger el cumplido. Siempre en tono frió y mesurado, preguntó:

—¿Acierto entonces al suponer que ya intentó verme actuar en otras ocasiones?

—Se refiere a la época en que estuve asociado con el profesor Moriarty, me parece. Sí, tiene usted razón, en parte. Aunque tengo que

reconocer que el profesor me atraía en buena medida por sí mismo. Digamos que él también era notable a su retorcida manera.

Holmes asintió y permaneció en silencio unos segundos —Por cierto que hay algo que me intriga en su nombre —dijo luego. —¿Y qué es ello?

—No su nombre de pila, que posiblemente sea el auténtico, o cuando menos, una versión de él. Pero Adamson, hijo de Adán, ¿por qué?

—Considérelo un chiste privado, señor Holmes, una ironía contra mi mismo.

— Comprendo.

—Al fin y al cabo, el nombre de Adán guarda relación por el motivo por el que yo caí en desgracia con mi... superior. Sólo una vez me rebelé contra sus deseos y fue cuando pretendió suplantarnos con... Pero usted ya lo sabe.

—Lo supongo.

Mi rostro debía ser bastante expresivo, porque Adamson se volvió hacia mí, sonriendo ostensiblemente.

—Si, doctor Watson, como ya habrá supuesto, yo soy el príncipe del que habla el rumor, el que ha renunciado a su reino, algo que el señor Holmes ya sabia, o como mínimo sospechaba.

—Así es. Lo que no acierto a entender es por qué renunció a ello.

—Es difícil de explicar. Aunque la razón básica podría ser el cansancio, pero un cansancio como ustedes jamás podrían comprender. Como le he dicho, sólo una vez me negué obedecer a mi superior, un solo acto de desobediencia en una vida entera dedicada al servicio y la abnegación. Y después de tanto tiempo no he sido perdonado, y sé al fin que no lo seré nunca. Porque incluso mi rebelión fue prevista y deseada y el reino que yo gobernaba estaba bajo mi poder sólo porque él lo había decidido así. Me harté, señor Holmes, me cansé de ser un títere. Vi los hilos y los he cortado. No obtendré el perdón, pero ya no lo quiero, no lo necesito. Tampoco necesito ese reino. He renunciado a ambos. Por primera vez en toda mi vida soy sólo yo mismo. Nada más. Mis propósitos hacia la raza humana no son hostiles. En realidad nunca lo han sido, pese a que ustedes siempre se han empeñado en creer lo contrario. Fui el administrador de mi reino, ni más ni menos, un administrador competente aunque me esté mal decirlo, pero nunca obligué a nadie a cruzar sus fronteras y habitar en él: todos sus habitantes estaban allí por su propia voluntad, pese a que ellos creyeran lo contrario. Si les soy sincero, jamás me ha interesado la humanidad lo suficiente para serle hostil o amistoso. Hasta ahora.

Se incorporó en su asiento y apagó la colilla en el cenicero. Cogió su sombrero y sus guantes y nos saludó con una inclinación de cabeza.

—Creo que le he dicho cuanto quería saber, señor Holmes, al menos hasta donde me ha parecido adecuado. Lamento haber impedido que usted triunfara en esta ocasión, pero yo tenía un trato con Lovecraft y, pese a los rumores, siempre he cumplido mis

promesas escrupulosamente. Espero que no haya rencor por su parte.

—Ningún rencor, señor Adamson. Deduzco de sus palabras que Swedenborg tenía razón.

—Sí, la tenía. Y es curioso que en todo este tiempo sólo un hombre diera con la verdad, mientras los demás seguían cegados por sus prejuicios. Tal es, supongo, la naturaleza humana. Buenas tardes,

Con una última media sonrisa se despidió de nosotros. Ni Holmes ni yo dijimos nada durante bastante tiempo. Casi era de noche cuando tul capaz de abrir la boca y decir: —Holmes, él, él...

—Sin duda, Watson, sin la menor duda.

-Pero, ¿qué pasará ahora con su reino, quién lo gobernará, que...? —Yo de usted no me preocuparía. Alguien se hará con el poder: habrá un tiempo de caos, quizá, y finalmente alguno de sus antiguos subordinados se convertirá en el nuevo gobernante. Las cosas suelen cambiar para que nada cambie, ya debería saberlo.

Se levantó y se acercó a la ventana. Descorrió parcialmente la cortina y contempló la calle en silencio unos instantes. Estaba anocheciendo: el alumbrado público intentaba inútilmente traspasar la niebla que se movía por las calles de Londres como un ser vivo.

—Me pregunto qué será ahora de él. Le deseo lo mejor, sea lo que sea eso.

—Pero... —dije yo . ¿Le cree usted, Holmes, cree todo lo que ha dicho?

—¿Todo? —dijo él, con una sonrisa irónica—. No, quizás no todo. Si creo en su afirmación de que ha dejado su reino, de que ya no quiere el perdón. ¿Lo demás? Ah, es difícil decirlo. Al fin y al cabo, no se le ha llamado el Príncipe de las Mentiras por nada, Watson.

EPÍLOGO

Nunca volvimos a oír nada más de Shamael Adamson. Probablemente sigue por ahí, bajo cualquier nombre supuesto, siempre que no haya decidido volver a su reino, si en verdad era quien afirmaba ser. La desaparición del *Alicia* parecería confirmarlo, pero, ¿cómo estar seguro? Tal vez, incluso, lo mejor sea no tener la certidumbre. Pese a todo, el tópico resulta cierto en este caso: hay cosas que es mejor que el hombre no sepa, o al menos que no esté completamente seguro de ellas.

Como ya he dicho, Scotland Yard echó tierra sobre el asunto. En los periódicos se comentó el caso de la extraña locura de Isadora Persano, y de la desaparición sin el menor rastro de James Phillimore, pero a los pocos días, nuevos escándalos hicieron de esas noticias asuntos viejos, y fueron olvidados. Ni Phillimore ni Persano tenían parientes vivos que hubieran podido estar interesados en la resolución de sus respectivos casos. Y en cuanto a Greatfeet, nadie pareció lamentar la desaparición del viejo borrachín.

Durante mucho tiempo, Holmes se negó a que su intervención en este caso fuera hecha pública, aunque estoy seguro de que eso no se debió a que hubiera terminado en un fracaso para él (¿qué otro hombre hubiera podido llegar tan lejos?); al fin y al cabo ya he publicado otras historias en las que su intervención no fue del todo satisfactoria. Por otro lado, no quería involucrar a mi amigo Arthur Conan Doyle en un tema tan desagradable. Como ya expliqué antes, la muerte de mi antiguo agente literario ha hecho que la segunda de las razones para no hacerlo público desaparezcan. En cuanto al permiso de Holmes, me lo dio sin vacilar en cuanto leyó los horripilantes relatos de Howard Phillips Lovecraft, disfrazados como ficción, pero en los que se aportan tales datos que es evidente que sólo pueden haber sido escritos por alguien que ha tenido acceso al antiguo grimorio. Además, su apellido lo señala como pariente (¿hijo, sobrino?, lo ignoro) de aquel Lovecraft que se le escurrió por entre los dedos a Sherlock Holmes en una mañana de primavera.

Aleister Crowley ingresó en Amanecer Dorado algunos años más tarde, pero no tardó demasiado en ser expulsado de la orden y en fundar su propia secta. Sin embargo, tal como había dicho Adamson, su relevancia en el mundo no pasó de la ser un personaje pintoresco y un tanto siniestro. He oído que llegó a tener cierta influencia en el ilusorio mundo de Hollywood, pero hasta eso terminó quedando en nada.

Durante muchos años, el mundo del ocultismo vivió temeroso de que alguien pudiera utilizar el saber del *Necronomicon* para hacerse con el poder en el reino que Adamson había abandonado y trastocar así el orden de las cosas. Sin embargo, el tiempo ha transcurrido y todo parece seguir igual, lo que en apariencia le da la razón a Holmes cuando dijo que las cosas solían cambiar para que nada cambiasen, o

confirma la creencia del Gran Lama de que el equilibrio no se vería perturbado. Quién puede saberlo, quién puede estar seguro. Yo no. Tampoco lo deseo.

Aunque no he podido sacar a la luz pública estos acontecimientos hasta ahora, como ya he explicado, no he podido resistir la tentación de referirme a ellos en otros escritos. Los lectores recordarán mi referencia en "El problema del puente de Thor" a tres casos que Holmes no había podido solucionar. Eran el del señor James Phillimore, que al volver una mañana a su casa a recoger un paraguas desapareció sin dejar rastro. El de Isadora Persano, que fue encontrado completamente loco sujetando una caja de cerillas en cuyo interior había un gusano desconocido para la ciencia. Y el del cúter *Alicia,* que una clara mañana de primavera se internó en un banco de niebla y nadie volvió a verlo. En su momento di una impresión demasiado negativa del asunto, como si Holmes se hubiera mostrado incapaz de resolver estos misterios. Cierto que jamás se pudo demostrar que el cadáver destrozado que se encontró en el Támesis fuera el de James Phillimore, pero ni a Holmes ni a mi nos quedó la menor duda sobre el particular. El gusano en la caja de cerillas podía ser desconocido para la ciencia, pero jamás afirmé que lo fuera para Holmes. Y en cuanto al *Alicia,* nadie de este mundo podría haber impedido su desaparición. Con este relato espero que las dudas que mis lectores tenían sobre ese tema hayan sido por fin resueltas.

No sé qué pensarán cuando terminen de leer estas páginas. Habrá mucho en esta historia que les parezca increíble, inverosímil, como a mi me lo pareció en su día. Me he limitado a contar lo que vi, a narrar aquello de lo que fui testigo, sin distorsiones ni ocultamientos. Si lo que Holmes y yo vimos y oímos era cierto o no, eso tienen que decidirlo ustedes.

DESDE LA TIERRA MÁS ALLÁ DEL BOSQUE

CAPITULO I

RELATO DE JOHN H. WATSON, DOCTOR EN MEDICINA

Sherlock Holmes arrugó con un gesto despectivo el periódico que había estado leyendo y, volviéndose a raí, dijo:

—Increíble. De todo punto increíble el grado que la estupidez puede llegar a alcanzar. Basta que un número lo bastante grande de personas repita una tontería las veces suficientes y el mundo entero la acabará tomando por la mayor de las verdades.

—Creo que no sé a qué se refiere.

Holmes se inclinó y recogió el periódico del suelo. Me mostró los titulares. «Preparados para el cambio», decían. Y añadían: «Cómo será el hombre en este nuevo siglo».

—Terrible, ¿verdad? —me dijo.

—Si usted lo dice, amigo mío, pero me temo que no...

—¿Cómo? ¿Usted también ha caído en el infame bulo? «El Nuevo Siglo» —bufó, indignado—. ¿De qué nuevo siglo hablan? ¿Es qué no ven que todavía estamos en 1900?

—Pero, mi querido Holmes, usted querrá decir que ya estamos en 1900.

—Watson, ¿me ha oído alguna vez decir algo distinto de lo que quería?

Tuve que reconocer que no.

—Bien. Pues he dicho «todavía» y en ello me mantengo. ¿No se le hace evidente que el siglo XX no comienza hasta el uno de enero de 1901?

—Usted bromea.

—Le aseguro que no. Pero, eah, razonémoslo, ya que no parece convencido. Dígame, ¿qué año sigue al dos antes de Cristo?

—El uno.

—¿Y a ése?

—Pues... el uno después de Cristo, por supuesto.

—Efectivamente, por supuesto. Por tanto, la primera década después de Cristo va del año uno al diez, y la segunda del once al veinte, ¿no es así? —Asentí con la cabeza—. Por el mismo razonamiento hemos de inferir que el primer siglo estaría comprendido entre los años uno y cien y el segundo entre los ciento uno y doscientos. Ahora, contésteme. ¿Qué años abarca el siglo XIX?

—Bueno... Del mil ochocientos uno al mil novecientos. —Me detuve, asombrado—. Por Dios, tiene usted razón, Holmes, mil novecientos uno será el primer año del siglo XX, aún estamos en el XIX.

—Así es, mi querido amigo, así es. Y sin embargo, todos los

periódicos recogen, indefectiblemente, la noticia del cambio de década y siglo. Dígame si no es exasperante.

Así se lo confirmé, aunque el asunto no acababa de interesarme en exceso. Me parecía un error bastante natural y fácil de cometer, pero me cuidé mucho de comentar tal cosa con Holmes. Hacía años que me había dado cuenta de que mi amigo y el resto del mundo no solían considerar importantes las mismas cosas.

Después de la discusión los ánimos de Holmes se apaciguaron considerablemente (como siempre ocurría una vez uno le había dado la razón y pasó el resto de la mañana fumando y leyendo un grueso tomo de historias policíacas. Poco antes del almuerzo, dejó el libro a un lado con un gruñido y lo oí murmurar:

—Exasperante. A veces me pregunto cómo dejan escribir a personas sin el menor talento para ello. A menudo lo he acusado de enfocar su atención narrativa en !o dramático en detrimento de lo científico, Watson, pero al menos le concedo que siempre ha sabido exponer los hechos de la forma correcta. En cambio aquí —agitó el libro con desagrado— basta con observar atentamente a todos los personajes la primera vez que aparecen y uno puede descubrir al criminal aún antes de cometido el crimen. —Suspiró profundamente—. Ah, a veces desearía que el profesor Moriarty no hubiera fallecido en Reichenbach.

En los últimos días le había oído comentar eso mismo en varias ocasiones. El último de los casos en que había trabajado había resultado «completamente pueril-, según sus palabras, y apenas merecedor de que le dedicase sus esfuerzos. Por unos instantes temí que volviera a caer en su antigua costumbre de consumir cocaína, abandonada años atrás (confieso, no sin cierto orgullo, que gracias en buena medida a mi intervención). Creo que, si en aquellos momentos Holmes hubiera sospechado tan sólo los increíbles y horrorosos acontecimientos que estábamos a punto de vivir, habría preferido sin duda el aburrimiento. Porque, apenas unas horas más tarde, nos veríamos envueltos en algo a lo que *yo* jamás habría dado crédito de *no* haberlo contemplado con mis propios ojos.

Todo empezó (o quizá debería decir que empezó nuestra intervención, pues la historia se prolongaba muy atrás en el tiempo) poco después de la comida. Holmes había decidido disfrazarse de rufián portuario y salir a husmear por la ciudad en busca de »algo en lo que ocupar la mente», cuando el inspector Lestrade llegó a nuestras habitaciones. En un principio no reconoció a mi amigo y Holmes no pudo evitar jugar un poco con el honrado pero poco sagaz policía. Cansado finalmente de aquello, reveló su identidad a Lestrade, en cuyo rostro la ira y el asombro se persiguieron por unos instantes.

—Señor Holmes, he venido a verlo por un asunto de la máxima importancia —dijo—. Y no me parece honrado por su parte tenerme aquí ignorante de su presencia.

—Lo siento, Lestrade, créame. Sin embargo, el mundo está tan tranquilo últimamente que no he podido evitar buscar un poco de diversión. Lamento que haya sido a su costa. ¿Viene a verme por algo

relacionado con mi especialidad?

—Así es, señor Holmes.

—Y verdaderamente importante, por lo que veo, o no lo habrían sacado a usted de la cama a horas intempestivas.

Lestrade se quedó mudo de asombro. Sin embargo, mi larga asociación con Holmes me había permitido aprender algunos detalles básicos de su técnica de observación y pude ver que mi amigo había deducido aquello por el estado general de desaliño de sus ropas, la falta escandalosa de un afeitado en sus mejillas, sus grandes ojeras y el hecho (que advertí, felicitándome por mi sagacidad, cuando el policía se sentó y cruzó las piernas) de que se había colocado uno de los calcetines del revés. Lestrade, por otra parte, acostumbrado ya a esos comentarios aparentemente milagrosos de Holmes, recuperó enseguida la compostura y siguió hablando.

—Es cierto. La noche pasada fui sacado de mi lecho, como usted ha dicho, a horas intempestivas. La llamada venía del Home Office. De lo más alto —añadió reverente—. El propio ministro habló conmigo —dijo, sin poder evitar pavonearse—. Tras ponerme al corriente del asunto me dijo que lo buscara a usted.

—¿Y qué ha ocurrido?

—No entiendo a qué se refiere.

—Supongo que la petición de buscarme no le sería transmitida esta tarde, sino ayer noche.

—Oh, entiendo. Sí, pero antes de verle quise investigar un poco sobre el terreno. Quizá el asunto no requiriera su presencia y lo último que hubiera querido hacer sería molestarlo por una tontería.

Holmes reprimió apenas una sonrisa. Las verdaderas intenciones de Lestrade se le habían hecho claras enseguida: si él mismo podía solucionar el caso sin involucrar a mi amigo en e! asunto, mucho mejor para todos. Especialmente para el propio Lestrade, por supuesto. —Ya que está usted aquí, imagino que no *¡o* es. —Me temo que no. Señor Holmes, he visto morir a muchos hombres, pero nunca de una forma tan extraña. He estado presente en la autopsia y aún no se qué pensar. El cadáver apenas tenia sangre en sus venas y, sin embargo, no presentaba la menor herida o hemorragia. El forense estaba tan atónito como yo.

—Y yo estoy sobre ascuas, Lestrade.

—Oh, por Dios, es cierto, he empezado a contarlo todo por la mitad, como ese griego, Virgilio. —«Hornero», corregí mentalmente—. Lo siento, aún estoy algo nervioso. Doctor, ¿sería posible que me sirviesen algún licor? —Por supuesto —dije yo—, ¿Brandy? —Si, un poco de brandy estará bien.

Mientras me dirigía a preparar las bebidas, Lestrade siguió hablando con Holmes:

—Ayer, poco antes del anochecer, ha fallecido lord Robert Saville. Quizá haya oído hablar de él.

—Lo recuerdo, en efecto. Tenía algún cargo diplomático. —Lestrade asintió—, Un hombre joven, vigoroso, muy vital, si la memoria no me falla,

Lestrade tomó la copa que le tendía y bebió un largo trago, antes de contestar.

—Así es, por eso su muerte ha causado tal extrañeza. En el transcurso de los últimos tres días fue languideciendo hasta prácticamente consumirse. Los médicos que lo asistían estaban horrorizados. Perdía sangre a un ritmo que parecía imposible y, como le he dicho, no tenia herida ni hemorragia, interna o externa. Además, durante su... —se detuvo unos instantes— no sé si calificarla de enfermedad, no dejaba de decir que alguien lo estaba matando. —¿Mencionó algún nombre? —No, se limitaba a decir: -Él me mata, él me mata». —¿Alguna otra cosa que pudiera decir durante su agonía que nos pudiera servir de pista?

—Lo dudo. La mayor parte del tiempo parecía delirar. —Lestrade sacó de un bolsillo una libreta de notas—. Médicos y criados recuerdan haberle oído murmurar cosas como: «Ya voy, muy pronto; sí, mí señor; todos temblaréis ante mi; seré su sirviente y un príncipe en la tierra" y, por supuesto, la afirmación de que «él», quienquiera que fuese, lo estaba matando.

—Ya veo. Interesante, sin duda. ¿Y qué es lo que desea exactamente de mí el señor ministro?

—Quiere saber si la muerte de lord Saville se debió a causas naturales y, en caso negativo, quien la provocó. Todo ello con la mayor discreción, por eso decidió acudir a usted: una investigación de la policía levantaría inmediatamente la liebre y el supuesto asesino estaría sobre-aviso. En cambio, un particular podría llevar adelante las pesquisas más discretamente.

—Entiendo. —Holmes se incorporó en el sillón—. Muy bien, Lestrade, me ocuparé del asunto. Puesto que usted ya ha asistido a la autopsia y ha interrogado a los médicos que le atendieron y a la servidumbre, le agradecería sus notas sobre el caso. Eso me ahorraría grandes molestias.

—Por supuesto, señor Holmes —dijo Lestrade zalamero—. Puede contar con que todo cuanto yo haya podido descubrir esté a su disposición. —Le tendió el cuaderno de notas.

Holmes lo cogió y pasó las páginas lenta y meticulosamente. Terminó de leer y le devolvió la libreta al policía.

—Muy bien. Ha demostrado usted una gran perspicacia.

Lestrade se hinchó como un pavo ante el cumplido; el pobre hombre siempre había sido incapaz de percibir la ironía que se ocultaba tras los cumplidos de Holmes.

—Iniciaré hoy mismo la investigación y le expondré mis conclusiones cuando las alcance. Ya conoce mi método de trabajo.

Así, tras un par de frases más, Lestrade abandonó la habitación. Y, apenas unas horas más tarde, el horror se abatiría sobre nosotros. Aquella misma noche, aunque nosotros no lo descubriríamos hasta pasados varios días, tendría lugar un hecho que, analizado después por la poderosa mente de Holmes, pondría al descubierto el plan infame y terrible que él (aún no diré su nombre) había trazado para su propia supervivencia y la de su execrable especie.

Apenas Lestrade hubo dejado la habitación, Holmes se puso de pie y desapareció tras la puerta que daba a su cuarto. Volvió varios minutos después, convertido en un cochero de aires desafiantes. Me miró unos instantes y dijo:

—Bien, veremos qué tal ha cumplido su misión el amigo Lestrade. Su cuaderno de notas me sorprendió: había hechos evidentes que no había pasado por alto.

Me ofrecí a acompañarlo, pero él declinó mi oferta.

—No, amigo mío, su presencia no es aún necesaria. Además —añadió con una sonrisa no exenta de ironía—, jamás me atrevería a interrumpirle en mitad de su trabajo artístico. Buenas tardes,

Con esto se fue. Holmes afirmó no haberme querido interrumpir en mis quehaceres literarios. Sin embargo, en cuanto me quedé solo abandoné por completo la tarea: el asunto que Lestrade había llevado hasta nosotros me impedía concentrarme en cualquier otra cosa. No sabía qué pensar acerca de la extraña muerte de lord Robert Saville: si había sido provocada por un agente externo, ¿cómo pudo extraerle tal cantidad de sangre sin dejar rastro? Se pueden producir heridas difíciles de detectar a simple vista pero, por esa misma razón, la cantidad de sangre que puede escapar por ellas es mínima; y además, en un examen exhaustivo como el realizado durante una autopsia serían sin duda descubiertas. Por otro lado, si se trataba de una enfermedad, ¿cuál? Ningún tipo de anemia de los que mi experiencia médica me había hecho conocer producía tales resultados y, desde luego, no en un espacio de tiempo tan breve como el que había indicado Lestrade. Le di vueltas al asunto una y otra vez, pero no por eso se me hizo más claro.

A media tarde, mi amigo entró en la habitación con una sonrisa en sus facciones angulosas. Me saludó, entró en su cuarto y, unos minutos más tarde, librado ya de su disfraz, se arrellanaba en su sillón y fumaba tranquilamente una pipa. —¿Y bien? —dije yo. —Curioso, muy curioso. —¿De veras?

—Si, Lestrade apenas ha pasado ningún detalle por alto. Debe estar aprendiendo con los años. Lo que he averiguado hasta ahora coincide de forma bastante exacta con lo que él nos ha contado. Lo poco que dejó por anotar en su libretita no tiene la menor importancia. Dígame, Watson, como médico, ¿qué opina de la muerte de lord Saville?

—Estoy tan perplejo como Lestrade o el forense de la policía. No conozco enfermedad alguna que produzca esos resultados.

—Sí, eso pienso yo también. Hay algo, sin embargo... no, demasiado absurdo.

Se sumió en un silencio concentrado y yo, por mi parte, no quise preguntarle qué era aquello que le parecía demasiado absurdo. En los momentos en que Holmes se dejaba caer en aquel mutismo, lo mejor era dejarlo tranquilo hasta que él mismo saliera de él. Intenté, pues, seguir trabajando en mi narración, pero con escaso éxito. Aquel asunto no se me iba de la cabeza. Al fin, varias horas más tarde, Holmes pareció despertar de un sueño, alzó la cabeza y, mirándome, dijo:

—Nada. En este asunto estoy por completo a oscuras. Veremos qué puede hacer una noche de sueño y qué nos traerá el nuevo día. Buenas noches.

Con esto, se fue a acostar y pocos minutos después, yo lo imitaba.

Generalmente, cuando yo me levantaba, Holmes llevaba varias horas despierto. Aquel día, sin embargo, aún dormía cuando yo, con el *Times* a mi lado, me disponía a desayunar. Habían transcurrido dos días desde que Lestrade viniera a nuestras habitaciones y no se había adelantado nada en lo que se refería a la causa de la muerte de lord Saville. De pronto, en la página de sucesos, mis ojos se detuvieron incrédulos ante una noticia. La leí y releí varias veces: no podía tener la menor relación con el caso que Holmes investigaba, era absurdo, pero sin saber por qué, me estremecí. Holmes, que se levantaba en aquellos momentos, notó mi escalofrío y preguntó:

—¿Qué ocurre, Watson?

—Véalo usted mismo —le dije tendiéndole el periódico y señalando la noticia a la que me refería.

Holmes lo tomó y leyó en voz alta:

> *Poco antes del amanecer, el guarda del cementerio se vio atraído al panteón familiar de los Saville (como se sabrá, lord Robert Saville falleció recientemente) por lo que le pareció un sollozo. Llegado allí encontró una criatura de unos cinco años, muy pálida y que se llevaba la mano al cuello sin dejar de sollozar. El guarda pensó en un principio que se trataba de una travesura infantil, pero cuando vio el rostro del muchacho cambió inmediatamente de idea. Como hemos dicho, estaba mortalmente pálido y Casi se desmayó en brazos del buen hombre, quien lo llevó a su vivienda y desde allí llamó a la policía, los cuales trasladaron al muchacho al Hospital de la Santa Cruz. Puestos al habla con los médicos, nos han informado de que el joven tenia el cuello lleno de arañazos y que había perdido mucha sangre, siendo seguramente ésa la causa de su palidez y desmayo. El muchacho apenas habla, pues se encuentra en un estado cercano a la catatonía, pero los médicos afirman que esto se debe a la debilidad y que, con el tiempo, se repondrá. Se ignora su nombre y nadie en las últimas horas ha denunciado la desaparición de un niño.*

Durante largo tiempo, Holmes no dijo nada. Siguió con la vista clavada en la noticia, como si hubiera algo en ella que se le escapara.

—En realidad no guarda relación con el caso —dije yo—. Simplemente, me llamó la atención la coincidencia de la tumba.

Pero no pareció haberme oído. Arrugó el periódico y se sentó a desayunar. Sin embargo lo hizo con aire distraído, con la mente ocupada en otros asuntos. Comía maquinalmente y sus ojos parecían

atravesar la ventana, buscando más allá. Hubo un momento en que murmuró: «no puede ser», y se incorporó repentinamente en la silla.

—Tengo que irme —dijo.

Apenas pude abrir la boca para contestar. Holmes se había ido. Lo conocía lo suficiente para saber que, en aquellos momentos, su cabeza era un hervidero de ideas, que una de ellas acababa de golpearlo con una intensidad Casi física y que, hasta que no confirmara o desechara sus sospechas, no descansaría tranquilo.

No volvió hasta varias horas más tarde y en su rostro ardía algo febril. Parecía nervioso, excitado como yo jamás le había visto. Lo primero que hizo al entrar fue disculparse.

—Perdone mi extemporánea salida de esta mañana, me temo que olvidé las más elementales normas de educación.

Le dije que no tenía importancia y le pregunté dónde había estado.

—En el hospital y en el cementerio, por supuesto. Watson, ¿creería usted que un ciego fuese capaz de ejercer la medicina?

—Me sorprendería —dije, sin saber muy bien a qué venía todo aquello.

—A cualquiera le sorprendería. Y sin embargo los médicos del Hospital de la Santa Cruz lo están, o de otra forma habrían reparado en el extraordinario carácter de las heridas del muchacho.

—No le entiendo.

—Es bien simple. Resulta evidente que los arañazos del cuello no pueden ser la causa de la pérdida de sangre. Son claramente superficiales y cicatrizaron enseguida. Sin embargo, nadie reparó en las dos marcas que había en su cuello, ocultas parcialmente por los arañazos.

—¿Dos marcas de qué clase?

—Como dos pinchazos. Dos pinchazos que, sin embargo, no acababan de cicatrizar, con los bordes claramente más pálidos que el resto de la piel. Además —dijo cambiando repentinamente de tema—, si la pobre criatura perdió tanta sangre, ¿dónde se encuentra ésta? No en el cementerio, desde luego. Allí, aparte de unas gotas en un matorral espinoso que fue, sin duda, lo que arañó al muchacho, no hay el menor rastro de sangre.

—¿No podrían haberla lavado?

—Podrían, pero no lo han hecho. He hablado con el guarda: él mismo se disponía a limpiar de allí todo resto de sangre, pero cuando se puso a la tarea se encontró con que no había nada que limpiar. Inaudito. Imposible.

Holmes se movía por la habitación como un bailarín desplazándose por un suelo en cuya integridad no confía. Yo mismo estaba empezando a inquietarme. No me atrevía a pensar en las implicaciones que había tras las palabras de mi amigo: resultaba demasiado absurdo (y aterrador) para considerarlo siquiera por un instante. Pero algo frío se había instalado en mi garganta.

—¿Y qué va a hacer ahora? —conseguí preguntar.

—Qué vamos a hacer, querido amigo, qué vamos a hacer, porque

a partir de ahora necesito su ayuda.

Aquella era la frase que llevaba esperando desde que comenzara el asunto, y tuvo el efecto de tranquilizarme de inmediato: toda inquietud desapareció de mí, y me sentí imparable. Me incorporé, Casi como si me hubieran empujado, y dije:

—Sabe que puede contar siempre con ella, Holmes.

Mi amigo sonrió apenas, con aquella expresión tan suya a caballo entre la ironía y el afecto.

—Gracias, no esperaba menos de usted. Ahora no podemos hacer nada —miró por la ventana—, pero pronto será de noche. Entonces usted y yo volveremos al cementerio y visitaremos el panteón familiar de los Saville.

Abrí la boca, horrorizado. ¿Qué se proponía Holmes? ¿Qué estaba intentando decirme?

—Créame, es de todo punto necesario. Si mis sospechas, Dios lo quiera, resultan infundadas, nadie sabrá de nuestra pequeña excursión. Si resultan ser ciertas, que el Cielo nos proteja todos.

No respondí nada. La sombra de una sospecha cubrió mi mente por unos instante, pero la aparté enseguida. Era absurdo, impensable.

Poco después caía la noche y Holmes y yo iniciábamos nuestro viaje en dirección al cementerio. Ninguno de los dos habló por el camino y el humor de Holmes se volvía sombrío por momentos.

Cuando llegamos al cementerio, Holmes no tuvo el menor problema en forzar la puerta de éste, ni la del panteón de los Saville. Un olor viejo y húmedo impregnaba todo el lugar. Había varios féretros, la mayoría bastante antiguos y cubiertos de polvo. Uno de ellos, por su aspecto nuevo y limpio, no podía ser sino el de lord Robert Saville. Holmes avanzó hacía allí decidido y alzó la tapa. Se quedó inmóvil, contemplando el interior del ataúd. Tanto Holmes como yo habíamos visto cadáveres más que suficientes a lo largo de nuestra dilatada vida en común, así que no pude comprender por qué la visión de éste lo impresionaba de tal modo. Me acerqué a él y atisbé al interior. Estaba vacío.

—¿Qué es esto? ¿Por qué querría nadie robar el cuerpo de lord Saville? —pregunté, incrédulo.

—Nadie lo ha hecho —musitó Holmes—. Es su alma la que ha sido robada. —Bajó la tapa del ataúd—. Vámonos —dijo.

Salimos del mausoleo. Me pregunté, aunque una parte de mí estaba empezando a suponerlo, qué querría decir mi amigo con aquella enigmática frase acerca del alma de lord Saville. Durante todos aquellos años pasados junto a él pocas veces le había oído la menor referencia a asuntos de índole religiosa o espiritual. Sin saber por qué, sus palabras de unos momentos atrás me llenaron de aprensión y temor.

Caminábamos por entre las tumbas silenciosas en dirección a la salida. De pronto, a lo lejos, una figura negra tomó forma frente a nosotros; pareció mirarnos unos instantes y luego la vi desplazarse en nuestra dirección: no daba la impresión de que caminase, más bien se deslizaba en el aire, como si flotara. Atribuí aquello a la niebla y la

oscuridad y supuse que se trataría del guarda, que nos había visto, pero Holmes gritó:

—Corra, Watson, corra por la salvación de su alma. Ahora no nos podemos enfrentar a él. Qué tonto he sido. ¡Corra!

Y corrí como si el mismo diablo me pisara los talones, sin saber exactamente qué ocurría, aguijoneado por la urgencia y el pánico (si, por primera ver sentí pánico en su voz) de las palabras de Holmes. Salimos del cementerio y no detuvimos nuestra carrera, seguimos adelante, dejando atrás una casa tras otra. Al fin, Holmes se detuvo, miró a sus espaldas y dijo:

—No nos ha seguido.

Yo estaba demasiado atemorizado y asombrado para hablar. A un par de manzanas encontramos un coche y en él volvimos a Baker Street,

Lestrade nos esperaba allí.

—Holmes, cuando le cuente lo que ha ocurrido esta noche, usted no me creerá—nos dijo Lestrade cuando apenas habíamos entrado por la puerta.

—Si lo que me va a contar es que alguien ha visto a lord Saville vivo, puedo asegurarle que ni siquiera me sorprenderá —dijo Holmes.

Se dejó caer en el sillón y abatió los hombros. Nunca lo había visto tan agotado, y no se trataba de un cansancio puramente físico: un extraño entumecimiento mental parecía flotar a su alrededor. Comprobé, con una punzada de temor, que me ocurría algo similar.

—¿Cómo... cómo? —balbuceó Lestrade—. Acabo de estar con el ministro. Sé que la noticia no ha trascendido. Es imposible que usted...

Holmes no respondió, como si ni siquiera hubiera escuchado. Yo dije en su lugar:

—Venimos del cementerio. El cuerpo de lord Saville no estaba en su ataúd.

—Entonces, ¿usted ya tenía sospechas?

Holmes alzó la vista.

—Intuía algo, pero ni por asomo algo tan terrible como esto.

—¿Terrible? —dijo Lestrade—. ¿Qué tiene de terrible que un hombre dado por muerto esté vivo? Deberíamos alegrarnos de la noticia.

—Por favor, Lestrade, por una vez en su vida utilice el cerebro, si no es pedir demasiado.

El policía se tambaleó ante las palabras de Holmes, igual que lo habría hecho si el detective le hubiera golpeado. En cuanto a mí, aquella reacción me aterró más que ninguna otra cosa: Holmes había perdido los estribos completamente, en su rostro y en su voz no había el menor rastro de aquel frío raciocinio que siempre lo había caracterizado. No pude evitarlo: en aquel momento me pareció un hombre acorralado, acosado.

—Entrase vivo o muerto en la sala de autopsias, sólo pudo salir de ella cadáver —dijo mi amigo, apretando los dientes con fuerza, como si el mero hecho de articular las palabras fuera superior a sus

fuerzas—. ¿Es que no se da cuenta?

—Por Dios, tiene usted razón.

Ahora fue el turno de Lestrade de parecer agotado. Dejó caer su cuerpo en una silla junto a la pared.

Durante un tiempo interminable (y que sin embargo no debieron de haber sido más de unos segundos), el silencio se instaló entre nosotros como si fuera un animal vivo y hambriento. Me sentí rodeado por una intensa sensación de irrealidad, como si el mundo entero se estuviera haciendo pedazos a nuestro alrededor.

—No lo entiendo, Holmes —conseguí decir, y cada palabra me costó un esfuerzo Casi inimaginable.

Para mi sorpresa, una sonrisa tímida asomó al rostro del detective.

—Amigo mío, es lógico que usted no lo entienda.

Me di cuenta de que se había tranquilizado, de que, afortunadamente para todos, volvía a ser la criatura metódica y sistemática que Lestrade y yo conocíamos. Pero vi también que seguía habiendo en su voz un cansancio, una sensación de derrota que nunca había percibido antes en ella

—Nadie debería entenderlo —añadió—. Si realmente viviéramos en un mundo racional tal cosa no seria posible.

De pronto, sin transición visible, Holmes recuperó su semblante habitual. En sus ojos centelleó aquel brillo de cazador que yo conocía tan bien y supe que estábamos muy lejos de haber sido derrotados. No, mientras Holmes no se diera por vencido yo tampoco lo haría.

—Aún no es tarde —dijo—. Podemos detenerlo. Sí, podemos, ya se ha hecho antes, y nosotros no somos hombres menos decididos o con menos recursos que quienes lo consiguieron la primera vez. Cuénteme lo que ha ocurrido, Lestrade.

El policía alzó la vista. Por un instante tuve la sensación de que no sabía dónde se encontraba, ni mucho menos en compañía de quién. Parpadeó un par de veces y fue como si volviera de otro lugar. Al principio no parecía capaz de hablar, como si no terminara de encontrar las palabras.

—Su mujer lo vio —dijo al fin, hablando Casi sin entonación, aunque poco a poco, a medida que hablaba, fue ganando seguridad—. Escuchó ruido en el despacho de su marido y bajó a ver qué ocurría. Vio una figura, de espaldas, revolviendo entre los papeles de lord Savüle. Al oír abrirse la puerta el individuo se volvió y ella se dio cuenta de que era su esposo. Tenía un aspecto extraño, como si anduviera sonámbulo, y tenía una gran mancha roja en la boca. Al ver a su mujer pareció despertar de un sueño. La llamó con una sonrisa. Lady Saville dice que aquella sonrisa hizo que se le pusieran los pelos de punta: era maligna, lasciva, diabólica. Parecía mirarla como con hambre. De pronto, su expresión cambió y su rostro se convirtió en una máscara de pánico. «No, tú no, tú no, a ti no puedo», murmuró, y saltó por la ventana. Los criados encontraron a la pobre mujer desvanecida en el suelo del despacho.

Holmes, con las manos bajo el mentón, unidas por la punta de

los dedos, seguía cada palabra de Lestrade, como si el menor de los detalles que el policía nos estaba contando pudiera ser vital.

—¿Qué papeles buscaba? —preguntó.

—Yo... no lo sé. —Consultó su libreta de notas en un gesto cansado—. En el suelo había varios papeles esparcidos al azar, probablemente lord Saville... —se detuvo unos instantes—... o quien fuera los había tirado al suelo al sacarlos de la caja fuerte. Sobre la mesa había varias hojas en blanco, con el sello del ministerio. Eso es todo.

Un murmullo Casi imperceptible se escapó de la boca de mi amigo, mientras asentía lentamente.

—¿Algo de importancia en los papeles del suelo? —volvió a preguntar.

—Nada. Documentos rutinarios.

—Hmm —murmuró Holmes de nuevo. Tomó su pipa, la limpió y la llenó de tabaco—. Hojas en blanco —dijo en voz baja mientras la encendía—. ¿Por qué hojas en blanco?

Ni Lestrade ni yo respondimos. Holmes no nos miraba, fumando en silencio, su cabeza oculta por una nube de humo. El tiempo transcurría y la noche iba envejeciendo lentamente. Tuve la sensación de que había algo en el aire frente a nosotros, una suerte de presencia invisible que, sin embargo, mantenía nuestro ánimo extrañamente sombrío. Holmes seguía fumando sin decir una palabra, Lestrade no apartaba la vista de la chimenea y yo me revolvía incómodo en mi asiento, sin atreverme sin embargo a romper el silencio.

De pronto, mi amigo se levantó del sillón y me preguntó:

—¿La señora Hudson ha tirado ya esa silla vieja?

Al principio no supe qué responder, tan de sorpresa como me pilló la pregunta. Al fin dije:

—Creo que no.

—Enseguida vuelvo.

Dejó la habitación, sin hacer caso de la mirada de incomprensión que Lestrade y yo nos intercambiamos, y poco después regresaba llevando en la mano lo que había sido la pata de una silla, con un extremo afilado y ennegrecido por el fuego. Con la otra mano sujetaba algo que no vi pero, por el olor que se extendió por la habitación, supuse que era ajo.

—Esto servirá —nos dijo—. Tiene que servir. Ahora debemos esperar al amanecer.

Y sin más se sentó en su laboratorio químico y allí estuvo trabajando hasta el alba. De vez en cuando canturreaba algo y sonreía, aunque la sonrisa no tardaba en morir en sus labios para ser sustituida por un gesto de hosca determinación. Tanto Lestrade como yo lo contemplábamos sin decir palabra. No nos atrevíamos ni a mirarnos. Lestrade nunca ha sido un hombre demasiado imaginativo, pero creo que empezaba a atisbar, aunque ni de lejos a creer, lo que podían implicar las palabras de Holmes.

En cuanto a mí. qué puedo decir. Todos mis instintos se rebelaban contra lo que mi amigo parecía sugerir con sus actos. Y sin

embargo, con los años confiar en Holmes, en sus instintos, sus percepciones, sus razonamientos y sus ideas, se había ido convirtiendo en mí en una segunda naturaleza, hasta el extremo de que antes habría puesto en duda mis percepciones que las suyas. Ambos habíamos asistido a algunos hechos que bien podían ser calificados de «extraordinarios» o incluso «increíbles», y si los dos habíamos salido de ellos con nuestra razón intacta se lo debía en buena medida a Holmes, al hecho de que su mente afilada era capaz de convivir con lo más grotesco, descabellado e inverosímil mientras resultara coherente y explicara de forma satisfactoria lo que ocurría.

Pero, ¿qué podía haber de «satisfactorio» en una ristra de ajos y un trozo afilado de madera? ¿Cómo podía yo calificar de «satisfactorio» un universo donde aquellos dos objetos fueran algo más que un condimento y un poco de combustible para la chimenea?

Al fin amaneció. Holmes vio la claridad por la ventana, dejó los compuestos químicos a un lado y dijo: —Vámonos.

Salimos de la habitación en silencio. Llevaba, en mi maletín de médico, la pata de la silla y un grueso martillo; no me atreví a preguntarle a Holmes para qué estaba destinado tan curioso instrumental. Si su respuesta no era la que temía, quedaría como un tonto, desde luego; pero lo que de verdad me aterraba era tener razón en mis sospechas. En la calle buscamos un coche y al fin lo encontramos. Mientras subíamos, Lestrade le dijo a Holmes:

—Conozco sus métodos y hasta ahora siempre los he respetado, pero por Dios que si no me dice ahora a qué viene todo esto reventaré.

Lestrade no habría podido expresar mejor mis propios pensamientos. Holmes nos miró un largo rato antes de responder.

—No, aún no puedo decirles nada —dijo, meneando la cabeza—. Si lo hiciera no me creerían y me tomarían por loco. Yo mismo dudo de mi cordura. Tienen que verlo con sus propios ojos. Ya no falta mucho.

Por la calle, un mozalbete voceaba las últimas noticias de un periódico. Holmes hizo detenerse al cochero, se bajó y le compró al chico un ejemplar. De vuelta al coche pasó sus páginas ávidamente.

—¿Qué busca? —le pregunté.

—No lo sé —respondió él—. Si lo supiera no lo buscaría... Aquí está.

Nos mostró una extraña noticia. Dos días antes (la misma noche en que fue encontrado el muchacho junto al panteón de los Saville, recordé con un escalofrío), alguien había llamado a la puerta en las caballerizas del palacio de Buckingham. El caballerizo fue a mirar y, a través de la ventana vio un hombre de aspecto respetable que pidió entrar. El caballerizo, furioso por haber sido despertado, despidió al hombre de malos modos, quien, sin insistir más, se fue.

—Ahora lean la descripción de ese individuo de aspecto respetable.

Así lo hicimos Lestrade y yo: «Alto, robusto, de porte noble y con gran bigote negro, nariz afilada y ojos azules», decía el periódico.

—¿Con quién encaja esa descripción? —preguntó Holmes.

—Lord Saville —dijo Lestrade.

—Exacto. No pudo entrar. Claro, si alguien de dentro no les concede el permiso no pueden entrar. —Holmes murmuraba todo aquello como si nosotros no estuviéramos—. Por eso necesitaba las hojas en blanco con membrete del ministerio. Dios santo, si tiene éxito en su plan será terrible.

—¿Qué plan? ¿Qué plan está maquinando lord Saville?

—Lord Saville —dijo Holmes—, o mejor, lo que un día fue lord Saville, no es más que un peón, una marioneta en este juego horrible. No, nuestro verdadero enemigo es otro.

Llegamos al cementerio. Lestrade llamó al guarda y le ordenó abrir el panteón de los Saville. Éste así lo hizo y, dejando entornada la puerta, se fue. Holmes inició el descenso a la tumba y Lestrade y yo lo seguimos. Ignoraba (aunque una parte de mi mente estaba plagada de sospechas, a cual más terrible y grotesca] qué esperaba encontrar allí, ya que el cuerpo de lord Saville, tal y como nosotros mismos habíamos comprobado la noche anterior, había desaparecido, y creo que lo mismo pensaba Lestrade. Sin embargo, la determinación que brillaba en los ojos de Holmes era tal que ninguno se atrevió a decirle nada.

Llegamos junto al ataúd de lord Saville y Holmes alzó la tapa.

Estaba allí. Parecía dormir profundamente, tan llenas de color estaban sus mejillas y tan vivo aspecto presentaba. Alrededor de sus labios se extendía una mancha púrpura que sólo podía ser sangre seca.

—No es posible —susurré—. Quién ha podido...

Lestrade nos hizo a un lado y tocó con su mano el hombro del cuerpo que yacía en el féretro.

—Despierte, lord Saville, despierte —dijo zarandeándolo.

—Es inútil. Está muerto.

—¿Muerto? Pero hombre de Dios, ¿no ve que es imposible? Vea qué aspecto tiene.

-—Lo veo y sigo diciendo que está muerto.

Acerqué una mano a su cuello. No tenía pulso. Holmes sacó un espejito de su bolsillo y lo sostuvo frente a su cara. No se empañó. De pronto, me quedé helado: en el espejito se reflejaba el fondo del ataúd, no había el menor rastro de lord Saville. Holmes notó mí asombro y asintió en silencio. Le hizo una seña a Lestrade de que se acercara. Holmes fue pasando el espejo a lo largo de todo el cuerpo, sosteniéndolo en distintos ángulos para que lo viéramos bien: lord Saville no se reflejaba.

—¿Qué... qué...? —balbuceó Lestrade.

—Estamos ante un *nosferatu*—dijo Holmes—, un no muerto, o, como ha sido llamado también, un vampiro.

—Por Dios, no sea ridículo, hombre —dijo Lestrade, Casi quitándome las palabras de la boca.

Pero Holmes ni siquiera se molestó en parecer contrariado.

—¿Pueden darme otra explicación? ¿Está o no está muerto este hombre? ¿Fue o no fue visto la noche pasada por su esposa? ¿Se refleja o no en el espejo? Mírelo con atención, Lestrade, trate de recordar: ¿tenía este aspecto lord Robert Saville cuando se le hizo la

autopsia?

—No. Estaba pálido, consumido.

—¿Y ahora?

—Ahora... ahora parece vivo.

—Sí, pero su corazón no late. No respira. Si usted espera a que anochezca lo verá caminar, y hablar, pero su corazón seguirá sin latir, y no respirará. Desnúdelo y verá los puntos de sutura que le hizo el forense. Descabellada o no, es la única explicación que encaja con los hechos.

Miré a Holmes. Hablar me costaba lo indecible. Hablar significaba aceptar que lo que nos estaba diciendo era cierto. Y aceptar aquello era...

—Pero, ¿cómo? —pregunté— ¿Cómo pudo saberlo?

—Pregunte más bien cómo no lo supe antes. Si mi cerebro, ay, demasiado racional en este caso, no me hubiera guiado tan mal lo habría sabido hace tiempo. Todo estaba demasiado claro: las últimas palabras de lord Saville, alguien lo mataba, pero él iba a tener poder después; la extraña naturaleza de su muerte, apenas sin sangre en las venas, pero sin herida o hemorragia; el niño encontrado junto al panteón; la ausencia del cadáver de noche... Todo estaba claro, o lo habría estado si la razón, la orgullosa razón, inútil e impotente en este caso, no me hubiera cegado.

—Entonces, ¿la figura que vimos la otra noche...?

—Era lord Savílle, o mejor dicho, el *nosferatu* que fue una vez lord Saville. Cuando le dije que corriera para salvar su alma no bromeaba, amigo mío.

Holmes cogió mi maletín y de él sacó el trozo de silla y el martillo.

—¿Qué va hacer? —preguntó Lestrade.

—Voy a clavar esta estaca en su corazón. Después le cortaré la cabeza y le llenaré la boca de ajo. Es la única forma de dar descanso a su alma.

Lestrade iba a decir algo pero, en aquel momento, oímos un chirrido a nuestras espaldas. Alguien entraba en el panteón.

CAPITULO II

DIARIO DE JOHN SEWARD,
DOCTOR EN MEDICINA

19 de diciembre de 1899

Ésta va a ser, sin duda una extraña Navidad, fuera de Inglaterra y lejos de los míos. He dejado al pequeño Abraham al cuidado de Mina y Jonathan. Ellos cuidarán del niño durante mi ausencia tan bien como lo habría hecho Ruth. Dos años ya sin ella. Me siento triste al abandonar las islas; sin embargo, no dejaría escapar esta oportunidad por nada del mundo: los más eminentes neuropatólogos del mundo estarán presentes en el congreso y, desde luego, lo estará también el doctor Freud. Un hombre increíble: sus teorías acerca del subconsciente revolucionarán sin duda la medicina cerebral.

El barco ha zarpado hace una hora y escribo este diario con la Underwood que Mina y Jonathan me regalaron. Hace ya ocho años. El pequeño Quineey es todo un hombre. El tiempo pasa, sin duda, y él más que nadie nos recuerda que envejecemos. Ninguno de nosotros cuatro somos ya los jóvenes que cruzamos media Europa en una caza desesperada; sin embargo, creo que si tuviéramos que repetirlo, ninguno de nosotros vacilaría.

Me hubiera gustado tener mi fonógrafo, pero no estaba muy seguro de que un instrumento tan delicado soportase bien el viaje. De todas formas, con el paso de los años me he acostumbrado a mecanografiar y, aunque nunca sentiré el mismo placer que dictando, es un buen sustituto.

22 de *diciembre*

Una ciudad curiosa, Bucarest. No es la primera vez que la visito, por supuesto. Estuve (quizá debería decir que estuvimos) en ella en otra ocasión. Han pasado Casi once años, pero los recuerdos no se desvanecen. Hoy pasearé un poco. Al venir el tren pasó por Transilvania. Me pregunto si el castillo aún estará allí. Si, claro, por qué no iba a estar.

No puedo evitarlo. Siento deseos de volver, de visitarlo, de ver lo que el tiempo ha hecho con esas ruinas espectrales. Quizá lo haga.

23 de diciembre

Un hombre extraordinario, sin duda. Su ascendencia judía salta a la vista: qué intelecto, qué forma de cortar los argumentos. Su navaja de Occam es la más afilada que jamás he visto. Dejó nada menos que a Oppenhelmer con un palmo de narices esta mañana, a él que nunca nadie se ha atrevido a refutarle uno solo de sus argumentos. Cerebro brillante y personalidad arrolladora. Ese hombre revolucionará la neuropatología, estoy seguro.

25 de diciembre

La noche pasada, Freud me invitó a cenar. No resistí la tentación de comentarle el caso de Renfield, aunque obviando toda referencia al conde. Lo encontró interesante. Le fascinaba la teoría de Renfield por la cual la vida alimentaba a la vida: las moscas a las arañas, las arañas a los pájaros, los pájaros al gato y el gato a él. Me dijo que era increíble lo lógica y sistemática que puede llegar a ser una manía. Lamentó saber que había muerto. Pensaba ir a Inglaterra el año próximo y le hubiera gustado entrevistarse con él.

Hoy, Navidad, está nevando sobre Bucarest. La ciudad está hermosa bajo la nieve. Pero echo de menos Inglaterra.

27 de diciembre

El congreso es un verdadero aburrimiento. Freud ha vuelto a Viena y con él se ha ido la única nota de color entre todas estas momias venerables. Creo que yo también me iré. El tiempo ha mejorado y voy a aprovechar para hacer una visita al castillo. La curiosidad resulta demasiado irresistible y me han asegurado que la nueva línea férrea llega cerca de ese lugar, a una ciudad llamada Soara. Desde allí, en un coche de alquiler, no me llevará más de una hora llegar hasta el castillo de (¿lo diré de una vez?¡ Drácula.

Escribir su nombre ha tenido cierto efecto catártico. Hacía años que no pensaba en él por su nombre y las únicas personas con quien podría hablar libremente de ello han sufrido demasiado por su causa. Ojalá Van Helsing estuviera aquí y me acompañara. Quizá a la vuelta pase por Amsterdam y lo visite. Hace Casi tres años que no le veo.

29 de diciembre

He estado allí, he entrado, he mirado, he vuelto y aún no sé qué pensar. Llegué a Soara sobre las cuatro de la tarde y allí intenté alquilar un coche. Al saber mi destino la gente se santiguó y se negó a tratar conmigo. Al fin pude encontrar alguien lo bastante valiente (o quizá lo bastante avaricioso, pues el precio que me cobró fue sin duda desorbitado) para dejarme cerca del castillo. Se negó sin embargo a parar junto al edificio en ruinas. Tuve que recorrer por mi pie los últimos metros.

La superstición de estas gentes es extraordinaria. Hace más de diez años que el conde murió y aún siguen aterrados ante la sola idea de ir al castillo. Aunque en cierto modo los comprendo: las ruinas impresionan, y aún más a la luz del crepúsculo.

Llevaba conmigo una linterna eléctrica y no me fue muy difícil dar con lo que buscaba: la habitación donde Van Helsing (bendito sea su nombre) acabó con las tres vampiras. Allí estaban los ataúdes, llenos de polvo. Más allá, pude ver el del conde, aún abierto y con el trozo de hostia consagrada sobre la tierra: nadie la ha tocado, ni siquiera el polvo; sigue blanca e inmaculada como el primer día que fue colocada allí.

Al fondo vi una puerta entreabierta. No pensaba detenerme más

tiempo, ya había visto cuanto deseaba. El tren de vuelta a Bucarest salía a las once y no quería perderlo. Sin embargo, de nuevo la curiosidad pudo más y crucé la puerta. Tras ella, en una pequeña habitación había otro ataúd, abierto, con tierra en su interior y (gracias a Dios) vacío. Aquello me llamó la atención. Cuando Van Helsing entró en el castillo no mencionó un quinto ataúd. Quizá la puerta que yo había cruzado estaba cerrada entonces. Pero en ese caso, ¿quién la había abierto?

Pero el tiempo apremiaba y no pude detenerme más. Salí del castillo y subí al coche donde el aterrado aldeano me aguardaba. Llegué a tiempo de coger el tren (que, como siempre, se retrasó) y volví a Bucarest con tiempo para desayunar en el hotel. La comida del país es sabrosa, sin duda, pero ojalá no le echaran picante a todo, uno llega a quedar con la lengua insensibilizada. Y la sed. No sé cuánto he bebido desde que estoy aquí, pero creo que más que en los tres últimos años.

El misterio de ese ataúd vacío me intriga. Probablemente no haya nada de extraño en él. Seguramente una tormenta, o un aldeano atrevido, rompió la cerradura de la puerta de la habitación y por eso estaba abierta cuando yo llegué. Por su aspecto, el ataúd era bastante viejo. Quizá al conde le gustaba cambiar de lecho de vez en cuando. La idea de que ese ataúd no haya sido neutralizado me inquieta. No debería, al fin y al cabo yo vi cómo el conde moría. Es imposible que vuelva.

30 de diciembre

Las últimas palabras que mecanografié ayer han resultado proféticas. ¡Ha vuelto! Está aquí. Lo he visto esta misma mañana, en mi propio hotel. Yo salía del comedor y lo vi pasar a mi lado. Él ni reparó en mi presencia. No se parecía, era más joven, el pelo más claro, Casi rubio, las facciones completamente distintas, pero los ojos... esos ojos diabólicos. Es él, estoy seguro de que es él.

Le pregunté al conserje sobre el hombre con el que me había cruzado.

—Ah, el barón Vladimir Pokol —me dijo—. Pasa en nuestro hotel unos días. Se va pronto.

—¿Sabe adonde? —le pregunté.

—Lo ignoro, señor.

Eso es todo. Es él. El cuarto ataúd era su lecho, su nuevo lecho donde descansa durante el día. No me cabe la menor duda. Las facciones eran distintas, pero los ojos no. Esos ojos son inconfundibles. Aún recuerdo la odiosa mirada de triunfo que lanzó cuando lo atrapamos junto a su castillo. La noche caía y él presentía el triunfo cercano. Nunca podría olvidar esos ojos.

Más *tarde...*

Debo tranquilizarme. No puede ser él. Vi sus ojos aquel día, si, pero también lo vi morir, vi la expresión de paz que iluminó su rostro

cuando le matamos. No puede ser él. Está muerto.

Seguramente los nervios me han jugado una mala pasada, después de haberme pasado la noche pensando en mi visita al castillo y el ataúd vacío. Tiene que haber sido eso. Él está muerto.

31 de diciembre

El último día del año. Y el más terrible que he vivido en mucho tiempo. Esta mañana han encontrado muerto a un individuo en la calle. Completamente pálido, desangrado, sin heridas visibles. La multitud que se reunió a su alrededor se volvió loca al verlo. Le clavaron una estaca en el corazón y le cortaron la cabeza y llenaron su boca de ajos. La policía, como siempre ocurre en estos casos, llegó cuando la macabra ceremonia ya se había consumado y poco pudo hacer, más allá de dispersar a la multitud.

Esto me lo ha contado el conserje, con un comentario despectivo acerca de los habitantes de los barrios pobres y sus estúpidas supersticiones. Sin embargo, en sus ojos brillaba el miedo. Un hombre desangrado, sin rastros de heridas. Claro, las heridas que deja el vampiro desaparecen con la muerte de la victima. Esta tarde me he comprado un crucifijo y una ristra de ajos. He asegurado las contraventanas de mi habitación. Estoy aterrado.

Más *tarde...*

Lo he pensado mucho y es mi deber. Si no lo hago, si me echo atrás, sé que Quincey Morris me maldecirá desde su tumba. Ya lo oigo gritar, preguntar si su muerte fue en vano. Parto ahora mismo a la estación y tomaré el primer tren que pare en Soara. Tengo que ir al castillo, tengo que ver con mis propios ojos si se trata de él. Ojalá me equivoque. Ojalá haya sido todo una horrible coincidencia fruto de la superstición de estas gentes.

Pero no lo creo. Cada vez que lo pienso estoy más convencido de que es real, de que el hombre al que mutilaron esta mañana había sido muerto por un vampiro. No por cualquier vampiro. Por él. Drácula. Está vivo y ha vuelto, ha vuelto, Dios mío. Esos ojos, esos ojos. Llamean en la oscuridad como dos ascuas, como dos hogueras diabólicas.

Es mi deber. Tengo que ir al castillo.

2 de enero

Escribo esto en el tren que me lleva a Amsterdam. Hasta ahora no he tenido valor para escribir ¡no lo he tenido ni siquiera para recordar) lo que he visto el día anterior.

Sí, es Drácula, sin duda. Está vivo. O, mejor, está no muerto.

En Soara nadie quiso alquilarme un coche y tuve que subir andando hasta el castillo. Iba muerto de miedo. La cruz colgaba confortadora de mi pecho, pero el miedo no se iba.

Cuando llegué faltaba poco para el amanecer. Entré y no tuve dificultades en encontrar la sala del cuarto ataúd. Seguía vacío. Claro, aún era de noche y él no había vuelto. Recuerdo que pensé que quizá

no volviera, que tal vez siguiese en la ciudad. Cerca del ataúd había lo que parecía un altar de piedra y me oculté tras él, esperando la llegada del alba.

Debí dormirme. Me despertó algo parecido al batir de unas alas. Abrí los ojos y atisbé: allí estaba, una silueta oscura que iba tomando forma humana lentamente. Caminó hacia el ataúd y se detuvo. Lo oí olfatear y contuve la respiración; en aquellos momentos mi piel era un campo de alfileres. Luego, escuché cómo entraba en el ataúd. No me atreví a moverme hasta que vi la claridad del amanecer entrando por una rendija de la pared.

Salí de detrás del altar. Allí estaba. Ni vivo ni muerto, descansando hasta la noche siguiente, los largos colmillos manchados de sangre, los ojos entreabiertos, dejando asomar un leve resplandor rojizo bajo los párpados. Creo que grité mientras huía del castillo. En realidad no lo sé, no tengo ningún recuerdo claro de cómo salí de allí. Me veo llegando al pueblo y tomando el primer tren a Bucarest, pero antes de eso todo está en blanco. Sólo hay terror, y la sensación indefinible de que algo me acosaba. Ese mismo día hice las maletas y reservé un pasaje para Amsterdam vía París.

Aquí estoy ahora, en el tren. La noche cae a mí alrededor. Y tengo miedo. Él está vivo. A pesar de todo lo que hemos hecho está vivo y me aterra. Debí haber hecho algo, buscar algo afilado y clavárselo en el j corazón, cortarle la cabeza, hacer algo, cualquier cosa. Pero no pude. El miedo me paralizó y sólo conseguí salir huyendo.

Que Dios nos ayude. Está vivo. Debí hacer algo.

Es curioso lo tranquilizadora que puede resultar la sola presencia de un hombre. Fue ver a Van Helsing y todos mis temores desaparecieron. Sabe cómo reconfortarte con una simple mirada.

Desde mi ventana veo una buena parte de Amsterdam: es una ciudad hermosa, construida a la manera veneciana, aunque he oído que sus habitantes bufan indignados si alguien se atreve a sugerirles tal idea. En cierta forma, no me extraña. Prefiero Amsterdam a Venecia: es más acogedora, más habitable. Venecia no es más que un enorme mausoleo sobre el agua. Amsterdam es una ciudad.

Van Helsing ha salido a poner un telegrama y aprovecho estos instantes para seguir con mi diario.

Llegué esta mañana y no me fue muy difícil encontrar su casa. Era justo como la había imaginado: pequeña, recogida, austera. Se sorprendió al verme; estos años no han pasado sobre él en vano: está viejo. Sus poderosos hombros parecen más hundidos que la última vez que lo vi, aunque el tiempo no ha podido derrotar el brillo visionario de sus ojos.

Apenas le di tiempo a saludarme. Le conté todo lo que me había ocurrido en las últimas semanas de un tirón. Luego me desmayé.

Al despertar me vi tendido en un sofá, con el rostro arrugado de mi viejo maestro cerca de mi cara, mirándome preocupado, Al ver que había recobrado el sentido, me tendió una copa de brandy y me la hizo beber a tragos lentos y espaciados. La sangre volvió a fluir por mis venas y, más tranquilo, le repetí la historia de una forma más

ordenada y fui contestando a las preguntas que me hacía.

—Imposible. Ello es imposible de todo punto —dijo cuando hubo terminado el interrogatorio—. Amigo Jack, nosotros le vimos cómo moría. Nosotros dimos descanso a su pobre alma, ciertamente lo hicimos.

No dije nada.

—No puede ser —repitió.

Tras esto se encerró durante largo tiempo en un mutismo reconcentrado del que no parecía posible que saliera. Al cabo se levantó, alzó la vista y dijo:

—Sólo hay una forma de averiguarlo. Arminius. Nadie pero él puede decirnos si tal cosa es posible. Espéreme aquí, Jack, volveré enseguida.

Cogió su chaqueta y se fue. Yo, más tranquilo, descubrí una máquina de escribir en un rincón de la sala y en ella estoy mecanografiando ahora mi diario.

La puerta se abre. Van Helsing ha vuelto.

más tarde

Tras la vuelta de Van Helsing apenas hemos hablado. Ha insistido en que descanse y ha dicho que, hasta que no reciba respuesta a su telegrama no hay nada que podamos hacer.

Transcribo ahora el texto del telegrama:

POSIBILIDAD NO M. SIGA NO M. TRAS DECAPITACIÓN. INVESTIGAR CONDE VLADIMIR POKOL. AVERIGUAR PARADERO. VAN HELSING

7 de enero

La carta de Arminius, el enigmático amigo de Van Helsing (por más que le he interrogado durante estos odiosos días de inactividad no he podido sacarle apenas nada), ha llegado. El estado de agitación que reveló el rostro de mi viejo amigo al leerla fue tal que no me cupo la menor duda de que lo que había visto era real, para desgracia del mundo entero. Drácula está vivo. Quizá debería decir que está no muerto.

Después de leerla y, sin decirme nada, Van Helsing se ha puesto a traducir la carta a su peculiar inglés. Me la ha pasado a continuación (su rostro estaba mortalmente pálido) y no ha apartado la vista de mí mientras la leía.

Qué puedo decir. No sentí horror ante las palabras que se deslizaban ante mis ojos. Creo que ya estoy más allá del horror. Pero no pude evitar la sensación de que un vacío negro y helado desgarraba mis entrañas con sus uñas oscuras. Pero mejor que no añada nada más. La propia carta será más elocuente que todo cuanto yo pudiera decir:

La posibilidad, mi querido amigo, aunque remota, existe. Según ciertas tradiciones orientales un nosferatu *puede prolongar su estado de no muerte incluso después de que aparentemente se le haya dado*

descanso a su alma. Si, incluso aunque le clavemos una estaca, le cortemos la cabeza y le llenemos la boca de ajo, el nosferatu *puede encontrar una forma de burlar la muerte, de seguir en su odioso estado después de que su cuerpo haya sido destruido como receptáculo de su espíritu negro y atormentado.*

Hasta ahora, mi querido Van Helsing, sólo te has enfrentado al sistema mediante el cual los vampiros perpetúan su especie execrable trayendo más vampiros al mundo en la forma de los que fueron sus victimas. Pero hay más. El muerto viviente puede perpetuar, no ya su especie, sino su propia no existencia. Puede morder a su víctima y robarle la sangre hasta el extremo de que esté a un paso de la muerte, pero que no dé ese paso. El desgraciado ser que ha caído en sus manos se sume de esa forma en un coma profundo en el que todas las constantes vitales se ralentizan, pero no desaparecen. Sí desaparece, sin embargo, el espíritu que moraba en ese cuerpo, dejándolo convertido en una carcasa vacía que el vampiro podrá utilizar si, por cualquier motivo, su propio cuerpo fuera destruido.

Terrorífico, ¿verdad? Y también peligroso y arriesgado para el vampiro, pues no siempre podrá emigrar a su cuerpo de repuesto y por lo tanto no se lo jugará todo a esa única carta, no dejará que su cuerpo original sea alegremente destruido y ocupará el que le espera, a menos que no tenga otra opción. Sólo en el amanecer y en el anochecer (ese momento indeterminado en el que el mundo aún no ha cobrado realidad o está apunto de perderla) su negra y hedionda alma podrá introducirse en el nuevo receptáculo. Desgraciadamente, vosotros matasteis a Drácula en el momento mismo en que caía la noche.

Sí, Vladimir Pokol es Drácula. Ni siquiera necesité investigarlo. Me bastó ver el nombre que esa criatura había elegido para su reaparición en este mundo. Vladimir, el mismo nombre que tuvo en vida: Vladimir Drácul. Y Pokol, equivalente de nosferatu.

Desgraciadamente ya no está en Bucarest. Por lo que he podido saber a través de mis agentes, una partida de cajas a su nombre ha embarcado en el Estrella Oscura *con destino a Inglaterra hace ya varios días. Es un barco de vapor, por ¡o que no depende de vientos y mareas para llegar a su destino y lo podrá hacer con bastante rapidez.*

Iré al castillo y me aseguraré de que Drácula no guarda más cuerpos en reserva y, caso contrario, los inutilizaré. Debes volver a Inglaterra. Y ten mucho cuidado. Ya estuvo una vez allí, y entonces no conocía el lugar ni las personas, era como un crío maligno jugando con su poder y aprendiendo. Ahora ha aprendido. Será mucho más astuto.

Dios nos ayude.

Junto a la carta, Van Helsing me ha mostrado dos pasajes para un barco que sale esta noche para Inglaterra y el texto del telegrama que ha puesto. En él advierte a Mina y Jonathan de que Drácula ha vuelto y que estén alerta.

Esta noche vuelvo a casa. Qué regreso tan distinto al que había esperado.

12 de enero

Dover. Sus blancas paredes y el grito de las gaviotas. Al fin en casa. Sin embargo, apenas he podido disfrutar. Nada más desembarcar, Van Helsing se dirigió al periódico local y allí estuvo cerca de media hora hurgando entre ejemplares de los últimos días. Al fin dio con la noticia que buscaba. Un niño desangrado junto a la tumba de un hombre muerto recientemente. Partimos hacia Londres inmediatamente.

Llegamos al caer la noche. Qué fría y solitaria parece mi casa sin el pequeño Abraham. Sin embargo, es mejor que esté con Jonathan y Mina, ellos mejor que nadie sabrán protegerlo de todo peligro.

Ahora, Van Helsing y yo esperamos al amanecer. Entonces iremos al cementerio y abriremos la tumba de lord Saville.

13 de enero, noche

Nadie habría podido imaginar la sorpresa que nos esperaba en el panteón familiar de los Saville. Como he dicho al final de mi última anotación, Van Helsing y yo partimos con el amanecer. No nos costó mucho encontrar un coche y, media hora después, descendíamos de él a las puertas del cementerio. Van Helsing llevaba en su maletín todo el material necesario para la tarea que íbamos a emprender. No pude evitar un escalofrío al pensar en lo que podía ocurrir si alguien nos sorprendía a mitad de nuestro trabajo. Por mi mente desfilaron los titulares de los periódicos: «Eminente psiquiatra enloquece y se dedica a profanar tumbas acompañado de su viejo profesor». No dejaba de tener gracia el que, tras tantos años de tratar con hombres enloquecidos que proclamaban a gritos su cordura, pudiera acabar yo de una forma similar a ellos. ¿Quién habría creído entonces mis lamentos, mis gritos, mis advertencias? Habría vegetado convertido en uno más de los miles de casos terminales de enfermedad mental que hay en Inglaterra. Es como si esta época de loco avance tecnológico enloqueciera a los hombres.

Pero, riesgo o no, sabía que teníamos que hacerlo. El peligro de dejar suelto un vampiro era mucho mayor que el de acabar con una camisa de fuerza tras la puerta de una minúscula habitación. No le comuniqué mis lóbregos pensamientos a Van Helsing mientras recorríamos el solitario cementerio.

Al fin dimos con el panteón de los Saville, tras varios minutos de búsqueda infructuosa entre varios de aspecto y riqueza similar. No deja de resultar inquietante el dinero que algunos se gastan en embellecer sus últimas moradas mientras, en los arrabales de Londres, mujeres y niños harapientos suplican por unos chelines.

La puerta estaba abierta, y oímos voces provenientes del interior. Van Helsing y yo intercambiamos una mirada de sorpresa. ¿Qué podía estar ocurriendo allí dentro? Casi estaba por decirle que nos fuéramos y esperáramos mejor oportunidad, pero mi viejo maestro, con esa decisión que quien no le conociera no habría creído posible en él, dio un paso al interior del mausoleo. Yo, tras unos segundos de indecisión, le seguí.

En el interior había tres hombres. Dos de ellos tenían una expresión de horror, supuse, similar a la mía propia. El tercero, un hombre alto, de rostro anguloso y mirada decidida, sostenía una improvisada estaca en la mano y la alzaba sobre el cuerpo que reposaba en un ataúd abierto frente a ellos.

Al vernos llegar, se detuvo. Los tres nos miraron durante largo rato sin decir palabra. Al fin, el hombre de la estaca, con una voz segura y decidida, no exenta de cierta ironía dijo:

—El profesor Van Helsing, supongo.

Mi viejo maestro sonrió y asintió con complacencia.

—Ése es yo, en efecto —dijo—. ¿Me equivoco o me encuentro ante la presencia de Sherlock Holmes?

Van Helsing le tendió la mano. El hombre se la estrechó, sonriendo ampliamente, con un ligero deje vanidoso.

—¿Acierto al suponer que están aquí por el mismo motivo que nosotros? —preguntó después.

—¿Qué otro nos podría traer a este lugar? —dijo Van Helsing. .

A todo esto, ni yo ni los dos hombres que acompañaban a Holmes habíamos dicho una sola palabra. Parecía como sí aquel encuentro hubiera sido prefijado de alguna forma, como si fuerzas que no comprendíamos hubieran trabajado para que aquellos dos hombres extraordinarios se encontrasen. Lo único que podíamos hacer los demás era asistir incrédulos a tal encuentro.

—Permítame presentarle a mi amigo el doctor Watson y al inspector Lestrade, de Scotland Yard. Deduzco que su compañero es el eminente psiquiatra doctor Seward.

Allí, en medio de todos aquellos féretros, se hicieron las presentaciones, y nadie encontró ridículo el intercambio de apretones de manos por encima del ataúd abierto.

—Hay una tarea que deber ser hecha sin falta —dijo Van Helsing, después, quitándose la chaqueta—. Si me permite, el amigo Jack y yo tenemos más experiencia en estos asuntos.

Abrió su maletín y de él extrajo una estaca y un martillo. El hombre al que nos habían presentado como inspector de policía dio un paso adelante.

—Todo esto es muy irregular —dijo—. No sé si debo…

—Asumo toda la responsabilidad, Lestrade —dijo Holmes. Aquello pareció tranquilizar al policía—. Proceda, profesor Van Helsing.

—Gracias.

Con la experiencia que daba la práctica, mi viejo profesor colocó la estaca sobre el corazón del no muerto. Sostuvo el martillo con una mano envejecida, pero aún segura y luego, de un golpe seco, hundió su afilada punta en el cuerpo. La criatura que había en el ataúd abrió los ojos y nos miró con agonía. Después, Casi sin transición, el agradecimiento y la paz asomaron a sus ojos. Finalmente, murió de verdad.

Prefiero ahorrar el resto de los detalles. Completado el ritual de purificación, el alma del que había sido lord Robert Saville descansó por fin en paz. Los cinco nos fuimos del cementerio, silenciosos,

sombríos, sin apenas intercambiar palabras o miradas.

Prometimos a Holmes acudir esa misma noche a su casa, en el 221 B de Baker Street, y luego nos despedimos. El más afectado por todo aquello parecía ser el inspector Lestrade. Su mundo se había venido abajo en unos minutos, y aún no era capaz de aceptarlo. Sin embargo, Holmes logró arrancarle la promesa de no contar nada a sus superiores (más por su propia seguridad que por la nuestra) y de ir también a su casa esta noche.

Van Helsing ya está preparado. Termino de escribir este diario y salimos para Baker Street. No sé lo que nos espera ahora, pero sin duda serán los días más peligrosos (y emocionantes, sí, por qué no) de nuestras vidas.

CAPITULO III

LA CAZA
(CON EL RELATO DEL DOCTOR WATSON Y EL DIARIO DEL DOCTOR SEWARD)

Relato del doctor Watson

La sensación de irrealidad que me acosaba desde los últimos días se convirtió en algo tangible tras el encuentro en la tumba de lord Saville con Van Helsing y Seward. Imagínese, lector, que de pronto conoce usted a los personajes de un libro que ha leído no hace mucho y que ha juzgado como una mera obra de ficción. Podría llegar a duda de su propia cordura.

(Claro que hay algo irónico en ello. Gracias a mis esfuerzos literarios, el propio Holmes y yo nos hemos convertido en algo muy similar a seres de ficción e incluso estoy convencido de que buena parte del público nos cree fruto de la imaginación del algún escritor, quién sabe si del bueno de Arthur Doyle, mi agente.)

Sin embargo, creo que fue ese encuentro en el cementerio el que salvó a mi mente de hundirse en el profundo shock en el que había caído Lestrade y del que apenas había podido sacarlo Holmes. El ver a otras personas que aceptaban el horror que Holmes y yo habíamos descubierto en los últimos días, que incluso estaban preparados para enfrentarse a él, fue sin duda un bálsamo para mi cerebro, y el saber que uno de ellos era, como yo, doctor en medicina, contribuyó no poco a calmarme. El doctor Seward tenía que tratarse sin duda de un hombre de temple extraordinario.

Esperaba el encuentro de aquella noche con gran impaciencia y, desde luego, no quedé decepcionado. Seward nos trajo su diario y nos leyó sus anotaciones en voz alta, terminando con sus reflexiones en el momento mismo de dejar su casa para venir a Baker Street. No pude por menos que otorgarle toda mi simpatía, después de conocer cómo se había enfrentado a un horror que él creía desvanecido para siempre.

A nuestro lado, Lestrade aun parecía sumido en un profundo trance, aunque poco a poco, su mente iba aceptando lo que ocurría a su alrededor. Convino con Holmes en no informar a sus superiores de lo ocurrido y en que lleváramos toda la investigación por nuestra cuenta.

En cuanto a mí, qué puedo decir. Una vez más, contra todas las expectativas, Holmes había demostrado estar en lo cierto. Y una parte de mí, por primera vez en todos los años que llevábamos juntos, deseaba que se hubiera equivocado.

—Bien, no disponemos de mucho tiempo —dijo mi amigo después de cargar su pipa—. El ser que está detrás de lo ocurrido a lord Saviile sabrá ya de su muerte a estas horas y estará adecuando sus planes a lo sucedido. Así pues, cuanto más rápidos seamos,

mucho mejor,

—Es usted en lo cierto, amigo Holmes, puedo llamarle así, ¿verdad? —sin esperar respuesta, Van Helsing continuó—. Ignoro los planes que Drácula tenía en esta ocasión al venir a Londres, pero hemos de descubrirlos tan pronto como seamos capaces. De eso todas las cosas dependen.

—En cuanto a ese tema, creo que puedo darles algunas pistas. Todos miraron a Holmes en el colmo de los asombros. Yo, sin embargo, que esperaba esa revelación desde hacía tiempo, apenas sonreí. Mi amigo se hinchó ligeramente, enarcó una ceja y dijo:

—Es elemental, desde luego, Corríjame si me equivoco, doctor Van Helsing. Lo que voy a detallar a continuación tiene su origen en los documentos aportados por usted y sus compañeros, así que si incurro en un error nadie mejor para enmendarlo. —Por supuesto, por supuesto, mi amigo.

—El vampiro es una especie (si es que podemos definirlo así) solitaria. En eso residen sus mayores triunfos y, al mismo tiempo, sus grandes debilidades. Tiene que ser solitario por fuerza, su misma supervivencia depende de ello. No puede arriesgarse a provocar una plaga de vampirismo que lo delataría a ojos de los hombres normales. Así pues, sólo ataca cuando le es necesario o conveniente para sus planes. Con esa forma de actuar, Casi anónima, ha logrado sobrevivir durante siglos. —Quizá más.

Holmes asintió ante el comentario de Van Helsing. —Sí, quizá más. Ahora bien, esa soledad ha forjado su carácter: es su mayor fuerza, pero también su principal punto débil. Está acostumbrado a valerse por si mismo, a no depender de nadie, y así es como actúa. Hasta ahora.

—¿Qué quiere decir?

—En su anterior visita a Londres ustedes le hicieron frente. Él estaba solo, era un recién llegado al mundo moderno, lleno de poder pero desconocedor del terreno; y ustedes eran varios, luchaban por sus vidas y las de sus seres queridos. Le hicieron huir, y en última instancia lo destruyeron. Por desgracia, no para siempre. Aprendió algo de esa experiencia, y ha vuelto para ponerlo en práctica. Se ha dado cuenta de que la soledad no le conviene. Necesita aliados. Y si no puede encontrarlos los creará.

—Pero Holmes, usted mismo ha dicho…

—Sí, Watson, no puede arriesgarse a provocar una epidemia. Por eso mismo, sus aliados serán pocos y selectos. Necesita protección, e intentará obtenerla de quien mejor puede dársela.

—Por Dios, Holmes, hable de una vez—dijo Lestrade, quien se había ido poniendo más nervioso a medida que el tiempo pasaba.

—Perdonen, amigos míos. Tengo tendencia a rodear mis pesquisas de cierto misterio para hacerlas más atractivas, pero quizá en esta ocasión sea un hábito poco conveniente. Intenten seguir mi razonamiento y enseguida comprenderán que el plan de nuestro oponente es de una sencillez tal que roza lo genial. De hecho, creo que pocas veces me he visto enfrentado a una mente tan afilada; Casi diría

que tiene poco que envidiar a la del fallecido profesor Moriarty. Pero perdonen, de nuevo me he apartado de) tema.

Cruzó las piernas, entrelazó las manos y apoyó en ellas la barbilla.

—La primera persona atacada por Drácula fue lord Robert Saviile, quien ocupaba un importante cargo en el ministerio, ¿Y qué ocurrió después? Lord Saviile, ya convertido en vampiro, intentó entrar en palacio. Al serle negada la entrada por el caballerizo se fue. Entró en su casa, para la que no necesitaba permiso por haber sido suya en vida, e intentó obtener papeles con el membrete del ministerio. Indudablemente, pretendía firmarse a sí mismo una autorización para entrar en Buckingham, de forma que los guardias, a su requerimiento, le franquearan la entrada sin mayores problemas.

—Pero, ¿para qué.,,? —empecé a decir.

Y me detuve. Lo que Holmes sugería era demasiado horrible para considerarlo siquiera. Mi amigo interceptó mi mirada de horror y asintió lentamente.

—¿No está claro? Necesita protección para medrar. ¿Y quién puede protegerlo mejor que la familia real británica? Una familia que, de obtener éxito sus planes formaría parte de su especie. ¿Y por qué detenerse en Gran Bretaña? ¿Por qué no vampirizar a estadistas, presidentes y reyes de otras naciones? ¿Quién se atrevería entonces a hacerle frente con tan poderosos aliados? ¿Qué ocurriría entonces con la especie humana, amigos míos, a qué nos veríamos abocados? Nuestros líderes serian también nuestros depredadores; nos habríamos convertido en ganado.

Sabía que Holmes hablaba en serio, pero la idea era demasiado aterradora para considerarla. Vi que Lestrade pensaba igual que yo, y otro tanto le ocurría a Seward. Van Helsing, sin embargo, parecía aceptarlo con tranquilidad, como si las palabras de mi amigo estuvieran trazando un camino inevitable.

—No, eso es impensable—dije—, horrible, inhumano.

—Quizá, pero es la única explicación lógica. Piénselo, Watson.

Lo hice. Me resistía, pero lo hice. Holmes, como siempre, tenía razón.

De pronto, sacándome de mis reflexiones, Van Helsing se incorporó de forma brusca en su asiento. Casi se abalanzó sobre Holmes con la mano extendida y se la estrechó efusivamente varías veces. No pude evitar un gesto de desagrado ante tal acción: la encontré estúpida, innecesaria. ¿Aquel hombrecillo ridículamente efusivo era el que había conseguido detener a Drácula la primera vez? Miré a mí alrededor. Seward sonreía, pero no burlón, sino de forma Casi nostálgica. Holmes, recuperado ya de las efusiones de Van Helsing, fumaba con parsimonia. Lestrade seguía inmóvil, incapaz todavía de aceptar los hechos.

—¡Por el amor de Dios que está usted en la razón, amigo Holmes! —decía Van Helsing—. ¡Qué mente! ¡Qué penetración! ¡Ojalá hubié-ramos contado con usted la primera vez que a ese monstruo hicimos frente!

—Le aseguro que no se trata más que de una serie de deducciones de carácter absolutamente elemental —dijo mi amigo, aunque era evidente que estaba complacido ante los halagos del holandés, por más que tratara de ocultarlo—. Ea, de cualquier forma, el tiempo apremia. He aquí lo que he pensado. Nos pondremos en marcha esta misma noche. Para ello lo mejor será que nos dividamos en dos grupos. Uno irá a palacio y vigilará sus entradas, por si se da la circunstancia de que Drácula quisiera entrar esta noche. El otro investigará la llegada del *Estrella Oscura* y seguirá la pista del vampiro: recuerden que debemos conocer no sólo lo que hace y lo que piensa hacer, sino lo que ha hecho hasta ahora y de qué modo. Tal y como yo lo veo, los grupos deberían ser éstos: el doctor Van Helsing, Lestrade y mi amigo Watson irán a palacio. El doctor Seward y yo mismo le seguiremos la pista a Drácula desde su llegada a Inglaterra. ¿Qué opinan?

Me removí en mi asiento y miré a Holmes. Él notó el reproche en mis ojos y, sonriendo apenas, dijo:

—Créame, querido amigo, no lo estoy haciendo a un lado. Es indispensable que en ambos grupos haya alguien con experiencia, que se haya enfrentado a él previamente. Usted estará más seguro con Van Helsing que conmigo.

No dije nada. Holmes había tomado una decisión y, cuando eso ocurría, era inútil tratar de discutir con él. Nadie más puso objeciones a sus planes.

—Bien. Preparémonos y salgamos. No tenemos mucho tiempo.

Diario del doctor Seward, 14 de enero

Volver a escribir a mano después de tanto tiempo es una sensación curiosa. Había decidido abandonar de momento mi diario pero, cuando salíamos de la casa de Baker Street, el doctor Watson me pidió que continuara con él.

—Más tarde puede serle de utilidad al mundo —me dijo.

No me quedó más remedio que asentir con él. Pobre hombre. Está verdaderamente herido por haberse tenido que separar de Holmes. Son muchos años juntos, viviendo en una situación que, en cierto modo, podría considerarse un matrimonio sin relaciones carnales. El tipo de lazo que se ha establecido entre los dos es, desde luego, Casi indestructible. Al igual que en el matrimonio al cabo de los años, su relación está ya repleta de sobrentendidos, de miradas de soslayo y frases que no hace falta pronunciar.

Y aquí estamos ahora, a bordo de este coche, rumbo a la compañía naviera que fletó el *Estrella Oscura.* A mi lado, Holmes no habla, sumido en una especie de trance que, según he leído, es muy común en él cuando intenta desentrañar una madeja enredada. Un hombre fascinante, desde luego, y en cierto modo el opuesto a lo que es Van Helsing. Ambos poseen sin duda una inteligencia excepcional, pero los caracteres que envuelven esas inteligencias no pueden ser más contrarios. Van Helsing es pura pasión, intuición, arrebato. Holmes es la misma lógica hecha carne. Me pregunto si un hombre así

se habrá podido enamorar alguna vez. Sería un sujeto fascinante para su estudio, sin duda. Si Freud lo conociera…

Pero dejemos eso. Por las ventanas del coche veo que nos acercamos a la zona portuaria. Guardaré estos papeles en mi cartera. Dios sabe cuándo tendré otra oportunidad de seguir con ellos.

Relato del doctor Watson.

Poco a poco, Lestrade fue saliendo de su trance. A medida que nos disponíamos a la acción despertó de su estupor y pronto era de nuevo el sabueso inquieto y tenaz, aunque poco sagaz, que había sido siempre.

Sin embargo, desde entonces hubo en sus ojos un brillo implacable que ya no le abandonó jamás.

Media hora después de dejar Baker Street llegamos a palacio. Lord Robert Saville había intentado entrar por las caballerizas y era más que probable que Drácula probase también por allí. Parecía Casi seguro que lord Saville no se había podido llevar de su casa ningún papel que le franquease el paso al palacio, así que, según nos dijo Holmes (con Van Helsing asintiendo vigorosamente a cada una de sus palabras), lo más probable era que Drácula no se arriesgase a enfrentarse a los guardias, sino que trataría de convencer al caballerizo con sus poderes hipnóticos para que le permitiera entrar.

Nada más llegar, Lestrade se identificó como miembro de Scotland Yard e interrogó largamente al caballerizo. Nadie había intentado entrar en el palacio por allí las últimas noches (excepción hecha de lord Saville), así que dejamos que el buen hombre siguiera durmiendo y decidimos vigilar desde el exterior.

No estábamos seguros de que Drácula intentase entrar por aquella parte, así que, por sugerencia de Van Helsing, nos distribuimos en tres zonas. A mí me tocaron las caballerizas en suerte y aguardé cerca de ellas entre las sombras, bien provisto con un crucifijo y flores de ajo al cuello.

—Tengan mucho cuidado con él —nos recomendó Van Helsing antes de irse a su puesto—. Sobre todo eviten sus ojos. Su voluntad es demasiado fuerte. Si lo ven, incluso si no están seguros de que sea él pero su presencia sienten, toquen el silbato, llamen a los demás. Tan pronto como posible, yo estaré aquí y me ocuparé de todas las cosas,

Lestrade y yo asentimos, antes de separarnos e iniciar la vigilancia.

Como suele ocurrir después de un periodo de gran excitación, el cansancio se hizo dueño de mi cuerpo y comencé a sentir una modorra cada vez más intensa a la que, por mucho que lo intenté, no podía resistirme. Cabeceé apenas. Volví a alzar la vista, preocupado, pero me tranquilicé enseguida. Apenas debía haberme dormido unos segundos y en aquel tiempo era poco probable que hubiera ocurrido nada.

De pronto, oí voces provenientes del palacio. Reconocí la del caballerizo, claramente furiosa, aunque no pude entender lo que decía. Había otra voz, susurrante, educada, llena de una gran fuerza. De pronto, la voz del caballerizo enmudeció y, cuando volvió a hablar, lo

hizo de forma maquinal, mecánica.

No esperé más. Salí de mi escondite y eché a correr, mientras hacía sonar mi silbato para llamar a mis compañeros. Llegué a la entrada en el mismo momento que el caballerizo, con los ojos claramente desorbitados, murmuraba: «Mi señor». Frente a él, de espaldas a mí, había un hombre alto y rubio vestido elegantemente.

—Claro que puede pa… —empezó a decir el caballerizo.

—¡No! —grité yo con todas mis fuerzas, sin pensar exactamente en lo que hacía.

Sin embargo, ya fuera porque mi subconsciente sabía que aquello era lo correcto, o por pura casualidad, funcionó. El caballerizo salió del trance y miró con verdadero terror al hombre que había frente a él. En aquel momento, yo llegué a su lado y me detuve. Mi mano, en el bolsillo de mi abrigo, agarraba con fuerza la cruz metálica.

El hombre rubio se volvió. Su porte noble y recio proclamaba a todas luces su aristocrática ascendencia y, por unos instantes, pensé que aquello era ridículo, aquel hombre no podía ser nuestro vampiro. Los vampiros no existían, no eran más que fruto de las supersticiones populares y todos nosotros nos habíamos enredado en una suerte de alucinación colectiva que no tenia ningún sentido.

Y entonces vi sus ojos. Rojos, profundos, oscuros. Como dos abismos escarlata que giraban enloquecidos. Sentí cómo mi mano soltaba la cruz y toda voluntad abandonaba mi cuerpo. Dentro de mí no había más deseo que complacer al propietario de aquellos ojos.

—No le conozco, señor —dijo él. Y su voz, suave y tranquila, rebosaba tanta autoridad que, de inmediato deseé servirle, ser su esclavo para siempre—. Y no le he hecho daño alguno. ¿Por qué, pues, interfiere en mis planes?

No contesté. No sabía qué contestar. Sólo podía seguir allí, mirando aquellos ojos infinitos que me devoraban lentamente: dentro de mí había un agujero cada vez más hondo y yo iba cayendo poco a poco en él. No era desagradable, al contrario, sino más bien como una extraña y placentera languidez que tiraba de mí suave pero firmemente. El hombre abrió la boca y pude ver sus largos dientes. Una vaharada de aliento fétido llegó hasta mí. Sin embargo, no pude sentir la menor repugnancia, tan fascinado como estaba por su mirada.

—Veo que lleva ajos al cuello. ¿Le importaría quitárselos?

No, qué me iba a importar, pensé, de hecho me pregunté cómo podía haber sido tan estúpido de llevar aquella cosa maloliente colgada del cuello. Vagamente consciente de que el caballerizo se había vuelto a quedar inmóvil y estaba tan fascinado como yo mismo, comencé a quitarme las flores.

De pronto, un destello metálico se interpuso entre la roja mirada y yo, algo frío y afilado que abrió una brecha dentro de mi mente. Parpadeé, molesto, Casi dolorido, y entonces pude ver a Van Helsing sosteniendo en alto un crucifijo.

—¡Tú! ¡Tú! —bramó enloquecido mi hipnotizador, mientras yo despertaba de su encanto—. ¡Tú no! ¡Maldito viejo! ¿Cuándo se

pudrirán tus huesos?

—No antes de que los tuyos sean polvo —dijo Van Helsing.

Vi que Lestrade llegaba hasta nosotros, con la cruz en una mano y el revólver en la otra. Antes de que pudiera intervenir, lo detuve con un gesto. Van Helsing seguía alzando su crucifijo frente a Drácula [sí, ahora sí podía llamarle así), haciéndolo retroceder, acorralándolo junto al palacio en el que no podía entrar aún, pues el paso no le había sido franqueado todavía.

—¡Malditos seáis tú y todos tus amigos!

—Tú eres el único maldito aquí, Vlad Drácul, el Empalador. La familia real no caerá en tus garras.

El rostro de Drácula se cubrió de sorpresa.

—¿Cómo…?

—Estoy no solo, *nosferatu.* Esta vez acabaremos contigo para siempre.

—Veremos —dijo Drácula.

De pronto, se desvaneció en medio de un remolino de niebla espesa y hedionda. Oímos un ruido a nuestras espaldas. Nos volvimos y pudimos ver cómo un tropel de lo que parecían ratas se hundía en la noche, chillando.

Van Helsing suspiró, bajó el crucifijo y hundió los hombros.

—Demasiado viejo va soy para esto —murmuró—. Demasiado.

Por primera vez dejó de parecerme ridículo y sentí admiración por aquel hombrecillo capaz de hacer frente a Drácula como lo acababa de hacer, sin más armas que una cruz y su propia fuerza de voluntad.

—Por hoy el palacio está a salvo. Falta poco para el amanecer. Sin embargo, debemos encontrarlo antes de la siguiente noche. O tarde o temprano hallará con la forma de entrar.

Me mostré de acuerdo con él.

—Volvamos a Baker Street y esperemos al amigo Holmes.

Diario del doctor Seward, 15 de enero

Falta poco para llegar a Sussex. Dios quiera que lo consigamos a tiempo. Jonathan. Mina. El pequeño Quincey. Abe, mí pequeño Abe. Todos ellos corren grave peligro.

Pero me adelanto a los acontecimientos. Llegamos a la zona del puerto a eso de la una de la madrugada. Por suerte, incluso a esas horas, siempre hay alguien en la zona de atraque. Holmes habló largamente con el vigilante y al fin salió de la minúscula garita con rostro decidido. No pude menos que maravillarme ante la habilidad con que había interrogado al vigilante, prácticamente haciendo que el hombre lo obligara a escuchar la información que necesitaba. Increíble. Todo lo que he leído sobre él debe ser cierto.

El *Estrella Oscura* había llegado unos días antes de la muerte de lord Saville. A bordo de él venía un hombre rubio de aspecto aristocrático que, a pesar de que el barco había atracado con el amanecer, no desembarcó hasta media tarde, con el cambio de marea. Si todavía nos quedaba alguna duda de la identidad del pasajero, esta

información acabó con ella para siempre. Dio una dirección a la que tenían que llevarle el equipaje (varias cajas enormes, aparentemente llenas de tierra) y luego desapareció por las callejuelas del puerto. El vigilante ignoraba qué dirección había dado Drácula, pero nos dio un nombre al que preguntar.

—Escuche bien, doctor —me dijo Holmes entonces—. Déjeme actuar a mí. No diga nada.

Asentí en silencio mientras llegábamos a una casa de aspecto humilde y Holmes comenzaba a aporrear la puerta con impaciencia. Unos minutos más tarde, un hombre nos abría, malhumorado.

—¡Por el amor de Dios! —gritó Holmes, cercano al paroxismo—. ¿Aún está así? ¡Vamos, hombre, tiene que llevarnos!

El individuo que nos había abierto, todavía medio dormido, no supo qué responder. Sin darle tiempo a reaccionar, Holmes lo envolvió en una historia sin sentido que fue incapaz de seguir (yo mismo fui incapaz de hacerlo, más allá de que el patrón tenía que vestirse a toda prisa y llevarnos a algún lugar), pero que nos proporcionó lo que deseábamos: la dirección a la que habían sido trasladadas las cajas.

—Vayan ustedes mismos si quieren —nos dijo malhumorado el propietario de la casa—. Yo no pienso llevarles. Y mucho menos a estas horas.

Holmes se preparaba para insistir, pero el hombre cerró la puerta. El detective esperó unos minutos a que la luz en el interior de la casa se hubiera apagado. Sólo entonces se volvió a mí y me miró con una sonrisa.

—Bien, ya lo tenemos, vamos.

En ese momento comprendí lo que había ocurrido: con su insistencia e impertinencia había hecho que aquel hombre, con tal de librarse de nosotros, nos diera la información que necesitábamos y, encima, Holmes se había asegurado de que no tuviera ningún deseo de llevarnos hasta donde queríamos ir.

Media hora después, en un coche, nos dirigíamos a las afueras de Londres, a un viejo caserón abandonado que, por lo que sabíamos de los vampiros, era perfecto para que Drácula depositara allí sus cajas.

A eso de las dos de la mañana, ignorantes de lo que estaba pasando en palacio, llegábamos junto a la casa. Holmes forzó la cerradura sin grandes problemas y entramos.

El interior era una pura ruina. Polvo, telarañas, humedad. Las paredes amenazaban con caerse y el mobiliario hacía tiempo que se había convertido en polvo. Encontramos las escaleras del sótano y descendimos por ellas. Holmes llevaba una linterna eléctrica, que encendió mientras bajábamos.

Allí estaban las cajas. El vigilante portuario nos había dicho que eran seis. Y allí estaban las seis. Apenas pude creer que hubiéramos tenido tanta suerte. Evidentemente, Drácula no se había molestado en buscar escondites alternativos, al creer que su presencia sería totalmente ignorada en esta ocasión. Una vez más, no pude evitar el

pensamiento de que el vampiro, por muy humano que hubiera sido en vida, se comportaba como un animal, como un predador que piensa en la inmediatez de la caza y no es capaz de ir más allá. Y cuando lo intenta, no puede percibir el panorama completo: hay elementos que se le escapan.

Drácula había venido a Londres por segunda vez. Conocedor ahora del terreno, tenía que haberse pasado años planeándolo. Y sin embargo, dejaba fuera detalles tan importantes como tener preparado un escondite alternativo.

—Tenemos que neutralizar las cajas —dijo Holmes.

Asentí. Estaba preparado para ello. Antes de separarnos de Van Helsing, éste me había dado un pequeño cofre metálico. Lo abrí ahora y contemplé esperanzado su contenido: tres hostias consagradas lanzaron blancos destellos a la luz de la linterna de Holmes.

Con infinito cuidado, rompimos las hostias en trocitos y los fuimos depositando en cada uno de los cajones. Luego, los cerramos. Cuando nuestra tarea estuvo acabada, miré a Holmes interrogativamente.

—Esperaremos —dijo—. Tarde o temprano él tiene que venir.

Nos sentamos en un rincón del sótano, esperando mientras el tiempo transcurría y la noche iba envejeciendo lentamente. Horas más tarde, un rayo mínimo de luz se colaba por una de las rendijas del sótano. Miré a Holmes.

—Ya ha amanecido —dije.

—No puede tardar. El día es incómodo para él, tendrá que venir a descansar.

Como conjurado por las palabras de Holmes, oímos el ruido de la puerta al abrirse. Sonaron pasos sobre nosotros. La puerta del sótano chirrió y alguien bajó por las escaleras crujientes. Al llegar al suelo se detuvo. Movió la cabeza e hizo un ruido extraño, como si un animal olfatease algo.

—Sé que están aquí —dijo con una voz fría pero, al mismo tiempo, sensual, llena de poder—. Salgan, por favor.

Holmes dio un paso en su dirección. Yo, temblando, le seguí.

—¿Quién...? Ah, a usted lo conozco, doctor Seward, pero no tengo el honor con su compañero.

—Mi nombre es Sherlock Holmes, conde Vladimir Drácul.

—¿El detective?

Pareció tan sorprendido como lo estaría un noble feudal que encontrara a un vasallo fuera de su lugar «natural». En cierto modo, desde su perspectiva, eso era lo que estaba ocurriendo.

—¿Y en qué puedo ayudarlo? —preguntó.

—En nada, me temo, y me imagino que aunque pudiese no lo haría.

Drácula se encogió de hombros, en un gesto cargado de aristocráticos desprecio.

—Bien, señores, me veo en la obligación de pedirles que salgan de mi casa, o tendré que llamar a la policía.

No pude resistirlo más. Aquella abominación que debía haber

muerto diez años atrás nos estaba echando de su casa como quien despide a dos criados díscolos.

—Esta ya no es tu casa, *nosferatu* —grité, Casi abalanzándome sobre él. En mi excitación olvidé sacar la cruz del bolsillo.

Drácula sonrió salvajemente y me alzó en vilo, como si no fuera más pesado para él que una hoja para el viento.

—Debería matarlo, doctor. Ya se ha inmiscuido en mis planes demasiadas veces.

Sentí su garra alrededor del cuello, cerrándose, como una presa de la que no podía soltarme.

—Deje al doctor Seward, por favor.

Oí, cada vez más lejana, la voz de Holmes, mientras Drácula continuaba apretando mi cuello lentamente, disfrutando de cada milímetro de mi piel que presionaba con sus manos hediondas.

—Déme un solo motivo —dijo Drácula, y al hacerlo sentí su aliento fétido llegar a mi en una vaharada.

—Sus lugares de descanso ya son inútiles —dijo—. Con su muerte no ganaría nada.

—Ganaría satisfacción.

Mientras los dos hablaban, discutiendo sobre mi vida como si yo no estuviera presente, comencé a deslizar mi mano hacia el bolsillo de mi chaqueta.

—Creí que pensaba usted en términos mayores.

—Pienso en los términos en los que quiero. Soy vuestro amo y señor, puedo hacer cuanto desee. ¿Quién eres tú, pequeño detective, para decirme lo que debo pensar y lo que no? No sois más que obstáculos molestos en mi camino. Y uno no discute con los obstáculos: los hace a un lado, o los quiebra.

En aquel momento sentí el contacto reconfortante del metal en mi mano. La cerré alrededor de la cruz y la saqué del bolsillo. Drácula seguía hablando.

—Puede que os perdone la vida, que os permite arrastraros a mis pies y suplicar por vuestras vidas miserables. O quizá no. La escasa satisfacción que obtendría de vuestra humillación no compensa la molestia que me produce vuestra presencia.

De pronto calló, al ver la cruz, y toda arrogancia desapareció de su rostro malvado. Un alarido que no era humano salió de su garganta. Sentí que me soltaba y retrocedía. Caí al suelo, sin dejar de sostener la cruz.

—¡Muy bien! —aulló Drácula—. ¡Muy bien! ¡Si eso es lo que queréis, eso es lo que vais a obtener!

Traté de incorporarme, pero apenas podía moverme. El rostro del *nosferatu* era una máscara de rabia y frustración. Su odio hacia nosotros se había convertido en algo Casi físico, con peso y consistencia.

—Es la última vez que Van Helsing y tú os enfrentáis a mí. ¡Pagaréis por esto! ¡Viviréis, pero preferiréis haber muerto! ¡Los vuestros serán míos! En cuanto a ti, detective, en cuanto a ti...

Pareció perder todo interés en seguir hablando y echó a correr escaleras arriba. Sentí una sombra pasar por encima de mí y seguirlo.

Oí pasos y luego la puerta de la calle que se abría. Poco a poco, fui recuperando el control de mis miembros y pude incorporarme. Salí del sótano. Holmes entraba en la casa en aquellos momentos, meneando la cabeza.

—Inútil. Un coche le esperaba. Se nos ha escapado.

—¿Dónde ha ido?

Me miró unos instantes en silencio, como si tratara de decidir si debía o no decírmelo.

—A Sussex —dijo al fin.

—¿Cómo...? —y de pronto, callé.

Jonathan y Mina vivían en Sussex. "¡Los vuestros serán míos!", recordé. Dios mío, el pequeño Abraham también estaba allí.

—¡No! Mi hijo... —De pronto sentí que las piernas no me sostenían. Un par de brazos fuertes me sujetaron. Miré hacia arriba—. Holmes, mi hijo...

—Cálmese. Iremos para allá.

Y allá vamos. El tren acaba de salir de un túnel. Ojalá pudiéramos ir más de prisa.

Relato del doctor Watson

Holmes y Seward llegaron a Baker Street una hora después que nosotros. Mi amigo parecía el mismo de siempre. Sin embargo, el rostro del doctor Seward estaba blanco como el papel y sus ojos parecían desenfocados. Al ver a Van Helsing corrió hacia él.

—¡Va a por Mina y Jonathan! —gritó, y se desplomó en el suelo.

Preocupado, lo examiné. Por suerte no era más que un vulgar bajón de tensión, producto, sin duda, de sus nervios destrozados. Lo reanimamos con una copa de brandy y, ya más calmado, permitió que Holmes nos contase lo que había pasado.

—Y al irse afirmó que los nuestros serían suyos. Eso sólo podía hacer referencia a ustedes dos —señaló a Seward y Van Helsing—, teniendo en cuenta que hasta hoy mismo es poco probable que hubiera centrado su atención en Watson o en mí. Y puesto que carecen de familia (o al menos eso pensaba yo antes de saber que el doctor tiene un hijo), sólo podía estar refiriéndose a Jonathan y Mina Harker, que viven en Sussex, según el doctor Van Helsing me comunicó ayer.

—¿Y qué esperamos? —dijo Lestrade—. Vamos para allá.

—Tranquilo, amigo mío, no se apresure. Ya no podemos llegar antes que él, eso es un hecho, así que lo primero que debemos hacer es advertir a nuestros amigos del peligro que corren. ¿Tienen teléfono?

—Sí —dijo Seward, sacando su cartera del bolsillo del pantalón y pasándole a Holmes un papel—. Tome.

—Será mejor que uno de ustedes dos hable con ellos. A mi no me conocen y sin duda no me creerían.

Tuvimos que bajar al primer piso. Holmes, siempre excéntrico, no había querido instalar un teléfono en nuestras habitaciones; recuerdo haberle oído comentar algo al respecto de que el mundo exterior ya entraba lo suficiente en su vida sin tener encima que escucharlo.

Por suerte, la señora Hudson tenía un aparato en su piso y nos

permitió utilizarlo. Van Helsing tomó el teléfono e hizo la llamada. La conversación fue breve y concisa, apenas había tiempo para intercambios efusivos entre el holandés y sus viejos amigos. Al acabarla, los cinco salimos de allí en dirección a la estación Victoria, en busca del primer tren que saliera para Sussex.

Hasta las seis de la tarde fue imposible encontrar uno. Salimos con un retraso insoportable de un cuarto de hora y, si las previsiones se cumplían, llegaríamos a casa de los Harker sobre las doce de la noche.

En el tren, Seward se entregó a la redacción de su diario, mientras el resto tratábamos de mantener la mente ocupada en lo que podíamos. Lestrade apenas hablaba. Indudablemente, todo aquello lo sobrepasaba. Me sorprendí a mí mismo sintiendo una punzada de afecto por el viejo policía. Era pomposo, fatuo y poco imaginativo, pero también había sido un compañero tenaz y leal durante todos aquellos años y su respeto y admiración por Holmes habían ido creciendo con el tiempo.

Llevado por esos sentimientos, no pude evitar presionarle amistosamente el antebrazo con la mano. Lestrade me miró y me sonrió tristemente.

—Gracias, doctor —dijo.

—No tiene importancia.

A nuestro lado, Holmes y Van Helsing discutían animadamente, intercambiando notas sobre el caso, según la expresión que mi amigo habría usado, sin duda, para referirse a esa conversación.

El tiempo transcurrió, interminable, y no acabábamos de llegar a la estación. Al fin lo hicimos. Un coche nos esperaba allí para llevarnos a la residencia de los Harker. Recuerdo que pensé que ojalá llegásemos a tiempo, lleno a la vez de temores y esperanzas. No necesité mirar a doctor Seward para saber que él compartía tanto unos como otras.

Cuando llegamos era ya noche cerrada. El hogar de los Harker era una agradable casa de campo, nada pretenciosa, pero tremendamente acogedora. En la puerta nos esperaban el propio Harker y su esposa, Parecían tensos, pero se mostraron amables.

—Señor Holmes, doctor Watson —nos dijo Jonathan Harker—, es una verdadero placer conocerlos. Ojalá hubiera sido en circunstancias más agradables.

Acto seguido se volvió hacia el doctor Seward y los dos hombres se abrazaron con auténtico fervor. Entretanto, Van Helsing se había acercado a Mina Harker y la besaba paternalmente.

Entramos en la casa y dimos cuenta de una tardía cena fría, mientras Harker nos ponía en antecedentes.

—Hemos tomado todas las precauciones necesarias. Todos los accesos a la casa han sido impregnados con ajo y cuelgan guirnaldas de flores de ajo de todas las puertas y ventanas.

—Una previsión admirable, señor Harker —dijo Holmes mientras encendía su pipa—. Debe haberle costado trabajo reunir tal provisión en tan poco tiempo.

—No lo crea —sonrió tristemente y una sombra cruzó por su

semblante—. Hace tiempo que en mi casa hay provisiones abundantes.

Holmes no dijo nada. Seward se despidió de nosotros, manifestando deseos de ver a su hijo, que dormía en las habitaciones del piso superior. Poco después la señora Harker se retiraba a su cuarto y los cuatro comenzamos a planear nuestra estrategia.

Indudablemente, Drácula intentaría entrar en la casa tratando de influenciar a alguien del interior para que le franquease el acceso. Holmes sugirió que al día siguiente se diese el día franco al servicio.

—Cuanto menos gente haya involucrada en esto mucho mejor —dijo—. Nosotros nos hemos enfrentado antes al conde y sabemos cómo hacerle frente. Es inútil aumentar los riesgos.

Nos mostramos todos de acuerdo y, siguiendo el plan que Holmes y Van Helsing habían trazado, nos repartimos cada zona de la casa. Los poderes del vampiro menguaban con el sol en el cielo, pero era probable que intentase entrar durante el día y permaneciera oculto en algún rincón hasta el crepúsculo. No debíamos abandonar la vigilancia durante un solo momento. El menor descuido podía ser fatal.

—Se qué serán días de una gran tensión —dijo Holmes—, pero espero también que no serán muchos. Por lo que sé de Drácula, se mostrará demasiado impaciente. Ayer noche frustramos doblemente sus planes y apenas podrá esperar para vengarse. Para bien o para mal, todo habrá terminado en pocos días.

Seguimos hablando unos minutos y después decidimos retirarnos. Holmes manifestó su deseo de quedarse en el salón, fumando unas pipas y montando guardia.

Lo último que vi de él antes de subir a mis habitaciones fue su delgada figura recostada en el sillón, la curva pipa de brezo en la comisura de sus labios v sus dedos huesudos entrelazados.

Diario del doctor Seward, 16 de enero

El pequeño Abe duerme apaciblemente a mi lado, mientras escribo esto a la luz vacilante de una lámpara de mano. Llegué a dudar de que contemplaría de nuevo su precioso rostro. Gracias a Dios, está bien.

Falta poco para amanecer y siento un frió terrible que se me asienta en los huesos. Apenas puedo sostener la pluma entre las manos. Estoy tan cansado, tengo tanto sueño.

Hay algo en la ventana. No. Imaginaciones. Tonterías. Todo va a salir bien. El pequeño Abe se encuentra perfectamente y con Holmes y Van Helsing de nuestro lado no podemos fallar. Mejor que deje de escribir. Apenas soy capaz de leer las frases anteriores.

Relato del doctor Watson

Creí oír un ruido de madera astillándose. Me incorporé en el lecho, aún medio dormido, y oí ruido de voces. Una puerta se abría. Alguien subía las escaleras.

Despejándome del todo, me eché una bata sobre los hombros y salí al pasillo. Apenas pude ver a Holmes desaparecer tras una puerta

iluminada. Harker y su mujer y, algo más allá, Van Helsing le seguían.

Eché a correr y crucé el umbral para encontrarme con un espectáculo de pesadilla. La habitación, que había sido sin duda la del hijo del doctor Seward, parecía haber pasado por un tifón. Los muebles estaban destrozados, patas arriba, como si una fuerza de la naturaleza hubiera desahogado su furia sobre ellos. Medio recostado contra la pared se encontraba Seward, al que Holmes reanimaba con un trago de brandy.

—¿Que ha ocurrido? —preguntó mi amigo.

—Me... dormí —dijo Seward, incorporándose trabajosamente—. Lo siguiente que recuerdo es que Abe se había levantado y retiraba el ajo de la ventana. Le decía a alguien que pasara. Luego... el caos, la locura. No sé cómo sigo vivo.

Se detuvo de pronto, mirando a su alrededor.

—¿Dónde está Abe? —preguntó, frenético—, ¡La ventana!

Antes de que pudiéramos impedirlo Seward se abalanzó hacia la ventana abierta y empezó a trepar en dirección hacia el tejado.

Holmes se volvió hacia nuestro anfitrión.

—¿La buhardilla? —preguntó.

Su voz sonaba indiferente, como si el desastre no acabara de caer sobre todos nosotros.

—Sígame —dijo Harker, saliendo de la habitación.

Fuimos tras él, sin decir palabra. Nuestros rostros eran lo suficientemente expresivos. Habíamos sido unos estúpidos, nos habíamos confiado y Drácula había aprovechado su oportunidad.

—Es culpa mía —dijo de pronto Harker—. Abe llevaba toda la semana hablando de su amigo invisible y no le presté atención, creí que eran cosas de críos.

Asentí en silencio. Drácula se había acercado al pequeño y éste había caído bajo su dominio, franqueándole el acceso a la casa. Aquella criatura diabólica era más astuta aún de lo que habíamos creído. Mientras intrigaba en Londres para entrar en Buckingham había tenido la suficiente previsión para poner en práctica un plan alternativo. O quizá, después de todo, la venganza había estado siempre en su ánimo y sus planes de vampirizar a la familia real no eran más que un oscuro divertimento. Quién sabe lo que puede pasar por una mente retorcida de esa manera.

Al fin llegamos a la buhardilla y Holmes, ayudado por Harker, abrió la claraboya. Nos asomamos y contemplamos horrorizados el espectáculo que se desarrollaba a escasos metros de nosotros. Seward ya estaba en el tejado, tratando de hacer frente a Drácula, que sujetaba al pequeño con el brazo. La infeliz criatura parecía en mitad de un trance, completamente inmóvil, con los ojos desenfocados.

Holmes salió al tejado y echó a andar por aquella superficie resbaladiza como si estuviera en mitad de Hyde Park.

—Demasiado tarde —decía el vampiro—. Ha bebido mi sangre y ahora me pertenece. ¡Todos me perteneceréis!

Salí al tejado tras Holmes, a tiempo para ver cómo Seward se precipitaba enloquecido hacia Drácula. El *nosferatu* le hizo a un lado

como quien aparta un insecto y el doctor cayó al jardín. Oímos el ruido sordo de su cuerpo al dar con el suelo.

—¡Maldito! —rugió Van Helsing tras de mí.

—Watson, Van Helsing, quédense donde están. Yo me ocuparé de esto —dijo Holmes, mientras seguía caminando hacia aquella criatura diabólica.

La escena era espeluznante. La luna había salido y allí estaba, hinchada y fría, iluminando el tejado y a las tres figuras en él.

—¿Cómo esperas ocuparte de mí, estúpido? —dijo Drácula, sin dejar de sostener al pequeño hijo de Seward, que continuaba en trance—. No podrás impedir que me vaya.

—¿Adonde? Su refugio en Londres ya no le sirve. Y no podrá volver a Transilvanía. No puede cruzar el Canal hasta el cambio de marea. Y yo lo estaré esperando allí.

—Tengo otros refugios. La noche entera es mi refugio.

Me obligué a mí mismo a apartar la vista de aquellos dos ojos hipnóticos. Holmes seguía acercándose.

—¿Creéis que me habéis vencido? Aún seréis míos y me llamaréis amo. Y tú, detective, ah, sí, para ti crearé algo especial.

—Nunca.

—¿Dónde esta tu cruz? ¿Dónde está el ridículo símbolo del Enemigo?

Entonces caí en la cuenta, horrorizado, de que Holmes no llevaba crucifijo. ¿Qué pretendía....? Traté de alcanzarlo. No podía dejar a Holmes enfrentarse desarmado a aquella criatura vil. Resbalé en una teja suelta. Durante unos instantes el mundo entero giró a mi alrededor. Luego, sentí que alguien me cogía.

—Es ya tarde, amigo Watson —dijo Van Helsing—. Solo tendrá que enfrentarse a él.

Comprendí que tenía razón. Holmes y Drácula estaban ya demasiado cerca y yo no podría llegar a tiempo para impedir lo que iba a pasar.

—No necesito cruz alguna. Tengo mi mente. Es arma suficiente.

—¡la, ja, ja, ja! Tú mente no sirve, hombrecito. El poder es la única arma. ¿Tienes poder? Yo lo tengo, hombrecito.

—Adiós, Vlad Drácul.

De pronto, algo surgió de la manga de mi amigo. Vi un objeto afilado y delgado salir de ella, como impulsado por un resorte, y clavarse en el pecho de Drácula. El vampiro soltó al niño. Holmes, moviéndose sin esfuerzo aparente a una velocidad Casi sobrenatural, pudo agarrarlo cuando ya se deslizaba por el alero. Drácula, atónito, miraba la estaca que sobresalía de su pecho. Alzó la cabeza y se enfrentó con Holmes. Sus ojos ya no me parecían hipnóticos. En ellos sólo había miedo y dolor.

—¡Tú., tú! ¡Tú! ¡Maldito seas!

—Descansa en paz, Vlad Drácul.

Drácula intentó abalanzarse sobre Holmes, pero en ese momento las fuerzas lo abandonaron y se desplomó. Rodó sobre el tejado y, mientras lo hacía, se deshizo ante nuestros ojos. Cuando llegó al alero

no era más que una nube de polvo que el viento desbarató y se llevó en jirones malolientes que, poco a poco, se fueron disolviendo en el aire nocturno.

Holmes, siempre sujetando al niño, fue hacia la ventana de la buhardilla. Cuando llegó, nos pasó al pequeño, que recogimos. Luego, él mismo entró.

—¿Cómo… cómo? —pregunté yo, admirado.

Holmes sonreía ampliamente.

—Amigo mío, nunca subestime a alguien que conoce las técnicas del *baritsu.* Son tan útiles para evitar una caída en Reichenbach como para clavar una estaca en el corazón de un vampiro.

—Entonces, ¿se ha acabado?

—¿Se acaba algo alguna vez? Quién sabe. Sin embargo, nosotros hemos hecho nuestra parte y podemos descansar tranquilos. Si vuelve, otros le harán frente.

—Dios le oiga, Holmes.

EPÍLOGO

El doctor Seward no sobrevivió a la caída. Dios lo haya acogido en su seno. Sirva la inclusión de su diario en estas páginas de homenaje a un hombre al que no llegué a conocer demasiado bien pero que, sin embargo, se mostró digno de mi aprecio desde el primer momento.

La historia ha terminado. Al menos, nuestra parte. No sé qué pensarán mis lectores tras haberla leído. Me temo lo peor, sin embargo. Pobre doctor Watson, dirán, ya está senil.

Sin embargo, todo cuanto he contado es cierto, ocurrió así, y fue real. Creo que no daré a la imprenta esta obra. Quedará en la caja de seguridad donde he guardado otros manuscritos inéditos sobre mi amigo Holmes. Si alguien la descubre un día y decide publicarla, que sobre él caiga la responsabilidad de dar a conocer al mundo la historia. Yo la he contado, y eso es más que suficiente.

Me acaban de traer el periódico y en él he leído la confirmación de lo que me dijo Holmes la última vez que hablamos, cuando desbarató la red de espionaje de Von Bork: sí, sin duda sopla un viento del este, frío y crudo, y no dudo que muchos nos apagaremos bajo su soplo. Los esfuerzos de Holmes en su última intervención para impedir esta horrible guerra han fracasado. El horror vuelve a abatirse sobre Europa. ¿Acaso no hemos visto ya suficiente? La respuesta parece ser que no. Nunca es suficiente.

Fue en un tiempo como el que ahora se avecina, un tiempo de guerra y destrucción, de sangre y muerte, cuando nació Drácula. Me pregunto cuántos Dráculas nacerán en esta guerra cruel. ¿Cuántos Van Helsing, cuantos Holmes morirán en ella?

Pensaba terminar mi historia con estas palabras, pero no puedo hacerlo con una expresión tan pesimista. Al menos logramos derrotar a Drácula. El precio fue alto, pero pienso que mereció la pena. Y eso es importante.

LA AVENTURA DEL ASESINO FINGIDO

La tarjeta que reposaba en la bandeja sobre la mesa no me decía nada aparte de lo que había impreso en ella: «John Copper. Librero. 134 Queen Anne Street. Kensington». Es muy posible que para Holmes hubiera sido un libro abierto, dispuesta a narrar los menores detalles de la vida de su propietario. Pero yo no era más que un médico entrado en años y lo único que podía sacar en claro era que el señor John Copper, librero y vecino mío, deseaba verme.

—De acuerdo —le dije a mi esposa—. Que pase.

Poco después entraba en mi despacho un hombre alto, de pelo castaño y poblado bigote, más cercano a los treinta años que a los veinticinco y en un evidente estado de agitación. Sin mediar presentación alguna, se detuvo frente a mi mesa y dijo:

—Tiene que ayudarme, señor. Su asesino no puede escapar a la justicia.

Pareció reparar de pronto en lo incongruente de sus palabras y, tras un carraspeo señaló una silla con un ademán interrogativo. Yo asentí y él tomó asiento.

—Por favor. Tiene que avisar al señor Holmes.

Eso era lo que me estaba temiendo desde que lo había visto entrar por la puerta. No era el primer individuo, ni seguramente sería el último, que acudía a mí con esa pretensión. No pude hacer sino lo que hice, negar tristemente con la cabeza y decir:

—El señor Sherlock Holmes está retirado. Ya no se dedica a la investigación.

Pareció como si lo hubiera golpeado y se tambaleó visiblemente en su asiento. Preocupado, me incorporé en el mío y le preparé una copa de brandy, que le tendí. La apuró Casi de un trago y, mientras volvía a sentarme, dijo:

—Su asesino no puede quedar libre, doctor. No puede ser que el individuo que ha segado la vida de la mejor mujer que jamás ha existido permanezca impune.

—La policía… —comencé a decir.

—Ah, sí, la policía —dijo él en tono mordaz—. Llevan allí todo el día. Sí, lo investigarán, seguramente, pero no es más que uno de los muchos casos que llevan. Pero Sherlock Holmes… Si, sí, ya le oí la primera vez, doctor, está retirado, ya no se dedica a la investigación. Lo siento. —Se levantó—. Fue un error venir. Lamento haberle causado tantas molestias.

Daba medía vuelta para irse cuando lo detuve. No sé por qué lo hice, tal vez fue su aspecto apesadumbrado, apagado, al borde mismo de la desesperación. Quién sabe. Al lado de Holmes he visto las cosas más horrendas, pero mi alma sigue acongojándose ante el espectáculo de un hombre al borde del llanto.

—Espere, por favor. No puedo prometerle que el señor Holmes vaya a investigar su caso. Pero, si me lo cuenta, pondré los hechos en su conocimiento y dejaré que él decida.

Su rostro se iluminó de repente.

—¿Lo haría usted? Doctor, estaría en deuda toda mi vida.

—Ya le he dicho…

—Sí, no puede prometerme nada. Lo acepto. Pero al menos lo intentará, ¿no es cierto?

Le aseguré que así lo haría. Tomó asiento y, vacilante al principio, ganando seguridad a medida que avanzaba, comenzó su horrible historia.

—Conocí a Rose Constable hace tres años, doctor Watson. Aún recuerdo con toda la claridad la tarde en que ella entró en mi librería, en busca de un ejemplar de Quintín *Durward.* Fue tal mi turbación que me olvidé de cobrarle.

Sonrió de pronto. La sonrisa le sentaba bien. Era el suyo uno de esos rostros francos y honrados que enseguida se nos hacen atractivos

—Bien pensado, eso fue un acierto por mi parte, pues al día siguiente ella volvió a pagarlo. No era una belleza, ¿comprende, doctor?, al menos no lo que se considera una belleza en estos tiempos. Pero su rostro irradiaba bondad, sus maneras eran tan dulces... —Su voz se quebró de pronto—. No. Usted quiere los hechos, no mis sentimientos, mis sentimientos no hacen al caso —murmuró, con la cabeza baja, como si le hablase a su propio pecho. Alzó los ojos—. Ella viv... vivía con su hermano, no muy lejos de aquí, a un par de calles al sur, en una casa modesta, aunque amplia. Ambos son huérfanos. Nacieron y crecieron en Sudáfrica y, durante una revuelta de los zulúes, sus padres encontraron la muerte. Su único pariente vivo era un viejo tío de su madre que vivía en Inglaterra y que prometió encargarse de su educación, así que los dos fueron trasladados aquí. Por aquel entonces, Aloysius (su hermano) tenía once anos y Rose cinco. Nueve más tarde, moría su tío y les dejaba en posesión de una renta, si bien no muy holgada, si lo suficiente para vivir con comodidad. Ambos han estado siempre muy unidos, creo que es normal, cuando se trata de huérfanos y... Bueno, Aloysius siempre ha sido algo dominante, el clásico hermano mayor, no sé si me entiende. Asentí, animándole a proseguir su relato

—Ignoro si todo esto viene al caso, pero intento darle la mayor cantidad de información posible para que se la transmita al señor Holmes. Si soy algo caótico en mis explicaciones, le ruego que me perdone. Un año después de haberla conocido en mi librería, nos hicimos novios formales y ella me invitó a comer a su casa. Quizá doce meses parezca un período excesivo, pero me gusta hacer las cosas con calma. En asuntos del corazón las prisas pueden ser fatales.

Me miró, como si esperase corroboración de mi parte a sus palabras. Hice un gesto vago con la cabeza y él siguió hablando.

—Su hermano y yo no congeniamos demasiado. Supongo que es normal. No quiero decir que nos llevemos mal, o que hayamos discutido alguna vez. Simplemente, la situación es algo tensa entre ambos. Nada que uno pueda explicar. Imagino que tiene miedo a perderla cuando se case... Si se hubiese casado... Quiero decir...

Pasó un largo rato antes de que pudiera seguir hablando —No sé exactamente qué ocurrió hace tres semanas, pero las relaciones entre Aloysius y Rose empeoraron de forma repentina. Ella seguía tratándolo corno siempre, con... no sé si es la palabra apropiada... sumisión. Con

un cariño de hermana pequeña. No sé explicarlo de otra forma. Pero él cada vez estaba más frió, más distante y, al mismo tiempo, más tiránico. En cierta ocasión, aprovechando un momento en que Rose estaba ausente, le pregunté a Aloysius qué ocurría. Pareció a punto de contármelo, pero enseguida cambió de idea y sólo me dijo: «Hay cosas demasiado intimas para explicárselas a alguien ajeno a la familia». Yo iba a insistir, pero él dijo: «Por favor, sería mejor para todos que dejara a Rose». Aquello me dejó boquiabierto y no pude seguir hablando durante un buen rato. Cuando me recuperé de mi sorpresa, Rose había vuelto y no consideré oportuno seguir con el tema. Luego... ayer... sucedió todo. Aloysius regresó a casa poco antes de la una. Tiene un pequeño negocio de importación de muebles con el que no le va mal. No sé qué pudo ocurrir entre ellos, pero cuando yo llegué a la casa, escasos minutos más tarde, me encontré con panorama aterrador. La señora Stepples, su única criada, había salido a la calle implorando a gritos ayuda. Subí las escaleras de la entrada Casi de un salto y poco después entraba en la casa. Él estaba sobre ella, golpeándola e insultándola. Parecía fuera de sí, como loco. Intenté sujetarlo, pero se abalanzó sobre mi. En aquellos momentos no era humano, parecía una fiera sanguinaria. Y las cosas que decía: «Perra, golfa, degenerada, ¿qué hacías allí, qué hacías allí? ¡Te mataré, juro por Dios que te mataré! ¡No deshonrarás esta casa con tus vilezas!», y varias incoherencias por el estilo, adornadas con los epítetos más brutales que se le pueden dirigir a una mujer. La pobre Rose estaba en el suelo, llorando, con el rostro lleno de moratones. El policía que hacía la ronda debió pasar delante de la casa en aquellos momentos y, atraído por el ruido, entró. Entre ambos pudimos contener a Aloysius quien, poco a poco, pareció tranquilizarse. Eso hizo que tanto el agente como yo bajásemos la guardia. Le sujetábamos, pero me temo que no lo suficiente. De pronto, reparó en Rose, que seguía tendida en el suelo y se abalanzó sobre ella, gritando como un poseso. A duras penas conseguimos reducirlo de nuevo y el policía decidió llevárselo a la comisaría mientras las cosas volvían a su cauce. Quise quedarme con Rose, pero estaba en tal estado de ánimo que mi sola presencia la hacía deshacerse en lágrimas. Finalmente, decidí dejarla con la señora Stepples, y ése fue mi error. Si hubiera estado con ella... Pero es inútil pensar en eso, inútil y dañino. Cómo podía saber yo... Pensé en ir a la comisaría, pero en aquellos momentos, la idea de ver a Aloysius se me hacía insoportable, así que regresé a mi casa. Hora y media más tarde, alguien llamaba a la puerta. Fui a abrir y me encontré con la policía. Rose había muerto, me dijeron. Después de dejarla yo se había tomado una infusión, para tranquilizar sus destrozados nervios. Apenas acababa de tomar un sorbo y cayó fulminada. No la he visto, no he querido ver su cuerpo, prefiero recordarla viva, sonriente, tímida, como estaba cuando entro en mi librería por primera vez, su delgada y pequeña silueta recortándose contra la luz que entraba por las ventanas. Oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios.

De pronto, estalló en un torrente incontenible de sollozos. Me vi impotente para hacer otra cosa que no fuera mirarlo con compasión y

esperar a que se tranquilizara. Las lágrimas cesaron tan bruscamente como habían aparecido y él alzó su rostro hacía mí, con una muda pregunta brillando claramente en sus ojos marrones.

—Señor Copper, créame que haré cuanto esté en mi mano para conseguir que Sherlock Holmes se ocupe de este caso. Le doy mi palabra.

Aquello pareció tranquilizarlo. Varios minutos más tarde, tras darme algunos datos más que yo precisaba para poner a Holmes en antecedentes, dejó mi casa. Lo vi irse por la ventana: una figura abatida y triste en el gris atardecer de noviembre.

Salí de casa hacia las cinco de la tarde, después de redactar una carta en la que le contaba a mi viejo amigo los detalles del asunto, ordenados en la forma más clara posible. La eché al correo, junto a un telegrama en el que le avisaba de la llegada de la carta. Luego, regresé a casa. Nada más podía hacer.

A la mañana siguiente recibí la contestación a mi telegrama:

EN ESPERA DETALLES. IMPOSIBLE ABANDONAR AHORA ESTUDIO CLONACIÓN ABEJA REINA. INVESTIGUE CASO. MANTÉNGAME INFORMADO.

SHERLOCK HOLMES

Era muy característico de él no entrar en cuestiones personales en su lacónico mensaje. Lo había visto por última vez hacía unos tres meses, en una corta visita que mi esposa y yo realizamos a su retiro en Sussex, en la que él aprovechó para poner en mis manos un manuscrito.

—Contiene un caso que creo que le interesará, Watson.

En efecto, me interesó. Años más tarde, tras conseguir su permiso, lo hice publicar en el *Strand* bajo el titulo de "La melena de león" y fue una de las pocas narraciones que el propio Holmes escribió sobre algunos de los casos en los que se vio envuelto.

Al recibir ahora su telegrama, no pude menos que pensar en la insensibilidad de que hacía gala al preocuparse más por el destino de una abeja que por el de una criatura humana. Sin embargo, aquello no me sorprendió demasiado: para la mentalidad racional de Holmes no había la menor diferencia entre una y otra. Por suerte, mi viejo amigo también tenía una vena emocional que, no muy a menudo, dejaba aflorar. De no ser así, de haberse convertido en una pura máquina de razonar, quién sabe a qué extremos atroces podría haber llegado.

Pero me estoy apartando del asunto. Holmes me pedía que investigara el caso por cuenta de él y a eso dediqué el día. Mi clientela por aquella época era escasa, y lo iría siendo más con el paso de los años. A nadie le gusta que lo visite un médico viejo.

Así que me puse mi abrigo y mi bufanda, llamé a un coche y me dirigí a Scotland Yard, en busca del viejo hurón de Lestrade. Al fin y al cabo, si iba a meter las narices en un asunto de la policía, no estaría de más solicitarles su permiso. Holmes, sin duda, se habría reído ante tal idea pero yo, como se le hace evidente a cualquiera, no soy Holmes.

—¡Doctor Watson! Qué alegría verlo por aquí.

Lestrade parecía realmente contento al verme y lo estuvo más cuando le expliqué a qué venia.

—De modo que el viejo sabueso vuelve al husmillo. No nos vendría mal la presencia del señor Holmes por estos lugares. Los crímenes parecen haberse multiplicado desde su retiro.

—Bueno, de momento, seguirá el caso desde lejos.

—Por supuesto, por supuesto, doctor. Pero no dudo de que usted lo convencerá para que nos eche una mano. Un asunto curioso el que le ha traído aquí esta mañana. Y feo, si puedo decirlo. Una honrada joven muerta de esta manera... Aunque quizá no fuera todo lo honrada que parecía.

—No le comprendo.

—Ya lo supongo —sonrió—. Bien, doctor, ¿que le parece mi propuesta? ¿Nos encargamos juntos del caso? Hasta que el señor Holmes se incorpore a él, naturalmente.

Me pareció espléndido y así se lo hice notar a Lestrade. Poco después ambos salíamos del Yard y nos dirigíamos a la casa en la que el crimen había tenido lugar. Como mi cliente ¡no pude evitar pensar en él de esa forma) me había señalado, se trataba de un edificio amplio, aunque evidentemente modesto. Subimos las escaleras de entrada y Lestrade llamó al timbre. Nos abrió un agente uniformado que, al reconocer a mi acompañante, nos franqueó el paso enseguida y, poco después, entrábamos en el salón comedor donde la tragedia había tenido lugar. Aparte de que el cadáver había sido retirado y llevado al depósito de cadáveres para su autopsia, todo lo demás (me aseguró Lestrade) se encontraba exactamente igual que en el momento en que la víctima encontró la muerte. Ni siquiera los muebles que su hermano había tirado al abalanzarse sobre ella, presa de su furia asesina, habían sido puestos de nuevo en su lugar.

Hice un recorrido minucioso del cuarto, con vistas a mi próximo informe para Holmes. Aunque mi amigo siempre me ha acusado de flojear en las deducciones, más de una vez ha alabado mi carácter observador, así que dudo que nada importante escapara a mi examen. No vi nada anormal y, finalmente, centré mi atención en el azucarero que, con toda seguridad, había provocado la muerte a la infortunada mujer.

—Hemos tomado una muestra del azúcar para analizarla —me dijo Lestrade—. No es que fuera necesario: el olor a almendras amargas en la boca del cadáver ya nos había dicho cuanto hacía falta saber.

—Cianuro —murmuré.

—Así es, doctor. Si ha terminado su inspección, me gustaría llamar al hermano de la víctima. Encontrará muy interesante lo que tiene que decirnos.

—Por supuesto.

Aloysius Constable era un individuo bajo y fornido, de amplios hombros y mirada oscura; rondaría los treinta y cinco y su pelo, negro y rebelde, comenzaba a encanecer. Nos miró con desconfianza cuando el agente de uniforme lo hizo entrar en la habitación y luego, sin

esperar invitación alguna, se sentó junto a nosotros.

—Me gustaría que le repitiese a mi colaborador lo que nos ha dicho esta mañana en comisaría —dijo Lestrade.

Asintió en un gesto seco.

—Hace unas tres semanas recibí una carta en mi trabajo. No llevaba remite ni franqueo. Tampoco iba firmada. En ella se afirmaba que mi hermana Rose...

Se detuvo, como si le costara respirar. Al fin, tras una honda inspiración, continuó hablando.

—En fin, ponía en duda su honor. Aquello me enrareció, no es necesario decirlo, pero ya supondrán que no creí en ello ni por un momento y que no pasé de considerarlo una broma de horrible gusto. Así pues, me limité a guardar el anónimo, no sin antes hacerme la promesa de hacerle pagar a su autor tal atrevimiento, si algún día averiguaba quién era. Dos días más tarde llegó a mis manos otra carta, también sin firma ni remite. La letra era la misma.. Me daba mayores detalles acerca de... «la doble vida», así lo afirmaba, de mi hermana. Tampoco le habría prestado más atención que a la anterior de no haber sido por un detalle. Decía que, hace un mes y medio, concretamente la noche del quince de octubre, Rose había ido a... a un barrio de mala nota. Sugería cosas tan bajas sobre sus actividades en aquel lugar que no se las repetiré a ustedes. Lo que me llamó la atención es que, en efecto, la noche del quince de octubre, mi hermana se ausentó de casa. Creí en un principio que había estado citada con el señor Copper, su prometido, pero cuando, un par de días más tarde, lo interrogué al respecto, resultó que no la había visto aquella noche. Créanme, le di muchas vueltas al asunto antes de decidirme. Pero, finalmente, no pude aguantar más, alquilé un coche y me dirigí a la dirección que mi anónimo informante me había dado. Interrogué a las gentes que había por allí. Por un momento, llegué a pensar que todo aquello era una confabulación contra la pobre Rose, pero no podía ser que tantos individuos la recordaran si realmente no hubiera estado allí. No era muy difícil, una mujer elegante en un barrio como ése no pasa desapercibida. Una vieja arrugada y de modales insolentes me informó que Rose, tras recorrer varias veces la calle, se había detenido en una casa de aspecto equívoco, o quizá debería decir inequívoco, y había llamado a la puerta. Le abrieron, entró y permaneció en ella por espacio de media hora. Me acerqué yo mismo a esa casa. Me abrió un individuo con aspecto sucio y desarreglado. Le inquirí acerca de mi hermana y se negó a contestarme. Aquello me enfureció y me temo que no le contesté con muy buenos modos, lo que fue un error, pues no conseguí sino que se comportase de una forma cada vez más arrogante. Finalmente, con una carcajada, me dio con la puerta en las narices y yo me quedé allí, en mitad de la calle, sintiéndome cada vez más ridículo y vejado. Volví al trabajo. Pasé un día y una noche con la cabeza cada vez más febril hasta que... Bien, ayer al mediodía no lo soporté más. Lo que mi anónimo corresponsal decía era cierto, tenia que serlo, todas las evidencias apuntaban a ello. Rose era una... perdida, una mala mujer. Volví a casa. En aquellos momentos era una

bestia, apenas quedaba en mí un atisbo de racionalidad. El resto ya lo conocen ustedes.

Después de esta curiosa historia nos tendió las dos cartas que le habían sido enviadas. Lestrade y yo las examinamos atentamente. Estaban escritas en un tono grosero, Casi insultante, y su contenido se correspondía a lo que nos acababa de contar el señor Constable; su autor era, sin duda, un individuo de baja procedencia, como lo demostraba su lenguaje y los borrones en el papel, como si hubiera pasado la mano por él antes de que la tinta hubiera tenido tiempo de secarse.

Lestrade le pidió permiso a Constable para registrar la casa, en busca de nuevas evidencias y éste se lo dio a regañadientes. No encontramos nada de interés hasta llegar a la habitación de la difunta. Allí, en el interior de un pequeño joyero, en un doble fondo no muy difícil de descubrir, encontramos dos cartas. No necesité compararlas con los dos anónimos que Aloysius Constable había recibido. Su autor era, sin duda, el mismo. No transcribiré a mis lectores su contenido. Me limitaré a reseñar que en ellas se decía que si la señorita Rose Constable deseaba conocer qué hacía su novio las tardes de los martes, no tenía más que acudir a cierta dirección, no muy lejos de Whitechapel. Allí era, sin duda, donde la pobre muchacha había sido vista y donde, días más tarde, iría su hermano.

La dirección, como ya dije, en un barrio de mala nota cerca de Whitechapel, me trajo a la memoria los hechos ocurridos allí hacía unos años. Me refiero, desde luego, a las muertes de Martha Turner, Mary Ann Nichols, Annie Chapman y las demás víctimas del infame destripador. Aquello me hizo pensar, Casi inmediatamente, en las investigaciones que Holmes y yo habíamos llevado a cabo por aquel entonces y los increíbles resultados que de ellas se desprendieron. Aún hoy, el escándalo que produciría revelarlas es tan grande que una mordaza tapa mi boca sobre el caso, sin duda uno de los más terribles y extraordinarios en los que Holmes y yo nos vimos envueltos.

Mientras mí mente se perdía por tales laberintos, Lestrade llamó a Constable y le mostró las cartas que acabábamos de encontrar. El hombre palideció visiblemente mientras las leía. Las lágrimas acudieron Casi enseguida a sus ojos y, tambaleándose, se fue de la habitación murmurando algo incoherente. Resultaba patético, ahora que veía que el ataque contra su hermana había sido completamente injustificado.

Lestrade decidió interrogar *a* Copper sobre aquellas ausencias de los martes a que hacían referencia las cartas y, luego, acercarse a la dirección que daban a ver qué podía averiguar. Hubiera querido ir con él, pero era Casi la hora de comer y tenía varios pacientes que visitar por la tarde. Le pedí a Lestrade que me comunicara el resultado de sus investigaciones y, si era posible, una copia de la autopsia en cuanto el forense hubiera terminado.

—Por supuesto, doctor —dijo él—. Espero que el señor Holmes se una pronto a nosotros en la caza.

Yo también lo deseaba y así se lo dije. Luego, me despedí de él y salí a la calle. Minutos después encontraba un coche libre y me dirigía de vuelta a casa.

Aquella misma noche, con un resumen del informe del forense y una copia de la declaración de Copper a Lestrade en mis manos, redacté una larga carta para mi amigo y preparé el texto de un telegrama. Éste era sucinto:

SU PRESENCIA ES NECESARIA. VENGA CUANTO ANTES. WATSON

Me hubiera gustado añadir que lo echaba de menos, pero sabía cuan poco amigo era Holmes de aquellas efusiones emocionales y, por otra parte, me habría sentido como si hubiera estado chantajeándolo. Así que limité mi telegrama a esas dos frases y esperé que mi resumen de los hechos fuera lo bastante atractivo para hacerle salir de Sussex.

El informe forense no decía nada nuevo: el rostro y el cuerpo de la infortunada Rose estaban cubiertos de hematomas y moratones, pero ninguno de ellos revestía gravedad. La causa de su muerte había sido la ingestión de cianuro potásico en el azúcar de su infusión. En lo que se refería a la entrevista entre Lestrade y Copper, no había gran cosa. Era cierto que los martes por la tarde jamás salía con su prometida, pero también lo era que no salía con nadie. Se limitaba a vagabundear por Londres, sin ningún propósito definido en la cabeza, dedicándose la tarde a sí mismo, a su «intimidad» según sus propias palabras. La explicación no me sonaba muy convincente (y no dudo de que a Lestrade le habría convencido aún menos), pero me cuidé mucho de dejar ver mis impresiones personales en mi informe a Holmes. Traté de hacerlo lo más objetivo y riguroso posible.

Incluí también en él lo que Lestrade había descubierto en sus merodeos por las cercanías de Whitechapel. La dirección a la que Rose Constable había acudido y donde le habían dado con la puerta en las narices a su hermano era una conocida casa de mala nota. Tras algunas dificultades, Lestrade había conseguido entrar y había hablado con la mujer con la que Rose se había entrevistado durante su visita a aquel lugar. No pareció amilanada en absoluto por la presencia del policía y respondió a sus preguntas sin vacilación. Sí, la señoritinga aquélla había ido por allí. Quería saber si ella se entendía con un tal Cooper, o algo parecido. No, claro que no, no lo había visto en su vida. Se lo dijo y la señoritinga pareció aceptarlo como si fuera incapaz de concebir que otra persona pudiera mentir. Se fue de allí sonriente.

Aquella declaración no añadía gran cosa a lo que ya sabíamos, pero la incluí en mi carta; Holmes me tenía acostumbrado a descubrir cosas increíbles donde los demás eran incapaces de ver nada, y sabía que el menor de los detalles, por poco importante que pareciera, podía resultar vital para él. Terminé la carta y, poco después, me fui a la cama.

A la mañana siguiente, tras el desayuno, estaba preparándome

para acércame a Correos cuando alguien llamó a la puerta. Fui a abrir yo mismo y mi sorpresa fue evidente al encontrar ante mí el rostro juvenil de Billy, el muchacho al que Holmes había usado de recadero después de que yo hubiera abandonado nuestras habitaciones en Baker Street.

—Buenos días, doctor. Me envía el señor Holmes.

—Caramba, Billy, parece como si me leyeras el pensamiento. Aquí tengo precisamente una carta y un telegrama para él.

El muchacho sonrió.

—Esta mañana recibimos uno suyo. Quiere que yo me ocupe personalmente de enviarle su correo, doctor Watson. —Su rostro resplandeció de alegría—. Vuelve al trabajo, ¿verdad?

—Eso espero, Billy, eso espero —dije yo sin poder evitar una sonrisa.

Luego le di la carta y el texto del telegrama y, poco después, el muchacho se iba calle abajo.

Pasé la mañana tranquilo, viendo a uno o dos pacientes cuya única enfermedad era tener demasiados años y muy poco que hacer. Luego, por la tarde, Casi al anochecer, Lestrade se dejó caer por mi casa.

—¿Ha tenido noticias de Holmes? —preguntó.

—En cierta manera —dije, y le conté mi encuentro con Billy aquella mañana.

—Eso quiere decir que se interesa por el asunto. Magnífico. ¿Y qué opina usted, doctor?

—La verdad, estoy del todo a oscuras.

Estábamos sentados en el salón, con un agradable fuego no muy lejos de nosotros. Lestrade fumaba un cigarrillo y miraba pensativamente la chimenea.

—Se me ha ocurrido una teoría. Tal vez quiera usted oírla.

—Por favor.

—Casi estoy dispuesto a creer que la pobre mujer se suicidó.

—¿Cómo? —pregunté, realmente sorprendido. Aquella idea ni siquiera había pasado por mí cabeza.

—Es simple, doctor. Piénselo. Se le informa de que su prometido acude a una casa de mala nota. Si lo que me han contado de esa pobre mujer es cierto, debía ser muy impresionable. Esa noticia tuvo que afectarla profundamente. Para colmo, su hermano, al que estaba muy unida, la cree una cortesana y Casi la mata. Desesperada, se quita la vida. ¿Qué le parece?

Me miraba ansioso de aprobación. Me costó trabajo reprimir una sonrisa ante aquello. Resultaba paradójico que buscara mi aprobación a sus teorías cuando nunca había hecho lo propio con Holmes. Pero, claro, desde su retiro mi amigo se había convertido en una figura Casi mítica, en una suerte de referencia ineludible para cualquier detective. Sin la molesta presencia física de Holmes (esa presencia que, invariablemente, lo había hecho sentirse pequeño y menospreciado), Lestrade podía ahora manifestar su admiración hacia él. Y eso era lo

que estaba haciendo, indirectamente, al preguntar mi parecer sobre sus investigaciones.

—No sé —le respondí—. Usted entrevistó a... esa otra mujer. Dice que la señorita Constable la creyó cuando le dijo no tener nada que ver con el señor Copper. Que salió sonriendo de allí.

—Eso dijo, si, pero, ¿es cierto? Francamente, esos misteriosos paseos de los martes del amigo Copper me resultan muy sospechosos.

Tampoco a mí me acaban de convencer. Sin embargo, me convencía aún menos su teoría del suicidio, y así se lo dije.

—Además, por lo que usted dice, entre que tomó la decisión de quitarse la vida y el hecho en sí apenas pasó una hora. ¿Cómo pudo conseguir el cianuro en tan poco tiempo?

—Cierto, si, hay dificultades. Pero se ajusta a los hechos, como diría el amigo Holmes.

Hizo una pausa y suspiró profundamente, como si lo que fuera a decir a continuación le costara un gran esfuerzo.

—No me importa decirle que le echamos de menos, doctor Watson. Su ayuda nos vendría muy bien.

Nada dije a esa afirmación. Lestrade permaneció unos minutos más conmigo y luego, embutiéndose en su abrigo, salió a la fría noche de

Dos días transcurrieron y, hasta la noche del segundo, no tuve noticias de Holmes. Fue un lacónico mensaje que Billy me entregó con una sonrisa expectante en el rostro y que sólo decía:

NECESARIAS MUESTRAS DE LETRA DE TODOS LOS IMPLICADOS. TAMBIÉN UNA DE LAS CARTAS ANÓNIMAS. HOLMES

Nada más decía, ni una sola palabra sobre si pensaba venir a Londres. Di a Billy una propina y lo despedí. Confieso que me sentía descorazonado. Aquella noche, mi sueño fue ligero e incómodo.

Por la mañana, me acerqué a la librería de Copper. Con el pretexto de que Holmes necesitaba un relato de primera mano del asunto, conseguí que me escribiera dos páginas de su puño y letra repitiendo más o menos lo que me había contado cuando fue a verme a mi casa. No pude evitar reparar en que era zurdo: sujetaba, como les pasa a Casi todas la personas de su condición, la pluma en una postura tan extraña que parecía imposible que pudiera escribir. Sin embargo, su letra era clara y enérgica.

Cuando yo salía de la librería, entraba en ella un hombrecillo regordete que, con voz chillona, le pidió a Copper un libro sobre la cría de las chinchillas. Copper, por cierto, parecía cada vez más hundido, y le respondió al pobre hombre con bastantes malos modos. En la puerta, donde yo había asistido a todo esto, aquel curioso individuo murmuró algo sobre la educación de las nuevas generaciones y salió a la calle sin esperar contestación por mi parte. Poco después, se perdía a lo lejos.

Volví a casa y desde allí telefoneé a Scotland Yard. Hablé con Lestrade varios minutos, tras los que me prometió entregarme una declaración de puño y letra de la mujer que había hablado con la

señorita Constable en Whitechapel y una de las cartas anónimas. Sólo me quedaba ir a casa de Constable y conseguir una muestra de su letra.

Mientras me dirigía hacia allí, en el interior de un coche, intenté planear la mejor forma de abordar al hermano de la pobre muerta. Podía decirle lo mismo que a Copper, es decir, que Holmes deseaba un informe suyo, pero no sé por qué, dudaba que aquella idea lo entusiasmara. Sin embargo, cuando bajé del coche y pagué el viaje, aún no se me había ocurrido nada mejor.

Subí las escaleras y llamé a la puerta. Minutos más tarde me abría la señora Stepples y me preguntaba qué deseaba. Se lo dije, es decir, que quería ver al señor Constable.

—Aún no ha llegado a casa, señor —me dijo—. ¿No es usted uno de los policías que estuvieron aquí el otro día?

Iba a contestarle cuando un estrépito a mis espaldas me hizo volverme. A unos metros de nosotros, en la calle, Constable acababa de tropezar con un individuo cargado de libros que ahora yacían desparramados por el suelo. Escuché una maldición y vi cómo los dos se agachaban para recogerlos. Constable cogió varios con ambas manos y se los tendió a su propietario. ¡Y entonces vi su rostro! Era el mismo hombrecillo que, unas horas antes, había pedido un libro en la librería de Copper. ¿Qué podía hacer allí? ¿Guardaba alguna relación con todo aquel asunto? Su presencia era demasiado oportuna para tratarse de una casualidad. Antes de que pudiera hacer nada, sin embargo, ya se había perdido calle abajo con su cargamento de libros y Constable llegaba a la puerta.

—Buenos días —le dije—. Soy...

—Sé quién es usted, doctor Watson. El inspector Lestrade me informó el otro día. —Hablaba cortésmente, pero había algo cortante en su voz—. ¿Qué desea?

—No es mi intención molestarle, se lo aseguro.

—Nada me puede molestar ya. Pase.

Lo seguí al interior de la casa. Una vez en el salón le informé de lo que quería, dándole la misma excusa que había utilizado con Copper. La idea no pareció entusiasmarlo.

—Dudo que un detective aficionado pueda hacer algo mejor que la policía, pero no tengo ningún inconveniente en complacerlo. Si espera unos minutos, le redactaré su nota.

—Gracias —dije. De pronto, se me ocurrió una idea—. ¿Le importa que hable unos momentos con la señora Stepples?

—Haga lo que desee, doctor.

Salí del salón, mientras él cogía varios pliegos de papel y una pluma y comenzaba a escribir. En la cocina encontré a la señora Stepples. Era una mujer de cincuenta y siete años, rolliza y de expresión bondadosa que contestó sin vacilar a todas mis preguntas. No pudo decirme nada que no hubiera oído ya.

—¿Podría usted ponerlo por escrito? —le pregunté, sonriendo interiormente ante mi sagacidad.

—Claro. Aunque...

—No se preocupe por la ortografía.

Media hora más tarde, dejaba la casa con muestras de la letra de sus dos ocupantes. Llamaba a un coche cuando una nueva idea asaltó mi mente. Holmes me había pedido muestras de la letra de todos los implicados, y me faltaba una. No tenía nada escrito por la victima. Sin embargo, no podía regresar a la casa y pedirle eso a su hermano, así que subí al coche y me alejé de allí.

No pude evitar el pensamiento de que quizá el verdadero propósito de Holmes era precisamente conseguir una muestra de la letra de la víctima para compararla con los anónimos. Pero, ¿por qué iba ella misma a escribirlos? Aquello no tenía sentido. Y si era eso lo que Holmes deseaba, ¿a qué tanto misterio en su carta? ¿Por qué no decirme directamente que la única letra en la que estaba interesado era la de Rose Constable? Pero yo estaba acostumbrado a los métodos teatrales de mi amigo y aquello podía ser muy bien una cortina de humo.

Me bajé del coche sin haber llegado a ninguna conclusión. Mi mujer me esperaba ya, con la comida preparada, pero apenas probé bocado.

Las hipótesis llenaban una tras otra mi cabeza, y cada una parecía más descabellada que la anterior. Apenas pude contener una maldición dirigida a Holmes: ¿por qué no dejaba de jugar al escondite y venía de una vez a Londres para ocuparse del caso?

Y, de pronto, recordé al hombrecillo de la librería. ¿Cómo entraba él en aquel asunto, qué relación tenía? Las piezas giraron en mi cabeza y todo pareció encajar: él era el autor de los anónimos y, probablemente, el asesino de la pobre mujer. Estaba claro. Su idea con aquellas cartas había sido tan simple como perfecta: pondría en evidencia a Rose Constable y enfurecería a su hermano hasta el extremo de que nadie se sorprendería si intentaba matarla. De esta forma, cuando la pobre mujer ingiriera el cianuro, todas las sospechas apuntarían a Aloysius Constable. Pero no había contado con el arrebato de ira de Constable y su irreflexivo ataque a su hermana. Aquello había echado su plan por los suelos y ahora merodeaba, tratando de cubrirse las espaldas. Mas, ¿quién era, qué relación guardaba con los Constable, por qué deseaba la muerte de Rose? No lo sabía, pero había alguien que podría averiguarlo.

Casi febril, fui a mi despacho y trasladé mis pensamientos al papel. Por la noche, un mensajero de Scotland Yard me trajo lo que Lestrade me había prometido. Lo metí todo en un sobre junto a mi exposición de lo ocurrido y, tras llamar a Billy, se lo entregué para que él lo hiciera llegar a Holmes. Luego, me fui a acostar.

Sin embargo, no dormí mucho. La imagen del hombrecillo que había entrado en la librería y había tenido un encontronazo con Constable daba vueltas en mi cabeza y no me dejaba.

—Entre, doctor Watson. Me alegro de verle. Hay novedades.

Hice como Lestrade me indicaba y tomé asiento frente a él.

—Por cierto, ¿nuestro amigo sigue ausente?

—Me temo que si.

—Una pena, una pena. Ha ocurrido algo curioso. Esta mañana me ha llamado la señorita Carston —asentí. Era la cortesana a la que había ido a visitar Rose Constable—. Parece ser que, ayer por la tarde, alguien estuvo merodeando cerca del establecimiento donde ella trabaja.

—¿Quién?

—Lo ignoramos, pero tenemos su descripción. Un hombrecillo rechoncho y encorvado, de pelo blanco y lentes sin montura.

—¡Es él!

Lestrade se incorporó.

—Sí, vi a ese hombre ayer, dos veces. —Y le relaté ambos encuentros.

—Formidable, formidable, doctor. El caso se va ahondando, ¿no cree usted?

—Sin duda.

—Ese hombrecillo sabe algo, eso es elemental. —No pude evitar una sonrisa ante el uso de aquella palabra por parte de Lestrade—. No puede ser más que el autor de nuestros misteriosos anónimos. El hombre que ha desencadenado toda esta terrible historia. ¿No lo cree?

Asentí. Estuve a punto de contarle mi propia teoría sobre los hechos pero, en el último momento, un cierto pudor me hizo callar.

—Es muy probable —dije solamente.

—Sí, sin duda. —Lestrade parecía cada vez más entusiasmado. Sus ojillos brillaban de excitación—. ¿Podría ver a uno de nuestros dibujantes y darle una descripción de él?

—Claro.

—Perfecto. Haremos copias y todos los agentes tendrán una. Le cazaremos, no lo dude. —Sonrió de pronto y se hinchó como un pavo antes de decir—. No lo estamos haciendo tan mal sin ayuda de Holmes, ¿verdad?

El entusiasmo de Lestrade era contagioso, así que no pude evitar unirme a él. Me invitó a comer, pero decliné la invitación y regresé a Kensington, después de conseguir que el dibujante de Scotland Yard trazara un retrato bastante semejante de nuestro misterioso hombrecillo.

Durante toda la tarde le di vueltas al asunto en la cabeza y, cuanto más lo hacia, más veía que mi teoría era la única posible para explicar aquel horrendo caso. Por otro lado, Holmes seguía sin dar señales de vida y aquello me exasperaba. No pude evitar maldecir su odio hacia los teléfonos, que había impedido que le instalasen un aparato en Sussex. Eso me habría permitido ponerme en contacto directo con él y no dudaba de que mis palabras lo habrían hecho venir enseguida. Sin embargo, era inútil lamentarse por lo que no podía ser.

Nervioso y frustrado, paseaba por el salón. Llegué junto a la ventana y me volví. De pronto me detuve a mitad de un paso. No podía ser. Con calma, midiendo cada movimiento, apagué la luz del cuarto. Afuera había anochecido. Me acerqué sigilosamente a la ventana y oteé por un lateral. Era él, sin duda. La suerte lo había puesto en mis manos.

Llamé a Scotland Yard y los informé de que su sospechoso estaba frente a mi casa. Luego, en la oscuridad de la habitación, me senté a esperar. No tuve que hacerlo durante mucho tiempo. El ruido de un coche. Una carrera. Gritos. Y de nuevo el silencio.

Me incorporé y salí al exterior. Aquel curioso hombrecillo estaba esposado, flanqueado por dos agentes de uniforme y con un exultante Lestrade frente a él.

—¡Lo hemos cogido, doctor, lo tenemos! ¡Hemos cogido al asesino!

—¿Está usted seguro? —pregunté, tratando de sonar indiferente.

—Claro. ¿Cómo puede ser de otra forma? Él escribió esos anónimos. En eso estamos de acuerdo, ¿no es así?

Asentí cautamente.

—Ahora fíjese. ¿Qué resultado obtuvieron esas cartas? Hicieron ir a la señorita Constable a un barrio dudoso, e informaron a su hermano de esa visita. ¿Con qué propósito? Resulta evidente, para llevar al señor Constable a un estado de agitación de forma que cuando su hermana muriese, todos lo creyeran culpable del hecho. Con ese fin entró en su casa (ya averiguaremos cómo) y sustituyó el azúcar por cianuro. Con lo que no contó fue con el ataque del señor Constable. Eso debió echar sus planes a perder. —Se volvió de pronto y se encaró con el detenido—. ¿No es así?

El hombre se rebulló en las esposas y dijo, con una voz temblequeante:

—De acuerdo, confesaré lo que quieran. Sólo pido una cosa.

-Diga.

—Quiero que su hermano y su prometido estén presentes.

Lestrade estaba tan entusiasmado por la detención que no puso objeción alguna a aquel extraño deseo. Poco después, nos dirigíamos a Scotland Yard, y dos agentes eran enviados en busca de Copper y Constable. En el coche, con Lestrade a mi lado, me maldije interiormente por no haberle comunicado mi teoría el día anterior. Sin embargo, me di cuenta de que aquél era un pensamiento mezquino y no pude menos que felicitar la sagacidad del inspector. Sin duda, sus años con Holmes le habían enseñado algo.

La escena era, desde luego, curiosa. Constable, Copper, Lestrade y yo en el despacho del inspector, mirando con atención aquel rostro rubicundo y envejecido que, a su vez, nos miraba desde aquellas gafas sin montura.

—Sólo hay una persona que haya podido cometer este crimen —dijo el detenido—. Y ésa es, inspector, como usted ha dicho, la misma que escribió esos anónimos. ¿Me permite verlos?

—Vamos, vamos, no nos demore más. Afirmó que confesaría.

—Por favor, ¿puedo ver los anónimos?

—Está bien, pero esto sólo redundará en perjuicio suyo.

Los sacó de su cajón y se los tendió al hombrecillo, quien los sujetó con una mano temblorosa.

—Vean esta letra. Es indudable que han sido escritas por un

zurdo.

Sin que lo pudiera evitar, lancé una mirada en dirección a Copper. Éste se removió en su asiento, inquieto. Lestrade, que comenzaba a perder su buen humor, preguntó:

—¿En qué se basa para hacer tal afirmación?

—Hay varias formas de saber si algo ha sido escrito por una persona diestra o una zurda. Sin embargo, le revelaré la más sencilla, que ustedes mismos pueden ver sin necesidad de ser peritos en la materia. Los borrones. Cuando un zurdo escribe, su mano izquierda, invariablemente, pasa por encima de lo que acaba de escribir y, si no tiene cuidado, lo más probable es que la tinta se corra. Es evidente.

—Si, bien, de acuerdo. Un zurdo. Y usted mismo lo es, ¿verdad?

—No, yo no lo soy, pero el señor Constable si.

El aludido se incorporó para protestar pero, antes de que pudiera hacerlo, no pude evitar decir:

—Eso es falso. Yo mismo vi como escribía con su mano derecha.

—Le creo, doctor. Pero que uno escriba con una mano no implica que no pueda hacerlo con la otra.

—Ridículo —dijo Constable.

—Usted mató a su hermana porque no soportaba la idea de verla casada con otro hombre, el solo pensamiento de que alguien la tocara, le pusiera un dedo encima, lo volvía loco. Si no era para usted (y no podía serlo, porque era su hermana), no seria para nadie.

El rostro de Constable enrojecía por momentos. Sus dientes rechinaban y sus puños, apretados, estaban completamente blancos. Lestrade, cada vez más confuso, no sabía qué hacer o decir.

—Es usted muy conocido por la zona de Whitechapel, señor, o mejor dicho, lo será en cuanto se ponga una peluca rubia y una barba postiza. Y ¡a... eh... señorita cuyos servicios utiliza, declarará sin duda cómo usted insiste en llamarla Rose cada vez que la visita. Dicho sea de paso, es la misma señorita a la que usted hizo que su hermana fuera a ver.

Un gruñido ronco y profundo se escapó de la garganta de Constable. Saltó de la silla y se abalanzó sobre el detenido. No llegó a tocarlo, sin embargo. A mitad de su salto (no puedo describirlo de otra forma) se detuvo, como si algo lo hubiera herido, y cayó al suelo. Su cuerpo se convulsionó de forma terrible y un sonido sollozante salió de su boca.

—Yo la quería —pude oírle decir a duras penas—. La quería. Y ahora se ha ido. ¡Se ha ido! —gritó—. No podía consentirlo, no podía.

A partir de ahí, lo que decía se volvió incoherente. Lestrade, saliendo apenas de su sorpresa, sólo pudo preguntar:

—¿Es eso cierto? ¿Mató usted a su hermana?

—¿No lo comprende? —dijo Constable alzando la vista—. Se iba a casar. Iba a dejarme. No podía permitirlo.

Cuanto menos diga de esta patética escena, será mucho mejor. Al llamado de Lestrade acudieron dos policías que se llevaron esposado a Constable. Copper se fue poco después. Ni siquiera había reaccionado cuando Constable confesó el asesinato de la mujer que

amaba. Parecía envuelto en un extraño estupor que le impedía sentir nada; en cierto modo, pensé, era lo mejor que le podía pasar. El dolor sería de esa forma más llevadero cuando fuera apareciendo paulatinamente. Nos quedamos solos Lestrade, yo, y aquel extraño hombrecillo.

—Es increíble —decía Lestrade—. Jamás lo hubiera pensado.

—Y sin embargo era elemental, mis queridos amigos.

Era la voz de Holmes, y salía de los labios gordezuelos del hombre rechoncho sentado en la silla. Un hombre rechoncho que ya no lo fue más, cuando perdió su peluca, el maquillaje y la falsa cintura de trapo.

—Ha hecho un espléndido trabajo deteniéndome esta noche, Lestrade. Y usted, Watson, ha llevado su sagacidad más allá de lo que yo hubiera creído posible. Tengo que felicitarlos, de veras.

—Llegué aquí al día siguiente de recibir su primera carta, Watson. El asunto resultaba demasiado atractivo para dejarlo, así que tuve que disculparme con mi colmena y dejar las investigaciones para otro día. Desde el primer momento hubo en todo esto algo que me hizo sospechar: dos intentos de asesinato de la misma persona en el mismo día. Era excesivo. Nadie podía odiar tanto a la pobre mujer como para eso. ¿Dos personas distintas tratando de matarla Casi a la vez? No, ridículo. Tenía que tratarse de una sola. Así que, desde un principio, sospeché de su hermano.

—Pero, ¿el disfraz, el tenernos a todos engañados?

—Una pequeña superchería, Watson, pero necesaria. Quería observarlo sin que se supiera observado y me temo que el nombre de Sherlock Holmes es demasiado conocido últimamente.

—¿Y el ambidextrismo del señor Constable?

—Eso fue algo que me llamó la atención casi inmediatamente. Todos tendemos a hacer las cosas con la mano que más utilizamos. Si uno es zurdo cogerá algo del suelo con la mano izquierda, y si es diestro lo cogerá con la derecha.

—¡Los libros!

—Exacto, Watson: cuando tropecé con él y desparramé mi paquete de libros, él los tomó del suelo con ambas manos. Pero no sólo eso. El señor Constable usaba ambas manos Casi indistintamente, algo que pude ir comprobando durante estos días de observación. Eso me llevó a hacerle mi petición de que consiguiera muestras de letra de los implicados en el caso y una de las cartas anónimas. En realidad, la única letra que me interesaba era la de Constable. Vea usted. Son caligrafías distintas, pero al mismo tiempo hay rasgos comunes en ellas. Por otra parte, estaba claro que el anónimo fue escrito con la mano izquierda mientras que la otra nota había sido escrita por un diestro. La conclusión fue elemental. Reconozco que quien no fuera un experto podría no llegar a esa conclusión. Pero había una pista más clara que ustedes jamás siguieron: la autopsia.

—¿Qué pasa con la autopsia? —preguntó Lestrade. —¿No es evidente? Han visto, como yo, a Constable. Es un hombre fornido, en excelente forma física, capaz de salir bien librado en una lucha contra

uno, o incluso contra dos oponentes. ¿Y pretenden hacerme creer que en el estado en que se encontraba cuando agredió a su hermana no le causó más que hematomas sin importancia? Ni una fractura, ni una lesión que revistiera gravedad. Un hombre de sus características físicas que golpea sin pensar en lo que hace, por fuerza tiene que causar daño. Y sin embargo, salvo algunas magulladuras menores, su hermana estaba intacta. Es lógico. Si era enviada a un hospital, para cuando ingiriera el cianuro él habría salido de la comisaría, y su coartada habría sido inútil. Ya se lo he dicho, de una sencillez meridiana. Pero aún hay más. ¿Qué asesino medianamente inteligente se atrevería a utilizar un método que podría llevarle a la víctima equivocada? Sólo quien supiera que nadie más que ella iba a ingerir el veneno. ¿Y los anónimos? ¿Cómo podían ser tan precisos en sus afirmaciones? De nuevo resultaba evidente. El asesino no era un desconocido de la víctima. Al contrario.

—Bien, creo que ahora lo entiendo todo. Salvo una cosa: ¿qué hacía esta noche frente a mi casa?

Holmes sonrió.

—Ah, Watson, ahí sí que me dio una sorpresa. Lo que menos esperaba es que medio Scotland Yard saltara sobre mí en aquellos momentos. En realidad, estaba tratando de decidir si sería conveniente visitarlo o resultaría aún algo prematuro. Usted no me dio oportunidad de elegir, querido amigo.

Le echó un vistazo a su reloj.

—Bueno. Se hace tarde. Si quiero proseguir mis investigaciones sobre las costumbres eugenésicas de las abejas tengo que estar en la estación Victoria dentro de media hora. Por cierto, Watson, ¿sabía usted que las abejas son lo más parecido a una especie con tres sexos que ha podido desarrollar la naturaleza?

Apenas treinta minutos más tarde, su figura se perdía en el bullicio de la estación. Pasarían siete años antes de que volviese a Londres.

ALGUNAS NOTAS SOBRE LA TRADUCCIÓN

No soy partidario de las notas a pie de página del traductor, a no ser como último recurso: rompen la suspensión de la incredulidad necesaria a toda obra de ficción (o a cualquier relato verídico que, como en este caso, adopte las maneras y técnicas de una obra de ficción) y hacen que el lector sea consciente de un intermediario que, en mi opinión, debería resultar invisible. Así pues, a lo largo de mi traducción de estas tres historias del doctor Watson, el lector no encontrará notas a pie de página ni otro tipo de intromisiones en la voz del doctor.

Eso me causó más de un problema a lo largo del texto. Cualquier conocedor del canon holmesiano sabe que Watson es muy aficionado a

las referencias casuales, y sin duda algunas notas que ampliaran ciertos comentarios del buen doctor y los relacionaran con otras obras del canon o con acontecimientos de la época habrían resultado útiles. Pese a todo, el hecho de que estos relatos estuvieran destinados básicamente a una edición popular me decidió a no incorporar nota alguna. Quizá en una futura edición crítica éstas fueran aconsejables. Prometo, si llegamos a ese punto, que el lector podrá contar conmigo para que llene el texto de cuantas explicaciones sean precisas. Entre tanto, sirvan estos párrafos para aclarar algunas de las cuestiones más llamativas.

Permítaseme comenzar diciendo que traducir un texto perteneciente a una serie ampliamente conocida y que, por tanto, ya goza de una traducción «canónica» es una tarea complicada, si bien a primera vista parecería todo lo contrario: es de suponer que traductores anteriores se han enfrentado ya a los mismos problemas que nosotros y los han resuelto, por lo que bastaría con seguir sus pasos. Pero si uno considera que determinados términos de esa traducción ya establecida son erróneos, ¿qué debe hacer? ¿Imponer su propia traducción a riesgo de desorientar al público, o hacer de tripas corazón y, aún sabiendo que se está traicionando el original, ajustarse a lo ya aceptado por los lectores?

Pocas veces me he visto en esa tesitura mientras trasladaba al castellano estos relatos del doctor Watson, y en la mayoría de los casos no tuve problema en ajustarme a lo «canónico». Hubo, sin embargo, una cuestión espinosa y que me mantuvo indeciso algún tiempo: el tuteo.

A poco que lo pensemos, nos parecería lógico que Holmes y Watson se tratasen de «tú»: no sólo son amigos desde hace muchos años, sino que han vivido juntos varias veces a lo largo de ese tiempo, y han compartido aventuras, peligros, emociones y confidencias. De hecho, como comenta el doctor Seward en su diario, su relación está Casi más cerca del matrimonio (un matrimonio célibe, si tal contradicción es posible) que de la amistad. ¿Cómo pueden seguir entonces tratándose con el frío «usted»?

Pero todas las traducciones al castellano (tanto literarias como cinematográficas) han rehuido invariablemente el tuteo, con la excepción de *Elemental, doctor Freud,* de Nicholas Meyer, novela cuya versión castellana no es, desde luego, memorable, habida cuenta de que traduce «air guns» (fusiles de aire comprimido) como «cañones aéreos», entre otras lindezas.

Hemos de tener en cuenta, además, que nuestro narrador y su protagonista invariablemente se dirigen el uno al otro por el apellido: jamás usan sus respectivos nombres de pila. Si a eso añadimos el carácter públicamente pudoroso y reservado de los ingleses Victorianos (su comportamiento privado ya es otro asunto, desde luego, no olvidemos que la era victoriana es uno de los grandes ejemplos de doble moral en la historia occidental), quizá ya no nos choque tanto el «usted».

Reconozco, además, que por más que encontrase lógico el tuteo

entre dos amigos tan íntimos y desde hacía tantos años, yo mismo me resistía a abandonar el «usted», sin duda viciado desde mi infancia por la forma en que se había vertido en nuestro idioma el modo en que Holmes y Watson se llamaban el uno al otro. Todos esos factores me hicieron abandonar rápidamente la tentación del tuteo.

Resuelto ese problema, quedaban otros, menores pero sin duda interesantes. En "La sabiduría de los muertos", buena parte del enigma se basa en la coincidencia fonética (y gráfica) entre el verbo marchar (to *march)* y el mes de marzo *{March).* ¿Cómo traducir eso sin perder el juego de palabras? No podía sustituirlo por un equivalente castellano, ya que el mes de marzo, por necesidades narrativas, debía permanecer en el mensaje, y por más que le di vueltas me fue imposible encontrar un juego de palabras donde uno o varios vocablos pudieran formar un sonido parecido (en realidad idéntico) a «marzo». Así pues he optado por incluir el texto inglés entre paréntesis, para que el lector detecte que, al menos en el original, había un juego de palabras. Es una solución que me disgusta (como ya he dicho, siempre he pensado que el traductor debe resultar invisible), pero la consideré el menor de los males habida cuenta de la alternativa: una nota a pie de página.

No hace falta que comente que, en el original, el proceso de descifrar el mensaje escrito en runas era muy distinto: Holmes trabaja sobre un texto escrito en inglés, no en castellano. En lugar de llenar el libro (una vez más) de explicaciones y notas, preferí utilizar el mensaje ya traducido al castellano y hacer que Holmes descifrara éste, intentando que el proceso fuera lo más parecido posible al original. Obligarle a descifrarlo en inglés e ir aclarando al lector la equivalencia en español de sus descubrimientos me parecía no sólo innecesario, sino perezoso por mi parte.

Para los interesados, he aquí el mensaje original:

It is true. Danger is over. The Prince has abdicated, and this once he is not lying. The dawn will be golden now and you shall have the chance to approach the wisdom of the dead and take it. You shall march on she who reaches the reversed world, and then she will come to me. Make sure she cares the wisdom with her. The Khemi Brotherhood will be always grateful to you.

Otro problema fue cómo verter al castellano el peculiar inglés de Abraham van Helsing, lleno de extrañas construcciones y trastocamientos curiosos en el orden de las palabras en la frase. En cierta medida era como trabajar en conseguir una mala traducción de lo que, en origen, ya es una mala traducción. Van Helsing habla en inglés como sí estuviera pensando en holandés y traduciendo a medida que habla. Respetar eso en mi versión castellana y conseguir un resultado inteligible y que no sonara ridículo fue un desafío menor, pero interesante.

En lo que se refiere al poema "Jabberwocky" de Lewis Carroll, espero que me perdonarán por haberlo dejado sin traducir. Creo que la

fuerza de ese poema (y sobre todo su importancia para el relato) estaba en lo sorprendente de sus sonidos antes que en su significado. Evidentemente, podría haber intentado conseguir el mismo efecto en castellano, pero difícilmente habría superado la traducción que en su día efectuó Jaime de Ojeda. Para los interesados, hela aquí:

Brillaba, brumeando negro, el sol; / agiliscosos giroscaban los limazones / banerrando por las váparas lejanas; / mimosos se fruncían los borogobios / mientras el momio rantas murgiflaba. ¡Cuídate del Galimatazo, hijo mío! / ¡Guárdate de los dientes que trituran /y de las zarpas que desgarran! /¡Cuídate del pájaro Jubo-Jubo y / que no te agarre el frumioso Zamarrajo!

Cronología y referentes

En mi edición he situado las tres historias de acuerdo a su cronología interna, es decir, referidas al momento en que se desarrollan (concretamente 1895, 1900 y 1907), antes que a aquél en el que fueron escritas. Resulta evidente que la primera narración que escribió el doctor Watson es "Desde la tierra más allá del bosque" (escrita en 1914, en los mismos albores de la Primera Guerra Mundial), "La aventura del asesino fingido" (trasladada al papel en algún momento después de la guerra y, parece ser, no mucho después de esta) es la segunda y "La sabiduría de los muertos" (cuyo prólogo sitúa su escritura en 1931) sin duda es la última. Los propios textos dan pistas más que suficientes para llegar a esa conclusión.

Además, eso es consistente con que en "Desde la tierra más allá del bosque" no se mencionen en absoluto los acontecimientos relatados en "La sabiduría de los muertos" y se nos haga creer, una y otra vez, que aquél fue el primer contacto de Holmes y Watson con lo sobrenatural. No deja de ser lógico: el buen doctor no podía hacer referencias a una historia que aún no estaba escrita y que, desde su punto de vista de entonces, era probable que no se escribiera jamás. De hecho, la única pista que Watson dio de lo ocurrido en "La sabiduría de los muertos" en sus trabajos publicados son varias frases en "El problema del puente de Thor" que hacen referencia a Isadora Persano, James Phillimore y el barco *Alicia,* pero incluso entonces el doctor se refiere a los tres como si formaran parte de casos distintos. Para mí no cabe la menor duda de que Watson siempre fue reacio a contar esa historia, y que sólo los acontecimientos de los que él mismo habla en el prólogo le hicieron emprender la tarea.

Es irritante, por otro lado, su brevísima referencia de pasada a Jack el Destripador y los crímenes de Whitechapel en "La aventura del asesino fingido". Salvo la confirmación explícita de que Holmes investigó el asunto, poco más nos dice el doctor: no sabemos si el

detective lo resolvió o fue uno de sus poquísimos fracasos. Su referencia a las enormes implicaciones del caso, sin embargo, parecen avalar lo primero, así como apoyar la tesis de que la familia real estuvo implicada en los hechos. Es una lástima que Watson no se extienda más en el asunto, pero por lo poco que dice parece que la teoría del cirujano real, acuñada por Stephen Knight y expresada literaria y artísticamente entre otros por los señores Moore y Campbell en su brillante *From Hell,* no es en absoluto descabellada.

Mucho más clarificador es su comentario el principio del capítulo VIII de "La sabiduría de los muertos", donde arroja luz (si bien no tanta como nos gustaría) a un enigma que ha tenido inquietos a buena parte de los estudiosos holmesianos de todo el mundo. Me refiero, por supuesto, al misterio acerca de los distintos matrimonios del doctor Watson. Desde luego, resultaba exasperante ver las vagas referencias dispersas a lo largo de sus historias acerca de su esposa, y especialmente el hecho de que por un lado pareciera estar refiriéndose a más de una mujer pero sin decirlo explícitamente y, por el otro, el que diese la impresión de que, en medio del matrimonio del doctor (el único del que teníamos una referencia clara y concreta] había habido un extraño paréntesis de soltería. Gracias a sus palabras al inicio de ese capítulo, sabemos ahora que enviudó de Mary Morstan y que volvió a casarse unos años más tarde, así como la identidad de su última esposa. Los estudiosos holmesianos llevan años especulando sobre si podría tratarse de Lady Francés Carfax o Violet de Merville. Finalmente resulta ser otra Violet, Violet Hunter, a la que tanto Holmes como Watson habían conocido algunos años antes de su boda con el doctor. Lo que no resuelven estas páginas es el misterio en torno al número de matrimonios de Watson. Tenemos constancia de dos, y en "La sabiduría de los muertos" se confirma de modo explícito la existencia del último de éstos; sin embargo, algunos estudiosos insisten en referirse a uno anterior al que contrajo con Mary Morstan, por más que las pruebas al respecto sean, como poco, contradictorias.

El texto de "La sabiduría de los muertos" contiene elementos muy diversos, y cuenta hechos difícilmente verificables: no se sabe que Winfield Scott Lovecraft, padre del famoso escritor, haya estado jamás en Inglaterra y, desde luego, no se ha podido verificar que visitara la isla en el año 1895. Sin embargo, tampoco es imposible que lo hiciera: entre 1893, fecha de su primer internamiento en una institución mental, y 1898, el año de su muerte, poco sabemos de lo que hizo. Pero, caso de ser cierto su viaje a Inglaterra, ¿era realmente la persona brillante, inteligente y despiadada que Watson nos presenta en su texto? ¿Era posible tal cosa cuando, por los testimonios con los que contamos, Lovecraft padre pasó sus últimos años sumido en la locura y el embrutecimiento a causa, según dicen, de la sífilis? Quizá la verdad está oculta bajo la superficie; tal vez si partimos de la base de que el bueno del doctor nos está contando la verdad lleguemos a la conclusión de que nunca existió ese padecimiento mental, que no hubo enfermedad venérea alguna y que en eso, como en tantas otras cosas, Winfield Scott Lovecraft estaba actuando de acuerdo a las

instrucciones recibidas por sus superiores de la francmasonería egipcia. El hecho de que tras su primer internamiento en una institución mental parezca desaparecer de escena durante cinco años podría avalar esa teoría.

Lo que por supuesto no nos desvela el doctor (ya que él mismo lo ignora) es el modo en el que el *Necronomicon* acabó en manos del hijo de Winfield Lovecraft en lugar de en las de sus superiores de la francmasonería egipcia. Ahí hay, desde luego, una historia fascinante y oscura, pero es poco probable que se llegue a saber jamás cómo H.P. Lovecraft puso sus manos sobre el libro que inspiraría buena parte de su obra literaria.

En lo que se refiere a Aleister (o Alistair) Crowley y su intervención en los hechos que narra el doctor, ésta es más difícil aún de probar. Crowley ingresó en Amanecer Dorado en 1898, y tuvo oficialmente su primer contacto con la magia en 1896. Watson, sin embargo, afirma que, no ya en 1895, sino en fechas tan tempranas como 1891, Crowley estaba involucrado ya en el mundo del ocultismo y mantenía una relación (cuya naturaleza no está nada clara) con Samuel Mathers, uno de los fundadores de Amanecer Dorado. Ningún biógrafo del polémico Crowley recoge ese dato, sin embargo.

La relación entre Arthur Conan Doyle (a quien el mundo tomó por autor de las historias de Holmes durante mucho tiempo) y el doctor Watson también se aclara en el texto que han leído de forma que deja muy poco espacio a la duda o la especulación. Doyle fue el agente literario de Watson y coautor de dos de las novelas sobre el gran detective; concretamente de aquellas partes que se desarrollan en los Estados Unidos, país por el que, como se sabe, Doyle siempre se sintió fascinado. Ahí se acaba toda pretensión de autoría y, sin duda (como ya el análisis filológico había demostrado), el doctor Watson es responsable de la mayor parte del canon holmesiano.

Más curioso es lo que se nos cuenta sobre la relación entre Doyle y Holmes. Ese miedo, ese nerviosismo que el escritor escocés experimentaba en presencia del detective. Watson apunta varias pistas en su historia acerca de los motivos que pudiera haber para la extraña reacción de Doyle, aunque no llega a ninguna conclusión definitiva.

Por último, creo que "La sabiduría de los muertos" es importante para los holmesianos ¡más allá de la mucha o poca calidad literaria que contengan sus páginas) porque es la primera vez donde vemos a Watson reflexionar sobre la naturaleza de su amistad con Holmes y, especialmente, sobre la personalidad de su amigo. En esos momentos, el doctor demuestra que dista mucho de ser la persona torpe y de pocas luces que algunos han querido ver a través de sus palabras. Al contrario, Watson da pruebas de una sagacidad y penetración psicológicas nada desdeñables. Y, por supuesto, su acertado comentario acerca de que la mente de su amigo era quizá demasiado complicada para caber en las cajitas de sistematización donde Freud pretendía meter la psique humana no deja de resultar revelador.

LA AVENTURA DE LA FECHA ERRÓNEA

De entre las distintas historias escritas por el doctor Watson que llegaron a mis manos, hay una que no me decidí a incluir en ninguna de las ediciones de este libro. Lleva por título "La aventura de la fecha errónea" pero, desgraciadamente, no pasa de ser más que un par de páginas, poco más que el inicio de un relato que Watson jamás terminó.

Su carácter inconcluso es precisamente lo que me ha llevado a no incluirla junto a "La sabiduría de los muertos", "Desde la tierra más allá del bosque" y "La aventura del asesino fingido". Pero al mismo tiempo, el fragmento resulta tan fascinante que me resisto a que permanezca inédito. Los lectores merecen conocerlo. Pero, ¿cómo?

Una sugerencia de mi editor, el señor Prado, me ha permitido dar con la solución que creo más adecuada. Y es, precisamente, la de incorporar ese curioso fragmento holmesiano en estas notas del traductor, en lugar de en el cuerpo principal del libro, donde podría haber llamado a engaño a los lectores, pensando que asistirían a la lectura de una narración acabada. Helo, pues, aquí:

La nota que mi esposa me había hecho llegar, de parte de aquel inesperado visitante, era tan cortés como intrigante. «El señor Borges», decía, «tendría sumo gusto en discutir con el doctor Watson la extraña experiencia del señor John Scott Eccles». Hacía tiempo que aquel asunto del pabellón Wisteria no ocupaba mis pensamientos, y el hecho de que alguien pareciera interesado en rememorarlo me atrajo inevitablemente. Le dije a mi mujer que lo recibiría y esperé de pie, tras la mesa del despacho, mientras lo hacia pasar.

Era un hombre joven, poco más de veinte años, de amplia frente y cabello oscuro, peinado hacia atrás. Sus ojos me fascinaron Casi al instante, a mitad de camino entre el sueño y la interrogación. Vi que en la mano traía un ejemplar del Strand Magazine de aquel mes, en el que se incluía uno de mis relatos de Holmes.

—Doctor Watson -me dijo en un inglés perfecto, pero con ligero deje que me confirmó su procedencia extranjera, algo que su apellido ya me había hecho pensar—, nada más lejos de mi ánimo que incomodarlo y no quisiera que juzgara mi visita como pueril.

—En absoluto, señor Borges. ¿Desea sentarse?

—Gracias.

Lo hizo justo al borde del asiento, muy recto y envarado. Sus ojos seguían teniendo aquella cualidad extraña, como si no viera del todo el mundo a su alrededor.

—Nada hay más molesto que un admirador, doctor Watson, así que no caeré en la impertinencia de solicitarle un autógrafo. Me permitiré, sin embargo, traspasar los límites de la audacia, ya que espero que usted me desvele qué ocurrió realmente en el asunto del señor Eccles.

Aquello me llamó la atención, realmente. No era la primera vez que un lector juzgaba como puras fantasías mis historias de Holmes, pero el hecho de que aquel joven se interesara precisamente por la aventura del pabellón Wisteria merecía ser examinado cuidadosamente.

—¿Y por qué en ese caso en particular? —dije—, ¿Por que no pregunta qué ocurrió realmente, no sé —señalé con la mano su ejemplar del Strand—, con la piedra de Mazarino? Desdobló la revista mientras sonreía lentamente. —Bien podría ser una pregunta válida, doctor —dijo—, al menos referida al motivo por el que ha decidido narrarla en tercera persona. Sin embargo, no deja de ser un capricho literario que comprendo y que no necesita más justificación que los deseos del autor.

—Bien —respondí, levemente azorado—, Cualquier otra historia, entonces, la de los planos del Bruce-Partington, por ejemplo. —Usted sabe tan bien como yo la respuesta a esa pregunta. Nada hay que me lleve a considerar falsa esa historia, o cualquier otra de las que ha escrito como biógrafo del señor Holmes. Salvo, como usted no ignora, la del pabellón Wisteria.

Me removí incómodo en mi asiento. Aquella pretensión era inaudita. Uno podía tomar por ciertas mis narraciones o rechazarlas como ficción; pero no tenia el menor sentido que alguien aceptase como verdaderas todas las demás y rechazase exactamente ésa. No tenia sentido, pero se acercaba peligrosamente a la verdad.

Traté de recuperar mi compostura, sin demasiado éxito. Mi rostro siempre ha sido un libro abierto en el que los demás, especialmente Holmes, han podido leer sin la menor dificultad. Miré mi reloj, miré al joven y dije, en el tono menos interesado posible: —No dispongo de demasiado tiempo. Pero me gustaría oír por qué considera falsa esa historia en concreto y no otra cualquiera. —Doctor Watson, créame si le digo que no es mi intención invadir su intimidad o la de su amigo el señor Holmes, Sin embargo, la curiosidad es mi estigma y no puedo evitar intentar satisfacerla. Por supuesto, la primera pista es la fecha que usted (si realmente lo era] dio como comienzo del relato. Nadie puede creer que el señor Holmes investigase un asunto tal en marzo de 1892, y menos aún que usted estuviera con él mientras lo hacia. No creo que haga falta recordarle lo que todos saben.

El joven Borges tenia razón. Tal y como conté en "El problema final", di por muerto a Holmes en 1891, y hasta 1894 no volví a saber de él. Era, por tanto imposible que ambos hubiéramos investigado caso alguno un año después de su «muerte» y dos antes de su «resurrección». Sin embargo, tenía la respuesta preparada:

—Un error de imprenta, mi querido joven. Ni más ni menos. Temo que ha venido hasta aquí para nada.

Por primera vez desde que entrara en mi casa, mi visitante sonrió. Resultaba una sonrisa curiosa, porque sus ojos no cambiaron de expresión mientras sus labios se ensanchaban. Cada minuto que pasaba me sentía más incómodo en presencia de aquel muchacho.

—En cualquier caso, y perdóneme el tonto arranque de fetichismo, no ha sido para nada si me ha permitido hablar con usted. Sin ánimo de resultar descortés, me veo obligado a rebatir su explicación. Verá, he

hablado con su agente.

Aquello no tenía sentido. ¿Qué podía haberle dicho Doyle que le sirviera de ayuda?

—El señor Doyle me ha comunicado algo en extremo curioso. Por supuesto, la explicación de la errata en las pruebas de imprenta no se me había escapado. Es más, eso fue lo que di por supuesto cuando hablé con él. Sin embargo, y créame que no me resultó del todo sorprendente, el doctor Doyle me contó que, al recibir el manuscrito de su parte, reparó en seguida en aquella discrepancia cronológica. Se puso en contacto con usted, y se le dijo que, por motivos que en aquellos momentos no podían ser revelados, la fecha de marzo de 1892 debía mantenerse.

Sí, lo recordaba, Había confiado en que Doyle olvidara el incidente.

Ahí termina el fragmento. No sabemos por qué Watson no llegó a contar la historia completa: ¿se arrepintió, quizá las circunstancias se lo impidieron? Quién puede decirlo.

Sin embargo, estas pocas páginas aportan datos curiosos. El primero es que la aventura del pabellón Wisteria parece ser un historia falsa, aunque su autor sí fue Watson. Y que había un motivo concreto para publicar esa ficción. Es cierto, como otros estudiosos han hecho notar, que la historia afirma desarrollarse en 1892, año en el que el mundo daba a Holmes por muerto, pero hasta ahora (y a falta del manuscrito original del doctor) siempre se había considerado tal datación como un error de imprenta.

Sin embargo, no es así. Por algún motivo que desconocemos era necesario que la narración se desarrollara en aquel año. ¿Una clave, algún tipo de cifrado, una enigmática pista para no sabemos quién? Las respuestas siguen eludiéndonos, y ni siquiera un análisis sistemático de ese relato de Watson (por demás bastante anodino) nos da la menor pista sobre el asunto.

Pero más intrigante aún resulta ser el interlocutor de Watson en el fragmento transcrito unos párrafos más arriba: ni más ni menos que Jorge Luis Borges, el genial escritor argentino. Es cierto que por las fechas en que se desarrolla el fragmento (sin dura en 1921, como es fácilmente deducible una vez que nos damos cuenta de que el doctor Watson menciona que "La aventura de la piedra de Mazarino" acaba de ser publicada en el momento de la narración) Borges estaba en Europa, concretamente en Suiza. Sabemos también que el escritor argentino era afecto al género policiaco, como demuestran los relatos escritos en colaboración con Bioy Casares.

Pero lo sorprendente que es que Borges jamás haya comentado en ninguna de sus entrevistas o esbozos autobiográficos que hubiera llegado a conocer al doctor Watson. ¿Quizá la aventura en la que ambos se vieron envueltos fue tan siniestra, o extraordinaria, que prefirieron no mencionar jamás el asunto? Eso podría ser consistente con el hecho de que Watson decidiera no terminar de narrar lo ocurrido. Por otro lado, el mutismo de Borges con respecto a su

entrevista con Watson no resulta tan sorprendente, si tenemos en cuenta que no es el primer «encuentro secreto» del que se tiene noticia en su vida. Como en su momento demostró Isaac R. Martinson en su trabajo ya clásico "Hijos de la misma noche" (publicado en la revista de estudios criptobibliográficos *Kenbeo Kenmaro),* el escritor argentino tuvo oportunidad de conocer a Howard Phillips Lovecraft en 1925 y, posiblemente, de hojear el *Necronomicon,* algunas de cuyas imágenes pasarían a su obra fantástica. Vemos, pues, que en realidad los acontecimientos narrados en "La sabiduría de los muertos" son poco más que un capítulo (importante, pero ni mucho menos definitivo) de una historia de por sí larga y compleja.

En cualquier caso, ese fragmento que ahora nos ocupa sin duda provoca más preguntas de las que responde (de hecho, apenas responde alguna) y deja cierta sensación de frustración en el lector. Pese a todo, me pareció lo bastante interesante para animarme a sacarlo a la luz.

DOS VERSIONES Y UN DESAGRAVIO

Como habrán podido leer al principio de estas páginas, la primera edición de este libro se iniciaba con una introducción donde explicaba de qué modo había llegado a mis manos el manuscrito del doctor Watson, involucrando en el asunto a mi buen amigo Juan Luis Montoussé, por aquel entonces profesor de español en el Instituto Cervantes de Londres: era él quien encontraba el manuscrito en una pequeña tienda de antigüedades y quien me lo regalaba por mi cumpleaños.

Sin embargo, en su novela de próxima aparición *Elemental, querido Chaplin,* Rafael Marín sostiene una historia muy distinta al respecto. Según él, el manuscrito llegó a mis manos por correo, sin mención alguna de su procedencia y, junto a las historias de Holmes había una pequeña llave que, aunque a mí me resultó inútil, para Marín acabaría siendo de considerable utilidad. Según esa versión, los manuscritos originales, aunque no la llave ni la caja metálica, habían desaparecido posteriormente de mi casa, sin que yo hubiera podido encontrar rastro alguno de violencia o allanamiento, como si se hubieran desvanecido en el aire.

Es posible que más de un lector se pregunte cuál es la verdadera historia, si la que conté en su día o la que Marín afirma que narré después, una tarde en la hermosa ciudad francesa de Nantes. O incluso, por qué no, quizá haya quien crea que estas historias de Sherlock Holmes fueron escritas por mí y que mi pretensión de hacerlas pasar por relatos del doctor Watson no es más que una superchería, o alguna suerte de «reclamo» comercial.

Poco puedo hacer para convencer a los incrédulos. Diré tan sólo que los manuscritos originales hace tiempo que obran en poder de la Liga de los Pelirrojos, la conocida asociación europea de holmesianos, y que están a disposición de quien quiera echarles un vistazo. En lo que se refiere a la caja metálica y desconchada que contenía los textos, aún la conservo, y no tengo problema alguno en permitir que sea examinada.

En cuanto a cuál es la verdadera historia, si un amigo encontró la caja en Londres o un misterioso corresponsal anónimo me la envió por correo, en realidad bien poco importa, frente al hecho, incontrovertible, de que la caja llegó a mis manos. Dejo que el lector elija qué historia prefiere creer.

Sí hay algo que me gustaría comentar, sin embargo, sobre lo que Marín dice en el prólogo de su novela: desconozco el motivo por el que se empecina en considerar "Desde la tierra más allá del bosque" fruto de mis propios esfuerzos literarios: lo encuentro inexplicable, si bien halagador.

Es cierto que publiqué "Desde la tierra más allá del bosque" algo antes que "La sabiduría de los muertos", y que apareció en una antolo-

gía de literatura fantástica y firmado únicamente por mí. Sólo puedo aducir en mi descargo mi falta de experiencia y el temor de que mi traducción fuera considerada en círculos holmesianos un fraude, habida cuenta del extraño tema que trata la narración. Preferí hacer caer las posibles iras de los lectores sobre mí antes que sobre el doctor Watson y, por otro lado, aproveché la publicación de aquel relato para pulsar si el público estaba o no preparado para nuevas historias de Sherlock Holmes. Con la inclusión de "Desde la tierra más allá del bosque" en este volumen, creo que he deshecho el agravio original y aclarado el misterio.

Termino abusando un poco mas de su paciencia y de la generosidad de Rafael Marín, citando parte del prólogo de su trabajo holmesiano. Sus palabras me han parecido tan precisas, clarificadoras y rotundas que no he podido por menos que pedírselas prestadas:

Son pocos los que saben o son capaces de aceptar que Sherlock Holmes no es un personaje de ficción, sino un caso extraordinario de ser humano excepcional, una leyenda cuya propia magnitud nos hace considerarlo un ente imaginario. El grupo de los Irregulares de Baker Street, al que tal vez el propio Rodolfo Martínez pertenece, es bien consciente de ello, y a modo de sociedad secreta se dedica todavía hoy a desenmarañar los casos del detective que no fueron hechos públicos en su día por su biógrafo y albacea el doctor John Watson. Por comodidad, el resto del mundo prefiere creer que Sherlock Holmes, su halago y su entorno son fabulaciones de ese otro doctor en medicina aficionado a las hadas, sir Arthur Conan Doyle, quien también dio a conocer el primero de los mundos perdidos.

Por supuesto, queridos lectores, nosotros (ustedes y yo) somos esos pocos de los que habla Marín.

AGRADECIMIENTOS

Mi primera deuda es, por supuesto, con Arthur Conan Doyle, quien creó unas de las personalidades más poderosas y atractivas del imaginario popular de los dos pasados siglos. En cierto modo, la culpa del libro que tenéis entre las manos es totalmente suya: suya por haber creado un personaje fascinante hasta Casi la obsesión, y suya por haber sabido retratar tan bien una época y un ambiente. Siempre he encontrado paradójico el que Doyle no sintiera mayor aprecio por sus relatos sobre el detective y centrara sus preferencias literarias en la novela histórica. Porque, en cierto modo, eso es lo que está haciendo con las narraciones de Holmes: literatura histórica, aunque él no lo supiera. Más allá de los problemas detectivescos o la personalidad excéntrica del personaje, lo que hoy nos queda es el retrato, impresionista pero inolvidable, de una de las épocas más fascinantes de la historia inglesa reciente.

Otros autores holmesianos posteriores a la creación del «canon» también son merecedores de mi gratitud, especialmente Nicholas Meyer (el hombre, por cierto, responsable de que Holmes figure entre la nómina de antepasados del señor Spock de *Star Trek)* y Robert Lee Hall (quien me enseñó que se podía ser fiel al espíritu holmesiano original y, al mismo tiempo, encaminar a Holmes por senderos por los que a su creador nunca se le ocurrió hacerlo transitar), así como W.S. Baring-Gould, cuya biografía del detective es un texto imprescindible para cualquier aficionado.

Tengo una enorme deuda con el actor canadiense Christopher Plummer, quien encarnó a Sherlock Holmes en la película *Asesinato por decreto.* Desde que la vi por primera vez, hace ya muchos años, Plummer se convirtió para mí en el Holmes perfecto y ni las interpretaciones clásicas de Basíl Rathbone y Peter Cushing o la más moderna de Jeremy Brett han conseguido hacerme cambiar de idea. Para mí Holmes siempre tendrá el físico y los ademanes de Plummer en esa película e incluso, por qué no, parte del carácter con el que dotó al personaje. Si alguien encuentra que mí Sherlock Holmes no es lo suficientemente frío y altivo, que muestra demasiada emoción en algunas ocasiones, ahí puede encontrar la explicación.

Desde luego estoy en deuda con mi amigo Rafael Marín. Su espléndida novela *Elemental, querido Chaplin* (todos los holmesíanos nos alegramos de su pronta publicación) es en buena medida responsable de que haya vuelto sobre estos textos y los haya revisado y actualizado después de, en algunos casos, más de diez años. Le agradezco también que me haya permitido citar un párrafo de su obra.

Susana García y Natalia Cervera han sido tan amables como para echarle un vistazo a los textos escritos en inglés en este libro,

especialmente en lo referido a la versión «original» del mensaje que Holmes traduce. Si pese a todo se ha colado algún gazapo, la culpa habría sido mía, nunca suya. Especialmente, recalco que escribí «Khemi» pese a la insistencia de Natalia en que ésa no era su correcta grafía castellana.

La ayuda de Gabriel Bermúdez fue inapreciable en algunos detalles de ambientación, como el hecho de que Holmes, Watson y Doyle tomaran el coche apropiado en sus andanzas por Londres un brougham en lugar de un hansom, donde difícilmente habrían cabido los tres), que la apariencia del Califa de Jartoum fuera la adecuada, o que el cadáver de Phillimore tuviera desgarrada la arteria correcta. Gabriel es un excelente escritor de ciencia-ficción —y un auténtico experto en el siglo XIX anglosajón—, además de un buen amigo, y su entusiasmo ante el primer borrador de "La sabiduría de los muertos" me demostró que estaba en el camino correcto y que, después de todo, no estaba perdiendo el tiempo con un capricho personal.

Sería un ingrato si no diera las gracias a la Fundación Dolores Medio, que en 1995 galardonó con el Premio Asturias de Novela la primera versión de *Sherlock Holmes y la sabiduría de los muertos.*

Y finalmente, pero no por ello menos importante, mi gratitud a Luis G. Prado. Fue su interés en reeditar *La sabiduría de los muertos* lo que me hizo ver que mi novelita holmesiana aún estaba viva y podía disfrutar todavía del favor del público.

RODOLFO MARTÍNEZ
Gijón, octubre 2003